

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing. The man has a beard and is wearing a white shirt. The woman has long blonde hair and is wearing a white top. The background is a warm, golden-yellow color. At the bottom of the image, there is a white, torn-paper-like shape with a fire effect around its edges. The text is overlaid on this shape.

El amor es la llama que enciende
nuestros corazones.

Amor en llamas

Lorena Fuentes

Amor
en llamas

Lorena Fuentes

Amor en llamas

Lorena Fuentes

Todos los derechos

© Lorena Fuentes, 2016

® SafeCreative: 160905909784

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Fotografía de cubiertas: Kiselev Andrey Valerevich/Shutterstock.com

Corrección: Lorena Fuentes, Irma Puerta y H. Kramer

Primera edición: octubre 2016

ISBN: 978-1539419051

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

“Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.”

Julio Cortázar

*A mi abuelo, porque tú eres para mí el hombre perfecto. Y a todas
aquellas mujeres que se sientan identificadas con Amelia.*

Prólogo

Tres años antes.

07/15/2013

La vida nos enseña que cuando no hay más amor, la mejor forma de terminar una relación es con la cara en alto. Quiero contarle mi historia a estas páginas en blanco, pero primero me presentaré: me llamo Amelia Reeds, tengo veintidós años, acabo de recibirme de Psicóloga Clínica en la Universidad de Boston y hoy salió mi sentencia definitiva de divorcio.

¿Lo pueden creer? Divorciada a los veintidós.

¿Ahora debería decir de quién me divorcié?

Su nombre es Derek Fleming.

Conocí a Derek cuando recién cumplía los catorce años y cursaba el tercero de secundaria. Por aquel entonces, él culminaba la preparatoria con una beca deportiva para la Universidad de Boston. Pueden culparme por quedarme prendada de él desde el primer momento, era el típico adolescente americano, ¿quién no se iba a enamorar? Tenías que estar ciega para no hacerlo. Era un hermoso joven de dieciocho años con un cuerpo esculpido por lo deportes, un metro noventa y ocho centímetros de alto, cabello del color del trigo y unos ojos hermosos de color miel que brillaban de una manera especial cuando me miraba.

Cuando él centró su atención en mí, me mantuve por las nubes por una semana. Para mí fue amor a primera vista y con el tiempo se convirtió en mi primer amor. Derek me decía después de hacer el amor que le hice perder la cabeza; creo que trataba, siempre de esa forma, recordarme que tuvo que esperarme por cuatro largos años para finalmente estar juntos. Fuimos novios por ese periodo,

mientras esperó pacientemente y nunca me obligó a nada, y no es porque yo no quisiera estar con él, es que simplemente siempre me repetía:

—Tenemos la vida por delante..., no tenemos que apurar nada.

Mientras me graduaba de la secundaria y él estaba en la universidad, tuvimos una relación al huso pero sin sexo; admiré mucho su capacidad de pasar las burlas que recibía por parte de sus compañeros por tener una novia menor que él.

Era toda una novedad que el jugador estrella de la Universidad de Boston saliera con una menor de edad, pero eso nunca lo detuvo y me cuidó como nadie durante ese tiempo. Todos a nuestro alrededor se opusieron, incluyendo a mi madre, pero al igual que todos, ella dejó que yo chocara en algún momento con mi propia realidad.

Nos casamos solitariamente un mes de mayo en el ayuntamiento de la ciudad de Boston. Ese mismo día yo cumplía los dieciocho años y mi familia (mi madre) puso el grito en el cielo ante la noticia. Recuerdo que todos achacaban que me casé por culpa de los realities de Mtv o que Derek me había influenciado para hacerlo, pero yo pensaba que era amor. Sentía amor del bueno, de esos que vives en las nubes y que sientes mariposas en el estómago, y supuse que Derek también lo sentía.

Hicimos el amor por primera vez en nuestra noche de bodas y supongo que ese será uno de los recuerdos más hermosos de mi vida. Nuestra luna de miel fue en Nueva York, recorrimos la ciudad como dos enamorados, pero lo más importante con la felicidad de unirnos para siempre.

¿Por qué esa palabra me pesa ahora que él ya no está? Sé la respuesta, pero me da miedo escribirla o decirla en voz alta.

Para seguir escribiendo nuestra historia, Derek y yo vivimos los momentos más felices de nuestras vidas. El primer sueño materializado fue cuando él firmó un contrato con los Patriots de Nueva Inglaterra; celebramos por días haciendo el amor en la modesta casa donde vivíamos. Era la esposa del nuevo mariscal de campo del equipo de nuestro Estado. Yo me sentía orgullosa de él y cada día crecía mi amor, pero en aquel momento todo cambió entre nosotros.

La fama lo cambió todo.

Yo he querido muchas veces perdonarle todo lo que ha hecho para destruir nuestra relación, pero ya no me quedan fuerzas para continuar, ya no siento nada, ya no me veo a su lado. No puedo entender que una persona que lo tenía todo para alcanzar la verdadera felicidad destruya todo de forma egoísta. Derek me traicionó y, aunque el dolor de no estar a su lado no me deja vivir, ya no puedo regresar con él.

Claro que él me ha rogado para volver, pero con mucha pena le dije que no. Entregué a nuestra relación todo lo que podía y por eso preferí terminar con la cara en alto.

Ahora me queda solamente recordar esos días llenos de amor, comprensión y sueños que nunca se cumplieron. Me toca llevar una relación cordial con él porque aún nos une un lazo: en mi vientre crece una criatura que fue testigo de la traición y el producto de aquellos meses en los que fingíamos ser felices. Un bebé que voy a amar y a cuidar porque no tiene la culpa de nada. Yo tengo miedo, pero trato de llenarme de valor para seguir adelante en este momento.

Creo que he escrito bastante por hoy y mejor dejo algunas historias para otras páginas en blanco. Hoy comienzo este diario porque mi mejor amiga Cassie cree que es catártico escribir tus sentimientos, pero en mi caso yo uso la música para drenarlos.

Tengo de fondo musical a Adele cantando Don't you remember y espero que algún día él recuerde la razón por las cuales se enamoró de mí.

Prometo seguir escribiendo y espero que esto me ayude para que algún día logre perdonar a Derek. Mientras tanto, sigo tratando de recordar las razones por las cuales yo lo amé.

Capítulo 1

Dos años y medio después.

01/01/2016

— ¡Feliz Año Nuevo!

Escucho a todos gritar y, como si se tratara de un episodio de *Friends*, todas las parejas de la fiesta se besan y yo soy la perdedora que observa desde una esquina.

¡Odio a Cassie!

Mi mejor amiga me ha arrastrado esta noche a esta fiesta en el centro de Boston porque es el primer año que mi pequeño Aaron pasa por primera vez la noche de Año Nuevo con su padre y yo estoy deprimida.

¡Odio socializar en fiestas! Llámenme vieja prematura, ¡pero lo odio!

Nota mental: matar a Cassie cuando vaya a mi casa.

Han transcurrido casi tres años desde nuestra separación y ahora Derek vuelve a mi vida para ganarse el premio del padre del año. Cassie apuesta a que la razón es que su retiro está cerca y yo apuesto a que su nueva novia quiere hijos; pero el hecho es que simplemente juega a ser un buen padre, y yo le dejo porque nuestro hijo merece tener una figura paterna, pero debo aceptar, aun cuando no me gusta nada que pueda dañar a mi pequeño.

Ahora estoy en esta fiesta y me siento fuera de lugar. Nada y menos nadie combina conmigo y para mí es hora de irse. Busco con la mirada a Cassie barriendo cada persona en la sala y la encuentro con la lengua de un desconocido limpiando sus cuerdas vocales. Pongo los ojos en blanco y me escapo de este desastre de día. Salgo de la casa y camino sólo unas pocas cuadras hasta donde está mi auto aparcado. Subo lo más rápido que puedo ya que el frío está insoportable, enciendo el auto y se activan los altavoces. 3 a.m. de Meghan Trainor suena.

Antes de arrancar le escribo un mensaje de texto:

«*Voy a casa y mañana tengo guardia.*»

Arranco mi amado escarabajo tarareando a Meghan por el camino y al llegar a casa me doy una ducha rápida y me visto con un pijama de algodón.

En el divorcio las leyes me ampararon en muchos aspectos y por eso vivo en la misma casa que compartía con Derek antes de divorciarnos, que está ubicada en el barrio Beacon Hill, uno de los más antiguos de la ciudad. En sus calles y tiendas puedes encontrarte jugadores de los diferentes equipos, catedráticos destacados y congresistas. Recuerdo que soñaba con una casa aquí, fue uno de los pocos sueños que Derek y yo cumplimos; compró esta casa cuando recibió el primer pago por su fichaje y no tuvimos que entrar a verla porque, cuando llegamos a la entrada, sabíamos que era aquí donde formaríamos una familia juntos; estas paredes iban a ser las testigos de cumpleaños, aniversarios y celebraciones. Escogimos este barrio por lo familiar y por la buena reputación que goza; sus calles con adoquines, casas adosadas, locales contemporáneos y una localización céntrica era todo lo que podíamos desear para vivir tranquilos por años.

Normalmente cuesta una fortuna mantener una casa igual a esta, no lo digo literalmente porque es una fortuna. Además mi sueldo como supervisora del Call Center del 911 no me permite darme una vida de tipo *jet set*. Mi crédito universitario se lleva la mayor parte de mi sueldo, por eso el primer año de mi divorcio estuve tentada a venderla, pero simplemente no pude, era acabar con sueños y aún dentro de mí había una esperanza de volver. Derek, en aquel entonces, prometió ayudarme y creo que es la única promesa que ha cumplido. Sonará horrible, pero el dinero de la manutención me deja respirar tranquila.

Soy supervisor en el centro de llamadas, como psicóloga velo por el bienestar de mis operadores y las víctimas en situaciones extremas (persecuciones, robos, asesinatos...). También tomo turnos extras como operadora, amo mi trabajo y, aunque muchas veces es muy difícil porque nos toca escuchar situaciones sacadas de una película de acción o suspenso, de vez en cuando hay situaciones muy divertidas.

Una vez me tocó vivir una en la que atendí el llamado de una señora que supuestamente llamaba reiteradas veces pidiendo ayuda porque los extraterrestres se comunicaban con ella por microondas. Yo pensé

que realmente sufría de alucinaciones, pero no estaba en mí juzgarla, tenía que ayudarle, y mientras ella me hablaba, yo transcribía la llamada y de la nada se me ocurrió una idea: le pedí que buscara papel de aluminio e hiciera un gorro, pero la señora me gritó:

—¿Piensas que estoy loca?

«Sí», pensé, pero como les dije, no soy quién para juzgarla.

Mientras ella sufría de alucinaciones, quizás había alguien que nos necesitaba de verdad. Me inventé una excusa y le expliqué que los hornos microondas emitían esas ondas y el metal inhibía la transmisión. La señora siguió mi consejo, realizó el gorro y cuando me avisó que había terminado le pedí que se lo pusiera. Tres días después recibí una cesta de frutas de parte de ella, dándome las gracias por mi ayuda. Todos mis compañeros me agradecieron porque ese día la señora dejó de llamar.

El sonido de un mensaje de texto me alerta y reviso mi móvil:

Cassie para Amelia 01:50 a.m.

«Eres una aburrida :P :P»

Pongo los ojos en blanco por lo infantil que llega a ser mi mejor amiga y le contesto.

Amelia 01:52 a.m.

«No todas somos unas vagas que le pagan hasta el agua Evian que se toma :P :P»

Agrego unos *emojis* y le envío el mensaje, antes de acostarme pongo en silencio el móvil para no despertarme cuando suene con otro mensaje. Recuerdo que hace meses leí un estudio de la Universidad de Columbia que aseguraba que las personas que usan estas caritas tienen una vida sexualmente activa y ardiente. Creo que en el caso de mi mejor amiga es cierto, ¿pero en el mío? No hablemos de mi escasa vida social y menos de la sexual, me daría vergüenza.

Me acuesto en la cama y trato de dormirme, doy vueltas y vueltas hasta que me frustró y le pego dos golpes a la almohada. No tengo sueño y son las dos de la mañana. En seis horas comienza mi turno. Me levanto de la cama y enciendo mi reproductor de música; cuando *Human* de Christina Perri empieza a sonar por los altavoces, busco mi cuaderno en el cajón de mi mesa de noche que tiene llave. Me siento en la cama con lápiz y papel pensando que voy a escribir, esta vez las

palabras fluyen solas de nuevo.

01/01/2016

Querido amigo, tenía muchos días sin escribir en tus páginas, pero las cosas han cambiado un poco desde la última vez que lo hice. Derek ha vuelto y lo hizo de lleno en nuestras vidas, y yo me estoy muriendo de miedo, si esto no funciona de la manera que él espera... Mi pequeño Aaron se merece un padre y una figura con la cual contar, pero apenas cumplirá los dos años en poco y todavía no tiene la capacidad de diferenciar entre lo bueno y lo malo.

No quiero que mi hijo salga herido en este nuevo juego de mi exesposo, porque ni toda la psicología del mundo me ayudará a explicarle que su padre de nuevo lo ha abandonado.

Tú, mejor que nadie a mi alrededor, sabes quién es Derek, te he contado las cosas que lo atraen y en qué tipo de hombre se ha convertido en estos años; por eso no quiero que mi hijo se vea envuelto por la ambición y el egoísmo de su padre.

También me da miedo que en un punto Aaron quiera irse a vivir con él y yo soy incapaz de decirle que no, pero pensar que no tendría a mi pequeño me vuelve loca porque sería la muerte para mí y no exageró, perder a mi hijo significaría el dolor más grande que puedo sufrir.

Aaron apenas es un bebé que comienza la vida y también es el niño más noble del mundo porque da su amor a todos aquellos que cree merecedor de él. Me dolería pensar que Derek sea capaz de usarlo para limpiar su imagen y lo digo así porque lo conozco mejor que a nadie en el mundo. Fueron siete años juntos, conocí lo mejor y lo peor de él; quizás estaba tan enamorada que no quise ver lo que realmente le interesaba y, después del divorcio y todas sus traiciones, abrí los ojos rompiendo mi corazón en mil pedazos. A Derek lo mueve la fama y el dinero, la NFL fue solo el trampolín para conseguirlo todo, por eso su cambio de actitud comenzó cuando fue fichado. Yo no lo quise ver y por eso terminé con un corazón roto lleno de cicatrices.

Derek prefirió perderse los primeros ultrasonidos, nacimiento y

primer año de vida de nuestro hijo, simplemente lo ignoró, solo cumplía enviando el cheque para su manutención y los gastos de la casa. Esa fue la razón por lo cual me pareció sospechoso cuando en agosto vino a pedirme que lo dejara entrar en nuestras vidas, alegando que deseaba luchar por forjar una relación de padre e hijo con Aaron.

No puedo negar que yo estaba llena de dudas, pero acepté y poco a poco ellos han logrado lo que tanto él ansiaba o eso creo. Llámame paranoica o tal vez no, pero sé que Derek no durará mucho tiempo en nuestras vidas.

El tiempo dirá quién tiene la razón.

Por esta noche dejo tus páginas tranquilas.

Amelia

Me acuesto más tranquila luego de escribir todo. Razón tenía Cassie al decir que hacerlo resultaba liberador.

Me duermo esperando que este año que tiene trescientos sesenta y seis días logre sorprenderme.

Capítulo 2

—**A**tención a todas las unidades cerca de South Boston, tenemos un llamado de una madre desesperada. Un niño de cinco años subió a un árbol detrás de un gato. Por favor, atender las unidades cercanas.

Hablo por el canal mientras escucho a la madre gritarle al niño que baje, pero el niño solo llama al gato. Estos son los momentos que nos relajan en el trabajo muchas veces.

—Unidad cuarenta de los bomberos en camino. Y buenos días, Número dos. Feliz Año Nuevo. —¡Dios, esa voz!—. Vaquero, cambio y fuera.

—Número dos saluda a Vaquero y le da las gracias. —Cierro mi canal de los otros canales para que solo él pueda escucharme y le digo bajito —: Igualmente y, por favor, cuídate.

¡Qué ñoña soy! ¡Estoy enamorada de su voz!

—Entendido, Número dos. Cambio y fuera —responde y con esas palabras Vaquero se despide.

Mi relación con Vaquero tiene alrededor de un año, nunca le he visto en persona, pero nos hemos hecho cercanos, ¿y cómo sucedió esa conexión? La respuesta no la sé, pero lo que sí sé es que simplemente su voz me transmite la paz que necesito y quiero hallar. Puede sonar a una auténtica locura, pero siento eso porque cada vez que lo escucho siempre me siento tranquila.

—Alguien habló con Vaquero hoy... —Mary me dice en tono de burla.

Pongo los ojos en blanco y le saco la lengua.

—Deja de meterte en mi canal —le advierto seria.

Ella empieza a reírse porque es la única que sabe de la conexión que tengo con este hombre, siempre trato de imaginarlo gordo, barrigón y calvo, pero es Mary la que me asegura que ningún bombero menor de treinta y cinco años en los Estados Unidos entra en esa descripción. Yo le ignoro cuando trata de decirme que tengo que conocerlo y poner un

rostro a esa voz que me tiene enamorada.

—Venga, que pones carita de cordero degollado cuando hablas con él —me responde burlándose—. Me apuesto veinte pavos que el tío está buenísimo y tú aquí suspirando por él.

Me pica de esa forma y yo ruedo mi silla hasta el cubículo de mi izquierda y le doy la mano aceptando.

—Apuesta aceptada.

En mi canal se cuele el llamado de la unidad cuarenta de los bomberos y sonrío cuando Vaquero dice:

—Aquí Vaquero, situación resuelta en South Boston, niño a salvo y creo que alguien estará castigado hoy. Cambio y fuera. —Vaquero se despide y yo espero poder escuchar su voz de nuevo hoy.

—Aquí Número dos. Buen trabajo, Vaquero. Cambio y fuera —contesto mientras escucho la voz muerta de risa de mi compañera decirme:

—Estos serán los veintes dólares más fáciles que he ganado.

Hago un mohín molesta y sigo trabajando con mis llamadas. Siempre he estudiado el comportamiento humano y las emociones, por eso es que a veces me siento un poco incómoda por sentir este tipo de conexión con una persona que nunca he visto y solo he compartido más que palabras de trabajo. Cuando Vaquero atiende un llamado siento que todo saldrá bien. Todo comenzó una noche hace un año, cuando su unidad acudió a un incendio causado por un accidente de tránsito, todos radiábamos a las unidades a presentarse en el sitio porque habían múltiples heridos y quizás algunas personas muertas. Monitoreábamos por las vías aéreas el accidente y atendíamos a cada respuesta de las unidades, pero cuando su unidad respondió al llamado y él dijo que todo saldría bien, me sorprendí no puedo negarlo. Yo veía desde la pantalla gigante la magnitud del incendio que consumía alrededor de quince vehículos.

Fue esa seguridad la que me impactó y asocié con la seguridad de mi padre al atender sus llamados; Vaquero tuvo un desempeño ejemplar y salvó la vida de dos niños antes de una explosión. Creo que ese día quedé prendada de él. Supongo que él siente una conexión porque cuando yo estoy a cargo de una línea, me trata de una manera especial y lo sé porque cuando me toca supervisar escucho a escondidas su voz.

Dentro y fuera de la oficina soy Número dos, fue el mote que escogí por ser la segunda al mando. Cuando llamamos a los oficiales a acudir a algún llamado decimos solo estos; pero en el caso de las víctimas sí damos nuestro nombre real y, de esa manera, creamos una conexión instantánea para darles calma y resolver sus emergencias. A veces pienso lo insólito que es conocer tan poco de ese hombre: su mote, su voz y que pertenece a la unidad cuarenta de South Boston. Nunca lo he visto y no sé su nombre real, pero esos detalles no importan, porque al escuchar su voz mi mundo se llena de colores vivos y me hacen pensar que todavía quedan héroes que hacen que todo salga bien en el mundo.

La jornada al fin está finalizando y me siento agotada, he atendido más de trescientos llamados, hoy ha sido un día de bajas y además mi jefe estaba en una reunión con los jefes. Solo quiero llegar a casa, tomar un baño en la tina con agua caliente y dormir como una ceporra hasta mañana que Aaron se despierte.

Me levanto estirando mis piernas y Mary llega ofreciéndome una taza de café, la cual acepto gustosa, porque necesito un chute de cafeína que me active. Mi línea suena con una emergencia recordándome que nosotros nunca tenemos descanso.

—Servicios de emergencias, mi nombre Amelia, ¿cuál es su emergencia? —respondo.

Gritos, llantos desesperados y una respiración agitada se escuchan de fondo, mi mente se pone a trabajar que puede ser un evento doméstico o algún asalto y le digo con voz calmada a la persona que está al otro lado:

—Hola, sé que estás ahí, ¿dime en qué puedo ayudarte? —Escucho un sollozo al otro lado que me pone los pelos como escarpas y totalmente alerta.

—Hay un ladrón en mi casa y tiene a mi madre, no sé qué hacer. —La voz asustada de una adolescente acelera los latidos de mi corazón.

—Tranquila, vamos, dime tu dirección exacta y te prometo que pronto llegará la ayuda —le digo con voz pausada y segura.

Ella suelta un sollozo y palabras sin sentidos que no logro entender.

—Respira y repite la dirección —le pido calmada.

—Vivo en el barrio Roslindale, la calle es Sycamore, casa número veintidós... Amelia, ayúdame... Tengo miedo —me pide con voz ahogada.

—Dime tu nombre —le pido mientras cumplo con el protocolo.

—Kim... —responde.

—Kim, voy ayudarte y te prometo que pronto llegarán personas para resolver tu situación —le digo confianza.

Susurra un “gracias”, pongo en espera su llamada mientras transcribo la información y así evito ponerle más nerviosa.

—A todas las unidades de la policía cerca de la calle Sycamore en el barrio Roslindale, en este momento está produciéndose una situación de asalto a mano armada en la casa número veintidós, dentro hay menores.

Repito varias veces mientras anoto cada uno de las señas, escucho la respiración un poco más acompasada de la chica cuando por fin escucho:

—Unidad veinte en camino.

Suspiro aliviada y le hablo a Kim:

—Kim, van en camino. —Silencio—. ¿Quién está contigo?

—Mi mamá y mi hermanito de cinco años —me responde entre hipidos.

—Te prometo que todo estará bien.

Cierro la línea de nuevo y pido la ubicación exacta de la unidad que ha respondido al llamado.

—Número dos a la unidad veinte de Roslindale, informe su ubicación exacta.

Escucho gritar a Kim y abro la línea:

—Kim, ¿qué sucede?, ¿cuéntame qué sucede? —le pido.

Silencio y un pitido suena avisándome que la línea se ha cortado, cierro los ojos temiendo lo peor y pido ubicación a la unidad que respondió al llamado.

—Unidad veinte, informar su ubicación.

Silencio, no hay respuesta. Todos están a la expectativa, escucho cómo las otras unidades piden también a la unidad veinte la ubicación, mi jefe se acerca a mi lado y me pone una mano en el hombro.

—Unidad veinte, confirme ubicación —repito por la radio.

—Unidad trece al apoyo de la unidad veinte. Estamos a cinco minutos del sitio —me responde otra unidad.

—Entendido —respondo.

Andrew me susurra:

—Seguro ya entraron a la casa, espera unos minutos.

Yo asiento y respiro hondo tratando de calmarme. Odio cuando sucede esto, quedamos en blanco y no sabemos qué sucede. Entra en mi línea una voz que le escucho decir:

—Mi compañero está herido y el sospechoso muerto. —¡Cristo, es la unidad veinte!—. Unidad veinte pide la presencia de paramédicos.

—A todas las unidades de emergencia, hay víctimas y un oficial herido en la calle Sycamore del barrio Roslindale número veintidós. Repito, a todas las unidades de emergencia, hay heridos en la calle Sycamore del barrio Roslindale —solicito paramédicos.

La operadora de los bomberos me responde:

—Unidades en camino.

Andrew aprieta mi hombro y yo sigo radiando por ayuda hasta que escucho que han llegado. Me quito los audífonos y los tiro en la mesa, me levanto de mi cubículo con sentimientos encontrados porque me frustra que este tipo de situaciones salgan mal. Entro a la oficina que comparto con él y me siento en mi escritorio pensando que son este tipo de llamada las que nunca nadie quiere responder y que muchas veces nos tocan. Es el azar, digamos que me tocó el número ganador.

Mi jefe entra y se sienta en mi escritorio. Se queda observándome no sé por cuántos minutos o segundos, lo único que sé es que pierdo la noción del tiempo cuando suceden este tipo de situaciones.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí... —susurro—, sólo que la chica estaba asustada y lo que se escuchaba de fondo no era alentador.

Andrew asiente.

—Amelia, este es el día a día de nuestro trabajo —me dice con voz cansada.

—Lo sé —respondo asintiendo.

Andrew carraspea y observo cómo se remueve un poco incómodo en el escritorio; me imagino que trae malas noticias, hoy estuvo reunido con los jefes y como cada vez que se reúnen, las noticias para el personal no son nada alentadoras.

—Tengo malas noticias y me pesa decírtelas después de esto —me dice y es lo que esperaba.

¿Ahora qué? Espero que no sea un recorte nuevo de personal, ya no tenemos casi y sí somos menos no tendré el tiempo suficiente para pasarlo con mi hijo.

—Andrew, dime lo que los jefes quieren que hagamos —le respondo—. Ya nada puede asustarme después de esto que escuché.

Él se levanta y empieza a caminar nervioso por la oficina y ahora sí me está comenzando a asustar la situación, porque la última vez que hizo lo mismo hubo bajas en el equipo.

¿Estoy despedida?, ¿será eso?

—Tenemos que reducir los turnos. —Suspira—. Por ejemplo, tú no puedes volver a trabajar como hoy dos turnos seguidos y sabes que fue una excepción, pero me lo han prohibido.

—¿Qué? Pero ¿por qué? —le pregunto.

No gano una millonada aquí adentro y por eso cada cierto tiempo me tomo turnos seguidos o reemplazo a los centralistas que no han venido.

—Son las nuevas políticas y no sé cómo se lo diré a los demás —me dice con voz cansada—. Esto un día me va a matar y ustedes creen que es mi culpa.

Andrew se sienta derrotado en su silla y se quita las gafas, pasa sus manos por su rostro cansado; los dos somos colegas y los supervisores, tengo un año desde que entré a trabajar aquí y él se ha portado como un padre en vez de un jefe. El cariño es tan grande que tanto él y su esposa Alaina me han adoptado como parte de su familia.

—Te he dicho que busques algo más, con tu experiencia puedes tener tu propia consulta —me dice cansado.

Ahora la que suspira cansada soy yo porque sé que tiene razón, pero me gusta trabajar aquí y, aunque odio muchas veces las situaciones como las de hoy, me gusta sentir que colaboro con los millones de

héroes anónimos que hay en la ciudad. Los dos estamos aquí ganando sueldos miserables cuando podríamos ser ricos con un consultorio y todo por ser altruistas.

—Estoy aquí por la misma razón que tú —le respondo levantándome de mi silla y me acerco hasta donde está él, le doy un beso en la coronilla—. Ya me las arreglaré.

—Lo tuyo es altruismo, Amelia, y no todos son héroes como tu padre —Andrew me responde y me toma de la mano, apretándola fuerte.

«Mi padre fue un héroe y será siempre mi superhéroe personal.»
Respondo mentalmente.

Nota mental: ir a la tumba de mi padre a visitarlo.

Me arreglo para irme a casa con mi pequeño, tengo que buscar algo que me ayude a pagar mi crédito universitario y seguir manteniéndome tranquila en casa.

—Nadie nunca será como él —le digo y salgo de la oficina con bastante que pensar.

Hoy suponía que al escuchar la voz de Vaquero todo iba ir bien, pero resulto que no. ¿Qué haré ahora? Mi sueldo muchas veces que se va en pagar mi crédito universitario y en comida, no puedo pedirle ayuda a mi madre porque me diría que estoy loca por trabajar en ese sitio cuando tengo un título en Psicología. La pensión de Derek se va en los gastos de la casa, Aaron y su fondo universitario. Sin los turnos extras me vería ahogada con los gastos.

Entro a mi auto y sujeto fuerte con mis manos el volante y grito frustrada:

—¡Bonita forma de terminar mi jornada!

Arranco el auto y enciendo la radio en una emisora de clásicos, por los altavoces empieza a escucharse *Don't Cry* de Guns N' Roses.

¿Cómo no voy a llorar si estoy en problemas?

Capítulo 3

01/06/2016

Hoy tuve mi primera discusión con Derek desde su regreso, recurrí a él pensando que podía ayudarme y qué tonta he sido. Nunca le pedí nada, solo le pido lo que es su deber con su hijo. Tampoco creo que ayudarme económicamente y criar a nuestro hijo sea tan difícil, no es que se vaya a queda sin un duro, cuando él gana más de noventa millones al año entre su contrato anual con el equipo y las publicidades de las empresas que usan su imagen.

¡Joder que tiene unos zapatos deportivos que llevan su nombre!

¿Crees que no gana dinero por eso?

Nos gritamos y le dije en la desesperación que vendería la casa, a lo que él respondió:

—¿Estás loca? Esta casa es parte de lo que dejaré a Aaron. — Seguimos discutiendo, pero odié sus palabras porque son las mismas que usa mi madre para tratar de que deje mi trabajo—. Debes dejar de tratar de ser la madre Teresa de Calcuta y dedicarte de una puta vez a la profesión que estudiaste. Entiende de una maldita vez que no todos son héroes y no todos dan la vida por las personas como lo hizo tú padre. ¡Deja de ser de una vez por todas una estúpida, Amelia!

Como siempre, Derek sabe qué hilos debe mover para herirme y el tema de mi padre es uno de ellos. Él murió en un incendio cuando yo tenía diez años, era bombero y su unidad acudió a un llamado, pero su Número dos nunca entró con él. Cada bombero tiene un compañero y entre ellos tienen una especie de pacto o algo así que reza: “Si uno de ellos entra en acción, él otro también, porque dos entran y dos deben salir. Le llaman 2N”.

En ese incendio, el compañero de mi padre era un novato y no entró. Nadie sabe la razón, pero muchos intuyen que lo hizo porque

se asustó. Mi padre no salió y murió dentro, consumido por las llamas.

Mi padre dio su vida para salvar a otros niños y por eso él es un héroe.

Algo me idearé..., pero nunca más recurriré a Derek por ayuda.

Le doy el desayuno a Aaron en la cocina y la puerta trasera de mi casa se abre; Cassie, despojándose de su anorak, me deja ver su uniforme de enfermera con muñequitos, además la pobre trae cara de no haber dormido en diez días.

—¿Noche difícil? —le pregunto.

Ella suelta un bufido de fastidio y no me responde. Va a la alacena y saca una taza. Yo, por ser más rápida para tomar café, tengo la máquina justo debajo; ella se sirve una taza y le da un primer sorbo; la pobre parece un zombi.

—Una noche horrible, hubo miles de emergencias y triaje estaba hasta el tope —me responde.

—Un día normal —le respondo.

Cassie me saca la lengua y se sienta frente de Aaron, empieza a hacerle caras causándole algunas carcajadas. Mi amiga ha dejado de ir a su casa para escuchar mis preocupaciones, quisiera muchas veces no tener que agobiarla con mis problemas, pero ella es la única persona con la que comparto todo.

—Ahora dime, ¿qué harás? —me pregunta por mi inminente declaración de bancarrota.

Yo sigo alimentando a Aaron, no puedo negar que de camino a casa anoche y lo que va de día me ha dado tiempo para pensar qué puedo hacer. Barajeo un millar de posibilidades, pero hay una que ronda mi cabeza y creo que es la única viable.

—Voy alquilar la habitación de abajo —respondo.

Observo a Cassie y su quijada le llega casi a sus pechos, sin exagerar, la mujer tiene unos superpechos. Sus ojos azules me miran como si no

pudieran creerlo y empieza a hacer un gesto de negación.

—¿Estás loca? —me pregunta—. ¿Sabes cuánta gente loca quisiera vivir en Beacon Hills?

Chasqueo la lengua porque ahora odio vivir en esta casa, maldita la hora que quise tener el sueño americano.

—Pues me tocará entrevistarlos muy bien y hacer uso de mis conocimientos de psicología —le respondo sarcástica—, o a fin del próximo mes no llego y será la excusa perfecta para que Derek me quite a Aaron.

Aaron en ese momento me recuerda que lo estoy alimentando y le tira el vaso antiderrames a Cassie, atinándolo en su frente. Yo suelto una carcajada cuando el vaso se abre y derrama su contenido en toda la mesa, salpicándonos.

—¡Jodido niño! —grita—. Mi sobrino va ser lanzador de los Medias Rojas —Cassie dice muerta de risa mientras se levanta para ayudarme a limpiar el desastre.

—Mi hijo será doctor y espero que me escuche a mí y no los consejos locos de su tía —le respondo.

Cassie pone los ojos en blanco con el paño de cocina en mano y me dice:

—Amelia, me tienes la vida jodida con Derek. Aquí la psicóloga eres tú. Deja ir al idiota de mierda ese y vive. No vale la pena que sigas lamentándote por errores que comete cualquier persona, han transcurrido tres jodidos años, ¡basta!

Pongo los ojos en blanco y la ignoro mientras limpio. Sí, ella tiene razón, pero me duele que él rehízo su vida a los tres meses de divorciarnos, ¿y yo?, yo me quede sola y embarazada. Mi único apoyo moral fue Cassie porque mi madre entró en su crisis de los cincuenta y viaja por el mundo ignorándonos a todos. Yo enfrenté una maternidad que deseaba con todas mis ansias sin el padre de mi hijo y no me quejo de nada de lo que he hecho, pero esto no era lo que quería.

¿Me explico?

La gran mayoría soñamos con lo que llaman “el amor eterno”, conseguir tu alma gemela y vaya porquería nos meten en la cabeza. Entonces crecemos con eso y nos estrellamos con un muro, pero no de cemento, sino con uno hecho de titanio; queremos vivir y vivimos la

vida que nos imponen los estereotipos sociales y es ahí donde está el problema, porque llegamos muchas a veces a ser infelices. Lo reconozco, mucha veces me cuesta darme cuenta de que la única que se ha quedado estancada en el pasado soy yo y, mientras siga así, nunca voy poder rehacer mi vida.

Cassie me ayuda a cocinar un desayuno para las dos y se queda a dormir en casa, mientras paso la mañana viendo opciones de empleo en consultas privadas y decido hacer un pequeño y chulo anuncio para alquiler que imprimo al terminar, por sí me decido a publicarlo.

Me doy una ducha relajante y al salir me quedo observándome en el espejo. Me siento que he envejecido miles de años y sólo voy a cumplir veinticinco años en mayo. Mi piel es de un color blanco que acentúa en los meses de invierno, convirtiéndome en un fantasma; mi cabello es liso de color castaño con visos rojizos y cae sobre mis hombros; creo que lo único que me gusta son mis ojos: son grandes y de color avellana, como decía mi padre, debes saber mirarlos porque puedes encontrar destellos color dorado y verde en su iris. También amo mi peso porque es algo que nunca me ha preocupado gracias a mi metabolismo acelerado.

Cassie me llama “perra” cada vez que me ve consumiendo perros calientes y comida chatarra. Eso sí, con Derek adquirir el hábito de correr una hora todas las mañana y lo hago en la caminadora que tengo dentro de la casa. Bueno dentro del gimnasio privado que poseo, ¿ahora entienden mis gastos? Dejo de mirarme y salgo del baño porque es tarde, me visto rápido con el uniforme que es la ropa más antifemenina del mundo, pero yo me siento cómoda en ella. El pantalón es de color caqui y llevamos una camiseta azul claro; siempre uso zapatillas Converse y depende de mi estado de ánimo si recojo o no mi cabello, pero hoy estoy decidida a que será una jornada excelente, así que dejo mi cabello suelto y me animo a maquillarme discretamente con un poco de *eyeliner* y un brillo rosado muy tenue en los labios.

Decidida a que hoy será un gran día, salgo y entro a la habitación de invitados donde Cassie está viendo *Peppa la puerca* con Aaron.

—Me voy —le digo y me acerco a darle un beso a Aaron que se levanta y camina hasta donde estoy—. Pórtate bien, mi pequeño

hombrecito, y no le hagas mucha guerra a la tía Cassie.

—Mami —me dice y yo le doy otro beso sobre su cabello rubio.

—Llego a las once, hoy es una jornada larga, ¿estarás bien? —le pregunto a Cassie.

Ella pone los ojos en blanco y chasquea la lengua fastidiada.

—Soy licenciada en enfermería y si puedo pasar una noche en la sala de pediatría, creo que podré pasar la tarde con mi ahijado —me contesta.

Le saco la lengua en respuesta y ella me lanza una almohada, yo me agacho para evitarla y Aaron suelta una carcajada dulce porque últimamente todo a su alrededor le causa gracias. Me despido de ellos y salgo a la cochera en busca de mi pequeño escarabajo, al encenderlo conecto el iPod al sistema de sonido y busco el álbum de The Weeknd; la primera canción que escucho es *Hills*. Veo mi reloj y voy a tiempo. Decido pasar por Starbucks y pido dos cafés para llevar, uno con caramelo y otro cargado para Andrew.

Al llegar encuentro la sala del centro revolucionada, pregunto qué ha pasado y alguien me responde que ha sido una jornada difícil y llena de accidente por las nevadas. Entro a la oficina, donde encuentro a Andrew sumergido en papeleo.

—Buenas tardes —le saludo con voz cantarina.

Andrew no levanta la mirada del papel y yo pongo frente a él el vaso con café. Suelta el papel hipnotizado por el olor del café y lo agarra.

—Gracias, no sabes cuánto lo necesitaba —me dice.

Yo sonrío y él se quita las gafas con gesto cansado.

—¿Mal día? —le pregunto y me preparo mentalmente a lo que pueda venir está tarde.

—Espantoso. Hubo cuatro accidentes y un incidente en South Boston donde dos bomberos resultaron heridos.

¡Dios, esa es el área de Vaquero!

—Ahmm, está bien. ¿Y están muy grave? —le pregunto y empiezo a jugar con los papeles encima de mi escritorio algo nerviosa.

—Uno salió con algunos rasguños y el otro creo que estará de baja por unos cuantos días porque se ha fracturado una pierna —me responde.

Su respuesta no me ayuda en nada porque quiero saber sí es Vaquero

quien está herido. Tengo que ingeniarme algo para preguntarle.

«Calma, Amelia, ¿qué te pasa?», me digo mentalmente, tratando de gestionar el sentimiento que estoy experimentando.

Nota metal: dejar de pensar en Vaquero.

—¿Pero fue en un rescate o apagando algún incendio?

—Nada de eso —responde con fastidio—, fue otro llamado de un niño en un árbol, pero este era una fiera y nadie podía bajarlo. No sé quién fue el primero en caer y luego el otro logró bajarlo, pero el niño le hizo caer faltando seis peldaños en la escalera. Odio South Boston y sus llamados de niños malcriados —me dice cansado de este tipo de situaciones.

Yo amo South Boston... y es por esa voz. Muerdo mi labio y le pregunto decidida:

—¿Conoces los motes de los bomberos?

Andrew asiente y me responde:

—Hulk y Vaquero.

Me levanto como un resorte y me pongo el anorak bajo la atenta mirada de Andrew que está estupefacto por mi reacción. Vaquero está herido y yo tengo que ir a verlo, es una necesidad que nace sola en mí y que no puedo esconder.

—¿Dónde están? —le pregunto.

—Amelia... —Andrew me llama y yo me quedo como suspendida en el tiempo esperando su respuesta. Finalmente me responde—: En el Boston Medical Center, Amelia, ¿los conoces?

Andrew me hace esa pregunta con voz preocupada y yo le respondo asintiendo. No puedo quedarme aquí y puede ser que esté actuando como una loca, pero... ¿y si es él? Pasarán días y hasta semanas sin escuchar su voz, creo que no lo soportaría y también creo que me debo estar volviendo loca.

—Cúbreme, te prometo pagarte con tu turno de mañana —le pido.

Él asiente aceptando y yo salgo disparada de la oficina sin darle tiempo a decirme algo más, por ahora mi único pensamiento es Vaquero. Entro a mi auto y manejo lo más rápido que puedo, pero al llegar y entrar al hospital lo encuentro lleno de bomberos e incluso algunos son rostros conocidos para mí.

¿Y ahora? ¿A quién le pregunto? ¡Joder! ¿Por qué actúo así? Muerdo

mis uñas y esa es una señal de que estoy nerviosa.

«Debiste pensar antes de venir», me regañó mentalmente.

Veo a un bombero con cabestrillo y me imagino que es uno de ellos, ¿pero quién? Me acerco tímida y abro mi anorak porque estoy sudando a causa de los nervios. Estoy loca y creo que yo misma firmarí­a mi envío al manicomio.

Aclaro mi garganta y le pregunto en un hilo de voz:

—¿Eres Vaquero?

El hombre se da vuelta y, al verme, esboza una sonrisa, alza una ceja cavilando su respuesta y yo quiero golpear­me por ser tan tarada.

—¿Número dos? —me pregunta con voz sorprendida.

Yo me sorprendo y me sonrojo, ¿será él? Ha reconocido mi voz, ¿y ahora? El hombre se queda esperando que responda y lo hago finalmente logrando solo articular:

—Sí... —Hago un gesto de sí con mi cabeza.

El bombero sonr­íe y niega como si no pudiera creer que yo esté aquí, aprieto mis puños para evitar morder mis uñas esperando alguna respuesta.

—Hay alguien a quien le encantará verte. —Me abraza con su brazo bueno y me dice—: Soy Hulk y Vaquero estará encantado de verte hoy porque pensaba que sería un mal día por no escucharte.

¿Un mal día por no escucharme? ¿Escuché bien? Suspiro y lo sigo mientras mi corazón late a mil por hora tratando de salirse por mi boca. Llegamos a una sala y me detengo frente a la puerta temiendo a entrar, él sí lo hace y le escucho decir:

—Hay alguien que vino a verte, Vaquero.

—¿Quién? —responde y es su voz, su voz.

Ahora sí el corazón se me saldrá. Respiro hondo infundiéndome valor y entro a la sala de recuperación. Me quedo impactada, petrificada y hasta enamorada por el hombre que está acostado sobre la cama con la pierna enfundada en una escayola.

—Vaquero... —susurro.

—Número dos, ¿eres tú?

Capítulo 4

Estoy impactada porque este hombre no puede ser real. Imaginé todos los escenarios posibles de cómo podría conocerlo, como podría ser él y no estuve ni cerca; pero darle un rostro a la voz que te da paz y te tiene enamorada es algo que nunca imaginé que haría porque soy medio cobarde.

Vaquero, Vaquero... ¡Ay, Dios! Vaquero es un hombre muy guapo. Imagínense por un segundo encontrarse con los ojos más grises que jamás han visto, un cabello de color castaño casi llegando a rubio que está desordenado, un mentón cuadro y masculino salpicado por algo de vello de tres días, y le suman unos hermosos brazos que se notan que son trabajados con esfuerzo.

¡Madre de todo lo hermoso! ¿Es real?

Vaquero esboza una sonrisa mientras me observa y lo único que hace es ponerme más nerviosa; ¡Dios, estoy haciendo el papel de tonta!, ¿pueden creerlo? Me he quedado sin palabras y solo por verlo.

—Bueno, los dejo solos —Hulk anuncia saliendo de la habitación.

Yo suspiro resignada a asumir lo que he hecho y que le debo veinte dólares a Mary, no es gordo, ni feo y menos calvo. Me acerco, pero me tropiezo con la rueda de la cama tirando el bolso. Me agacho a recogerlo, me levanto nerviosa y bajo mi mirada a mis manos para evitar morderlas, comienzo a hablar atropellando las palabras.

—Disculpa, no debí venir..., pero..., pero número uno me dijo sus motes y yo no pensé en nada más que salir corriendo para verte. — Vaquero suelta una risita y yo resoplo, debe pensar que estoy loca—. Mejor me voy y así descansas porque debes pensar que estoy loca — agregó arrepentida por venir.

Vaquero toma mi mano y su toque hace que mi piel se erice, me sonrojo y bajo mi mirada donde su mano me tiene sujeta.

—Tranquila... —Su voz es segura cuando me habla—. Está bien que estés aquí... —Suspira—. Gracias por venir.

Sus palabras logran el efecto deseado que es tranquilizarme; alzo mi rostro y él me observa con una sonrisa de esas que podrían calcinar las bragas o que hacen que se bajen solas. Yo que soy tímida y no tengo otra reacción que sonrojarme y pensar que el tipo es hermoso.

Debería ser ilegal tener tanta belleza, ¿cierto? Creo que empiezo a desvariar, respiro hondo de nuevo y le pregunto:

—¿Estás bien?

Vaquero asiente y su sonrisa se ensancha, lo que me hace sentir mariposas volar dentro mi estómago. Tenía mucho tiempo que no sentía estas emociones.

«¿Mariposas? Estoy loca. Vamos, Amelia, cálmate», me digo porque creo que ya estoy mal de la cabeza.

—Lo estoy, pero... —titubea—, es difícil de explicarlo. —Alza sus hombros—. Tengo una fractura en la tibia y creo que empecé el día con el pie izquierdo —me informa y toma mi mano—. Tenía dos días sin coincidir contigo en mis turnos y todo me salía mal porque tú eres mi amuleto de buena suerte.

¿Su amuleto? ¿Yo? ¿Será que se golpeó la cabeza al caer?

Muerdo mi labio y Vaquero se queda observándome en silencio. Los dos sentimos algo el uno por el otro y también creo que él tampoco puede creer la conexión que hay entre los dos. Sutilmente acaricia el dorso de mi mano, poniéndome los nervios de punta. Estoy perdida, este hombre es guapísimo y me gusta más de lo que pensaba y creo que le gusto de igual forma o un poco más. ¡Cristo, no debería estar aquí! Estoy deschavetada de la cabeza ya, aclaro la garganta y suelto mi mano de su agarre para poner un poco de distancia, le digo en forma de despedida:

—Me voy, de verdad, espero que mejores.

Doy un paso para salir de la habitación, pero de nuevo él me detiene atrapando mi mano. Y yo sigo el recorrido de mi brazo con la mirada hasta que finalmente llega a sus labios y deja un beso casto que enciende mi piel.

—Gracias por venir —susurra.

Suelta mi mano y se queda observándome con una sonrisa en su rostro. Yo salgo de la habitación algo turbada por todo lo que estoy sintiendo, porque por más que trate de justificarme y buscar una

explicación coherente no la encuentro. Paso por la sala de espera y veo que toda su unidad está aquí por él, camino o mejor dicho corro pasando por un lado de su compañero haciéndome como que no lo veo. Subo a mi auto pensando en el nivel de estupidez que me hace realizar este tipo de locuras.

¿Qué hice? ¿Por qué lo hice? ¿Cuándo me involucro así?

—Nunca —me respondo en voz alta.

Pero Vaquero... Dios, Vaquero...

¡Vaquero! *Yeehaw!* Ese hombre para nada es barrigón y feo como me lo imagine, no él es..., es... ¡Dios!, iguapísimo! Creo que existe el amor a primera vista y yo he caído rendida. Sí, su voz me da paz y calma, su presencia me acelera, me pone nerviosa y me enloquece.

Arranco mi auto con la cabeza sumida en como sus labios dibujan una línea perfecta o esos hoyuelos que se le forman cuando sonrío.

¡Estoy en problemas y de los serios!

Cassie y yo estamos jugando con Aaron para cansarlo y la quiero matar porque son las nueve de la noche y mi hijo parece que se hubiera tomado veinte Red Bull. A mi querida amiga le pareció buena idea darle café y ahora el niño corre eléctrico por su habitación sin parar.

Ella se ríe cuando él le trae un carrito.

—Sí, vamos... Ríete y disfruta, que ahora me costará para que se duerma, ¿pero en qué estabas pensando? —le espeto molesta.

Ella pone los ojos en blanco y se levanta.

—Pues tenemos que acostumbrarlo a beber café desde ya. —Se sienta en el piso—. Fue un pequeño experimento, pero creo que se me fue un poco la olla en la cantidad.

Ahora la que pone los ojos en blanco soy yo y no le respondo para no matarla. Me quedo observando cómo juegan ellos dos porque mi amiga es capaz de ponerse al nivel de mi hijo, y eso que ella asegura que no tendría nunca hijos. Cassie intuye que sucedió algo en la oficina, por eso desde que llegué a casa me ataca a preguntas

preocupada. Por supuesto que evité el tema y le dije sólo que había cambiado el turno con Andrew, pero ella me conoce mejor que nadie y sabes que algo sucede. He pasado parte de la noche distraída y quién no lo estaría, si solo pienso en Vaquero.

—¿Me dirás por qué estás así de distraída? —Cassie me pregunta alzando su ceja, es su técnica de persuasión para que le diga la verdad.

—No es nada —respondo.

—¿Nada?, ¿es por la casa? —me pregunta preocupada y yo niego—. Te juro que si no tuviera que conducir casi una hora desde el hospital hasta aquí, me mudaría contigo.

Me preocupa el tema de mis ahorros y todo, pero por ahora mi mente solo quiere pensar en Vaquero, haciéndome olvidar todos mis problemas.

—Lo sé... —respondo con voz cansada.

Me levanto de la cama y tomo a Aaron en brazos. Ella me sigue, pero se queda frente a mí mientras le toma la mano a mi hijo de manera cariñosa.

—Me lo llevo a ver sí logro dormirlo. Esto es tu culpa, loca del coño. ¿Cómo se te ocurre darle café? —le digo.

Ella se ríe.

—Vale, lo acepto, se me fue la olla con eso —me responde—, pero sabes que en cuanto a lo otro, en algún momento, vas a contarme todo y entonces cantarás como un canario —me dice con voz fingiendo ser italiana.

Yo suelto una carcajada y Aaron decide que las locuras de su tía también son graciosas y se ríe. Salimos de la habitación de Aaron y nos despedimos en el pasillo. Entro a mi habitación para tratar de dormir, pero mi hijo me da guerra por unos treinta minutos más hasta que finalmente le doy una ducha con agua tibia y cae rendido.

¡Voy a matar a Cassie!

Me quedo pensando en todo lo que he compartido con mi mejor amiga. Comenzamos juntas la secundaria, hicimos Match desde el principio, aunque las dos somos completamente diferentes: ella es algo así como una *femme fatale* y yo un ratón de biblioteca. Todos pensaron que era una amistad tipo dispareja, la chica popular con la chica *nerd*. Cassie es todo lo contrario a lo que refleja; mi amiga, con

su metro setenta y cinco de estatura, su cabello negro y sus ojos azules, y cuerpo perfecto, siempre le he dicho que se parece a Megan Fox, pero bueno, ella se muere de la risa. Lo que quiero decir es que ella es una mujer que trabaja por amor a lo que hace y eso la hace tener un corazón que vale quilates de oro; es ese tipo de amiga con la que puedes contar día o noche, de las que te dice la verdad en la cara por más cruda que sea y la que puede volverte loca con sus ocurrencias.

Cassie es una rompecorazones porque asegura, gritando a los cuatro vientos, que enamorarse da asco. No es del tipo de mujer que sueña con el amor y relaciones largas, no le importa tener una aventura de una noche siempre que haya protección de por medio, pero también es del tipo de persona que hace las locuras y no piensa en las consecuencias, algo que le trae problemas muchas veces.

Esa Cassie...

Y cómo ella dijo en algún momento, le voy a hablar de Vaquero y se va a morir de las risas por lo tonta que soy. Me levanto y saco mi cuaderno porque la ocasión amerita escribir:

01/06/2016

23:19 p.m.

Y hoy conocí en persona a Vaquero...

Por primera vez, actúo por un impulso y eso fue lo que hice al correr al hospital, una locura total, todo porque su voz me hace sentir segura, que todo saldrá bien.

Vaquero me dijo que soy su amuleto lo cual me hace pensar que siento lo mismo que yo, pero esto es algo que nunca volvería hacer.

Mejor dejar todo entre las ondas radiales y una voz.

Nota: Vaquero es el hombre más guapo que he visto en mi vida, ni Derek puede compararse.

Por otra parte he decidido buscar algo extra en alguna práctica privada y quizás dejar el novecientos once. Me toca madurar un poco más y aceptar que del aire no se puede vivir.

Amelia.

Capítulo 5

Una semana después...

—**C**assie, llegué a casa —le digo desde la puerta de la cocina.

Hoy está haciendo más frío y en las noticias anunciaron una oleada de frío en esta parte del país, lo cual solo significa una cosa: más llamadas de emergencias en el novecientos once.

Entro a la casa feliz y con ganas de hablar con mi amiga. Al fin obtuve una entrevista para una plaza en una práctica privada y aparentemente me llamarán, pues el director del centro quedó encantado con mi currículum.

—¡Estamos en el salón! —me grita.

Me quito mi anorak y lo dejo tirado encima de una de las sillas del pequeño comedor que tengo en la cocina. Pienso en invitar a mi amiga a comer algo afuera para agradecerle que se ha portado como una santa en estos últimos días, ayudándome con Aaron en casa, y celebrar que estamos felices; pero me detengo de golpe al escuchar dos voces conocidas para mí y, al asomarme, veo en mi sofá sentados a Hulk y Vaquero, que esbozan una sonrisa al verme.

—¿Qué hacen aquí? —les pregunto.

Cassie pone una sonrisa tonta en su rostro y yo quiero matarla por dejarlos entrar a mi casa, ¡mi casa! ¿Cómo saben mi dirección? Ella de la nada saca un papel y me dice:

—Han venido por la habitación que alquilas y yo amablemente los estoy atendiendo.

Tomo el papel de sus manos y me quiero morir, es el mismo papel que creí perdido, el que hice para alquilar la habitación. Me siento en el reposabrazos del sillón donde mi amiga está sentada muerta de risa y sé que ella sabe que me ha atrapado y que tengo mucho que explicarle.

—¿Cómo tienes ese papel? —le pregunto enseñándolo.

Vaquero ladea su sonrisa y sé que estoy en problemas al ver esos hoyuelos; siento mi cuerpo convertirse en gelatina, este hombre para mí es perfecto.

—Se te cayó al salir corriendo del hospital o eso creo —me responde y yo me sonrojo.

¡Dios, este hombre es un espectáculo para los ojos! ¡Qué pecado!

Lleva un blue jean y jersey de color gris, su barba está un poco más espesa que cuando lo vi la primera vez y lo hace verse tan sexi e interesante... Su cabello está desordenado, lo que me provoca enterrar los dedos entre sus hebras y atraerlo a mis labios y besarlo. Niego tratando de alejar esos pensamientos.

Cassie me pica diciéndome:

—No me habías dicho que habías ido adonde trabajo...

¡La madre que la parió! Me remuevo incómoda y la miro, queriéndola matar por imprudente.

—Ah, ¿sí? Creo que se me pasó comentarte —le contesto y ella me mira alzando una ceja. Me giro a nuestros visitantes, me cruzo de brazos escondiendo mis manos y les pregunto—: ¿Cuál de los dos quiere vivir aquí?

Vaquero se aclara su garganta.

—Yo... Como verás, llevo la escayola en la pierna y vivo en un tercer piso. El doctor me pidió estar en superficies planas, por ahora —me contesta.

Me tengo que inventar una excusa, una buena. ¡Dios, qué problema! No puedo tenerlo aquí, todo esto grita: ¡Peligro! ¡Fuego! ¡Sálvese quien pueda!

—Ya le comenté que la habitación tiene baño independiente, que puede usar la cocina y que el costo es seiscientos dólares mensuales, y que si quiere usar el gimnasio son ochocientos. También le expliqué que no debía traer a Hulk y muy amablemente me aclararon que no son gays —Cassie contesta con una sonrisa en su rostro.

Pongo los ojos como platos, ¿pensó que eran homosexuales?, ¿qué hago con ella? Hulk y Vaquero se ríen por sus comentarios y mi cara de circunstancia. Yo, la verdad, parezco que me he comido un millón de piedras, estoy sentada como una tabla recta y seria.

—Creo que deberían decirse sus nombres, si serán inquilino y casera
—Hulk nos dice tratando de cortar la tensión.

¿Inquilino y casera?

Pero no he aceptado.

Vaquero me ofrece su mano y yo la acepto.

—Wayne Minter —me dice con una sonrisa mientras yo suspiro resignada.

—Amelia Reeds.

Él acaricia con sus dedos mi mano y yo me suelto tratando de marcar un poquito de distancia entre los dos.

—Yo soy Chris y es un gusto conocerte, Número dos.

Cassie se queda viendo a Chris con ojitos de corderito (pero, en este caso, es un lobo disfrazado) y yo pongo los ojos en blanco porque la conozco.

Nota mental: poner laxante en el café de Cassie.

—Bueno, te ensañaré la habitación —le digo resignada, necesito el dinero y Cassie ha cerrado el trato por encima del precio—. Sígueme.

Todos se levantan y me siguen a la habitación de invitados que está ubicada en la planta baja. Cuando nos mudamos, pensamos que esta sería la habitación que usarían los padres de Derek cuando estuvieran en Boston de visita luego de su mudanza a Miami, pero, desde luego, ahora tengo esta habitación más decorada y lista para usarse. Los seiscientos dólares mensuales no me vienen mal y podría dejar de lado la opción de pasar consultas en la clínica privada.

«¡No, Amelia!», me regaño.

Prometí que saldría del capullo donde me habido metido y florecer de una buena vez. Llego a la puerta y la abro con un poco de miedo. Debo reconocer que siempre me encantó esta habitación con sus paredes cremas y sus muebles de madera. Huele a jazmín, que es el aromatizante que uso para la casa; la cama es de tamaño King size y tiene un edredón color crema; las mesitas de noche tiene iluminación independiente y la ventana da al jardín trasero.

—Todo está equipado —le digo entrando y le muestro el baúl que está delante de la cama—. Aquí tienes las sábanas y debes dejarlas en el cuarto de lavado al quitarlas, si acepto que vivas aquí... —Me giro y Vaquero me observa desde la puerta, está de pie con ayuda de sus

muletas pero con una sonrisa en sus labios. Muerdo mi labio y continúo—: Si acepto que vivas aquí, tienes que ser ordenado y no podrás traer mujeres porque tengo un hijo de dos años. Necesito dos meses de alquiler por adelantado como depósito y dos referencias de tu trabajo que no sean de tus compañeros.

Chris silba y Cassie está cruzada de brazos tratando de contener la risa. ¡La voy a matar! Vaquero torpemente camina con sus muletas hasta donde estoy parada, pero no puedo evitar repasar con la mirada su cuerpo. Mide como uno ochenta o quizás más y les juro que a este hombre se le nota que trabaja su cuerpo atlético con esmero. Llega hasta donde estoy y me tiende su mano.

—Es un trato, Amelia —me dice encantado.

Yo cierro los ojos y le tiendo la mía esperando no arrepentirme.

—Es un trato —repito lo mismo.

Salimos todos en silencio de la habitación y los acompaño a la salida principal. Abro la puerta, pero ellos se detienen en la entrada. Vaquero me sonrío y Hulk se queda mirando a Cassie; yo me cruzo de brazos por la brisa fría que hay en estos momentos y ellos ni se inmutan de sentir frío con esos jersey tan delgados.

—Bueno, nos vemos en unos días —le digo.

Vaquero toma mi mano y deja otro beso casto en ella mientras sus ojos grises estudian mi reacción. Me sonrojo, no puedo evitarlo y, al despegar su labios, su sonrisa se ensancha dejándome ver sus dientes blancos y perfectos.

—Nos vemos en dos días —me dice.

Me despido con saludo de ellos y veo que suben a un Camaro color negro que arrancan haciendo rugir el motor. Voy a la cocina en busca de Cassie y le encuentro tomando una taza de té mientras se come un bollo de pan. Respiro hondo, su tranquilidad me asusta.

—¡Te voy a matar! —le digo molesta.

—Lo sé..., pero qué bueno es atraparte en las mentiras, Amelia Reeds —me dice alzando una ceja y agrega—: Andrew necesitaba el viernes libre, ¿eh?

¡Qué Perra! ¡La odio!

Me siento en la silla frente a ella y suspiro. No veo a Aaron en ninguna parte y me asusto que le haya dado ahora un Valium a ver si

duerme.

—¿Y Aaron? —le pregunto.

—Está durmiendo y antes de que pienses mal, él y yo estuvimos jugando toda la mañana, así que, después de comer, dormimos como ceorros. Y él todavía duerme porque a mí me despertó ese timbre, y qué gusto me ha dado encontrarme enfrente de tan hermosos especímenes.

Suelto una carcajada que me ayuda a relajarme y mi amiga me sigue con otra, ¿pero ahora?, ¿ahora qué hago? Lo voy a tener en casa día y noche; ¿cómo voy a comportarme?

—Vale... ¿Y ahora qué? —le digo.

—Ahora me vas a contar cómo conoces a esos dos tipazos y no me has dicho —me contesta sonriendo.

Le cuento todo y nada, porque entre Vaquero y yo no sucede nada (a esto le llamamos NEGACIÓN). Ahora seré su casera y él estará por aquí unas cuantas semanas, por eso espero que no vaya a decepcionarme de la imagen que tengo de él. ¿Y sí tiene malas maña?, ¿o se levanta de mal humor por la mañanas? Algo malo porque sería un delito ser tan perfecto.

Luego de conversar por horas, decidimos salir a comer fuera de casa. Lo bueno es que en el Pub nos conseguimos con jugadores de los Medias Rojas, que muy amablemente aceptaron bajo los encantos de Cassie tomarse fotos con Aaron. Pasamos una noche diferente entre bromas y comentarios de doble sentido, disfrutamos como no lo hacíamos en días. Eso sí, durante toda la velada y antes dormir, siempre venía un nombre a mi mente: Wayne Minter..., alias Vaquero.

Capítulo 6

Llego a la oficina cargada con café para Mary y para mí, ella me envió un mensaje pidiéndome uno con una carga elevada de azúcar.

Me acerco a su cubículo y sonrío al ver lo femenino que lo tiene, con fotos, pero la que me llama la atención es la de Chris Evans en su pizarra y me quedo observándola por un rato. El Capitán América se parece a alguien que conozco, pero por ahora no me viene a la mente a quién.

—¿Verdad que mi novio es bello? —Mary me pregunta desde atrás.

Yo suelto una carcajada y le entrego su café.

—Gracias, me has salvado la vida. No he hecho las compras y no tengo en casa —me dice y le da un sorbo.

Suelta un gemidito y yo sonrío. Me saco veinte dólares de mi bolsillo trasero y se los ofrezco, ella se queda observándome extrañada. Yo sonrío y ella me dice:

—No entiendo —me dice tomándolos.

—Vaquero —le respondo.

Mary suelta una risotada y le tapo la mano para que se calle, me toma de la mano y me sienta en la silla mientras ella se sienta en el escritorio.

—Cuéntame todo, y cuando digo todo es que quiero que me describas con pelos y señales qué tan bueno está —me dice pícara.

Hago lo que me pide y hace gestos de sorpresa con su rostro, me muero de la risa cuando le cuento que va a vivir a mi casa. Mary empieza a hiperventilar y a decir tacos.

—¡Amiga, estás en problemas! —me dice.

Yo arrugo el rostro hastiada, porque lo sé, sé que ese hombre es todo un reto para cualquier mujer: joven, guapo y aún no sé si es soltero, pero es la tentación hecha persona.

—No lo estoy —le respondo haciéndome la sueca—, y no vayas a

decirme como Cassie que... —Muerdo mi pulgar quitándome el esmalte.

¡Mal hábito!

—¿Que no te diga qué? —me pregunta ella con cara de póquer—. Si ese hombre es como lo describes, va a ser un gran problema no tenerlo en tu cama.

Suelto una carcajada y le digo:

—Te apuesto que puede llevarse a miles de mujeres las veces que quiera a su cama, pero yo seré su casera y además tengo un hijo —le respondo.

—¡Amelia Reeds! A veces me pregunto dónde estudiaste Psicología. No te engañes, pequeña, te costará un mundo estar alejada de su cama —me dice con sorna.

Suena su línea y yo le hago una señal de que me voy. Me giro y entro a mi oficina pensando por qué mis dos amigas piensan que no podré estar lejos de él.

«Porque ese tío está más bueno que comer con los dedos», me respondo mentalmente.

Estoy en problemas y más con tres años de sequía sexual.

Llego a casa luego de buscar a Aaron en la guardería y agotada de la jornada de trabajo. Por esta noche estamos solos porque Cassie está de guardia y me aseguró que al salir iría a calentar su casa. Mientras dejo la bolsa con los víveres en el mesón y pongo a Aaron en su columpio para preparar la cena, pienso en cuán monótona es mi vida, no tengo ningún tipo de diversión y sigo la misma rutina de mi casa al trabajo: cocinar, cuidar a Aaron y nada más. La verdad, siento muchas veces que no he vivido ni la cuarta parte de las experiencias que se suponía que debía vivir.

Aaron llora cuando lo dejo en el columpio y no lo miro, resistiéndome a la tentación de cogerlo de nuevo en brazos.

—Vamos, pequeño, tienes que quedarte ahí —le digo dándole su

peluche favorito.

Me quito mi anorak y lo guardo en el clóset cerca de la cocina. Saco todos los víveres, dejando lo que cocinaré afuera, mientras los demás los coloco en su lugar. Empiezo a cortar unos vegetales para una papilla y pongo a hervir una pechuga de pollo. Suena el timbre y lavo mis manos para ver quién es. Me alejo solo unos pasos cuando Aaron comienza a llorar desesperado.

—Ya vuelvo, pequeño —le digo.

Voy rápido a abrir la puerta y al hacerlo me encuentro con Derek que esboza una sonrisa, viene cargado de regalos para Aaron y pongo los ojos en blanco molesta porque el dinero no compra el amor. Me aparto de la puerta dejándole entrar e ignorándole, regreso a la cocina y de camino escucho que se saluda él mismo. Cuando entra a la cocina, me encuentra picando lo vegetales, suelta los regalos y carga en brazos a Aaron que balbucea la palabra “papá” al verlo; yo cierro mis ojos algo celosa.

—Amelia —Derek me llama con Aaron en brazos.

Yo pongo las verduras en la misma olla que la pechuga y al terminar me giro para verle. Me sorprende al ver que lo sigo conociendo y, por la manera que me observa, sé que algo quiere, así que tengo que estar preparada para lo que me vaya a pedir y eso enciende mis alarmas.

—Derek...

Él sonríe de esa manera que me hacía temblar, que me hacía sentir especial y ahora yo ya no siento nada, ahora es simplemente una sonrisa más que podría darme un extraño.

—Estás hermosa —susurra y Aaron le quita la gorra de los Medias Rojas.

Llevo mi mano a la boca y muerdo mis uñas nerviosa. ¿A qué viene ese halago? Algo quiere y qué será, porque no pienso ceder ni un ápice a alguna de sus peticiones.

—¿Qué quieres, Derek? —le pregunto y, gracias al cielo, mi voz sale bastante tranquila.

Derek suspira y se sienta en el comedor y sienta a Aaron en sus piernas. ¿Saben cuántas veces anhelé esto?, vernos a la tres en la cocina como una familia. Por supuesto que esto remueve un poco esa nostalgia de no saber qué hubiera sido de nosotros como una familia.

Derek respira hondo pensando qué va a decirme o cómo decírmelo, mientras mi corazón late asustado y yo me destrozo los dedos.

—Sé que quizás sea tarde, pero... —Respira de nuevo nervioso y en mi estómago se instala un peso que solo he sentido cuando algo no va a gustarme—. Pero quiero intentarlo de nuevo, formar una familia, porque estos meses que he estado de regreso, me he dado cuenta que... Bueno..., yo te sigo amando y quiero darle a Aaron la familia que se merece, la familia que soñamos.

¿Qué? ¿Será que se ha vuelto loco?

Dejo de morderme las uñas y me paso las manos por el rostro. Esto es una locura, no puedo creer que después de tanto tiempo diga esto; me despego del mesón, camino hasta donde está y le arranco a Aaron de los brazos. Derek me observa en silencio porque sabe que lo que acaba de decirme me ha descolocado y cualquier otra palabra puede desatar una discusión entre los dos.

—¿Estás loco?, ¿recuerdas cómo terminó la última vez?, ¿no crees qué es muy tarde para esto? —le pregunto.

Derek asiente y se levanta; no me doy cuenta cuando me atrapa por la cintura y acaricia mi rostro con su mano, ¿y yo? Bueno, yo sigo sin sentir algo porque antes sus caricias eran más y eran todo lo que necesitaba; ¿ahora no son nada? Hoy he descubierto que lo dejé de amar.

—Lo sé, pero quiero volver de nuevo a tu lado, intentarlo y vivir felices. Te juro que esta vez no cometeré los mismos errores porque yo te sigo amando, Amelia, y quiero recuperarte. Tú y nuestro hijo son todo para mí.

¿Pero él no tiene novia? ¿Qué pretende?, ¿que vivamos felices los tres?

—Suéltame —le pido y Derek me suelta de su agarre con pesar mientras Aaron se lanza a los brazos de su padre—. Vamos a ver, Derek, no te creo y no puedes pedirme que lo haga. Todo el mundo sabe que tienes una novia, también sé que cuando se te mete algo entre ceja y ceja, haces cualquier cosa para obtenerlo, pero esto... —Hago una seña entre él y yo—. Esto me parece sospechoso de tu parte. ¿Por qué ahora?, ¿por qué no antes?, ¿a qué viene tanto arrepentimiento? —le digo tratando de llamar a la razón.

Derek sonríe y me dice:

—Me merezco esto y más de tu parte, pero antes no sabía lo idiota que fui al dejarte ir y lo que estaba perdiendo al hacerlo. Te amo, Amelia. S e y comprendo que est s molesta ahora, pero en el fondo sabemos que me amas. —No hay peor ciego que el que no quiere ver—. Lo de Chloe no significaba nada y termin . Quiero formar esa familia que tanto soñamos y poder ser feliz, danos esa oportunidad a los tres.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Derek, te voy a ser sincera y creo que me toca serlo porque nunca te he expresado lo que siento o sent  por t  traición, lo que provocas con tu regreso. —Hago dos comillas con los dedos en la palabra “regreso”—. Claro que sí estoy molesta, me pusiste los cuernos con cuanta mujer se te atravesaba rompiendo tus votos, me abandonaste durante el embarazo de tu hijo... —Suspiro—. Tengo tantas cosas que decir que todavía no encuentro cómo continuar.

—Dime lo que sientas y dame una oportunidad —responde triste.

No le creo este arrepentimiento tan repentino y pienso bien mis palabras porque le conozco. Quiero evitar que se ponga como un energúmeno a gritar delante de Aaron.

—Lo siento, Derek, pero lo primero que debo decirte es que no te amo y fue difícil darme cuenta que deje amar a la persona con la que pens  compartir el resto de mi vida. Si quieres estar en la vida de Aaron, voy a permitirlo porque él se merece un padre. —Respiro hondo para tomar valor y terminar con esta payasada—. No te quiero en mi vida de nuevo y eso quiero que lo tengas claro. Recuerda que el único lazo que nos une es Aaron y nada más.

El rostro de Derek cambia de semblante y me pregunta con rabia:

— Hay otro?

Pero qué machista, en tres años él ha tenido infinidades de novias y ahora me viene con esto,  yo no tengo derecho de seguir con mi vida?  Es un idiota!

—No, no hay otro. Quiero que sepas que si tengo una relación, no te puedes meter en ella y debes respetarla, porque yo he respetado tu vida en todos estos años, y espero la misma cortesía de tu parte —le respondo.

Suelta un bufido molesto y me atrapa del brazo para advertirme:

—Seguiré intentándolo hasta recuperarte.

Me zafo de su agarre y camino hasta la cocina de nuevo porque sé que aunque yo quiera zanjar la discusión, él no lo hará.

—No pierdas tú tiempo, y te informo que a partir de mañana tendré un inquilino en casa. No tienes derecho a recriminarme nada porque hace meses la pasaste a mi nombre —le digo.

Derek chasquea su lengua y esta vez afila sus palabras dispuesto a herirme:

—Eres una inmadura, Amelia, una chiquilla que solo está dolida porque la dejé. Y en cuanto al inquilino, no creo que dure mucho aquí porque no me gusta la idea de un extraño viviendo en mi casa. Quiero que sepas que me voy unos días de viaje, por eso traje regalos para los dos.

—Te puedes llevar los míos y ahora sí habla la inmadura que hay en mí —le respondo.

—Amelia, recuerda que por más que quieras olvidarme, yo siempre seré el primero que te hizo mujer y siempre seré el padre de Aaron. — Se acerca y me gira, me da un beso en la frente y me entrega a mi hijo —. Te voy a recuperar, así sea lo último que haga. Y si no, veré cómo obtener la custodia completa de Aaron, y esto es una amenaza. Te tocará decidir entre una familia o quedarte sola.

Me dice lo último en forma de amenaza, ¡lo sabía! Sale de la cocina dejándome noqueada por sus palabras y con unas ganas inmensas de llorar, pero lo que más me da es ganas de partirle la cara por patán.

Capítulo 7

Día de la mudanza...

Hoy amanecí algo eléctrica, por así decirlo, o son los chutes de cafeína que he ingerido, pero la amenaza de Derek y la mudanza de mi inquilino me tienen al borde de un colapso nervioso.

Cassie tuvo que venir a ayudarme con Aaron mientras yo limpiaba y ordenaba la casa, no una ni dos, sino cuatro veces.

¿Les dije que soy maniática del orden y la limpieza?

Yo estoy medio loquita, ¿pero quién no lo está? Lo que les decía es que puedo pasar días limpiando la casa porque para mí es una de las formas que uso para liberar el estrés cuando todo me sobrepasa. Fregando los pisos me concentro para encontrar soluciones y muchas veces hasta libero un poco esa rabia interior. Cassie y Mary me llaman Mónica por el personaje de *Friends*, que es mi serie de televisión favorita. Desde anoche he limpiado la habitación donde vivirá Vaquero hasta que su doctor lo deje subir los tres pisos para llegar a su hogar y, al terminar, puse un ramillete de flores de jazmín sobre la cama, un pequeño detalle que solo hago cuando vienen invitados especiales.

Omitan que dije que es un invitado especial y sigamos.

Reviso los detalles que se me pueden haber pasado y hago una lista mental: coloqué toallas nuevas y prendí el calentador para que estén calientes, revisado. Coloqué dos juegos de sábanas y cobijas en el baúl, revisado. Todo en orden.

Estoy terminando de colocar las flores frescas sobre el escritorio cuando escucho sonar el timbre, respiro hondo porque estoy asustada, muy asustada, Dios mío, creo que no voy a sobrevivir a esto. Repito mi mantra: son unas semanas, pero creo que serán las más largas de mi vida. Escucho voces acercarse y la risa de Cassie, esa mujer tiene los

nervios de acero que yo necesito.

—Ella está organizando todo para que estés cómodo, no ha parado de afinar los detalles para tu llegada —les dice con voz dulce.

Yo conozco esa voz y me imagino que está dejando caer sus pestañas mientras habla.

—¿Tú vives aquí? —Es la voz de Hulk.

—No, pero vengo con frecuencia a cuidar a Aaron y a ayudar a Amelia, somos amigas desde niñas —Cassie contesta con su tono de voz para ligar.

No sé si llorar, reír o golpearla, porque mi amiga está aprovechando esta oportunidad para ligarse a Hulk y creo que el pobre va a caer rendido. Entran a la habitación y yo muerdo mi labio al ver a Wayne entrar con sus muletas y una sonrisa devastadora en sus labios, se detiene frente a mí tan cerca que me da un beso en la mejilla que hace que el olor de su perfume cítrico, combinado a su suavizante de ropa, inunde mis fosas nasales. Cierro mis ojos dejándome llevar por la frescura de su aroma.

Vaquero huele a limón y suavizante para ropa.

—Hola —susurra en mi oído, erizando mi piel.

Él se separa de mí con una sonrisa en sus labios porque sabe que ha logrado estremecerme. Nunca entenderé lo que me hace sentir este hombre.

—Hola —lo saludo con un hilo de voz.

Veo por el rabillo del ojo cómo Cassie sonrío. La verdad, tengo ganas de darle un solo guantazo para borrarla porque ella mejor que nadie sabe lo que siento. Hulk deja una maleta en la entrada y observo con detenimiento que ha usado el brazo que no tiene escayola y, por su parte, Cassie está parada a su lado con Aaron tomado de la mano que mira todo expectante.

—Bueno, los dejo. Me llevaré a Aaron por pan —dice Cassie.

La muy canalla sale de la habitación, llevando a mi hijo y a Hulk con ellos. Yo muerdo mi labio y llevo una de mis manos instintivamente a mi boca. ¡Malditos nervios! Vaquero saca de su bolsillo de atrás unos sobres y me los tiende:

—Las referencias y mi prontuario policial —me dice con voz seria.

Me asombro porque no le pedí las referencias por pensar que sea un

delincuente... ¡Qué tonta soy! ¿Cómo le explico que no fue pensando así?

—No quería decir que eras un delincuente pidiendo dos referencias, solo que... —titubeo luego de decir todo como una ametralladora—. Solo que me han recomendado hacerlo por seguridad.

Wayne suelta una carcajada burlándose y en eso Hulk entra en compañía de otros bomberos.

—¡Caíste! —me dice limpiándose las lágrimas por la risa, yo pongo los ojos como platos y tuerzo el gesto en mis labios—. En el tercer sobre está el dinero en efectivo correspondiente a tres meses de renta como depósito y este mes.

Yo tomo los sobres y abro el más grueso, donde me encuentro con el fajo de billetes.

—Te pedí dos meses, no tres —le digo seria.

Levanto mi rostro y veo que todos ellos, incluyendo a Wayne, me observan con detenimiento. Él se acerca y con su pulgar borra algo de mi nariz, haciéndome sentir más nerviosa.

—Lo sé, y tenías polvo en la nariz —me dice explicando por qué hizo eso.

Yo paso el dorso de mi mano, limpiando mi nariz, y le digo:

—Bueno, los dejo. Y si vas a comer aquí, tienes que avisarme.

Él asiente y yo empiezo a caminar cuando escucho:

—Número dos, eres más dulce por radio.

Yo lo fulmino con la mirada y todos sus compañeros silban. Salgo de la habitación como un rayo y, al llegar a la cocina, llevo mi mano a mi mejilla donde su beso aún me quema.

Vaquero, con tu presencia simplemente me dejas sin palabras.

Tener un bombero en casa para nada es mala idea, o eso trato de justificarme, pero hay diversas ventajas y una de ellas es que los bomberos son muy unidos, y por eso estamos disfrutando de un gran festín esta tarde. Tres de ellos me sacaron de la cocina a rastras,

prometiendo que la iban a dejar inmaculadamente limpia como la tenía y han cumplido su palabra, por eso no me quejo. Cocinaron unos ricos espaguetis con albóndigas que mi hijo disfruta. La verdad es que nunca lo he visto saborear tan extasiado alguna otra comida, lo que me resta puntos como madre cocinando.

—Creo que después de esto, Aaron no comerá más mi comida —les digo y todos los bomberos sueltan una carcajada.

Hulk me responde:

—Pues te aseguro que no porque, después de probar la comida de la estación, nadie quiere comer nada más.

Yo sonrío y Cassie me da un pisotón en mi pie, me giro a verla con ganas de matarla y ella me susurra:

—Me muero por ese hombre...

Yo pongo los ojos en blanco y sigo alimentando a mi hijo; de vez en cuando cruzo la mirada con Vaquero, que observa todo atentamente con una sonrisa. Por supuesto que terminamos conversando sobre nuestras profesiones, pero todos me llaman Número dos, lo cual me hace sonreír. Hablamos de todo un poco y voy conociendo a cada uno por sus nombres. Cassie se sienta en algún momento al lado de Hulk y comienzan su propia conversación.

La tarde cae poco a poco y cada uno de los bomberos se despide hasta quedar en casa solamente Vaquero, Hulk, Cassie y Aaron dormido en mis brazos. Me levanto y les digo:

—Voy a llevarlo arriba y después regreso —les digo y ellos asienten. Me detengo un momento y me dirijo solo a Cassie—: Enciende el monitor de aquí, así puedo escucharlo cuando vuelva.

Subo tranquila y acuesto a mi hijo en su cama. Por unos minutos me quedo observándole, me siento cada días más enamorada de mi pequeño. Pongo bajo su brazo su peluche favorito y salgo de la habitación tratando de hacer el menos ruido posible. Al cerrar la puerta, me quedo recostada de ella, tratando de poner mis pensamientos en orden, pero lo primero que pasa es que creo que podré vivir estos meses con Wayne en casa sin necesidad de algún tipo de problemas; segundo, creo que la que me traerá problemas es Cassie con su nuevo capricho, y tercero que quizás Derek, revoloteando de nuevo cerca, puede causar alguna que otra mala situación entre mi

inquilino y yo.

Derek... ¿Por qué ahora tiene que darme problemas?, ahora que estoy tranquila, ya que todo poco a poco se vuelve normal. Mi corazón y mi mente dicen no a todo lo que pide, pero si hace más de un año él hubiera llegado con la misma propuesta, lo más probable es que yo habría aceptado volver con él.

Bajo las escaleras y encuentro solo a Vaquero sentado en el sofá; él me sonrío y yo trato de hacer lo mismo, pero me siento algo incómoda estando a solas con él, no ese tipo de incomodidad que sientes cuando no confías en alguien, sino más bien la del tipo cuando esa persona te gusta.

—¿Y Cassie? —le pregunto.

—Fueron por unos dulces que, según ella, son los mejores de la zona —me responde.

Asiento y me siento en el sillón, dándole la comodidad que necesita para su pierna. Busco en mi mente un tema de conversación y nada se me ocurre. El silencio es algo incómodo, él terminará creyendo que soy una borde. Cierro mis ojos tomando valor y le pregunto:

—¿Te gusta la habitación?

Él asiente con una sonrisa.

—Estaré cómodo —me responde y luego me pregunta—: ¿Eres madre soltera?

Sabía que algún día podíamos tocar este tema, pero habría preferido que no llegara el momento tan rápido. Pienso si explicarle o contarle mi vida y decido mejor saltarme los detalles por ahora.

—Divorciada... —le respondo.

Wayne se sorprende y me dice:

—Pero tendrás a lo sumo veintitrés o dos... Qué sé yo, no creo que llegues a los veintitantos —responde sorprendido.

Yo suelto una risita porque siempre he aparentando menos de la edad que tengo, una ventaja y a la vez no.

—Tengo veinticinco —le respondo y alzo mis hombros cuando me mira abriendo los ojos como platos, y agrego—: Tampoco es que tenga muchos años más de los que me has calculado, pero la razón de que yo tenga un niño tan pequeño es que me casé muy joven.

Wayne tuerce el gesto de sus labios y su rostro se torna serio de

repente. ¿Le habrá molestado algo?, ¿por qué?

Nota mental: Amelia, deja de pensar por él e imaginarte cosas que no son.

—¿Y el padre? —me pregunta.

—El padre de mi hijo ve por él y llevamos una relación cordial, solo eso, pero tengo la ligera impresión de que cuando le conozcas, te sorprenderás —le digo.

La mayoría de las personas se sorprenden al saber que estuve casada con Derek Fleming, el mariscal de campo de los Patriotas de Nueva Inglaterra.

—¿Qué te llevó alquilar la habitación? —me pregunta—. No creo que necesites el dinero y, por lo que me dices, tu exesposo tiene buena posición.

Suspiro, llevo mi mano a mis labios y comienzo a morder mis uñas. ¿Se han dado cuenta de que no soy buena para demostrar mis emociones? Sí, sé que es una locura porque soy psicóloga pero eso no me quita que también soy un ser humano, la cual no es realmente buena con eso de gestionar mis emociones por eso escribo los diarios y muerdo mis uñas, me pongo nerviosa y no logran salir las palabras para expresarme sobre mí o lo que siento.

Wayne se levanta unos centímetros me quita la mano de la boca y me dice:

—Entiendo si no puedes confiar en mí, pero solo quiero llegar a conocerte mejor.

Muerdo mis labios y le digo:

—Seguro crees que soy hija de personas ricas o que tengo dinero. Si lo piensas de mi ex, lo haces bien porque él sí lo tiene. De hecho, esta casa es producto de mi divorcio. Tengo una licenciatura en Psicología Clínica y un máster, pero trabajo por un sueldo miserable en lo que me gusta. La verdad, no me arrepiento de nada, y si tengo que alquilar las demás habitaciones para vivir más tranquila, lo haré, pero de momento contigo estoy bien.

—Eso no responde a mi pregunta, pero sí aclara muchas que quería hacerte —me responde asintiendo.

Cierro mis ojos y le digo quizás la verdadera razón por la cual hago esto:

—La estoy alquilando porque hace unos días nos quitaron los turnos extras y los créditos universitarios se llevan la mayoría del dinero que recibo en mi sueldo. El padre de mi hijo me ayuda con su manutención y los gastos de la casa. No me quejo en ese sentido, pero necesito también pagar mis otros gastos y no llegar tan ahogada todos los meses.

—Entiendo.

El llanto de Aaron que se escucha a través del monitor es mi señal de salida, me levanto y le digo:

—Bienvenido, Vaquero.

—Gracias, Número dos —me responde con una sonrisa.

Salgo del salón un poco más aliviada de haberle contado lo que siento a alguien, y enamorada un poco más de esos hoyuelos que se le forman a Wayne cuando sonrío.

Nota mental: ¡Amelia está en problemas!

Capítulo 8

De fondo se escucha muy bajito *As long as you love me* versionada por Slepping at last. Es más de la medianoche y no puedo dormir, solo necesito algo: escribir.

Saco mi cuaderno de la mesita de noche, camino uno cuantos pasos hasta mi ventana, que es donde tengo el escritorio, y sonrío al observar cómo cae la nieve afuera. Siempre me ha gustado la nieve, la paz que se respira cuando cae y la época tan hermosa que significa para todos.

01/16/2016

Dicen que el amor dura hasta que finalmente se acaba y el mío por Derek se acabó hace tiempo sin darme cuenta.

Cuando escuché las palabras “volver a su lado y construir una familia” no sentí absolutamente nada, pero hay algo dentro de mi corazón que no logró explicar que me avisa que esto terminará mal. Estuve esperando tanto esas palabras de su parte estando embarazada y después que nació Aaron, pero nunca llegaron, y ahora es tarde cuando las dice porque el amor que sentía en algún momento fue olvidado por mi corazón.

Conozco a Derek y sé que no se dará por vencido, que luchará por volver y no descansará hasta conseguirlo; pero lamentablemente el amor es un sentimiento tan complejo que no se puede forzar. Le tengo cariño porque aún recuerdo las cosas buenas que viví a su lado, pero desdichadamente mató mi amor por él en ese mismo punto en el que llegamos al final de nuestra relación.

Reconozco que se siente bien estar así, recuperada, y desde un punto de vista estoy bien porque quizás él no era la persona indicada para compartir una vida.

Ya es un nuevo día que viviré enfrentando todos los obstáculos que

me pongan. Ayer en la tarde se mudó Vaquero y estuve nerviosa todo el día, pero me sentí bien cuando estuvimos solos. Sí estaba nerviosa, pero respondí a sus preguntas y no me costó. Un punto a mi favor, con él todo fluye.

Wayne logra darme esa sensación de paz y estabilidad, mi incomodidad es por no saber cómo comportarme con él. No sé qué es una cita o estar sola con una persona que te gusta desde hace mucho tiempo; pero con él me siento bien y espero que esa amistad platónica que hemos mantenido por radio pueda mantenerse ahora que compartimos el mismo techo.

Te mantendré informado. Creo también que voy a tener que buscar la ayuda de un colega porque cuando escribo en tus páginas, siento que lo hago para un amigo imaginario.

Amelia.

Cierro mi cuaderno un poco más tranquila y lo guardo con llave en el cajón de mi escritorio. Creo que este será su nuevo sitio por ahora.

Se escucha *Smell* de Sleeping at last en mi habitación. Me acuesto y me tapo hasta arriba porque el frío empieza a superar la calefacción, y saco mi mano para apagar mi iPod con el control remoto.

Esa noche sueño con Vaquero y un hermoso jardín en primavera.

Despierto con los primeros rayos del sol que entran por mi ventana, feliz porque podré pasar el día libre con mi pequeño. Me levanto de mi cama, camino hasta esta para observar la calle cubierta de nieve y pienso en hacer ángeles con Aaron. La helada que han anunciado se adelantó y creo que durará unos días más de lo que piensan.

Voy a la habitación de Aaron y sonrío cuando le encuentro despertándose.

—Buenos días, pequeño —le digo.

—¡Mami! —me saluda contento.

Se baja de su cama y corre adonde estoy; me agacho para recibirlo y le abrazo besando toda su carita. Aaron se ríe y yo lo acompaño.

—*¡Asta, mami!* —me dice pidiéndome que me detenga.

Yo me separo de él y le digo:

—¿No hay beso para mami hoy?

Hace un mohín de lo más lindo y me provoca seguir comiéndomelo a besos. Aaron me da un beso y yo lo cargo, le doy un baño y lo visto con ropa abrigada. Lo llevo a mi habitación y enciendo el televisor con *Pocoyo* para poder hacer yo lo mismo. Me doy una ducha volando y me visto aún más rápido para no dejarle solo. Mi cabello cae húmedo sobre mis hombros, lo peino un poco con el secador tratando de quitar la humedad, me veo en el espejo y observo la misma chica normal sin ningún cambio.

Al salir del baño, Aaron me mira y me dice:

—*¡Mami ella!* —Da unos aplausos.

Yo me acerco y le doy un beso agradecida de que me vea de esa forma. Apago la televisión, salgo con él de mi habitación caminando los dos, estamos en la etapa de enseñarle a bajar las escaleras. Ya abajo busco el teléfono y marco el móvil de Cassie que salta directamente a la contestadora. Ella anoche nunca llegó con los famosos dulces y hay algo que me dice que está con Hulk.

Llamo a Andrew que contesta al segundo tono.

—Amelia.

—¿Me necesitas? —le pregunto.

—Necesito muchas cosas en este momento, pero no tu trasero aquí. La guardería no va a trabajar en estos días, así que puedes quedarte en casa y yo te cubro —me responde.

—¿Seguro?

—Amelia, esta vez es una orden. Y, por cierto, dale un beso a mi pequeño de mi parte.

—Seguro que lo haré.

—¿Tienes suficientes provisiones? —me pregunta preocupado.

—Sí, y tengo la calefacción al máximo —respondo.

—Cuídate —me pide con voz paternal.

—Lo haré.

Cuelgo y entro a la cocina para hacer el desayuno, pero me detengo

de golpe sorprendida al conseguir a Wayne haciendo hotcakes y con el café listo.

—¡Buenos días! —me saluda con esa sonrisa en los labios.

Yo sonrío y pienso: «responde y compórtate como una mujer madura».

—¡Bueno días! —Me acerco con Aaron en brazos y le digo—: No tenías que hacer esto.

Alza sus hombros y esboza esa sonrisa que me tiene prendada. ¡Malditos hoyuelos que hacen que me ponga como idiota!

—Pues quise hacerlo —responde.

—Gracias, más tarde yo cocino porque deberías estar descansando —le digo.

—Gachias —Aaron me imita.

Wayne se acerca y le ofrece su mano a mi hijo. Aaron la mira y luego a mí; yo le sonrío animándolo para que la tome y finalmente lo hace con una sonrisa en los labios.

—Un placer, pequeño vaquero —le dice Wayne.

—*Quero* —repite Aaron.

Los dos soltamos una carcajada y Aaron aplaude. Siento a mi hijo en la sillita de comer y ayudo a Wayne a servir la mesa, exprimo unas naranjas y sirvo dos vasos llenos. Nos sentamos a desayunar conversando un poco más de nuestras vidas. Él es de Nueva Orleans y se mudó joven a Boston, tiene treinta y un años y estudió administración en Harvard.

Lo observo sin palabras por unos segundos, pero él me explica que su verdadera vocación es ser bombero, salvar vidas y sentir que hace algo, por eso ha dedicado su vida a ello. Conocerlo me hace pensar que no me equivocaba al pensar que Vaquero es un héroe anónimo que arriesga su vida en cada rescate.

Nos quedamos en silencio un rato, cada uno en nuestros pensamientos, pero él lo rompe preguntando:

—¿Por qué me dijiste que me iba a sorprender al conocer al padre de Aaron?

Hago una mueca porque muchas veces me gustaría no haberme casado nunca con una estrella de la NFL. Quizás mi vida sería otra si Derek no hubiera probado la fama y todos los excesos que vienen con

ella.

Suspiro.

—Fui la esposa de Derek Fleming —respondo.

Él se atraganta con el jugo y me pregunta sorprendido:

—¿El mariscal de campo de los Patriotas?

—El mismo.

Wayne alza sus hombros y me dice:

—Vaya... No soy fanático de la NFL, pero me alegro de que hayas sido la esposa y no lo seas ahora que te conozco.

Ahora la que se atraganta con el jugo soy yo debido a sus palabras.

Me levanto y salgo con Aaron casi corriendo de la cocina.

¡Dios, le alegra que esté divorciada!

¿Entendí mal?

Nota mental: Vaquero no deja de sorprenderme.

Capítulo 9

Han pasado tan solo unas pocas horas desde el incidente de la cocina y no he salido por miedo a encontrármelo.

Afuera de la casa está nevando muy fuerte y por las noticias han informado que la nevada puede extenderse por unos días, pero lo más preocupante es que informan que algunas ciudades del país quizás tengan fallas eléctricas. Nos piden no salir de nuestras casas a menos que sea necesario, pero siempre habrá algún arriesgado que lo haga y por eso tengo la mente en el trabajo. Andrew me ha colgado las llamadas y en la última me ha enviado a relajarme. Trato de hacerlo leyendo un libro en mi dispositivo Kindle; pienso que es el mejor invento para lectores adictos, como lo soy yo.

La luz parpadea de repente varias veces hasta quedarnos a oscuras. Aaron empieza a llorar a mi lado y yo me muevo rápido para sacar la linterna del cajón de la mesa de noche. Después desconecto todo de los enchufes, busco un suéter más mullido para mi hijo y otro para mí, y bajo a buscar la lámpara de emergencia, pero al llegar al salón escucho a Wayne desde su habitación:

—¿Estás bien?

—Sí, voy a buscar la lámpara de emergencia y te busco.

Oigo que suelta una carcajada y, seguidamente, sus pasos. Lo veo aparecer por el pasillo.

—¿Estás loco?, ¿si te lastimas? —le digo asustada.

Wayne se acerca a mí y con la luz de la linterna puedo detallar sus rasgos masculinos. Él me observa con seguridad mientras yo estoy suspendida en el tiempo, embobada.

—Estaré bien, Número dos, no debes preocuparte —me dice mientras camina hasta el sofá y se sienta. Yo me giro al verlo, sorprendida por su tranquilidad, y él agrega—: Guarda la lámpara y las baterías, que con la nevada puede ser para largo.

—Voy por velas —le digo.

—Si quieres, dejas a Aaron conmigo.

Asiento acercándome, pero Aaron me sorprende lanzándose a los brazos de Wayne, como si fuera lo más normal del mundo. Mi hijo no para de sorprenderme. Me quedo observándoles y debo reconocer que me encanta cómo se ve Vaquero con mi hijo en brazos. Me dirijo a la cocina negando porque solo a mí se me pasan esos pensamientos por la mente. Busco dos paquetes de velas mientras aprovecho para preparar chocolate caliente, sirvo las dos tazas y llevo todo a la sala, con cuidado de no derramar el líquido y quemarme. Al llegar, encuentro a Aaron dormido sobre el pecho de Vaquero y me quedo embelesada de la imagen de él acariciando la espalda de mi hijo, una imagen que nunca borraré de mi mente. Dejo las tazas en la mesa de centro y saco las velas de mi suéter, pongo varias y las enciendo, y entonces la sala se ilumina dando un ambiente romántico.

Pongo los ojos en blanco por mi pensamiento de romántico, ¿pero en qué estoy pensando? Estoy chiflada, definitivamente.

Alzo la mirada y me encuentro que Wayne me observa con bastante interés. Cualquiera ya pensaría que estoy rematadamente loca.

—Puedes dármelo —le digo para cortar el silencio y tratar de que él esté más cómodo.

Wayne niega y me responde:

—Déjalo, se siente bien tenerlo así.

Yo asiento repitiendo sus palabras, le gusta tener a mi hijo cerca y eso sube los puntos a favor que ya tiene en mi lista de cualidades. Voy en busca de unas frazadas en el clóset cercano para no morirnos de frío y de regreso observo que Wayne se ha incorporado un poco para tomarse la taza de chocolate; me acerco hasta ellos y les arropo con una de las frazadas, mientras que la otra la pongo encima de mis hombros. Tomo mi taza y me siento en el sillón frente a ellos en posición de loto.

—Cuando te canses, puedes decirme. No quiero que estés incómodo —le digo preocupada por su pierna.

—Debes aprender que la ayuda extra nunca viene mal —me responde y yo alzo la ceja, extrañada por sus palabras, y él agrega—: Me haces pensar que te cuesta pedir ayuda y que, cuando te la ofrecen, te niegas a recibirla.

Muerdo mis labios y los convierto en una línea fina, porque tiene razón, la única persona a la que recurro en busca de ayuda es Cassie. Mi móvil suena salvándome de contestar, lo saco de mi bolsillo y veo que es ella. Atiendo preocupada.

—¿Estás bien? —le pregunto sin saludar.

—Sí, pero no salgas de casa, Amelia. Me tocó venir de guardia esta mañana y emergencias es un caos total. Hay emergencias por doquier... —Suspira cansada—: ¿Cuándo aprenderá la gente a quedarse en casa en estas situaciones?

Yo sonrío, comprendiendo lo que dice, pues también trabajo con emergencias, aunque nunca será lo mismo que ella vive en esa sala.

—Quédate tranquila, estamos a salvo —le digo tratando de tranquilizarla.

Respiramos hondo al mismo tiempo al saber que estamos bien, mi mejor amiga es la hermana que la vida me dio y nuestra conexión va más allá de una simple amistad.

—Te llamo porque sé que no hay energía, trata de ahorrar batería en el móvil. Parece que la falla es en el cableado antiguo, casi todo el estado de Massachusetts tiene problemas eléctricos. Cualquier cosa que me enteré, te aviso.

—Vale, nena, gracias.

—Te quiero y besos a Aaron.

—Yo a ti... Cuídate —le respondo.

—Lo haré —me dice y cuelga.

Aaron se remueve y me imagino que debe tener frío. Me muero por acercarme y sentarme cerca de los dos, pero creo que moriría de los nervios. Apago mi móvil y le digo a Wayne:

—Tienes razón, la falla eléctrica será por bastante tiempo

—Lo sé... —responde petulante.

Tuerzo el gesto, porque a veces él es tan seguro de sí mismo que me molesta. Fijo mi vista en la flama de las velas y me concentro en otra cosa que no sea él, tan perfectamente guapo y seguro. Sé que deseaba que este año fuera diferente, pero nunca imaginé que en menos de un mes pasarían tantas cosas.

Termino mi taza de chocolate y levanto mi vista adonde está mi hijo, que todavía duerme plácidamente sobre el pecho de mi inquilino.

—¿Por qué huiste esta mañana? —inquire.

Su pregunta me deja fuera de base y trato de buscar una respuesta rápida. No la encuentro, porque sí hui por miedo a sus palabras. A veces pienso que soy como el avestruz que esconde su cabeza cuando siente miedo, pero, en mi caso, yo salgo corriendo.

—No hui —le respondo.

Nota mental: Amelia, vas a tener que buscar un vocabulario más extenso con ese hombre.

Wayne sonrío y me dice:

—Sabes, eres tan fácil de leer y descifrar... Una de las cosas que he descubierto es que no sabes mentir. —Muerdo mi labio y él agrega—: También cuando estás nerviosa muerdes tus uñas y tus labios.

Hago un mohín incómoda. ¿Cómo me ha detallado en tan pocos días?, ¿tan fácil soy de leer?

—Wayne... —lo llamo.

—¿Sí? —responde con una sonrisa.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto.

—Ya te lo dije, mi doctor me pidió estar en superficies planas —me responde. Suspiro porque en el fondo de mi corazón sé que miente.

—¿Seguro? —añado.

—Sí, ¿por qué otra razón lo haría? —me pregunta distante.

—No lo sé, eso lo sabrías tú.

Wayne sonrío y yo muerdo mi labio, incómoda. Estoy en problemas, este hombre es capaz de quitarme el raciocinio y ponerme boba cuando esboza una sonrisa mostrándome esos dos hoyuelos tan espectaculares. (Sí, sé que les he repetido lo de los hoyuelos, pero es que el hombre es superguapo y con esos hoyuelos provoca comérselo a besos).

Me levanto del sillón y lo convierto en cama, busco otras frazadas y una se la dejo a él. Delicadamente le quito a mi hijo de sus brazos; me molesta un poco que yo sí pueda decirle la verdad, pero él simplemente no pueda ser sincero. Hay algo más, lo sé porque me lo dice mi corazón. Wayne sujeta mi codo antes de de que logre girarme e irme, y me dice:

—Sólo quería tenerte cerca. —Acaricia mi rostro y yo me sonrojo un poco—. Me gustabas antes de poder ponerte un rostro y, ahora que lo

he hecho, no quiero estar lejos de ti,

Yo me estremezco por la seguridad de sus palabras y esa confesión, pero, como siempre, el miedo me gana y no contesto nada.

Lo he dicho, soy el avestruz.

Me suelto y regreso al sillón, me acuesto con mi hijo y nos cubro.

—Buenas noches, Wayne —le digo esquiva.

—Buenas noches, Amelia —responde con voz seria.

Finjo dormir para no tener que hablar más con él, porque sus palabras y acciones me hacen pensar que su mudanza tiene que ver más por MÍ que por lo que dijo el doctor.

Este hombre empieza a descolocarme y a hacerme sentir sensaciones que pensé había olvidado. Wayne Minter huele a fuego, peligro, pasión y algo que no sé qué es, pero sé que me volverá loca.

Capítulo 10

Desperto antes que los primeros rayos del sol despunten por la ventana, abro mis ojos y lo primero que me encuentro en mi campo visual es a mi pequeño Aaron durmiendo plácidamente a mi lado.

Mi hijo, aclaro que no es porque sea mío, es hermoso: tiene un cabello rubio que parece formado por pequeñas hebras de oro, y es gordito, lo que provoca siempre estar besándolo y abrazándolo. En pocas palabras, es para comérselo.

Cuando todo en mi vida había llegado a su final y pensaba que no iba a volver a ser feliz, llegó él para alegrarme la vida con cada gesto, travesura y risa, porque ser madre dimensionó mi vida, dándole un nuevo color. Amar un hijo va más allá de todo, porque su bienestar es lo primero en lo que piensas al despertar y lo último al irte a dormir.

Aaron llegó a mi vida un día como hoy, recuerdo que nevaba esa mañana, y cuando él me regaló su primer llanto, supe que iba a ser lo único por lo cual valía la pena luchar. Acaricio con mi dedo su nariz y él hace un mohín de lo más lindo; dejo un beso dulce en su frente y me levanto para empezar un nuevo día.

Me siento a estirarme un poco, pero de repente pierdo mi mirada en el sofá, donde Wayne duerme; su pecho sube y baja acompasado, sus manos están entrelazadas sobre su abdomen y el perfil de su nariz forma un rictus casi perfecto, porque nada es perfecto y ese pequeño bulto que se forma en ella lo demuestra. Imagino que deber ser por causa de alguna fractura. Observándolo a la distancia, puedo percibir que duerme tranquilamente. Dicen que todas las personas en los sueños olvidamos cualquier problema que podamos tener. Suspiro, porque este hombre me roba hasta el aliento durmiendo. Arrojo un poco más a Aaron y me levanto del sofá cama, acercándome a hurtadillas donde duerme Vaquero y, en un instinto maternal, subo su frazada cubriéndolo.

Le acaricio el rostro y el tacto de su barba contra la yema de mis dedos me raspa y a la vez se siente mullida. Suspiro bajito, tratando de comprender por qué hago esto y por qué este hombre despierta tanto dentro de mi ser. Wayne se remueve y mi instinto de protección me hace quitar rápido la mano, pero es capturada por él antes de que pueda salir huyendo. Él abre sus párpados varias veces hasta que me deja ver sus ojos grises, que me observan con detenimiento estudiando mi rostro. Yo boqueo buscando aire porque me han atrapado en la travesura y él esboza una sonrisa que me hace temblar pero me tranquiliza al mismo tiempo.

—Buenos días, Número dos —me dice con voz pastosa.

Resoplo porque no deja de sorprenderme que aún me llame por mi mote. Yo no lo hago más porque me encanta el sonido de su nombre en mis labios.

—Buenos días, Vaquero —le contesto con sorna.

Él se incorpora con mi mano aún atrapada en la suya y yo me paralizó por la corriente que recorre mi cuerpo. Sí, sé que se ha despertado por mi culpa y que no debí tratar de acercarme a él, pero Wayne parece un imán y yo un pequeño alfiler que es llamado por su magnetismo. Trato de zafarme, pero él no me deja y me dice:

—Estás helada.

«Lo sé, quiero que tú me calientes», pienso.

Niego sacando ese pensamiento. Reconozco que el frío está insoportable y aún no tenemos energía eléctrica para la calefacción, lo que pone un poco más difícil la situación. Wayne frota sus manos en la mía, dándome calor y haciéndome sentir protegida.

—Es por el frío... —susurro un poco sonrojada y la vez extasiada por su tacto.

Él me jala un poco y yo caigo sobre su cuerpo, hace una mueca de dolor mientras yo trato de levantarme preocupada por su pierna, pero me detiene sujetándome fuerte de la cintura. Se me corta la respiración al percatarme de lo cerca que está su rostro del mío; su nariz acaricia la mía y su mano va directo a mi mejilla, acariciándola delicadamente. Su tacto se siente calloso pero placentero. Cierro los ojos por unos segundos, dejándome llevar y, al abrirlos, muerdo mi labio nerviosa al encontrarme con su sonrisa. Se me escapa un suspiro

bajito y me siento mareada cuando sus labios se acercan de forma tentadora a los míos, acariciándolos, y yo entreatro los míos, expectante por lo siguiente que pueda suceder.

—Mami... —La voz de Aaron rompe la magia, trayéndome de nuevo a la realidad.

«¿Pero acaso estoy loca? ¡Es mi inquilino! ¡TU INQUILINO, RECUERDALO, AMELIA», me regaño mentalmente.

Me levanto como un resorte y me acerco hasta el sofá donde está mi bebé despertando.

—Aquí estoy, pequeño —le digo con voz dulce.

Él se levanta de la cama y abre sus brazos, y yo caigo derretida por él, olvidando de momento las locuras que cometo.

—¡Feliz cumpleaños, pequeño! —le susurro.

—¡Dos! —me responde mi hijo emocionado.

—Sí, mi bebé, dos. —Le doy un beso en su mejilla.

Me giro para huir de aquí, pero me enternezco al encontrarme con Wayne, que nos observa con sonrisa en sus labios y con un brillo especial en su mirada. Yo correspondo esbozando una sonrisa tímida.

—¡Feliz cumpleaños, Vaquero! —le dice con voz dulce.

Aaron rompe su abrazo y le sonrío, enseñándole sus dos deditos, como le hemos enseñado Cassie y yo en estos últimos días.

—Dos —le responde Aaron con emoción.

Wayne se ríe y ese sonido me tranquiliza, su risa es ronca pero a la vez se escucha genuina. Puedo observar cómo en sus ojos se marcan unas arruguitas, haciendo que sus hoyuelos se acentúen aún más. Por primera vez siento que estoy en el lugar correcto y con la persona correcta, es una extraña sensación de pertenencia que nunca sentí con Derek, es como si mi lugar fuera junto a Vaquero y mi hijo.

—Eres todo un hombre —le responde Wayne.

Aaron se ríe y mi corazón late de una manera desbocada, mis piernas tiemblan y las mariposas vuelan desafortunadas dentro de mi estómago, sensaciones que solo se emiten cuando alguien nos gusta. ¡Maldito hipotálamo traicionero! Por ahora mi único pensamiento es huir.

—Voy a cambiarlo —le digo.

Wayne asiente y yo me alejo casi corriendo, pero, cuando llego a las escaleras, le escucho decirme:

—Amelia, puedes huir, pero hay cosas que suceden por una razón y, por más que quieras, el fuego a veces es muy difícil de extinguir.

¿El fuego es muy difícil de extinguir? ¿Las cosas suceden por una razón? Yo me sostengo fuerte de la barandilla, todo él me deja fuera de base.

—¿Cuál es la razón? —le pregunto.

—Amor, deseo y me quedo corto con las palabras —me responde con voz ronca—. Déjame entrar a tu corazón poco a poco hasta ganarme tu amor.

Subo corriendo las escaleras, huyendo una vez más de sus palabras y ahora de sus razones. Todo empieza a rondar en mi cabeza.

¿Y ahora qué?

¡Maldita Cassie por obligarme a aceptar!

Nota mental: Vaquero puede ser el hombre más romántico del mundo.

Hago de todo arriba para no tener que bajar y escucho cómo Wayne trastea abajo, mientras yo me enfurruño pensando en sus palabras.

Sabía que había algo más y que no solo era por su pierna, la razón por la cual está aquí. Me da miedo tener que enfrentarme otra vez a sentir amor. Sé que soy una cobarde que resguarda su corazón, pero ¿quién no la haría en una situación como esta?

Bajo porque, aunque no quiera, tengo que cocinar para Aaron, y al llegar a la sala me encuentro con la chimenea encendida, lo cual me sorprende porque no recordaba tener madera cortada. Hace mucho tiempo que no se prendía, creo que la última vez fue en Nochebuena. El salón está vacío y me siento un poco más tranquila de saber que Wayne está en su habitación y no revoloteando por aquí; le suelto la mano a Aaron para que camine tranquilo, tomo el teléfono fijo y alzo la bocina, pero el silencio me hace saber que está muerto.

¡Odio las tormentas! Un poco contradictorio cuando me gusta ver caer la nieve, pero las tormentas siempre traen consigo situaciones de

peligro y de encierro. No me queda otra que encender mi móvil y, al hacerlo, observo en la pantalla que le queda el setenta por ciento de la batería. Trato de hacer una llamada y me comunica, por lo menos no estamos incomunicados cien por ciento. Respiro hondo esperando que atiendan; uno, dos, tres tonos y nada; cuatro, cinco, seis..., salta al contestador y dejo un mensaje:

—Sólo quería que supieras que Aaron y yo estamos bien. Prenderé el móvil en dos horas, por si quieres felicitarlo, Derek... —Suspiro—. Por favor, cuídate.

Cuelgo y voy a revisar mis mensajes cuando escucho a Wayne:

—¿Preocupada? —Su tono de voz es tirante.

Me giro y me encuentro con él observándome con el rostro serio, lo cual me incomoda. Será..., no lo creo, ¿será que está celoso? Me reprendo porque no puede sentir celos por preocuparme por el padre de mi hijo.

—Siempre estaré preocupada por el padre de mi hijo —le respondo haciendo énfasis en las palabras “padre” e “hijo”.

Él asiente, pero su rostro se mantiene serio y me dice:

—Conseguí madera en la cochera y llamé a los muchachos para que pasen por acá a dejarnos más.

—Gracias, pero no era necesario. Seguro en un rato vuelve la energía —le contesto.

Wayne suelta un resoplido molesto y yo me cruzo de brazos esperando lo que va a decirme esta vez.

—Estamos en una de las peores oleadas de fríos de la historia, Amelia, y quizás vuelva el servicio, pero los pronósticos dicen que volverá el martes —me dice con voz seria y a mí se me cae el alma al suelo por su información—. Solo tienes que decir “gracias” por tratar de mantenerte caliente.

—Pero estamos a domingo —chillo asustada.

Wayne se ríe, seguro burlándose de mí porque pensará que tengo miedo de quedarme a solas con él, y no es que no lo tenga, la verdad, me preocupan otras cosas y hasta mis amigos. No quiero imaginar cómo estarán Andrew y Mary haciendo en el trabajo con las llamadas o Cassie en la sala de emergencias.

—Hay café en la cocina, ve por una taza mientras yo me quedo

vigilando a Aaron —me dice.

Asiento, voy a la cocina y me sirvo el café algo nerviosa. Esto es una mala idea, muy mala idea. ¿Por qué me dejé convencer por Cassie?, ¿necesito el dinero realmente? Si recorto cierto gastos quizás..., niego porque sé que es mentira.

¿Realmente me da miedo compartir tres días con él? ¡Claro que sí! ¡Dios, son tres días atrapada aquí con él! Sí, con él y sus sonrisas, con sus comentarios y reacciones que me descolocan. Tomo un sorbo de café pero lo escupo en el lavaplatos. ¡Qué asco! Le puso como un kilogramo de azúcar y yo odio el café con azúcar. Boto el resto de mi taza y me toca fingir que me gustó, por el gesto.

Me acerco al gabinete, saco un tazón y luego abro el otro tomando el cereal favorito de Aaron; sirvo suficiente para los dos y busco la leche para ponerle un poco. Salgo con el plato y me encuentro con Aaron sentado al lado de Vaquero enseñándole algo en el móvil de este.

—¡Peppa! —grita emocionado.

Yo observo que le ha puesto un video de la puerquita y sonrío como una boba. Wayne me sorprende con cada gesto que tiene conmigo o con mi hijo. Estos pequeños momentos eran los que deseaba vivir junto a Derek.

—¿Todo bien? —Wayne me pregunta.

Asiento, sentándome y dejando a Aaron entre Wayne y yo, y él me observa con una sonrisa que yo correspondo agradecida. Luego de unos segundos o minutos (qué sé yo, con él pierdo la noción del tiempo), me remuevo algo cohibida sintiendo que Vaquero estudia cada uno de mis movimientos.

—Vamos, pequeño, vamos a comer —le digo a Aaron.

Alimento a mi hijo que no suelta el móvil de Wayne en ningún momento, por supuesto bajo la atenta mirada de este y su sonrisa devastadora.

¡Dios, quiero besarlo! ¡Casi me besa! ¡Amelia, estás loca!

Nota metal: Alejarte de Vaquero.

Termino de alimentar a Aaron, que extrañamente se come el tazón entero de cereal él solo. Mi hijo me ignora subiéndose a las piernas de Wayne y le escucho decirle:

—Yoco.

Wayne alza una ceja y le pregunta:

—¿*Yoco*?

Yo me río porque sé que se refiere a *Pocoyo*, pero solo Cassie y yo sabemos lo que significa. Lo hago sufrir un ratito, porque me encanta su rostro descolocado.

—*Yoco* —le responde Aaron con una vocecita dulce.

Yo suelto una risita y Wayne me mira con rostro de circunstancias, lo que me saca una carcajada.

—Ayúdame —me pide—, no conozco ningún *Yoco*.

Suelto otra carcajada, pero esta vez me siguen él y mi hijo. Por unos segundos me burlo de él y a la vez me causa ternura que desee ganarse a mi hijo.

—*Pocoyo*, eso es lo que quiere decirte —le respondo.

Él asiente y busca en su móvil.

—Va a gastarte la batería —añado.

Alza sus hombros y me responde:

—No espero ninguna llamada importante y lo hago porque quiero.

Me remuevo incómoda y asiento, aceptando que hay cosas que no puedo recriminarle, no puedo ser injusta cuando solo desea complacer a Aaron, lo que lamentablemente su padre no hace.

Mi móvil suena, recordándome que no lo apagué como debía para ahorrar la batería, y en la pantalla se despliega el nombre de Derek Fleming.

«Y hablando del rey de Roma...», pienso. Respiro hondo, preparándome, y contesto:

—Derek...

—¿Amelia, están bien? —me pregunta desesperado—. No estoy en Boston, la noche que discutimos volé a Los Ángeles.

Suelto un bufido. Derek siempre huye, siempre es lo mismo con él y nunca va a cambiar porque hay solo una persona en la que piensa y esa es ÉL.

—Te fuiste sabiendo que venía una tormenta, que tu hijo cumplía años en unos días y no pensaste que quizás te necesitaríamos. Derek, de verdad no te entiendo y no quiero ya hacerlo —le reclamo y cruzo mi mirada con Wayne, que me observa serio mientras escucho a Derek maldecir.

—Por eso llevé los regalos ese día —me responde nervioso—, pero terminamos discutiendo y no te dije que me iba. Amelia, vamos, perdóname, esto también era importante.

Aprieto el puño molesta porque para Derek todo es más importante que su hijo. Es que, como diría Cassie, él solo ve por su trasero.

—Derek, el dinero no compra el amor de tu hijo. Puedes llenarlo de cosas materiales y todo lo que quieras, pero si no le das amor, ¿de qué sirve? ¿De verdad quieres ser ese tipo de padre? Tú que siempre dijiste que tus hijos estarían por encima de todo... —le digo molesta.

—¡No me jodas Amelia! No sabes porqué volé hasta aquí, cuando lo que quiero es estar con ustedes —me responde molesto—. Suena egoísta, pero quiero hacer las cosas bien por nosotros.

—¿Qué cosas, Derek? Por una puta vez, madura. Tienes un hijo y si vas a hacer algo, hazlo por él y deja de involucrarme de una maldita vez en tus excusas —le grito prácticamente—. Hablamos luego y no te preocupes, le daré un beso a nuestro hijo de tu parte. —Cuelgo sin dejarlo hablar.

Respiro hondo contando hasta diez, porque la rabia me carcome por dentro. No puedo creer que Derek quiera volver y formar una familia con nosotros, tomando este tipo de decisiones tan infantiles. Voy a terminar creyendo que nunca ha madurado.

—¿Estás bien? —Wayne me pregunta preocupado.

Asiento mirándolo a los ojos, pero dos golpes fuertes en la puerta me sobresaltan, haciéndome saltar en el sofá.

—Vaquero, abre, somos nosotros.

Wayne me da a Aaron, se levanta con ayuda de sus muletas para abrir la puerta y yo..., yo me quedo con el mal sabor de saber que el padre de mi hijo prefiere comprar su amor con regalos que estar presente en los momentos importantes de su vida.

Capítulo 11

Mi humor cambió después de la llamada de Derek, pero Wayne consigue sacarme una sonrisa con cada gesto que tiene conmigo y con Aaron. Sus compañeros vinieron cargados de madera, comida y un pastel para mi pequeño, pero así como llegaron, se fueron para atender cualquier emergencia que se presentara.

Estoy agradecida con cada uno de ellos, pero en especial con Vaquero por el detalle que han tenido. Sus acciones han hecho que el rato amargo que me ha hecho pasar Derek sea olvidado momentáneamente, y lo digo así porque, cuando lo vuelva a ver, estoy segura de que esta misma discusión saldrá de nuevo hasta herirnos.

Wayne y Aaron se comportan como si se conocieran desde siempre, su química me hace pensar que se conocieron en una vida pasada. Cassie me asegura que eso sucede, que por eso ella y yo nos queremos, que en otra vida tuvimos que ser hermanas, o madre e hija. Quizás eso sucede con ellos. Observarles jugar juntos es único, Wayne no permite que mi hijo se aburra ni un segundo, haciéndole reír con sus juegos, cuentos y gesto.

Yo contemplo todo desde la perspectiva perfecta que me da uno de los sillones que está frente a ellos dos, jugando delante de la chimenea y una de las ventanas. Por unos minutos, pierdo mi mirada en ella, viendo caer la nieve y cómo los copos se pegan al vidrio y se derriten. Por fracciones de segundos, mis pensamientos vuelan al pasado para preguntarme tantas incógnitas que aún rondan en mi cabeza y no tienen respuestas.

¿En qué momento Derek se convirtió en un hombre sin corazón? ¿En qué momento perdimos lo que teníamos? ¿Cuándo dejamos de ser felices?

Nos perdimos en un punto en donde yo luchaba por lo que teníamos, y él luchaba por su carrera. Dejamos de ser esos adolescentes enamorados para convertirnos en dos adultos infelices y heridos.

Reconozco que lo amaba, que me olvidé hasta de vivir mi vida por vivir la de él; yo vivía en base a su calendario, ajustándome a un itinerario de prácticas, de juegos y de descanso. Ahora me pregunta si lo amo... ¡Hasta yo misma me lo pregunto! ¿Lo amo?

No. Esa sería la respuesta. Por ahora, cada día me decepciona más y ya no queda nada de ese amor que nos unió. Tampoco queda nada del hombre del cual me enamoré, del hombre que solo pensaba en estudiar y terminar su carrera para ser firmado por algún equipo y formar una familia a mi lado. Queríamos una familia grande, de unos cinco o seis hijos; queríamos una casa grande para vivir todos, pero eso sí, con un patio trasero inmenso para jugar los domingos al fútbol americano. Pensábamos que cuando llegara el momento de retirarse, abriríamos un bar deportivo donde trabajaríamos codo a codo como iguales, compartiendo con nuestros hijos, y seríamos felices. En algún punto de todos esos planes nos perdimos, nos convertimos en esto, que no es más que las cenizas de un amor que se fue apagando con cada decepción.

Derek consiguió todo lo que soñó, nos casamos y empezamos la familia que queríamos él y yo. Solo importaba eso, tenernos el uno al otro, por eso acordamos esperar tener un bebé para cuando yo concluyera la carrera. Poco a poco la fama y el dinero nos fueron alejando, marcando una distancia que con el tiempo sería irrompible. Él dejó de estar presente en casa en cada fecha importante, en cada momento que lo necesité, y todo empeoró al llegar a su primer campeonato.

Hay estudios que dicen que las personas no saben gestionar la fama y el poder, y que en el proceso se van olvidando de aquello que los hacía felices, que los llenaba. Entonces, comienzan a sentirse vacíos, y es por eso que siempre están buscando algo más, pero nunca lo encuentran. Lo vemos a diario con las estrellas de Hollywood, pero los atletas se pierden también, aunque hasta ahora Derek no tiene ningún vicio dañino, al menos yo no tengo conocimiento de ninguno y espero que nunca lo tenga. Pero él descubrió, en algún momento, que recibía más atención femenina de la que estaba acostumbrado; mujeres dispuestas a cualquier cosa por acostarse con un jugador, sin pensar en que podían destruir una familia. Y lo sé, sucede también con hombres

normales que no tienen fama. Dicen que el hombre (generalizo, pero hay mujeres que también entran acá) por naturaleza es infiel, que a veces lo que tiene deja de satisfacerlo y busca algo diferente. Todo pasó en el entrenamiento de pretemporada, ellos iban a jugar para entrenar en otra ciudad y yo decidí darle una sorpresa. Recuerdo que volé emocionada hasta Filadelfia para darle la noticia de que íbamos a ser padres. Yo aún estaba ciega, pero algo me decía que estábamos llegando al final. Ya saben, ese sexto sentido que todos tenemos y sentimos, pero que yo quise ignorar en ese momento. Subí a la habitación, me sorprendí al escuchar gemidos a través de la puerta y hasta pensé que podría estar viendo porno.

¡Qué inocente fui!

Nerviosa, abrí la puerta de aquella habitación sin medir las consecuencias de lo que encontraría. Derek tenía sobre él a una hermosa rubia y los dos giraron sus rostro al escuchar mi alarido de dolor por la escena. Ese día mi corazón se rompió como un cristal en mil pedazos. Él se sorprendió de tal manera que casi la tira al suelo al levantarse de la cama. Yo sentí náuseas, asqueada, y salí corriendo de ahí destrozada. En el camino me encontré a sus amigos que me veían con rostros preocupados y lástima; ellos sabían lo que sucedía y por mucho que quisieran ayudarme o ayudarle a detenerme, no lo hicieron. Ese mismo día, Derek salió de mi vida y yo me quedé aquí con la cara en alto, sabiendo que hice todo lo que pude para hacerlo feliz.

—Amelia..., Amelia... —Wayne me llama con voz preocupada.

Yo despego mi mirada de la ventana y la llevo hasta él, y observo con una sonrisa que tiene de nuevo a Aaron dormido sobre su pecho.

—Disculpa, a veces me pierdo en mis pensamientos —le digo levantándome.

Wayne asiente, pero todavía me mira preocupado por mi comportamiento. ¿Por cuánto tiempo habré estado perdida en mis pensamientos?

—¿Estás bien? —me pregunta.

Me acerco y cargo a Aaron para que me transmita un poco de su calma, y le contesto en un pequeño monosílabo:

—Sí...

Acuesto a mi pequeño en el sofá cama y hago lo mismo a su lado, triste porque no pude darle el padre y la familia que se merece. De alguna forma me culpo a veces por lo que sucedió.

—Amelia... —Wayne me llama otra vez.

Yo me giro y me quedo observándolo. Él sonríe de esa manera que me desarma, no sé por qué, hago una mueca y él me dice con voz serena:

—A veces los padres no saben diferenciar que con dinero no se compra el amor de un hijo, pero Aaron tiene suerte porque te tiene a ti. No estés triste por eso, disfruta de tu hijo y de cada minuto que pasas a su lado. Derek es el que se pierde los momentos importantes y, cuando se dé cuenta de sus errores, será demasiado tarde.

Muerdo mi labio y asiento porque tiene razón en lo que dice, pero la Amelia masoquista quisiera que las cosas no fueran de esa manera. Cuando tienes un hijo, quieres todo para ellos y eso incluye una familia. No es que por ser madre soltera yo me sienta menos, pero sé que esa figura paterna hace falta en ciertos momentos de su vida.

—Gracias... —susurro.

Los tres dormimos la siesta en el salón, que por ahora es el lugar más caliente de toda la casa. Al despertar, le cantamos el cumpleaños feliz a Aaron con el pequeño pastel que trajeron sus compañeros, tomé algunas fotos y se las envié a Cassie con el mensaje:

«*Estamos bien y creo que este es el hombre más tierno del mundo.*»

Usé el *emoji* que tiene dos corazones en los ojos y ella solo respondió con un *LoL* y la lengua que está sola y afuera. Prendimos algunas velas y yo metí en el horno una lasaña precocinada que nos dejaron. Al estar lista, comimos entre risas, ya que Wayne me contó varias de sus anécdotas en los bomberos. Entre ellos se gastan bromas muy pesadas, la última que realizaron Hulk y él fue a uno de sus compañero que se comía el tarro entero de galletas: compraron una caja entera y en la crema le inyectaron picante, y cuando el pobre se comió la primera,

casi muere porque no soportaba el ardor; todos rieron por días. Yo no paré de reírme mientras mi hijo simplemente no se despegó de su nuevo mejor amigo.

Ahora Aaron duerme plácidamente en el sofá cama y yo estoy sentada en el rellano de la ventana, tomándome una taza de chocolate caliente que preparé para mantenerme ocupada. Wayne me imita haciendo lo mismo, sentado en el sofá con su pierna en alto. Me preocupa que por jugar todo el día con mi hijo no haya descansado como debe.

Quiero hablar con él. ¿Qué haces en una tormenta de nieve? Hablar, jugar, conocer a la persona que tienes a tu lado... Wayne es un libro abierto en cuanto a su profesión, pero de su vida personal no sé absolutamente nada y me pica la curiosidad.

—¿Eres soltero?

Wayne se atraganta con el chocolate caliente y yo me rio, por primera vez soy yo la que lo toma por sorpresa.

—Lo soy —responde y me pregunta—: ¿Y ese cambio de tema?

Alzo mis hombros y le contesto:

—Solo quiero conocerte y saber más de ti. —Él suelta una carcajada.

—¿Y tú lo eres? —me pregunta.

—Lo soy, por si te refieres legalmente..., mi divorcio salió cuando tenía seis meses de embarazo.

—Si me perdonas la indiscreción —me dice apenado—, ¿por qué se divorciaron?

Yo suelto un gemido. Tantas razones, tantas cosas, tantos desengaños...

—Lo de siempre, infidelidad —le respondo.

—¿Pero él no luchó por ti?

Me rio. Claro que luchó a su manera, pero ya estaba todo perdido. En algún momento, Derek dejó de buscarme y yo de llorar por nuestro matrimonio; además yo tenía mucho por lo cual luchar en ese momento.

—Lo hizo, pero cuando le pierdes el respeto a la persona que amas, es mejor terminar y continuar tu vida con la cara en alto —le respondo con nostalgia.

Wayne se levanta y se acerca torpemente con sus muletas a donde

estoy; se sienta a mi lado y me quita la taza que sostengo, colocándola en la mesa cercana. Toma mis manos enfundadas en guantes y los quita, acaricia la piel de mis manos con sus dedos y yo me estremezco. ¿Qué estoy sintiendo?, ¿conozco este sentimiento? Suspiro bajito cuando una de sus manos se acerca a mi rostro y su pulgar acaricia mis labios.

—Amelia...

—¿Sí?

—Me gustas —me dice en voz ronca.

Yo asiento, pero muerdo mi labio nerviosa; él toma mi mentón y delicadamente lo jala. Wayne acerca su rostro al mío y al fin me besa; su lengua irrumpe dentro de mi boca explorando cada rincón de ella, yo cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación de sus labios en los míos, atreviéndome a corresponderle con mi lengua y labios. Gemimos al mismo tiempo cuando el beso empieza a intensificarse, él aprieta fuerte mis mejillas, profundizando el beso que se vuelve exigente a cada minuto. Mis brazos vuelan a su cuello y mis dedos juegan a enterrarse en su cabello. Mi adrenalina se dispara y la sensación de tener mariposas en el estómago aparece, pero esta vez son millones volando dentro.

Como por arte de magia, las luces se encienden, lo sé porque el resplandor se refleja en mis párpados, y los dos rompemos el beso. Mantengo mis ojos cerrados con los pensamientos obnubilados, Wayne junta su frente con la mía y me susurra:

—Puedes huir cuando quieras, Amelia, pero este ha sido el beso más intenso de mi vida.

Sus palabras son órdenes, y yo me levanto confundida por el beso, por sus palabras y sus acciones. Wayne me toma de la cintura y me abraza a él, pegando su rostro de mi vientre, como si fuera algo normal, su calor me estremece y deja un beso casto que hace que me tambaleé.

—Amelia, no puedes huir de mí porque el destino, desde hace mucho tiempo, apuntaba a que esto debía suceder. No pienso desistir a lo que ya sentimos y tú tienes miedo a aceptar —me dice.

Me suelto de su agarre en silencio, pero antes de irme y tomar a Aaron, acaricio su rostro y él sonrío con ternura. Subo las escaleras

directo a mi habitación con un solo pensamiento en mente: Me besó...
Me besó...

Nota mental: Wayne Minter, cada día me confundes más.

Capítulo 12

01/18/2016

***M**e estoy volviendo loca con todo lo que siento, ¿puedes creerlo? Estoy confundida y no logro entender mis sentimientos. Esa parte no es rara, pero lo de volverme maniática sí. El beso de Vaquero me ha dejado en un estado que no logro comprender, porque nunca me había pasado lo mismo cuando Derek me besaba.*

Disculpa, lo sé, no debo comparar, pero es mi punto de referencia pues no he besado a otro hombre en toda mi vida.

Volvamos al beso, que estoy divagando y no voy directo al punto: el beso. Pues ese beso me subió al cielo en menos de un segundo y aún me encuentro en él. ¡Estoy en las nubes! ¡En la cima del mundo! Sus labios gruesos atraparon los míos y le exigieron que sucumbieran a ellos, y mi corazón sigue latiendo rápido por la adrenalina que corre a borbotones por mis venas. Wayne, de alguna manera, centra su atención en mí y no me permite conocerlo por completo, lo que me hace pensar que está ocultando algo. La magia del beso se rompió al llegar la energía eléctrica, como si en la oscuridad de mi salón él quisiera tratar de demostrarme algo.

Tengo que alejarme si no quiero problemas, pero mi corazón traicionero grita que sí los quiere.

¿Por qué no quiero problemas?

Dios, te juro que a veces quisiera que fuera como el Horrocrux de Voldemort y me contestaras alguna que otra palabra. ¡¿Viste que sí me estoy volviendo loca?! Ya quiero que un cuaderno me conteste y eso es estar deschavetada ya de la cabeza. Tengo que buscar la manera de salir corriendo... porque Wayne Minter me terminará de volver más loca de lo que ya estoy.

Tres meses tengo que esperar... Esto de compartir todo el día es solo por unos días mientras dura la tormenta.

Amelia, sí puedes. ¡Vamos que tú puedes! En una semana vuelves al trabajo y lo verás solo cuando regreses a casa, ten paciencia.

Pero me encantó el beso...

¿Qué hago?

Estoy desvariando... Esto es un síntoma de locura.

Amelia.

Cierro el cuaderno sintiéndome frustrada y resoplo cruzándome de brazos. ¿En serio ni escribir puedo?, ¿cómo voy a gestionar mis sentimientos? Me levanto de la silla y me acuesto en mi cama mirando el techo, y me pierdo en algunas manchas que tiene, le toca una mano de pintura.

¡Amelia, Amelia, Amelia, céntrate! Tienes suficientes problemas aún con Derek para buscarte otro más con Wayne. Vamos que tienes que mantener las distancias y no enamorarte; escuchaste bien: NO ENAMORARTE.

Paso la mañana ordenando las habitaciones que están vacías y pienso convertir una de estas en un posible consultorio o práctica privada, en la que pueda ejercer desde casa.

Ya está cayendo afuera la noche mientras estoy cocinando la cena para todos, porque me produce sentimientos encontrados el no hacerlo para Wayne, que no debería moverse de su cama. Él, por cierto, no ha salido de su habitación en todo el día y creo que está molesto conmigo porque salí corriendo anoche después del beso. No me voy a justificar por hacerlo, pero él mismo tiene la culpa por decirme que podía huir cuando quisiera, y eso hice, que conste que no me hago la inocente.

Yo lo llamo “huye por tu estabilidad mental”, aunque a mi

comportamiento otras personas lo llamarían COBARDÍA, pero no me importa lo que piensen los demás de mis locuras cuando tienen suficientes con las suyas.

La puerta trasera de la casa se abre y Cassie entra con cara de no haber dormido todos estos días, además de un horroroso chichón en su frente. Dejo de remover el espagueti y corro hasta donde está.

—¡Cristo, Cassie! —le digo asustada—. ¿Qué te sucedió?

Ella empieza a reírse histérica y yo me quedo mirándola asustada, señala su golpe y me contesta:

—Me resbalé con el vómito de un enfermo y pegué la frente con el borde de la camilla. —Su cara es de repulsión total.

Yo tapo mi boca para no reírme y ella me fulmina con la mirada; muestro mis manos en son de paz, pero finalmente sucumbo a la risa.

—Es muy gracioso —le digo riendo—. Lo siento.

Ella pone los ojos en blanco.

—¡Perra! —me contesta con una sonrisa—. ¿Cómo están?

Yo alzo los hombros y tomo un espagueti con el tenedor para probar si está al dente. «Estamos bien, pero no sé cómo contarte que Wayne me ha besado», respondo en mi mente.

—Normal. Pensé que iba a morir de frío y sin energía —contesto evadiendo el tema, pero Cassie suelta una risita.

—¿Y Vaquero? —me pregunta.

—¿Qué con él? —le respondo a la defensiva.

Me giro para verle y me encuentro que ella me observa con detenimiento hasta que en sus labios se forma una sonrisa. Escucho a Aaron reírse por el monitor y Cassie se levanta de su silla, camina hasta la puerta y me dice:

—Ya me has respondido la pregunta —se ríe—. Voy a darme un baño y regreso.

Muerdo mi labio y le grito:

—¡Deberías pensar en mudarte y pagar alquiler!

—¡Jódete! —me contesta riendo.

Termino con la pasta y estoy sirviendo los platos cuando el timbre suena, interrumpiéndome. ¿Pero no hay una tormenta? Me aprtesuro para abrir la puerta, de camino consigo a Cassie bañada y con Aaron en brazos con cara de susto al igual que yo. Abro y en el rellano están

cuatro compañeros de Vaquero sonriendo y cargando unas bolsas oscuras.

—Hola, Número dos —me saluda uno de ellos que apodan Buzz—. Le traemos algunas cosas a Vaquero para que esté más cómodo. ¿Podemos pasar?

Yo asiento y me aparto para dejarlos entrar, ellos se miran con complicidad y yo alzo una ceja, extrañada.

—Está en su habitación, ya saben dónde es —les digo.

Ellos asienten y se despiden camino a la habitación. Yo miro a Cassie y ella me sonríe, alzando sus hombros. Chasqueo la lengua y le digo que ya está lista la cena.

Al rato, estamos comiendo y escuchamos las carcajadas y los gritos de Vaquero muerto de risa.

—¿Lo estarán violando? —Cassie me pregunta.

Yo bufo y suelto el tenedor, molesta. ¿Pero qué se creen? Me levanto y me dirijo a la habitación, justo en el momento que ellos salen riéndose. Alzo una ceja y uno me dice:

—Ya lo dejamos cómodo. Si yo fuera tú, lo dejaría un rato así. —Me aprieta el hombro y se despide.

Cassie, con Aaron en brazos, me mira como si pensará lo mismo, que están locos. Me acerco a la habitación y toco dos veces:

—Pasen —contesta Wayne.

Abro la puerta y me congelo por lo que encuentro, y suelto una carcajada que hasta las lágrimas me salen solas. Cassie entra y hace lo mismo. Wayne está en cama atrapado en una pila de papel film. Sus compañeros lo envolvieron y lo único que se ve es su cabeza. Él empieza a reír con nosotras porque es una situación muy graciosa.

Me acerco riéndome y le pregunto:

—¿Esto va a ser así siempre?

Wayne suelta un resoplido que termina siendo una carcajada y yo me uno.

—Pues ya lo creo —me contesta.

Cassie suelta a Aaron y lo deja sentado en una silla mientras las dos lo ayudamos a quitarse todo el papel film. Ella no deja de reírse, pero yo me pongo nerviosa cuando empiezo a ver el desorden que han dejado. Al terminar, comienzo a recoger todo como loca y Wayne me

dice:

—Déjalo, yo lo hago.

Cassie suelta un bufido y le dice:

—Mejor déjala a ella, porque entró en el papel de Mónica.

Pongo los ojos en blanco, Wayne la mira con una sonrisa en los labios y yo, por desafiarle, tiro todo al piso y le digo:

—Vamos a comer.

Ella suelta una carcajada y yo salgo con mi hijo de la habitación. Me siento a comer cuando los dos llegan con todo el papel film hecho una bola. Cassie se lo quita y lo pone en una bolsa negra, y después le sirve un plato que pone justo a mi lado.

—A cenar... —dice con voz cantarina.

Wayne no me quita la mirada de encima mientras comemos. Al final todos terminamos riéndonos de la broma que le han gastado; él nos cuenta que no es más que una venganza por aquello de las galletas. Este hombre está lleno de sorpresas y yo muero por descubrirlas.

Nota mental: Amelia, te está gustando tenerle cerca.

Capítulo 13

WAYNE

Cuatro días después...

Camino cabizbajo y con el ánimo por el suelo después de salir del consultorio del doctor que me ha informado que estaré quince días más con la pierna inmovilizada, lo que significa que estaré fuera de acción por mucho más tiempo de lo que yo pensaba.

Debo caminar sólo sobre superficies planas y eso es lo único que me causa alegría de todo este accidente, ¿y por qué?, porque al fin pude ponerle rostro a mi amuleto de buena suerte. Esa semana que ocurrió el accidente fue un desastre, sucedieron miles de incidentes cuando acudí a los llamados los días previos. Amelia no era la que me hacía ir corriendo a salvar una vida, simplemente no estaba su voz revoloteando por alguna línea. Ella me da esa valentía de enfrentar todo por muy grande o pequeño que sea, y un ejemplo de ello es que en una tarea tan simple como bajar a un niño de un árbol, fallé.

No entiendo, la verdad que no, cómo me puede estar sucediendo esto con ella, porque nadie más me da esa calma, ni siquiera mi pobre madre. Mi compañero y mejor amigo, Chris, mil veces se burlaba de mí porque apostaba a que ella era fea. Pero no hay mujeres feas en este mundo; detrás de un patito feo, siempre hay un cisne por salir, pero era su voz la que me hacía imaginarme a la mujer más hermosa del mundo y no me equivoqué. Amelia es simplemente hermosa en todos los sentidos.

Cuando la vida que te rodea te aburre, buscas siempre ese algo más que te llene completamente como ser humano, pero nada lo logra, hasta que llega ella a llenarlo todo. No puedo negar que me llueven las

mujeres, que me he follado a un montón al salir de un bar y que he asistido a muchas citas a ciegas, pero ninguna llenaba las expectativas de lo que yo deseo. Siento que es aburrido hablar con una persona que no tiene nada dentro de su cabeza, una mujer vacía; solo ganaría un trofeo y no quiero eso para mí, no quiero que la mujer que esté a mi lado sea un ser vacío.

Hoy solo tengo una misión en mente cuando subo a mi Camaro, y arranco rumbo al banco donde Amelia tiene su deuda universitaria. Ella se había convertido antes en algo, pero ahora es la persona que más me importa en el mundo, mi pequeño amuleto, mi Número dos.

Aquella tarde cuando me tocó atender de nuevo al mismo niño que tiene complejo de gato, me provocó dejarlo arriba del árbol para que aprendiera una pequeña lección, pero no podía y yo estaba con un humor de perros porque la extrañaba. Una locura, ¿cierto? Extrañaba a alguien que no conocía.

Fui el primero en caer del árbol porque el mocoso no quería bajarse, el dolor atravesó mi pierna al enredarse en la escalera y fue el inicio de esta nueva tortura, pero luego ella llegó al hospital a verme y todo mejoró. Perdí el sentido de las palabras por segundos, porque Amelia es una chica con unos hermosos rasgos femeninos y ojos grandes de color avellana que enamoran; parecía un pequeño ratón asustado por la simple razón de visitarme. No me dejó conocerla por más de cinco minutos y salió corriendo, pero ese papel que encontró Hulk fue la solución para volverle a ver.

Los pocos días que tengo conviviendo a su lado he aprendido a conocerle; correr es un hábito cuando las situaciones la sobrepasan, morderse las uñas o los labios cuando está nerviosa, y ver lo tierna que es como madre me enamora. Ella es transparente en todo lo que hace y no me equivoqué al escogerla. Suena apresurado, pero no quiero seguir esperando porque cuando por fin consiga esas palabras de sus labios, no podré mantener las distancias.

Por ahora llevo grabado en mi mente el beso que le robé y también cómo ella reaccionó cuando se dejó llevar y correspondió a cada avance. Sé que le gusto, lo sé, yo estoy seguro de ello, pero también estoy al tanto de que esta situación la asusta, haciéndole correr en una dirección opuesta a mí. Mis amigos me llaman “loco” porque me estoy

metiendo con una mujer con un niño y un exmarido, pero me importan una mierda sus comentarios porque su hijo y ella me robaron el corazón.

En cuanto al padre, lo quiero conocer porque creo que es todo un bastardo como el mío, marcó a Amelia de tal manera que me hace pensar que tiene un miedo terrible de volverse a enamorar.

Estaciono a unas cuadras del banco y me bajo del auto. Estoy al tanto de que lo que estoy a punto de realizar es una locura y de que si ella se entera, me va a odiar; pero quiero ayudarle porque alguien que tiene vocación de servir y que es noble de corazón lo merece. Admiro ese altruismo que posee y la forma en la que ayuda a personas en situaciones en las que nadie quisiera estar. No todas las personas tienen esa virtud, pero ella lo hace porque, de alguna manera, siente que colabora con los héroes. Cuando me dijo eso, alcé una ceja impresionados por la palabra “héroes”.

Para mí eso está muy lejos de la realidad. Es verdad que arriesgamos nuestras vidas, pero como todo en la vida siempre hay algunas manzanas podridas.

Entro al banco y me recibe el gerente que ya me conoce. Tenía mucho tiempo sin venir y voy directo al punto:

—Quiero pagar el crédito de esta persona —le digo entregándole un de los avisos de pago.

El gerente me hace pasar y se desvive en atenciones. Es por esto que dejé Nueva Orleans y el negocio familiar, por personas falsas que creen que el dinero es todo en la vida. Yo heredé de mi padre una de las refinerías de petróleo más grande del país, la cual dejé en manos de mi primo. Ser el CEO de una empresa no era lo que quería, me mudé lejos de todo y todos. Mi padre debe estar revolcándose en la tumba, pero me da igual por lo mismo que le dijo Amelia a su ex, que el dinero no compra el amor.

Mi padre fue un hijo de puta que simplemente le importó más su empresa que su esposa e hijo, nunca estuvo en un cumpleaños o juego de béisbol, y mi madre lo cubría con excusas baratas que yo sabía que no eran más que mentiras. Ella sucumbió a las drogas y al alcohol, y murió de una sobredosis, o quizás se suicidó cansada de la vida de mierda que le daba mi padre. Este se alejó más sintiéndose culpable de

lo que había conseguido.

Al morir, el viejo me dejó todo y yo simplemente firmé un poder, dejé todo en manos de Noah, que es un hermano para mí. Una vez al año reviso todas las cuentas exhaustiva y minuciosamente, porque es el patrimonio de mis futuros hijos y los que me gustaría tener con ella.

El gerente me habla, sacándome de mis pensamientos, me entrega unos papeles que leo detenidamente y firmo conforme. Amelia está libre legalmente del pago de sus créditos y, de ahora en adelante, podrá vivir tranquila.

Salgo del banco y subo a mi auto, manejando directo a la casa algo asustado, quiero compartir con ella y su hijo todo lo que tengo, no quiero que piense que soy igual que su exesposo y, por primera vez, experimento esta ansiedad que me mata. Amelia es la mujer con la cual quisiera pasar el resto de mi vida. Yo quiero todo de ella, pero principalmente: quiero que confíe en mí y que se enamore de mí; quiero probar su piel y escucharla gemir mi nombre, y la quiero a ella durmiendo a mi lado el resto de mis días. Quiero que sea mía, aunque sé que es una locura porque nadie le pertenece a otro ser vivo. Simplemente la quiero a ella.

Me bajo en la famosa pastelería que Cassie nombró y compro unos dulce para compartir con todos, como la pequeña familia que siento que estoy formando a su lado. Manejo a casa pensando en proponerle pasar la noche hablando, sentados frente la chimenea con una taza de café caliente. Llego y me bajo con la bolsa, entro por la puerta trasera y me detengo. La rabia empieza a bullir dentro de mí porque veo a Amelia en los brazos de otro hombre...

Amelia en los brazos de él.

Capítulo 14

—¡Suéltame! —le grito a Derek, rompiendo el beso que me ha robado.

Me paralizó al ver a Wayne sorprendido y clavado en la puerta ante la escena que protagonizó con mi exmarido. Derek me suelta y se pasa la mano nervioso por el cabello mientras mira a Wayne con rabia.

—¿Quién es este, Amelia? —me pregunta señalando a Wayne—. ¿Es él que te estás follando?

La rabia me sobrepasa y le atravieso la cara con una cachetada. Derek me mira alucinado porque nunca me había atrevido a levantarle la mano. Wayne se pone a mi lado y aprieta mis hombros en señal de que, diga lo que diga, él me apoyará.

—Derek, te voy a pedir que salgas de mi casa —le digo.

—Amelia, respóndeme, ¿quién carajos es este tipo? —Derek me pregunta apretando su mandíbula.

Bufo molesta y Derek solo me fulmina con la mirada. Me cruzo de brazos porque no pienso responderle nada, no tengo que darle ningún tipo de explicaciones. Voy a decirle que puede irse por donde ha venido cuando Wayne me interrumpe diciéndole:

—Wayne Minter, el novio de Amelia. —Le tiende su mano y su voz es segura.

Yo asiento cuando Derek vuelca de nuevo su atención en mí y se le transfigura el rostro por mi afirmación; comienza a caminar de un lado a otro frustrado, porque hoy de nuevo me ha pedido volver. Giro mi rostro para observar a Wayne que me regala una sonrisa, y lleva su dedo a la boca pidiéndome silencio. Yo asiento porque no pienso desmentirlo.

—Te voy a pedir que hagas caso a lo que te acaba pedir Amelia y salgas de la casa —Wayne le pide a Derek con voz tranquila.

Derek suelta un resoplido y le contesta:

—¿Estás bromeando? Esta es mi casa —le dice señalando todo—.

Amelia vive aquí porque es la madre de mi hijo y ya, pero esta es mi casa.

Yo aprieto mis puños molesta y pierdo los papeles de nuevo por el cinismo de mi exesposo. Esta casa no es de él ni porque quiera, los papeles tienen mi nombre.

—¿Tu casa?, ¿tu casa? —grito y suelto un resoplido—. Está dejó de ser tu casa desde el mismo momento que dejé de ser tu esposa, desde el mismo momento que preferiste montarte a cuanta perra se te atravesaba mientras yo te esperaba como una idiota aquí. Te queda inmensa la palabra “hijo” cuando eres incapaz de darle amor y solo le das regalos materiales. Es ridículo que vengas a pedirme volver contigo cuando eres un maldito ególatra que no piensa más allá de su maldito trasero.

Derek me observa alucinado porque nunca me ha visto así. Suelo ser comedida y bastante pausada al decir lo que siento, pero ya ha rebasado mi paciencia y no pienso tolerar más esto. Me suelto del agarre de Wayne y camino hasta la puerta, la abro y señalo hacia afuera.

—¿Te has vuelto loca? —Derek me pregunta.

—Vete, Derek. Vete antes que pierda el poco respeto que me queda por ti y te diga unas cuantas verdades que sé que no estás preparado para oír.

—Ya la oíste, y si no sales, voy a tener que llamar a la policía —Wayne agrega.

Derek camina y sale de la casa, se gira en el rellano con el rostro apenado y creo con algún que otro rastro de arrepentimiento.

—¿Qué nos sucedió? —me pregunta con rabia.

Muerdo mi labio y le respondo bastante dolida:

—Decidiste dejarme ir. —Tiro la puerta, trancándola en su nariz.

Me quedo de pie frente a esta y me abrazo tratando de calmarme; mi cuerpo empieza a convulsionar, y las lágrimas, a salir solas. No entiendo a qué viene ahora la actitud de Derek, pidiendo perdón y rogando volver, pero no puedo regresar con alguien que destruyó toda mi vida en un solo día.

Wayne se acerca y me abraza, y yo clavo mi rostro en su pecho para llorar hasta que me siento tranquila y calmada.

—¿Estás bien? —me pregunta, dejando un beso en mi cabello.

Yo asiento y me separo de él; veo su anorak manchado con rímel y me siento terrible por haberlo hecho.

—Yo te lo pago — le digo, señalándolo.

Él mira hacia donde señalé y alza sus hombros mientras sus manos van hacia mi rostro. Yo me separó enseguida, poniendo un poco de distancia entre los dos, camino hasta la nevera y saco un botellín de agua. Mis manos aún tiemblan de la rabia e indignación, le doy la espalda porque me avergüenza que me vean llorar desde que soy una niña.

—Amelia —me llama con voz preocupada.

—Wayne, déjame tranquila, por favor... —le pido.

—No —me dice con voz molesta—. No puedo dejarte tranquila porque me preocupa cómo estás.

Suspiro cansada por todo. Mi vida era tranquila, pero ahora tengo dos preocupaciones en mi mente que sumados a mis problemas ordinarios, puede ser una bomba de tiempo. Una es Derek y sus constantes intentos de querer volver conmigo, la otra es Wayne y todo lo que empiezo a sentir en mi interior.

—Eso no importa, por favor... —le digo cansada.

Lo escucho acercarse, me gira y yo escondo mi mirada en su pecho; él me toma del mentón y me dice con voz ronca:

—No me pidas que me aleje cuando no puedo hacerlo. —Me sujeta el rostro con sus manos y, con sus pulgares, borra mis lágrimas—. ¿Qué sucedió?

Suspiro bajito por el poder de sus palabras, porque, aunque quiero alejarme, sé que solo él puede calmarme. Mi Vaquero viene al rescate para hacerme ver que todo saldrá bien.

—Derek quiere volver conmigo, pero no quiere aceptar que lo dejé de amar —le respondo como una ametralladora.

Wayne besa mi frente y me pregunta:

—¿Y Aaron?

—Se lo llevó Cassie cuando empezaron los gritos. Llevamos unas cuantas horas discutiendo —le contesto.

Wayne suelta una maldición y me jala de la mano, observo que no tiene las muletas, aunque aún camina torpemente porque tiene una de

esas botas que inmovilizan las piernas. Llegamos al sofá, se sienta y me jala sentándome en sus piernas, pero por supuesto yo trato de levantarme y él me lo impide, abrazándome fuerte por la cintura.

¡Cristo, pero que terco!

—Ahora cuéntame —me dice y yo alzo una ceja, mientras él esboza una sonrisa.

¡Dios, esos hoyuelos!

—¿Tengo qué contarte sentada en tus piernas? —le pregunto con sorna.

Wayne intensifica su sonrisa y sus ojos grises brillan con malicia, su nariz juga con la mía y deja un beso tierno en ella.

—Es la única manera que no huyas de mí —responde muerto de risa.

Me cruzo de brazos y resoplo, porque me siento como una niña pequeña que está por contarle lo que le sucedió en el colegio a su padre.

—Yo no soy buena en eso de contar mis cosas, así que no sé por dónde empezar —le digo.

Aprieta mi nariz y me dice:

—No puedo creerlo porque eres la persona más transparente del mundo y demuestras los que sientes con cada gesto.

Muerdo mi labio y Wayne se queda mirándolo por unos minutos, lo jala delicadamente con su pulgar hasta que lo suelto.

—Amelia, no muerdas tus labios o tus uñas. Deja los nervios porque puedes confiar en mí —me dice—, o tendré que pensar qué hacer cuando lo hagas. Por ahora solo se me ocurre besarte.

Yo me sonrojo y él suelta una carcajada ronca, llenando mi espacio. La sola presencia de Vaquero a mi alrededor llena todos esos espacios a los cuales que a veces siento que les falta algo. Desde que llegó a casa, me encanta verle jugar junto Aaron o simplemente tenerlo cerca mientras nos observamos en silencio.

—Me gustas Amelia, y quiero hacer las cosas bien porque te respeto como mujer. También quiero saber todo y deseo que me lo digas ahora, por favor.

Yo asiento, aceptando su petición, y las palabras salen solas de mi boca al contarle mi historia con Derek desde el inicio hasta el final; no omito nada, liberándome por primera vez de esas sensaciones de

opresión que me hacían sentir cada nueva decepción. Wayne escucha atento mis palabras y pone especial atención cuando le digo lo que siento con este regreso tan imprevisto de Derek, le explico que no puedo volver con él y menos cayendo en la manipulación de que me quitará a mi hijo; volvió a nuestras vidas creyendo que yo correría a sus brazos, pero se equivocó porque no quiero que vuelva, ya no siento nada por él, porque hasta el respeto lo he perdido y solo me une a él nuestro hijo Aaron.

Me duele, claro que me duele, porque todas las rupturas siempre terminan dejando una cicatriz en tu vida; me parte el alma su actitud porque Derek, en algún momento de mi vida, también fue mi mejor amigo, pero hasta eso lo perdimos en el proceso de terminar todo lo que nos unía.

Por primera vez en tres años, siento que vuelvo a ser la chica que dejé de ser por él, aunque aún tengo miles de problemas que resolver. Ya he aceptado ser feliz con el simple hecho de ser madre de un niño maravilloso, porque la felicidad no necesariamente se consigue al lado de un hombre y muchas veces las mujeres cometemos ese error.

Derek fue parte mi vida y parece mentira que hayan pasado tantos años. Cuando logré irme de su lado, convertida en pedazos de lo que era, lloré, lloré mucho. Lo amaba, claro que lo amaba, pero la primera desilusión siempre es la más dura, unido a que era el padre de la vida que llevaba en mi vientre. En aquel momento era un saco de llanto, yo estaba sintiendo que mi vida se desquebrajaba y que no podía continuar, pero la vida da muchísimas vueltas y toma muchos caminos, ahora estoy aquí, de nuevo siendo una mujer fuerte y con ganas de luchar.

Wayne silba cuando termino y acaricia mi rostro tiernamente, y yo acaricio mi mejilla contra la palma de su mano, correspondiendo al gesto.

—Cristo, pequeña... Tu ex es todo un bastardo —me dice apretando los dientes.

—Derek es y fue muchas cosas, pero el hombre que salió por la puerta no es ni la sombra del hombre que amé —le respondo.

Él acerca su rostro al mío, pegando nuestras frentes, y se me escapa un suspiro porque no sé qué estoy empezando a sentir por Wayne. No

quiero ponerle un nombre porque sería aceptar que este hombre se está metiendo en cada fibra de mí ser.

—Amelia, ¿crees que puedes volver a amar? —me pregunta con voz ronca.

Yo muerdo mi labio nerviosa por primera vez en mucho tiempo. No tengo respuestas para esa pregunta.

—Solo bésame —le pido.

Wayne lo hace primero lento y tímido, roza sus labios con los míos y yo me siento morir como la primera vez que sentí sus labios. Cierro mis ojos, dejándome llevar por su pasión cuando el beso se pone más intenso y por el amor.

¿Y amor?

No quiero apresurar esto, pero cuando estoy cerca de Wayne me cuesta respirar, pensar y hablar. Yo he esperado esto toda mi vida y creo que lo he encontrado, por eso no quiero tener miedo.

Wayne adentra su lengua dentro de mi boca y yo me entrego a este beso dejándome volar libre, sintiendo todas las sensaciones que despiertan sus labios sobre los míos. Su barba me raspa haciéndome sonreír, mientras él lame mis labios y los muerde. Yo juego con su lengua, tentándolo con la mía, y la chupo en un gesto de atrevimiento. Cada segundo voy sintiendo como mi sexo se humedece y se me escapa un gemido cuando su mano baja y atrapa uno de mis pechos a través de la camiseta. Wayne deja escapar un sonido gutural de su garganta. Rompemos el beso luego de un rato y respiramos entrecortadamente; él pega su frente de la mía sonriendo y yo correspondo con una sonrisa, acariciando sus mejilla.

—No quiero correr contigo y tampoco quiero ir lento. Simplemente quiero que esto evolucione solo y a nuestro tiempo, porque el tiempo es nuestro —me dice, haciéndome suspirar.

—¿Y qué es esto? —le pregunto.

Wayne esboza una sonrisa y ahí están esos hoyuelos que me enamoran, sus pequeñas arrugas alrededor de sus ojos. Su nariz acaricia la mía.

—Esto es amar de nuevo, es amor y quiero que lo sientas, Amelia. Porque el amor es como entrar al fuego: te enciende y te hace feliz. Amar es entrar en las llamas y dejar que no se apaguen, que no te

consuman, porque para vivir solo tienes que avivarlas y ser feliz.

Muerdo mi labio.

—Pero qué es... —repito.

Wayne se ríe y ahora es mi segundo sonido favorito, luego de la risa de mi hijo.

—El inicio de una relación. No quiero que creas que con esto voy a exigir algo más. Yo seguiré respetándote y esperando que des los pasos iniciales, como ahorita. Yo quiero algo que dure para siempre y eso no se construye en un día.

Suspiro por sus palabras, pero la puerta se abre y Cassie entra hablando como una loca:

—Amelia, espero que el patán de Derek se larga... rá... —Cassie no termina la frase y se queda observándonos con una sonrisa. Yo me levanto sonrojada y ella pone los ojos en blanco—. Me llevo a Aaron, que está hecho caca. Sigán en los suyos —nos dice.

Wayne suelta una carcajada mientras tomo uno de los cojines y se lo tiro. La perra de Cassie pone música a todo volumen y reconozco la canción *Just a kiss* de Lady Antebellum.

Wayne me jala de nuevo y me besa, mientras en mi mente ronda esa oración: “El inicio de una relación”. Sus palabras sobre el amor son las más románticas que he escuchado en mi vida. ¿Seremos capaces de lograrlo? Eso es lo que espero con todo mi corazón, pero solo el tiempo lo dirá y, por ahora, estoy dispuesta a intentarlo.

Sin embargo, el recuerdo de Derek y sus amenazas de quitarme a Aaron me asustan. Sé que solo son pequeñas manipulaciones para que acepte sus deseos y no tengo nada que temer. Me entrego al beso olvidando lo malo y entrando a las llamas de esto que empieza a encenderse, solo espero no ser consumidas por ellas.

Capítulo 15

La convivencia con Wayne está fluyendo sola y nos estamos acostumbrando a estar cerca el uno del otro. Cuando estoy en el trabajo, solo pienso en volver a casa y sentarme junto a él en el sofá por horas y conversar de nuestras vidas, aunque sacarle algo sobre su vida antes de llegar a Boston es como estrellarse contra una pared.

No me da miedo qué pueda encontrar cuando finalmente abra su corazón, pero sí que eso pueda ser el detonante de una discusión porque, por ahora, yo no estoy preparada para una. Estamos en esa etapa de la relación en la que todo gira en torno a conocerse, besarse y alguna que otra caricia atrevida.

Cassie se burla porque no hemos pasado de segunda base, porque parecemos dos adolescentes enamorándose, pero con Vaquero todo es diferente y me gusta que vayamos lento, sorprendiéndonos el uno al otro con cada avance que damos. Ante los ojos de cualquier persona somos una pareja normal, porque él ahora ha asumido el papel de... de..., pues no digamos que de esposo, para darle un nombre, porque no sé qué nombre darle. Wayne cuida de Aaron mientras estoy en el trabajo, se lo lleva con él a la estación y en mis días libres salimos al parque con el pequeño a jugar o compartir en familia.

Me encanta cocinar para ellos o encontrar que él me ha guardado la cena en el microondas, me gusta hacer planes de construir al fin el jardín que tanto he soñado para primavera, me gusta la idea de viajar juntos y quizás algún día, cuando estemos seguros de todo, casarnos, aunque siempre me recalca:

—Cuando tú estés segura de que yo soy la persona con la cual quieres compartir tu vida, podemos casarnos, Amelia.

Mi madre ha llamado una que otra vez y, cuando intenté explicarle mi relación con Wayne, solo escuché gritos de reclamos por no aceptar la propuesta de Derek; la dejé hablar e ignoré cada una de las razones

que me daba para reconstruir una relación que ya no existe. Por supuesto que mi madre no entiende mis razones y nunca va a escucharlas, así que me limito a no hacerle caso e ignorarla. Prometió que volvería antes de mi cumpleaños, pero como sé muy bien que nunca es capaz de cumplir sus promesas, no me ilusiono.

Mi trabajo va igual que siempre, nunca me contactaron de la práctica privada y le he propuesto a Vaquero que cuando su pierna se recupere y pueda moverse con mayor facilidad, me ayude a convertir la habitación de abajo en un despacho; porque luego de su propuesta de vivir bajo el mismo techo, no me pareció una locura, así que estamos construyendo una relación con miras a un futuro. Junto a él mi vida fluye tranquila, es como si su lugar fuera a mi lado. Mary se siente feliz de que todo fluya bien entre nosotros y Andrew, por su parte, hizo el papel de padre cuando un día fue a buscarme a uno de los turnos. Al siguiente día me dijo:

—Me gusta. —Sonrió y yo me sentí feliz de que aprobara mi relación.

Ahora siento que mi vida tiene otro color, que todo cambia de tonalidad cuando estoy cerca de él y mi hijo; la misma calma que sentía al escuchar su voz, la siento cuando le tengo cerca. Mi mundo está cambiando y no para mal, sino más bien todo lo contrario, yo misma me he percatado de que ahora tengo un poco más de seguridad y que estoy tranquila ante las expectativas al futuro. Ya no me mata la ansiedad de saber si las cosas saldrán bien o mal, porque dejo que todo fluya y pase lo que tenga que pasar.

Sin embargo, en ese camino de encontrar una nueva Amelia y de ser feliz, hay cosas que siempre tientan mi inseguridad. Ayer tuve una nueva discusión con Derek y esta vez fuimos más allá de decirnos cosas suaves. Por primera vez dijimos lo que sentíamos y él demostró su frustración al ver que cada día pierde la oportunidad de recuperarme. Yo le pedí que se alejara y que solo estuviera pendiente de lo único que nos une, que es Aaron.

Salió de la casa hecho un toro de Miura, amenazándome con que me iba a sacar de la casa y quitar a mi hijo, lo que luego hablé con mi antiguo abogado y muy amablemente me explicó que no podía hacerlo, porque al divorciarnos la casa paso a ser mía y él cedió todos los derechos. En cuanto la custodia de nuestro hijo, luego de la última

reseña donde se le acusa de uso esteroides y está punto de perder su carrera por ese estúpido error, ningún juez le cedería la custodia.

Hoy estamos en casa celebrando el cumpleaños número veintiséis de Cassie, nos reunimos todos en una pequeña celebración sorpresa a la que se unió Chris, el mejor amigo de Wayne. Le dije por teléfono a Cassie que tenía que venir corriendo en cuanto saliera del hospital porque me estaba muriendo con resfriado y necesitaba de su ayuda. Aceptó a regañadientes, preguntándome si no recordaba qué día era hoy y le respondí, fingiendo una voz moribunda, que no recordaba ni cómo me llamaba. Ahora aquí estamos, escondidos en el salón a oscuras.

—¡Amelia, Amelia! —Cassie grita mi nombre y yo le tapo la boquita a Aaron antes de que empiece a gritar “Tita”—. Jodida mujer, tanto amor y el tío sale corriendo cuando se enferma —dice molesta abriendo la puerta.

—¡Sorpresa! —gritamos todos cuando Wayne enciende la luz.

Cassie salta asustada y se tropieza con la mesa, cayendo de bruces contra el suelo; todo sucede en cámara lenta y ni me doy cuenta cuando Chris llega a su lado para ayudarle.

—¡Joder! —solloza, sobándose la cabeza.

Yo corro entre asustada y divertida porque mi mejor amiga tiene una pequeña adicción a rodar por los suelos

—¡Cassie! —le llamo riendo mientras Wayne y Chris la levantan. Ella me fulmina con la mirada y yo me lanzo a sus brazos y le digo—: ¡Feliz cumpleaños, loca!

—¡Gracias! —me dice emocionada, pero al abrazarme me susurra—: La próxima vez que intentes sorprenderme, no invites a Hulk.

Yo me sorprendo, pero ignoro lo que me dice mientras uno a uno de los invitados la felicitan. Pocos, pero importantes para Cassie, hacemos de este día especial para ella entre risas, regalos y alguna que otra broma gastada luego de su gran entrada. Wayne le dice en una:

—¡Oye, Cassie!

—¡Ajá! —responde tragando un bocado de su pastel.

—Me debes eso de pensar que huyo cuando Amelia se enferma —le dice con una sonrisa.

Mi amiga se sonroja mientras todos nos reímos, Chris se acerca y ella

se levanta de su silla huyendo de él. Todos, incluyendo Wayne, nos observamos por su reacción, porque conozco a Cassie como si la hubiese parido, sé que lo hace evitando enamorarse de este hombretón que besa hasta el piso que ella pisa. Hoy más que nunca me siento afortunada de encontrarme de nuevo y ser yo misma.

Nota mental: Ahora toca ser feliz, porque toca, ¿no?

Capítulo 16

02/13/2016

***H**oy escribo con un fondo muy romántico, Sinatra cantando *My funny Valentine*, porque me siento enamorada y completa. Las mujeres nos ponemos ñoñas cuando llega esta fecha, nos encanta que nos llenen de detalles la vida y mañana tendremos nuestra primera cita formal fuera de la casa. Estoy llena de expectativas y emocionada por esta nueva experiencia que viviremos, nuestras citas han sido pequeñas cenas románticas en casa o compartir charlas sentados frente a la chimenea.*

Mi vaquero es un hombre detallista y lleno de sorpresas, cada día me sorprende con algo diferente: flores, chocolates, cocinar una cena o masajear mis pies cuando nos sentamos en el sofá. Vamos lento, pero construyendo una relación segura y con hermosos recuerdos, por eso cuando me pidió ser su pareja para este San Valentín, me entregó una caja de bombones y una tarjeta que decía: “¿Quieres ser mi enamorada?”

Yo me derretí de amor y acepté encantada. No quiero hacer comparaciones ni caer en quién es mejor o quién no, pero con Derek nunca fue así, pocas fueron las veces que compartimos momentos especiales, y mucho menos él tenía pequeños detalles que hicieran crecer el amor.

Wayne es completamente diferente en todo y hasta con Aaron se comporta como un amigo y cómplice. Se nota que lo quiere y que desea su bienestar, muy diferente a su propio padre que no hace más que traerme problemas.

Con cada momento que vivimos hace que esa llama de amor se avive más dentro de mi corazón, enamorándome de él y de su belleza interior, porque es amor, ¿no? Sí, lo es, estoy segura de que podemos

llegar a construir algo hermoso. Me enamoré de sus hoyuelos al sonreír, de su manera de ser posesivo y decidido, de cómo cuida de Aaron, de cada detalle que tiene para hacernos felices. Sé que aún me oculta cosas, todo aquello que tenga que ver con Nueva Orleans, él salta el tema y lo cambia para no hablar. Tengo paciencia porque sé que para muchas personas es difícil contar lo que les hace daño, lo dice la voz de la experiencia.

Simplemente siento que mi vida es otra después de la llegada de Wayne a casa.

Por supuesto te seguiré contándote, querido amigo, ya que sabes que para mí es imposible no escribir en tus páginas.

*Con cariño,
Amelia*

Día de San Valentín...

Cassie termina de maquillarme y yo me giro para verme en el espejo, porque con ella nunca se sabe. Me asusto un poco al no reconocer a la chica que tengo frente a mí. Yo soy el tipo de mujer que siempre lleva el rostro sin nada de maquillaje, pero esta vez mi amiga se ha esforzado y me ha puesto un poco de base, polvo, rubor y ha delineado mis ojos haciéndolos ver más grandes; el labial rojo no me gusta mucho, pero me dejo llevar por la ocasión.

—Estás hermosa, amiga —me dice emocionada.

Yo esbozo una sonrisa, pero con la mente en que puede que el rojo no sea una buena idea.

—¿El rojo no será mucho? —le pregunto.

—¡Qué va! —me dice sacando mi vestido negro del gancho—. Esta noche se acaba la sequía, amiga.

Pongo los ojos en blanco porque mi amiga solo piensa en follar, a veces creo que piensa que el sexo es la solución de todos los problemas. Me levanto y le arranco el vestido de las manos, no de manera molesta, aunque le hago creer que lo estoy.

—¿Tú solo piensas en sexo? —le pregunto.

Ella suelta una carcajada y me responde:

—Amelia, pareces una monja, por eso quiero que sepas que el sexo no es malo y hay que disfrutarlo. ¿Que si tengo sexo con uno hoy y con otro después? —Alza sus hombros—. Yo no nací enamorada de la vida como tú. Algún día llegará mi príncipe y si no, pues seguiré besando sapos. Para tus críos seré la tía rica, bella y soltera.

Suelto una carcajada. Por discursos como estos terminaré pensando que mi mejor amiga está loca y de atar, pero no se me olvida lo tierno y lo loco que está Chris por ella.

—¿Y Hulk? —le pregunto.

—Una noche de copas y loca, pero hasta ahí. Salí corriendo cuando en la mañana me dijo que lo habían enamorado mis ojos al verme por primera vez, que me quería en su cama. —Alza los hombros—. No soy de las que se enamoran de buenas a primera como él pretende.

—¡Cristo, Cassandra! Estás de psicólogo, ¿lo sabías? —le digo riendo.

Ella se ríe mientras sube mi cremallera, me da vuelta y pone un mechón rebelde del pequeño semirecogido que me ha realizado en el cabello.

—Por eso, mi querida Watson, es que te tengo de amiga, porque tú calmas mi locura.

Esta vez me río y me subo a mis zapatos de salón negros, me doy una última mirada en el espejo y sonrío porque hace años que no me arreglaba para una cita o cualquier ocasión. Me siento como un patito feo convertido en cisne. El vestido que escogimos esta noche es de color negro con un toque de transparencias que cubren mis brazos y el escote, dándome un look elegante y atrevido; según Cassie es el último grito de la moda, pero estoy acostumbrada a ir por la vida en jeans, unas zapatillas Converse y camisetas.

¡Voy a pasar frío, pero no me importa!

Me veo por última vez y asiento, aprobando cómo me veo. Me siento hermosa y quiero que Wayne me vea de la misma forma. Me giro y sonrío a Cassie que me mira con otra sonrisa emocionada; muerdo mi labio recordando que esta noche debe cuidar a Aaron y a veces me da miedo dejarlos solos a los dos, porque nunca sé quién cuida a quién; ella es una niña en el cuerpo de una mujer.

—Cassie...

—Hmmm... —responde.

—No vayas a darle dulce o café a Aaron. Me da terror a veces que lo cuides porque no sé qué voy a encontrarme.

Ella suelta una carcajada.

—¡Ay, por Dios! —me dice riendo y agrega—: Cualquiera que te escuche pensará que soy una loca.

—¡Yo lo creo! —le contesto.

Ella me fulmina con la mirada y salimos de la habitación entre risas, pasamos por la habitación de mi hijo a despedirme y él me dice: “mami bella”. Solo eso basta para sentirme así, bella. Al llegar al salón encontramos a Wayne sentado en el sofá porque aún lleva la bota, pero ha dejado atrás las muletas. Al sentir nuestros pasos, se levanta y yo me quedo sin respiración por lo guapo que está, vestido con un pantalón de vestir negro, una camisa blanca y una chaqueta de cuero negro.

Él se acerca y me toma de la cintura para darme un beso casto en los labios; mis piernas tiemblan y flaquean cuando en su rostro se dibuja una sonrisa, porque me hace sentir que mi mundo es otro a su lado.

—¿Lista? —me pregunta.

Asiento asustada y con el corazón latiendo a mil por hora; él me acompaña a la puerta y toma del perchero nuestros abrigos, caballerosamente me ayuda a ponerme el mío y la bufanda. Me sonrojo cuando aprieta mi nariz al terminar. Se pone su abrigo y abre la puerta, pero, antes de trancarla, escuchamos a Cassie decirnos en tono burlón:

—Si van a hacerlo, usen el gorrito, que aún es pronto para un hermanito para Aaron.

Wayne suelta una carcajada y yo la aguanto. ¿Qué hago con ella?, ¿amarla o ahorcarla? Mejor la amo, que si la mato, me meto en problemas.

Llegamos al auto y él me abre la puerta haciendo alarde de su educación como caballero y ayudándome hasta subir, bordea el auto y yo lo sigo a cada paso, admirando al hombre que tengo a mi lado; sube y toma mi mano enfunda en un guante que me quita de forma delicada para dejar un beso casto en la palma.

—Estás hermosa... —me dice con voz ronca.

Yo me sonrojo porque si él que cree que estoy hermosa, no sabe cómo está él de guapo esta noche, parece un modelo de un catálogo o un actor.

—Tú estás guapísimo —le respondo.

Él suelta una carcajada mientras enciende el auto y por los altavoces empieza a sonar *Sleeping at Last* con *Turning Page*. Me encanta esa canción y el grupo, a veces pienso que está atento a cada detalle, para cuando estemos juntos hacerme sentir bien.

—¿Sabías que es uno de mis grupos favoritos? —le pregunto.

Él me mira un segundo y asiente con una sonrisa, sus hoyuelos se marcan hoy más que nunca porque se ha despojado de la barba espesa que tuvo por días.

—Lo sé, siempre te consigo escuchando alguna canción y a mí también me gustan mucho —me responde, confirmándome lo que ya suponía.

—Ya tenemos algo en común... —le respondo.

¡Que ñoña soy!

Nota metal: Comportarme con una adulta.

—Pensé que teníamos todo en común —me contesta.

Me giro a verlo y él toma mi mano posándola en su muslo. Yo empiezo a trazar círculos en él porque estoy un mar de nerviosa y sé que me ha tomado de la mano para evitar que masacre la manicura que con esmero Cassie me ha hecho.

—¿Qué otra cosa tenemos en común? —le pregunto.

—Que nos estamos enamorando, que queremos a Aaron, que nos gusta sentarnos en las noches frente a la chimenea para conversar, que me muero por tus labios y tú por los míos.

—Wayne... —susurro su nombre sonrojada y un poquito obnubilada por sus palabras.

—Amelia, sé que te asusta lo rápido que vamos y todo lo que conlleva esta relación, pero te prometo que lo menos que quiero es lastimarte. Así cómo te pedí que fueras mi enamorada, hoy quiero que seas mi enamorada por siempre.

Suspiro bajito, mi enamorado por siempre, ¿por qué Vaquero sabe cómo desarmarme?

Nos quedamos en silencio por todo el camino, en algún momento suena *Love Me Like You Do* en la voz de Ellie Goulding.

—Te la dedico —me dice.

—Gracias —le respondo mientras él lleva mi mano de nuevo a sus labios para dejar un beso.

Llegó el momento de dejar que alguien me ame así bonito y sincero. Wayne Minter, no sé qué le haces a mi corazón, pero creo que esto es amor del bueno.

Capítulo 17

Wayne estaciona el auto frente a un hermoso edificio histórico, y yo reconozco el barrio desde que entramos porque mi padre solía traerme aquí de niña.

Estamos en Charlestown, el barrio más antiguo de Boston. Amo este barrio porque tiene multitud de zonas llenas de historias, las cuales te enamoran al conocerlas. En el día puedes observar turistas subir los casi trescientos escalones de Bunker Hill, imaginando que están navegando por alta mar en el Old Ironsides; sus habitantes en su mayoría tienen raíces irlandesas, como las mías por la familia de mi madre, y, como les decía, los vecinos presumen de la antigüedad del barrio. Ellos sienten orgullos al responder las preguntas y te hablarán con emoción sobre el pasado y The Twon's, te harán descubrir el pasado lleno de historia de Boston.

Wayne me ayuda a bajar del auto cerrando la puerta tras de mí y pone su mano en la parte baja de mi espalda para escoltarme a entrar al restaurante con toques de Pub irlandés. Una anfitriona nos acompaña a una mesa y nos deja solos mientras decidimos qué tomar. Me quedo observándolo unos minutos mientras se mantiene de perfil y recuerdo la foto de Mary. ¡Se parece a Chris Evans! ¿Puede ser posible? Dicen que todos tenemos un doble, ¡pero joder, es él! Ese cabello rubio cenizo, su cejas pobladas y, por Dior, este hombre es mío.

¿Cierto?

—Estás tan hermosa hoy... —susurra a mi oído, sacándome de mis locos pensamientos.

Mi piel se eriza cuando su pulgar acaricia delicadamente el dorso de mi mano.

—Voy a pensar que te parezco hermosa cuando me ves con tanto maquillaje —le respondo con una sonrisa y él alza su ceja mientras sus ojos brillan con diversión.

—Amelia, por favor, me encantas como seas; en pijamas o llena de papillas de Aaron, eres todo lo que buscaba y no había encontrado. Atrapaste mi atención antes de poder conocerte frente a frente, porque tu voz era mi guía y mi paz. Si eras flaca o gordita me daba igual, yo me hubiera enamorado de ti por lo que eres y no por cómo te ves; esto iba a suceder porque era nuestro destino —me responde seguro.

—Wayne... —Me sonrojo—. Gracias.

—A ti, por llegar a mi vida.

El mesonero llega, nosotros pedimos mientras nos sirven una cerveza artesanal y me siento emocionada porque, a pesar de ser un día especial, Wayne no trata de impresionarme, solo es él mismo y eso lo valoro. Hablamos de todo un poco, pero mi curiosidad aún no está satisfecha y quiero conocer sobre su pasado.

—Wayne... —lo llamo.

—Hmmm... —responde mientras estudia la carta.

—¿Por qué siempre evades tu pasado? —le pregunto con voz triste.

Él deja su carta de un lado y sube sus manos a la mesa, toma la mía mientras se queda observándome con su rostro serio. Por primera vez desde que estamos juntos siento un peso en el estómago. ¿Qué oculta?, ¿será qué sucedió algo en su vida que no quiere contarme? ¿Una esposa? ¿Un hijo? Algo sucedió en Nueva Orleans y él no quiere decirme.

—Cielo, dame tiempo porque no estoy preparado —me responde apenado—. Te juro que no escondo un pasado oscuro y que quizás, cuando te cuente, vas alucinar un poco, pero el tema de mi familia y Nueva Orleans es muy difícil para mí.

Asiento un poco triste porque de nuevo evade el tema y me parece injusto que no pueda contarme cuando yo le he contado todo sobre mi vida.

—Entonces, ahora me cuentas cómo un graduado de Harvard terminó siendo bombero —le pido un poco decepcionada.

Wayne sonríe y asiente, y comienza a hablar con cierto tono de melancolía; me cuenta que llegó a los dieciocho años a la universidad y se licenció muy rápido, porque nunca le interesó ser realmente un Licenciado en Administración y Finanzas. También dice que un día entró a la estación para nunca más salir de ella, que cada uno de sus

compañeros se han convertido en su familia, que sus esposas son sus cuñadas y los hijos de estos son sus sobrinos. Ellos están para él en los momentos felices, tristes y en sus tragedias. Yo sonrío porque entonces tendremos una familia grande. En cada guardia hacen lo que hace una familia normal: cocinar, dormir y hasta limpiar, porque pasan más horas de su vida dentro de la estación que dentro de sus casas.

—En resumen, Amelia, soy un Economista en teoría, pero un bombero en la práctica —me dice terminado y yo sonrío con nostalgia.

—Mi padre fue bombero... —le digo con voz triste.

—¿Y qué sucedió con él? —me pregunta.

—Murió en acción —le respondo.

Él toma mi mano y la aprieta dándome valor para que continúe, pero me niego un poco a veces a hablar de ese tema, digamos que es mi gran trauma de la niñez.

—¿Te da miedo que eso me pasé? —me pregunta.

Yo asiento asustada de tan solo pensar que le suceda algo, la pierna no es nada con los accidentes que pueda tener.

—No quisiera que nada malo te pasara, pero creo que Hulk cumple la ley de Dos ene —le digo.

—Dos entramos y dos salimos. Sí, mi compañero cubre mi espalda y yo la de él —me contesta sonriendo.

—Eso espero... —le digo seria.

—Vamos, nena, es hora de sonreír. No me gusta que estés triste —me pide.

—Tú eres la causa de mi sonrisa últimamente —le digo en un arrebatado de sinceridad.

Wayne sonrío y en un movimiento rápido, pasa su silla a mi lado, toma mi rostro entre sus manos y me roba un beso apasionado. Al romperlo, posa su frente en la mía y me dice:

—Tú y Aaron llegaron para cambiar mi vida. —Suspira—. Yo... —Niega—. Mejor terminamos de comer y dejamos un poco para más tarde.

Yo asiento intrigada por esa frase sin concluir, terminamos de comer entre anécdotas y uno que otros besos. Vamos camino a casa en compañía de Ed Sheeran y todas sus canciones de amor, y cuando *One* comienza a sonar y yo sonrío porque Wayne es ese *uno* que necesitaba.

El silencio nos acompaña expectantes de lo que suceda al llegar a casa, por mi mente pasan miles de pensamientos porque deseo probar sus labios recorriendo mi piel, quiero saber si puedo gemir su nombre al llegar el orgasmo.

«¡Amelia, estás loca!», pienso.

Al llegar a casa conseguimos todas las luces apagadas, me imagino que Cassie debe estar durmiendo con Aaron en su cama. Me siento en el sofá para descansar un poco los pies porque los zapatos me están matando, y Wayne me sigue sentándose a mi lado y lleva sus manos a mis hombros.

—Amelia... —me llama masajeando mi cuello.

Yo ronroneo como un gato y cierro los ojos por el placer que me dan los mimos que estoy recibiendo de su parte, e imagino esas mismas manos masculinas apretando mi cadera fuerte mientras me penetra.

—¿Sí? —respondo y dejo escapar un gemido, imaginando palabras susurradas mientras nos amamos.

—¿En qué piensas? —me pregunta con voz ronca.

Me sonrojo y él suelta una risita cuando doy un respingo, acerca su rostro a mi oreja y comienza a soplar, haciendo que se erice mi piel.

—Ya sé en lo que piensas y si es eso..., yo también muero por hacerte el amor.

¡Dios mío! ¿Tan transparente soy?

Wayne sigue masajeando mi cuello, pero ahora pasa lentamente su lengua, y poco a poco voy excitándome con cada beso, susurro o caricia que me da.

—Wayne..., vamos a tu habitación —le digo decida.

Él detiene su masaje, pero se levanta tan rápido que no me doy cuenta cuando toma mi mano y me levanta. Caminamos hasta su habitación mientras mi corazón empieza a palpar porque las endorfinas y la adrenalina empiezan a hacer su trabajo en mi cuerpo. Esa anticipación de saber lo que me espera se convierte en mariposas que empiezan a volar cuando abre la puerta y me deja pasar. Paso, pero en un ataque de timidez me quedo de pie en el medio de la habitación. Tengo miedo porque sí he tenido relaciones anteriormente, pero tengo más de tres años sin que nadie me toque.

Wayne tranca la puerta. Siento su calor en mi espalda cuando baja la

cremallera de mi vestido y mete sus manos delicadamente, haciéndolo resbalar por mi cuerpo lentamente. Yo quedo vestida solamente en un conjunto de lencería fina que escogió Cassie por sí se daba esta ocasión.

Él respira brusco sobre mi cuello y deja besos sueltos mientras sus manos sueltan las horquillas que sujetan mi cabello, que cae como una cortina sobre mis hombros acariciándolos con sus puntas. Todo con Vaquero son sensaciones, por eso cierro mis ojos cuando su dedo recorre toda mi columna vertebral y me doy cuenta de algo: ¡estoy completamente húmeda!

Escucho que empieza a quitarse la ropa y yo trato de girarme, pero él me habla con un tono de voz demandante:

—Camina hasta la cama.

Yo me estremezco por el tono de su voz y obedezco. Al llegar a la cama, me giro y quedo paralizada al observar que tiene la camisa abierta y el cinturón desabrochado. ¡Jodido hombre! Ni en mis sueños más profanos me lo había imaginado así: su pecho perfectamente esculpido marca sus pectorales, bajo mi mirada hasta su abdomen que marca un perfecto *eight pack* mientras sus pantalones se abrazan a sus caderas perfectamente, y esa V que se marca al comienzo a los lados de sus abdominales hace que se me seque la garganta.

¡Dios, qué bueno está! Parece una hermosa escultura de Miguel Ángel o un dibujo sobre anatomía de Da Vinci.

—Acuéstate en la cama —me pide con voz ronca.

Me cuesta seguir su orden hasta que él alza una ceja expectante, pongo los ojos en blanco y me subo lentamente hasta acostarme, pongo mis manos sobre mi abdomen y mi respiración se acelera por la excitación y la expectativa de qué sigue, qué nueva cosa puede pedirme. Wayne camina hasta una de las mesas de noches para encender una de las lámparas, bordea la cama y enciende la otra, dando una iluminación tenue y romántica.

—Tócate para mí, Amelia —me pide.

Yo me siento en la cama y lo observo ruborizada mientras muerdo mi labio por los malditos nervios. ¿Tocarme?, ¡joder!

—Wayne.... —susurro.

—Hazlo —me ordena con un tono de voz duro, pero luego agrega—:

Piensa que son mis manos las que te acarician, mis dedos los que tocan y penetran tu sexo. Quiero que imagines que soy yo, me gusta mirar, Amelia, y quiero mirarte a ti mientras llegas al cielo pensando que soy yo.

Gimo y sus palabras me han convencido, porque tienen poder en mí y debo reconocer que acepto lo que me ha ordenado. Desabrocho mi brasier y lo pongo a un lado de cama, toco mis pezones, los acaricio y aprieto hasta convertirlos en picos. Cierro mis ojos dejándome llevar por el placer, imaginando que es él.

—¡Abre tus ojos, Amelia! No quiero que nunca me niegues el deleite de tu mirada —me dice.

Le sostengo la mirada y acaricio mi abdomen lentamente hasta llegar a mi sexo, acaricio sobre el encaje delicado de la tanga, sintiendo como traspasa mi humedad. Wayne gime y yo me atrevo a mover un poco la pretina e introduzco mi dedo con el cual acaricio mis pliegues empapados.

—Quítate la tanga, nena, no me prives de verte completa —me dice con voz ronca.

Hago lo que me pide mientras Wayne saca su miembro erecto de su bóxer y comienza a acariciarlo lentamente. Esos movimientos sutiles de sus manos me incitan a continuar, me toco lentamente e introduzco uno de mis dedos. Sé que me estoy destrozando el labio, pero lo muerdo muerta de placer de escuchar sus gemidos roncós mientras me observa. Las caricias continuas en mi centro me provocan un hormigueo entre mis piernas y lo aprovecho para introducir otro dedo más dentro de mi sexo. Mis penetraciones son lentas y ayudadas con las caricias de mi otra mano, y exploto en un orgasmo arqueando mi cuerpo sobre la espalda.

¡Dios!

Capítulo 18

WAYNE

Esta es sin duda la imagen más erótica que he visto en toda mi vida, la vista de Amelia explotando en un orgasmo, cómo arquea su espalda y flexiona esas piernas kilométricas que me encantan.

No puedo dejar que termine de disfrutar de su éxtasis, me lanzo famélico sobre ella y la beso desde la cabeza a los pies. Al llegar a sus muslos deposito besos en su cara interna mientras ella me observa con su torso ligeramente levantado, ebria del placer. Ella es toda una Amazona hermosa, guerrera y sensual; me encanta ver cómo sus hermosos ojos están oscurecidos a causa de lo que siente, eso solo quiere decir que siente placer por todo lo que le estoy haciendo. Dejo un beso encima de su monte de Venus y, con sed de probar sus mieles, paso la lengua por sus pliegues. Ella gime en respuesta, pero al mismo tiempo cierra sus piernas.

—Amelia... —susurro su nombre en señal de que no aceptaré que me niegue esto o nada.

—Wayne, no es necesario —me dice, tímida, luchando conmigo para evitar que lo haga.

Muerde su labio tentándome a besarla hasta que no pueda borrarla de ellos y siento mi sexo a punto de reventar; nunca había estado tan erecto o duro, deseo y quiero sentir a Amelia correrse conmigo dentro, seguirla y llenarla de mí, que este sea el principio de todo y empezar un ciclo sin fin lleno de placer.

—Quiero probarte, cielo, necesito sentir el sabor de tu placer en mis labios y grabarlo —le digo con voz ronca del deseo.

—Es que... es que... —titubea y se sonroja.

Es esa combinación de timidez y belleza es lo que me está volviendo

loco, pero su actitud me hace intuir que hay algo más, que quizás él no supo hacer las cosas bien con ella.

—¿Nunca te hizo sexo oral? —le pregunto, Amelia asiente en respuesta, y le prometo con voz ronca—: Yo te probaré todas las noches y haré que pruebes tu sabor en mis labios cada vez te bese, porque esto —digo, señalando su sexo—, esto será mío a partir de ahora.

—Wayne... —susurra mi nombre.

—¿Tomas la píldora? —le pregunto.

—Sí... —responde tímida.

Eso es todo lo que necesito saber ahora. Asiento y, sin decir algo más, lamo primero sus pliegues exteriores; ella se estremece y sonrío porque ni siquiera he empezado a saborearla. Introduzco mi lengua en su sexo, penetrándola y deleitando su sabor dulce y almizclado, y con la punta de mi lengua acaricio su centro arrancándoles un gemido de placer a Amelia, que aprieta las sabanas en sus puños. Aprovecho la oportunidad para introducir dos dedos y moverlos lentos como quisiera estar haciendo ahora con mi sexo; ella arquea su espalda mientras sigo torturándola con mi boca, siento como su sexo comienza a contraerse apretando mis dedos, dejándome saber que está a punto de llegar de nuevo a otro orgasmo. Empiezo a penetrarla más rápido con mis dedos un poco y al mismo tiempo acariciar con mi lengua su clítoris. Amelia explota en un orgasmo gimiendo mi nombre y mojando toda mi mano.

Saco mis dedos y los lamo, saboreando su placer que es mío, lo produce yo y ella es mía. Ella respira entrecortado y sé que la volveré loca de placer. Torpemente me bajo de la cama, me quito la bota ortopédica y mi pantalón. Camino hasta la cama y me siento en ella.

—Amelia, quiero que ahora seas tú la que me des placer —le pido con voz ronca—. Quiero que seas tú la que dicte el ritmo el día de hoy.

Amelia llega a mi lado y me ayuda a terminar de desvestirme con cuidado; verla así desnuda y sin miedo a lo que está sucediendo es un regalo, uno que quiero atesorar toda mi vida.

—Wayne, un preservativo —me dice tímida.

Sonrío y tomo su rostro en mis manos, con mi pulgar trazo una línea imaginaria en su labio inferior y centro mi mirada en esos ojos que me

observan con curiosidad.

—Amelia, no quiero sentir una barrera entre tú y yo. Estoy limpio, me hacen análisis cada tres meses. Ya sabes que esto no es un polvo pasajero, que esto que tenemos es una relación. Quiero tener la confianza para sentirnos sin un preservativo, pero si aún no confías en mí, lo usaré.

Ella sonríe porque sé que confía en mí y en lo nuestro, los dos sabemos que esto no es un polvo pasajero, que esto es amor. ¿Amor?, ¿desde cuándo creo en el amor? No lo sé, pero esto es lo más parecido.

Amelia me jala a la cama y se sube sobre mí, dejándome sorprendido por tomar las riendas. Ella mueve sobre mi sexo mojándolo un poco con su flujo, y yo, desesperado por sentirla, bajo mi mano para introducirlo. Ella baja lentamente sobre él envolviendo con cada pliegue el grosor de mi pene, yo cierro mis ojos sintiendo lo terso de sus paredes y su estrechez hasta que la lleno completamente. Abro los ojos cuando posa su frente en la mía y espera sentada sobre mí a que su sexo se acostumbre al mío.

—Amelia —la llamo en voz ronca y ella levanta un poco su rostro—. Hoy eres mi amazona, no quiero que seas tímida conmigo nunca más cuando hagamos el amor. Lo que no sepas en cuanto al sexo, yo te lo voy a enseñar y espero que nunca me niegues nada en la cama. Aquí eres libre de ser como quieras.

Ella gime y yo le sigo cuando comienza a moverse lentamente, tomo uno de sus pechos con mis manos y lo llevo a mis labios; me encantan porque son del tamaño perfecto, ni muy grandes o pequeños, me encanta como su aureola se transforma en un pequeño pico cuando paso mi lengua o lo muerdo con mis labios; chupo y lamo este pezón hasta dejarlo sensible para prestarle la misma atención al otro. Cuando su sexo empieza a contraerse en el mío, me olvido de todo porque solo deseo verle llegar de nuevo. Le tomo por sus caderas y empiezo movimientos más rápidos respondiendo a los de ella, penetrándola con más fuerza. No creo aguantar mucho porque deseo con vehemencia derramarme dentro de ella y sé que está cerca cuando su respiración se entrecorta, tres penetraciones más y Amelia explota en un orgasmo susurrando:

—Te quiero.

Yo la sigo, gimiendo su nombre y derramando todo mi semen dentro de ella. Por mi mente pasa la posibilidad de que quede embarazada, sería perfecto que ella lleve un hijo mío, nuestro y de nuestro amor. Amelia cae sobre mi pecho extenuada y yo beso su coronilla, acaricio su espalda y finalmente le digo:

—Yo también te quiero, Número dos.

Ella sonrío cuando me escucha decir su mote, haciéndome saber que esto que tenemos es perfecto, que no hay nada más importante que ella, Aaron y nuestro futuro; es esa sonrisa la que me tendrá loco por el resto de mi vida. Se levanta y los dos gemimos cuando mi sexo sale de ella, pero algún día dormiré con ella unida a mí y será la gloria. Amelia se acuesta a mi lado, cansada, yo la giro y le abrazo haciendo cucharita, acaricio su piel salpicada de algunos lunares y pecas.

—Wayne... —susurra mi nombre adormilada.

—Sí, cielo... —le respondo.

—¿Crees en el amor verdadero? —me pregunta.

¿Creo? Sí, lo hago desde que ella llegó a mi vida. A veces creemos que hay que buscar el amor, pero este llega solo y cuando menos lo esperas te das de bruces con él. Amelia es mi amor y sólo con ella quiero ser feliz.

—Sí, desde que te conocí creo en el amor —le contesto.

Suspira, me encanta cuando lo hace porque creo que ella necesita que curen y protejan su corazón, que se dé cuenta que solo estoy en su vida para hacerla feliz.

—No me lastimes, por favor —me ruega con voz triste como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—Nunca, nena.

Le doy vuelta para mirarle y con un beso le hago sentir mi amor. Hacemos el amor de nuevo lentamente hasta que nos quedamos dormidos abrazados. En la madrugada le desperté y de nuevo la hice mía lentamente, susurrándole palabras y promesas de amor. Unimos nuestros cuerpos porque nuestras almas estaban conectadas desde la primera vez que escuché su voz. Esto era lo único que necesitaba para saber que esto es un amor que enciende mi mundo.

Capítulo 19

Estoy en las nubes construyendo castillos en el aire donde las princesas son felices y los dragones son asesinados por el príncipe de brillante armadura.

Wayne es el caballero perfecto, el príncipe encantador, el héroe que vino a salvarme de la torre donde me encerré luego de mi divorcio. Con él me siento de nuevo mujer y la palabra placer tiene otro significado. Anoche no solo me hizo una demostración de sus virtudes amorosas, sino que también me confesó entre susurros y gemidos que me amaba.

¿Cómo puede uno concentrarse en el trabajo?

Quiero que ya sea la hora de salida para pasar otra noche entre sus brazos.

—¿Por qué tan feliz? —me pregunta Andrew.

Yo alzo los hombros despreocupada y me doy cuenta de que debo tener cara de tonta, pero nadie me puede culpar por estar enamorada.

—Estamos vivos, es una buena razón para estarlos —le respondo.

Andrew suelta una carcajada porque sabe que hay algo más, pero pongo los ojos en blanco, ¿cómo le voy a contar a la persona que considero un padre lo que sucedió anoche?

—Estás enamorada —me dice riendo.

Suelto una carcajada y me pongo a revisar los papeles, pensando en todas las personas que me rodean. Sé que no es el caso de Andrew, pero a veces me cuesta entender a las personas porque si nos ven preocupados, nos aconsejan que no lo estemos; si estamos tristes, nos dicen que seamos felices; si estamos gordos, nos dicen que debemos bajar de peso; si estamos enamorados, nos dicen bobos, y así siempre tienen que tener una opinión sobre nuestra vida. ¿A quién le importa lo que sucede?, solo a nosotros mismos, solo a ti debe importarte si eres feliz, qué te causa tristeza y preocupación, si te sientes feliz siendo flaco o gordito y si estás enamorado de la persona correcta.

Hoy me siento bien conmigo misma, puedo decir que me siento feliz con lo que soy y lo que me rodea después de tanto tiempo; se siente fenomenal encontrar a una persona que quiere compartir su vida contigo, pero conociéndote y aceptándote tal cual eres, que le importe tu entorno y comparte lo que te gusta, te apoye en los sueños y esté contigo en los momentos más importantes de tu vida. Yo he estado rota, ¿pero quién no lo ha estado?; todos hemos sufrido de desamor, desilusiones y decepciones. Para mi, cada situación que sucede en nuestras vidas es señal de que estamos viviendo, y de las batallas ganadas y perdidas aprendemos, porque cada momento de tu vida es un aprendizaje.

—Amelia, te estoy hablando —Andrew me dice con voz preocupada.

—Disculpa, sabes que a veces me pongo a divagar en mi mente —le respondo.

Él asiente sonriente, sabe que mi cabeza algunas veces se pone a trabajar más de lo normal, analizando situaciones.

—Es lo que más me gusta de ti —me dice orgulloso—. No pierdes la esencia de lo que eres.

Me sonrojo por el cumplido.

—Gracias...

—Bueno, lo que te decía es que quiero que supervises todo hoy. Estaré fuera unos días y quiero que seas capaz de manejar al personal cuando no esté.

—Vale, entonces estaré afuera observando todo —le contesto.

Me levanto y tomo la carpeta con el roll de guardias del turno de hoy.

—Y, Amelia... —me llama de nuevo.

—Dime —le contesto levantado mi mirada de la carpeta.

—Lo que sea que estés haciendo y te tiene feliz, síguelo haciendo, porque es bueno verte sonreír —me dice con voz paternal.

Yo asiento y esbozo una sonrisa porque ahora todo lo que hago me hace sentir feliz. Salgo de la oficina y lo primero que hago es corroborar que ningún operador esté ausente. Después me escapo al cubículo de Mary y ella está atendiendo una emergencia, le saludo con un gesto y ella asiente. Me quedo escuchando de lejos y busco un manos libres, que conecto con cada línea dentro del Call Center.

Esperamos que sea una tarde normal dentro lo que consideremos

nosotros “una normalidad”.
¿O eso creemos?

El turno va lo más normal de lo eventual y con casos que son sacados de un lugar de psiquiatría. Hoy de nuevo llamo Marty, la señora que los extraterrestres le hablan por microondas, porque ahora traspasaron el gorro que le pedí que realizara la última vez. La verdad es que la señora estaba a punto de un colapso y enviamos una unidad de paramédicos. Traté de mediar con ella, haciéndola acudir por ayuda, y su reacción fue peor, estuvo gritándome reiterada veces que no estaba loca.

Mary y yo ahora estamos disfrutando de una taza de café y hablando sobre su nueva conquista. Ella es una chica de veintitrés años que la vida la ha obligado a trabajar y a madurar a los golpes. Sus padres murieron en un accidente de tránsito cuando ella tan solo contaba con catorce años. Vino a Boston a casa de una tía que le ofreció ayudarla, pero en los primeros de cambios la echó, quedando a los diecisiete años desamparada y pensando en volver a Hollister, California. La historia de su vida es de esas que escuchas y te sientas a llorar por lo dolorosa que es, demostrando que en esta vida nada es color de rosa y hay personas que les toca duro poder superarse. Estudia de noche para sacar un título en Finanzas y trabaja en los turnos de día o tarde para sufragar sus gastos.

Mary es una luchadora.

—Bueno, Teddy me tiene enamorada —me dice, dejando caer las pestañas, toda enamorada.

Yo me río, ya que cada dos o tres meses siempre hay un nuevo chico que la enamora, pero espero que este sea el que finalmente le robe el corazón.

—Vale, pero trata de conocerlo mejor. Recuerda lo que sucedió la última vez —le digo con cautela y ella asiente dándome la razón.

La última relación tuvo la mala suerte de caer con un hombre

abusivo, casi la golpea delante de todos nosotros por creer que tenía algo con alguien de aquí dentro. Fueron meses de esfuerzo y trabajo hacerle entender que no todos los hombres son de esa forma, que algunos golpeadores sufren traumas de pequeños que son reflejados en su vida adulta.

—Amelia... —me llama con una sonrisita.

—Dime.

—¿Y Vaquero?

«¿Y Vaquero? Pues Vaquero ahora es todo...», pienso.

—Está bien... —respondo evadiendo un poco el tema—. Hoy casi no hemos compartido.

Quiero mantener mi relación por ahora bajo perfil. Aunque confío ciegamente en Mary, estas paredes tienen oídos y estoy segura que pueden escucharnos.

—¿Seguro Amelia? —me pregunta perspicazmente.

Suspiro al recordar cómo hicimos el amor esta mañana al despertar, silencioso, para que no nos escuchará Cassie y Aaron. Al terminar, me escape a hurtadillas a mi habitación para que ella creyera que había dormido ahí, pero no me creyó y a golpes me saco toda la información.

¿Por qué no sabré mentir?

—Bueno. —Suspiro—. Luego te cuento. Recuerda que las paredes tienen oídos —le digo y ella asiente, pero suena su línea interrumpiéndonos.

—Servicios de emergencia, habla Mary, ¿puede indicarme en que puedo ayudarle?

Le hago señas para que ponga la llamada en altavoz, ella lo hace y así tengo la oportunidad de supervisar la llamada y cómo se desenvuelve.

—Habla el oficial Simmons, pertenezco la unidad treinta de Canon. Perdí la comunicación radial y estoy en una persecución en la interestatal noventa y tres. Presunto sospechoso de un asalto a mano armada, pido refuerzos, estamos cerca de la entrada Canon.

—Copiado, oficial. Manténganse en línea —Mary le dice calmada y cierra la comunicación—. A todas las unidades de policía cerca de Canon, situación de persecución en curso por la interestatal noventa y tres. Repito, la unidad treinta solicita refuerzos.

—Recuerda mantener abierta la línea —le digo.

Ella asiente y anota todo lo que acaba de decir. Si algo sale mal, los registros son lo único que pueden salvar nuestros traseros de ser despedidos.

—Unidad treinta y dos en camino —responde una de las unidades.

—Unidad treinta y dos copiado —Mary responde transcribiendo la llamada—. A todas las unidades cerca de Canon, la unidad treinta solicita refuerzo; persecución de sospechoso implicado en asalto a mano armada, repito. —Abre la otra línea—. Unidad treinta, la unidad treinta y dos va en camino.

—Mary, estoy cerca de alcanzarlo. Por favor, pide refuerzo —El oficial Simmons le pide con voz desesperada.

—Copiado, unidades en camino —responde Mary.

—Pídele su ubicación exacta —le pido.

—Oficial Simmons, reporte ubicación exacta —Mary le pide obedeciendo mi orden.

Pip... pip... pip...

¡Mierda! Mala señal. Mary se gira y me mira asustada.

—Pide ubicación de la unidad más cercana —le ordeno con voz calmada.

Ella asiente asustada y hace lo que le pido, todos se levantan y se acercan para escuchar de cerca la situación.

—Unidades cercanas a Canon, pido ubicación exacta. Hemos perdido comunicación con la unidad treinta —Mary habla segura, pero su cuerpo tiembla mientras transcribe.

—Aquí unidad treinta y dos, acabo de ver cómo la unidad treinta acaba de colisionar contra el auto que perseguía. Solicitamos refuerzos de paramédicos, posibles heridos —contesta el oficial.

Mary me mira asustada y yo asiento tratando de darle valor, una unidad colisionada puede significar muchas cosas.

—Aquí veintitrés, solicito refuerzos, tanto policiales y paramédicos para colisión en la interestatal noventa y tres cerca de Canon —Mary pide los últimos refuerzos.

Cierra la línea y se levanta llorando, tira su manos libre y sale corriendo en dirección al baño. Le sigo con la mirada, pero aún la situación no ha concluido.

—Quince, retoma la llamada y, por favor, no cuelgues hasta que

termine la situación —le digo a uno de los chicos que obedece y se sienta en el escritorio de Mary—. Vamos, chicos, todos sabemos lo que se siente cuando sucede esto, así que todos a sus puestos.

Todos asienten, pero oigo los murmullos de descontento entre todos. Me quedo un rato supervisando que los paramédicos y las unidades hayan llegado al lugar. Lamentablemente el oficial ha muerto, dejándonos sensibleros en la sala. Salgo en busca de Mary y le encuentro sentada en el piso del baño hecha un mar de lágrimas; me uno a ella y le doy un abrazo fuerte.

—Ya está, nena. Te aseguro que siempre viviremos situaciones así —le digo suspirando—. Esto es lo más duro de nuestro trabajo, vivimos a diario la pérdida, está bien sacar todo. Lloro, Mary, llora todo lo que quieras porque estoy aquí para sostenerte.

Ella se levanta y me mira con los ojos anegados en lágrimas, yo las borro y acaricio su rostro. La primera vez siempre es duro para todos nosotros.

—Simmons seguro era el esposo y el padre de alguien, Amelia. Siempre los buenos son los que se mueren en esas persecuciones y los malos quedan ilesos —solloza—. ¿Por qué vivimos en un mundo lleno de maldad?

Me hago a diario esa misma pregunta y no tengo respuesta a por qué la vida es tan injusta. Sé que esto toca sentimientos guardados, temas personales, y tengo que buscar la manera de que salga de ahí. Me aclaro la garganta y le digo:

—No tengo la respuesta sobre el bien y el mal; todos queremos en algún momento esa respuesta porque existe una, todos bailamos en esa línea delgada entre hacer lo bueno y lo malo, y te puedo asegurar, nena, que la vida está llena de altos y bajos. Muchos policías, bomberos y paramédicos son héroes anónimos que trabajan para mantenernos a salvo. Yo sé qué es pasar por una llamada complicada, sé lo que es perder a alguien en acción y sé que la vida es injusta.

—Siento que es mi culpa, que no hice bien mi trabajo —me dice entre hipidos.

—Lo hiciste todo bien, te mantuviste serena y no perdiste los papeles —le respondo orgullosa. Ella solloza y yo le doy un beso en el cabello.

—Mis padres murieron porque se produjo una persecución y ellos

estaban en medio, el tío les embistió y volteó el auto de mi padre... — Suspira—. Murieron al instante y parte de mí murió con ellos.

—Mary, todos llevamos algo sobre los hombros que nos pesa más que nada en el mundo. No dejes que esto te afecte y vive por tus padres, que estoy segura que están orgullosos de ti.

Salimos del baño, pero le pido a Mary que tome un pequeño descanso. Verifico si el primer reporte es cierto, niego cuando me confirman que los dos oficiales han muerto al instante y el sospechoso también. Termino la jornada con ese mal sabor de boca que deja una situación así porque despierta un miedo que he estado escondiendo desde hace días: cuando Vaquero vuelva a la acción, tendré mi alma y mi mente con él porque cualquier llamado puede llevarlo cerca de la muerte.

Capítulo 20

Entro a la casa cansada y algo decaída por el duro día de trabajo, pero me emociono cuando encuentro a Wayne y Aaron durmiendo abrazados en el sofá. Me quedo observándoles, sintiendo cómo mi amor por ellos va creciendo cada día más; si Wayne se comporta de esta manera con Aaron, imagino que con un hijo nuestro será aún más tierno. Acaricio el rostro de mi bebé y acerco mi rostro para dejar un beso en su cabecita; mi Vaquero se remueve un poco y yo trato de levantarme, pero, como siempre, me gana en velocidad y atrapa mi mano.

—Hola, amor, llegaste —me dice con voz pastosa.

Yo asiento y le doy un beso casto en los labios, él sonrío y corresponde al mismo con otro antes de separarnos un poco.

—Déjame acostar a Aaron —le digo.

Wayne asiente mientras se sienta con mi hijo en brazos. Hoy no necesito tenerlo cerca, solo quiero acostarme con mi hijo.

—Te ayudo —me dice.

Yo niego y le quito a Aaron un poco arisca, tengo sentimientos encontrados por todo lo que sucedió, porque me da terror que un día yo atienda uno de sus llamados y escuche cómo le sucede algo; en ese mismo instante me moriría, porque yo lo amo.

—Sólo superficies planas —le digo, recordándole lo que le ordenó el doctor.

Él asiente y se queda observándome un buen rato, leyéndome como siempre hace y descubriendo que algo sucede.

—Abajo hay otra habitación. Si no, que duerma en el medio de los dos. No me engañas, Amelia, algo te sucede y no quiero que me alejes —me dice serio.

—Necesito estar sola —le digo, empiezo a caminar y me detengo a mitad de camino—. Wayne, no creo que esto vaya a funcionar —le digo con voz ahogada.

En dos zancadas, y una habilidad increíble por su estado, él llega hasta donde estoy, me quita a Aaron, y me dice:

—Vamos a mi habitación y hablamos, pero quiero sacarte de tu cabecita que esto no va a funcionar —me dice con voz enfurecida—. Amelia, te quiero y aquí no hay espacio para las dudas.

Acepto avergonzada porque mis dudas son las culpables de lo que estoy sintiendo; caminamos a su habitación en un silencio tomentoso y pienso en un modo de alejarme para no estar rota por el camino. Yo no quiero perderlo, pero a la vez me da terror que pase algo peor que una simple fractura cuando vuelva al trabajo. Wayne acuesta a Aaron en la cama y yo me quedo frente a la ventana con la mirada perdida en la nada; hasta que una sombra escurridiza se mueve captando mi atención; centro mi mirada en el punto exacto y no observo nada más que oscuridad. Olvido todo cuando siento el calor de Wayne cerca y me abraza por la cintura, dejando un beso casto en mi hombro.

—¿Qué te sucede, Amelia? —me pregunta con voz preocupada y yo niego, pero él me da un beso y me pide—: Sin secretos. Puedes decirme lo que sea y no te juzgaré, pero no me pidas que me aleje porque no puedo.

Suspiro bajito por sus palabras y porque tampoco me gustaría que se alejara, porque lo necesito como el aire para respirar.

—Me da miedo perderte en acción porque yo sé que es lo que es perder un padre y crecer sin él. Aaron te quiere, no eres su padre, lo sé, pero si seguimos juntos serás esa figura mil veces antes que Derek — respondo con voz triste y con la mirada perdida afuera.

—A mí me da miedo perderte por tu miedo —me dice y me gira para que lo mire, pero escondo la mirada entre su pecho y su suéter negro de lana. Wayne me alza el mentón con su mano y me mira con los ojos cargados de amor—. Amelia, mi trabajo tiene sus riesgos, no creas que no lo sé, pero es lo que soy. Y te juro que hace años traté de ser algo más que no soy y no pude, pero te prometo morirme junto a ti cuando estemos viejos y no en acción, te quiero demasiado para morir.

Suspiro. ¿Cómo puede prometerme eso? Él nunca sabrá que le espera al salir a salvar las vidas de otros.

—No puedes prometer eso... —le digo con voz triste.

Wayne sonrío mostrándome su dentadura perfecta, alza una ceja

retándome y me arranca una sonrisa entre tanta tristeza y dudas.

—Lo hago porque puedo y quiero —me dice y baja su rostro hasta dejar un beso casto en mis labios—. ¿Tuviste un mal día? —me pregunta.

—No fui yo, pero una de las chicas atendió una llamada y el oficial perdió la vida persiguiendo a un sospechoso de robo a mano armada. Mi deber es hablar con ellos después de una llamada así, ella quedó afectada por múltiples razones y no puede pasar eso, pero pienso lo mismo que ella, que ese oficial era el esposo de alguien, el padre de alguien y el hijo de alguien. Yo no podría soportar perderte en una situación similar —le respondo con voz quebrantada.

—Y yo no puedo soportar perderte ahora que te he encontrado, cielo. Te quiero —me dice con voz segura y yo me estremezco porque Derek nunca tuvo esa seguridad al decirme que me quería—. Yo crecí en una familia y a la vez solo, por eso no te cuento mi vida antes de ti. —Suspira—. Tú perdiste a tu padre en acción y eso justifica tu temor. Sé que no puedo prometerte que voy a estar a salvo siempre, pero sí puedo prometerte que voy a intentarlo. Hulk no es el compañero de tu padre, por eso te juro que voy a regresar a casa, pero no me alejes..., por favor...

Su voz es casi un ruego y por eso pongo mi mano en su corazón que late a prisa, detallo su rostro y su ceño fruncido lleno de miedo, esas arruguitas sexies aparecen; dejo un beso en su pecho y él me da un beso en la coronilla. Mi padre una vez me dijo que ese era el beso más importante que un hombre podría darme porque es sincero, tierno y lleno de amor.

—Abrázame muy fuerte esta noche y aleja mis miedos —le pido.

Wayne asiente, toma mi mano y me lleva hasta la cama donde duerme Aaron. Me quita primero mis zapatillas Converse, luego el pantalón y la camiseta, y deja un beso en cada uno de mis pechos haciéndome reír. Él se quita su ropa y va hasta el armario, de donde saca un pantalón de pijama que se pone bajo mi atenta mirada, y una camiseta blanca que me tira. Sonrío por el detalle mientras me quito el sujetador, me pongo la camiseta que huele a su suavizante y una mezcla de su perfume; me acuesto y abrazo a mi hijo que duerme plácidamente, acaricio su naricita y él hace un mohín de lo más tierno.

Vaquero apaga todas las luces , pero siento cuando la cama se hunde con su peso y se acuesta detrás de mí; con su brazo nos abraza a mi hijo y a mí, deja un beso en mi espalda y observo entre las sombras cómo acaricia la cabecita de Aaron, haciéndome enamorar un poquito más de él por el gesto.

—Amelia, dame un poco más de tiempo y verás que esto es algo real, que no me iré a ninguna parte porque tú y Aaron se están convirtiendo en todo. No me alejes por tus miedos porque yo solo quiero abrazarlos y amarlos por el resto de mis días —me dice con voz triste.

—Wayne... —susurro.

—Te amo desde el primer momento que escuché tu voz, eso tienes que saberlo, que tú eras mi amuleto. No iba a importar tu físico porque lo que sentía cuando te escuchaba nunca lo sentí con nadie más. — Suspira—. Yo no sé cómo ser un padre, pero lo intento a diario con Aaron. Quiero compartir todo contigo y quiero que confíes en mí, que no haré nada para salir herido.

Yo suspiro bajito y nos quedamos en silencio, cada uno pensando en todo. Yo lo amo y sí, tengo miedo, ¿quién no tiene miedo? Todos los seres humanos tenemos algún temor. Sé que hay quienes piensan que los psicólogos somos perfectos, que no nos dejamos llevar por nuestras emociones, pero creo que olvidan que somos como ellos, que si caemos, podemos sangrar; que sentimos dolor y que nos dan miedo muchas cosas. Si no sintiera nada y no tuviera algo a que temerle, sería un robot. Le temo a la pérdida de un ser querido y llevo años aceptando que todos algún día vamos a morir, pero quiero que sea como Vaquero me ha prometido: los dos viejitos y metidos en una cama luego de ver crecer a nuestra familia.

Wayne es todo lo que siempre soñé, ahora sé cuán equivocada estaba en cuanto a Derek y estoy aprendiendo que viví con él la ilusión del primer amor. Es un cambio del cielo a la tierra vivir este amor con Vaquero, que llego con calma y que esperó el momento justo para entrar a mi vida; abrir las puertas de mi corazón no pareció difícil porque con él siento que todo es diferente, porque su amor me da el valor que necesito para seguir, porque Wayne Minter se ha metido en mi corazón y me ha quemado con la llama de su amor. ¿Y ahora?, ahora mi vida será diferente, porque mi vida con él cambiará la

perspectiva de todo lo que he conocido y, por primera vez ,estoy dispuesta a luchar por lo que siento.

Capítulo 21

Llego a casa cansada de una jornada laboral doble, la razón es que Andrew se ha ido por unos días de vacaciones y yo he quedado de jefa del centro de llamadas. Agota un poco más el trabajo, pero me siento satisfecha porque pronto tendré que darle la noticia de que lo dejaré, ya hemos visto un catálogo de opciones para convertir el cuarto que está vacío en la planta baja en un despacho de consultas, es una buena opción para ejercer mi carrera y trabajar desde casa.

El centro de llamada estuvo apagado por la ausencia de Mary; ella es el alma de ese lugar con sus constantes locuras y bromas, pero ha pedido dos días de permiso luego de la llamada. Me preocupa que esto vaya a afectar su desempeño en el trabajo y también su parte emocional, he decidido que mañana pasaré por su casa a conversar con ella.

Wayne esta tarde se ha llevado a Aaron a la estación, me ha enviado fotos de mi pequeño con el casco de bomberos y sentado en su regazo muerto de risa en el camión. Tengo la esperanza de que todo pueda funcionar, que no lleguemos en algún punto a aburrirnos y pueda acabarse el amor; son temores normales cuando empezamos una relación de noviazgo, pero nuestra relación no es normal porque nos saltamos las citas, los besos robados en el rellano de una puerta, las situaciones normales y estamos construyendo una relación de pareja, pero a la vez estamos aprendiendo a conocernos. Me ha tocado aprender que él toma el café con tres cucharadas de azúcar, que duerme abrazando algo (a la almohada, a mí o a Aaron), que le gusta y no sabe que lo he descubierto comerse el helado con el dedo a escondidas; pequeños detalles que para cualquiera no son importantes para mí y marcan la diferencia en todo.

Lo único que aún no lo logro que haga es que se terminé de abrir, la poca información que sé de su familia me la dice sin darse cuenta, pero

cuando le pregunto, evade el tema. ¿Desconfío?, no lo hago porque algo me dice que tiene que ver con sus padres, que es algo que no termina de aceptar y que le duele reconocer.

Me doy un baño imaginando cuando por fin él y yo podamos compartir esta bañera, me imagino una hermosa hilera de velas en el piso y música romántica. Terminó y bajo a la cocina con ganas de preparar algo para ellos y a esperar su regreso; reviso la correspondencia que encuentro en el mesón y se instala un peso en mi estómago cuando me encuentro un sobre con el logo del banco donde tengo mi crédito universitario.

¡Mierda! Se me ha olvidado hacer el depósito de pago y creo que debo llevar dos meses de atraso, no por falta de dinero, sino por olvidadiza. Abro el sobre y leo detenidamente el aviso de cobro:

Bank of America

Sra. Amelia Reeds

Nos dirigimos a usted con la finalidad de informarle que el acuso del recibo de su pago cubre la totalidad de su Crédito Universitario que tenía en esta entidad financiera. Le invitamos a ver el catálogo de oportunidades que podemos ofrecerle y seguir contando con usted como cliente.

Sin más que agregar.

Atentamente,

Michael Powell

Director de la Sucursal de Boston.

Leo y releo el papel varias veces, no entiendo nada porque estoy segura de que no he pagado nada y debe ser un error. Muerdo mi labio y entro desde la aplicación del móvil, reviso mi cuenta bancaria con detenimiento y tengo el monto exacto del pago de mi sueldo y el cargo de mis tarjetas de crédito, nada más. Ya no tengo adeudado el monto del crédito universitario.

¿Quién pago? ¿Derek? Si fue él, no puedo aceptarlo. Mañana tendré que ir al banco para averiguar qué significa todo esto.

La puerta trasera se abre y Wayne entra con Aaron dormido en sus brazos, doblo el papel rápidamente y lo guardo en el bolsillo trasero de mi jean, escondiéndolo; no quiero que se moleste porque Derek esté haciendo ahora el papel del buen exesposo.

—Llegaron —le digo con una sonrisa.

Le doy un beso y acaricio la cabecita de mi hijo, me encanta que se lleven tan bien y que Wayne quiera ser parte de su vida como de la mía. Si quiere a mi hijo, me quiere a mí. Así de simple.

—Está agotado —Wayne me responde—. Voy a acostarlo en mi habitación y vuelvo. Creo que esta noche tampoco podremos hacer el amor en la cama.

Aguanto una carcajada porque desde hace dos noches nos escapamos a la sala para hacer el amor en el sofá con el monitor encendido mientras Aaron duerme. Saco los ingredientes para una ensalada y dos piezas de pechugas de pollo, y pongo el grill a calentar, pero sigo pensando sobre el error que acaba de cometer el banco. Niego y no puede ser un error y estoy segura que es obra de Derek tratando de manipularme, su silencio me da miedo porque desde la última discusión no ha venido ni siquiera a ver a Aaron.

¿Qué voy hacer? ¿Cómo le voy a explicar esto a Wayne? No creo que él tenga esa cantidad de dinero y tampoco se la pediría, porque son ciento cincuenta mil dólares que tampoco tengo. Quiero creer que es un error, porque si es obra de Derek, sería capaz de pedir otro préstamo para pagar todo y no tener que estar en deuda con él. ¿Cuándo entenderá que el dinero no compra el amor?

Wayne me abraza por la cintura y yo me tenso un poco sintiéndome mal por ocultarle esto. Ya mañana después de saber la verdad veré cómo explicarle, pero ¿cómo voy a explicarle esto?, Solo me queda pensar hasta mañana y encontrar una explicación.

—¿Qué te sucede, nena? —me pregunta—. ¿Día difícil?

—¿Cuándo no lo es? —le digo, evadiendo su pregunta.

Wayne me gira y se queda observándome, escudriña con su mirada mi rostro y sé que su cerebro trabaja el doble tratando de descifrar qué es lo que puede estar pasándome.

—¿Estamos bien? —me pregunta con voz preocupada.

—Sí, lo estamos —le respondo y me obligo a sonreír.

Me siento una horrible persona cuando él asiente con una sonrisa un poco más tranquilo. Trato de olvidar el tema mientras me ayuda a preparar la cena y comemos tranquilos, conversando de todo lo que hicieron Aaron y él en la estación de bomberos; sus compañeros

consintieron a mi hijo y le hicieron pasar un rato agradable. Wayne también me informa que mañana tiene cita con el médico a ver si al fin le quita la bota, para nada me gusta la noticia porque significaría que tiene que irse de casa y no quiero que lo haga.

Al terminar le pido que me deje dormir en mi habitación y acepta, pero de muy mala gana y resistiéndose un poco a dejarme ir. Acuesto a Aaron en su habitación y me voy a la mía, enciendo mi laptop y reviso mis correos; me sorprende mucho cuando me encuentro con uno de mi madre:

De: Jane Reeds <janereeds@gmail.com>

Para: Amelia Reeds <ameliajreeds@gmail.com>

Asunto: Hola, hija.

Amelia, el viaje es increíble y he conocido a alguien. Me quedaré un tiempo más en Irlanda con tu tíos. Espero que tú y Aaron se encuentren bien.

Por cierto, Derek me llamo hace días y me preguntó si sabía que tenías novio. Me hice la loca porque sabes que pienso que estás perdiendo el tiempo con tu bombero. Puede que sufras del complejo de Electra y buscas en el tal Wayne lo que te gustaba de tu padre, pero de psicología sabes tú y no yo. Piensa bien las cosas ya que Derek me dijo que está dispuesto a recuperarte.

Con amor,

Mamá

Pongo los ojos en blanco, mi madre no para de sorprenderme. ¿Puede ser más egoísta? Sí, lo puede y lo sé.

Redacto un correo corto y sencillo:

Para: Jane Reeds <janereeds@gmail.com>

De: Amelia Reeds <ameliajreeds@gmail.com>

Asunto: Estamos bien.

Mamá, me alegro que te la estés pasando bien y que de nuevo crees que has conseguido el amor, pero cuidado, que este podría ser el cuarto divorcio. Tu correo me ha dejado sorprendida a causa de tu interés por mi vida amorosa, creo que de mi vida en ese aspecto poco te ha importado.

En cuanto a lo del complejo de Electra, no le encuentro ningún parecido a

Wayne con papá, pero tomaré tu consejo y hablaré con Andrew, no pienso hondar en el tema de mi vida amorosa por un correo electrónico que me parece impersonal. En cuanto a lo que has dicho de Derek, es un poco tarde, ¿no crees? Han pasado tres largos años y por mi parte se acabó el amor ciego que sentía por él. Ahora le guardo respeto por ser el padre de mi hijo, pero no hay nada más.

*Con amor,
Amelia*

Le doy a “Enviar” llena de rabia, la relación con mi madre cada día va de mal en peor. He conocido personas egoístas, pero ella lleva la batuta con todas. Busco mi lista de reproducción y encuentro una canción que tenía años sin escuchar, le doy reproducir a *I love you* de Avril Lavigne. Después saco mi cuaderno y mi bolígrafo que llevo a mi boca, lo muerdo un poco pensando qué escribir y cómo plasmar mis sentimientos esta noche.

02/17/2016

Hoy siento muchísimas cosas y creo que por eso no sé cómo plasmarlas en tus páginas. Ya te he contado de mis miedos y de lo que siento por Wayne, también te he contado de lo preocupada que me tiene el silencio y la ausencia de Derek. Ahora con el e-mail de mi madre corroboro que algo se trae entre manos y no sé qué hacer.

Creo que pagó mi crédito universitario para poder manipularme y tratar de crear alguna nueva conexión, porque él no acepta simplemente que ya lo he dejado de amar. Tengo que averiguar de alguna manera quién pagó toda mi deuda y espero que no sea lo que pienso.

Ha pasado un mes desde que Wayne se mudó a casa y todo ha ido tan a prisa que me da terror que esto no sea más que una nueva ilusión y nos quedemos Aaron y yo de nuevo solos, pero te prometo que yo creo en cada una de sus palabras y quiero que esto sea para siempre.

Mi profesor de Psicología I una vez nos dio una explicación científica de los sentimientos, si mal no recuerdo va de algo así:

Cuando las experiencias afectivas son intensas y cortas en el tiempo, se llaman “emociones” y se caracterizan por: la pérdida de la racionalidad o locura transitoria, y la activación del sistema nervioso simpático (dificultad respiratoria, hipertensión arterial, taquicardia, sudoración, dilatación pupilar.) o del sistema nervioso parasimpático (caídas, enlentecimiento del ritmo cardiaco, hipotensión, mareos).

Podemos decir, por tanto, que las emociones son desestabilizadoras; pero en cambio, cuando las experiencias afectivas poseen una intensidad que aumenta progresivamente, quedando estables en una meseta durante un largo periodo de tiempo, hablamos de “sentimiento”. Estos, a diferencia de las emociones, son estabilizadores. Pero cuando la intensidad es mucho mayor que la del sentimiento y más duradera que las emociones, tenemos el “estado de ánimo”, en el que el sujeto u objeto causante permanece, por lo que se alcanza la intensidad de la emoción y la duración del sentimiento.

No voy a mentirte que todo lo que siento es con mayor intensidad que una simple emoción, que quiero que Wayne se quede la vida entera en mi vida, quiero que cumpla su promesa de morir a mi lado cuando estemos viejos y que tengamos muchos más hijos.

Pero aún hay algo: no sé nada de su pasado y eso me asusta.

¿Por qué el amar es tan complicado? La verdad, quisiera que a veces me respondieras...

Amelia.

Cierro mi cuaderno escuchando *The Reason* de Hoobastank; apago todo y me acuesto asustada porque mañana me espera un largo día, estoy loca por saber quién pagó mi crédito.

Nota mental: Desde que estoy con Wayne, trato de buscar una explicación científica a mis sentimientos por él.

Capítulo 22

Entro al banco con la cabeza trabajando en todos los escenarios posibles, estudiando posibilidades. Me toca esperar una fila de más de treinta personas y después de cuarenta minutos al fin me atiende un asesor financiero. Sin rodeos le doy el papel que anoche guardé y le digo:

—Esto debe ser un error.

En la plaquita leo Sarah Parker, ella sonrío y empieza a escribir en su computadora como toda una experta.

—Señorita Reeds, no hay ningún error. Su deuda fue cancelada el día veintidós de enero con un cheque con el monto que cubría el pago de los intereses y su totalidad —me dice con un sonrisa.

Yo me sorprendo. “El día veintidós”... Hago memoria y nada se me viene a la mente, ¿pero quién fue? ¿Vi a Derek ese día? No lo vi, y si yo no he girado ningún cheque, ¿cómo es que está pagada la deuda? No creo que exista el hada mágica de las deudas universitarias. Me aclaro la garganta y le pregunto:

—¿Me puede decir quién canceló todo?, porque yo no he girado nada y estoy algo preocupada —le pido. Ella sonrío y escribe de nuevo.

—Claro, déjeme ver y también buscar las formas para que firme el finiquito de su crédito. Debe firmarlas —me dice.

Yo asiento nerviosa. ¡Cristo, esto es una locura!

«Que no sea Derek, por favor. Dios, que no sea él», repito como un mantra mientras escucho la impresora imprimir los papeles y me llevo las manos a la boca cuando ella los pone frente a mí finalmente. ¿La hora de la verdad? No quiero ver, en serio que no quiero ver.

—Puede firmar y revisar todo, ya regreso —me dice.

Yo asiento observando como ella se levanta de su silla, leo los papeles y efectivamente ya no tengo ninguna deuda, soy libre como Dobby, el elfo de Harry Potter, pero sin celebrar porque no sé quién pagó, no lo sé y me mata no hacerlo, pensando que pudo ser él. También la actitud

de la asesora me asusta, ¿por qué se va?, ¿cuál es el misterio?, Pues yo no voy a firmar nada hasta saber el benefactor. Tengo las uñas destrozadas cuando Sarah regresa con un hombre sonriente a su lado.

—Señorita Reeds —me dice él ofreciéndome su mano—. Adam Fisher, soy el gerente de la sucursal.

Yo asiento, ahora adivino que él viene a decirme que la información es confidencial y fui premiada por el hada de los dientes.

—Mucho gusto.

Sarah se sienta en su silla y el gerente se queda de pie a su lado, los dos me sonrío y él me dice:

—La información que acaba de pedirnos es confidencial y no podemos suministrarla, lo siento mucho.

Alzo mi ceja. ¡Lo sabía! Esto huele mal y no me gusta para nada.

¿Confidencial? ¡Mis cojones para su confidencialidad! ¿Qué carajos sucede aquí?, ¿será que le permiten a cualquiera persona pagar por otra?

Me aclaro la garganta y le respondo:

—Señor Fisher, no puede ser confidencial cuando yo soy la persona que tenía la deuda en cuestión. No he emitido ningún pago sobre mi deuda y tenía dos giros atrasados; ahora vengo y me dicen que está todo pagado. No me dirá que el hada de los dientes lo hizo, ¿verdad?

Esto último lo digo con retén y Sarah oculta una sonrisa.

—Señorita Reeds —me llama nervioso—. La persona que pagó la deuda dejó indicaciones de que no podíamos revelar su nombre.

Me paro y apoyo mis manos, pasando un poco de la calma al histerismo. Hoy salgo con el nombre de quién pagó todo.

—Le advierto que es mejor que me diga el nombre de tan benévola persona, si no quiere que arme un escándalo.

El gerente gira su rostro mirando el banco, que está lleno de personas y que una loca esté gritando dentro no va a dar muy buena imagen. El tío suspira cansando y me dice:

—Su deuda fue saldada por Wayne Minter, el dueño de la Refinerías Minter & Asociados.

¿Wayne Minter? ¿Dueño? ¿Refinerías?

Caigo en la silla observándolos alucinada, creo que estoy a punto de vomitar mi desayuno en la mesa. Yo debo estar loca, escuché mal o

ellos mintiendo. Wayne es un bombero del estado de Massachusetts, no el dueño de una refinería.

—¿Me repite el nombre, por favor? —le pido nerviosa.

—El señor Wayne Minter, ¿lo conoce? —me pregunta.

Yo palidezco cuando me repite: “El señor Wayne Minter”. ¿Qué está sucediendo? Dios santo, ahora tengo un millonario en casa y no lo sabía.

—Señorita Reeds, ¿está bien? —El gerente me pregunta.

Tomo los documentos un poco desesperada y salgo del banco con la cabeza dándome vueltas, respiro hondo varia veces hasta poder caminar de nuevo. Llego hasta donde está mi auto y me subo en modo robot, y lo arranco. El sistema de sonido se enciende automáticamente y por los altavoces se escucha *Shots* de Imagine Dragons.

Tengo más de dos horas en casa, me ha dado tiempo de investigar en internet sobre la Refinería Minter & Asociados, llevándome como sorpresa que su sede principal es en Nueva Orleans y es una de más antigua del país. Los diarios locales hablan sobre la muerte trágica de Elizabeth Minter y asumo que es la madre de Wayne.

Al no conseguir nada más y no encontrar nada sobre Wayne, limpio la cocina hasta dejarla brillante, creo que estoy sufriendo de un Trastorno Obsesivo Compulsivo o que ya me terminé de deschavetar la cabeza. Al terminar me siento en el comedor de la cocina con mi cabeza dándole vueltas a toda la información que he descubierto y me siento destrozada por que me haya ocultado eso.

No me importa el dinero, siempre he pensado que no da la felicidad, pero Wayne es millonario, imillonario!, ¡Cristo! Él se podría comprar miles de casas con lo que tiene y no vivir en una habitación rentada.

¿Qué es esto? ¿Qué oculta?

Escucho la puerta abrirse y giro mi rostro para ver quién es. Toda la rabia vuelve cuando lo veo entrar con semblante serio, pero al verme su rostro se ilumina y camina hasta donde estoy. Me trata de besar y le

hago la cobra, frunce el ceño y yo me levanto de la silla nerviosa y molesta.

—Nena, ¿sucede algo? —me pregunta preocupado.

Yo pongo distancia de por medio porque no quiero que me toque, no quiero que me enrede de nuevo con sus palabras de amor y yo no pueda pensar bien. Comienzo a hablar con bastante rabia:

—Anoche llegó una correspondencia del banco donde tenía el crédito universitario, y te digo *tenía* porque alguien lo había cancelado por mí.

—Observo que se tensa y yo le cuento—: Hoy fui al banco, esperé casi una hora y, cuando por fin me atendieron, me dijeron que no podían darme el nombre de quién lo hizo. Por mi mente pasó que fue Derek y no sabes la sorpresa que me he llevado.

—Amelia... —me llama con voz preocupada.

Yo niego y levanto mis manos y le digo:

—Monté un show, ¿sabes? El gerente, asustado, no tuvo otra alternativa que decirme el nombre de la persona que hizo tan loable acción. Creo que casi me da un soponcio al escuchar que fuiste tú, itú, Wayne! Pero lo mejor fue enterarme lo que tanto me has ocultado, fue un baño de agua fría enterarme que eres el dueño de una refinería. — Mi voz es calmada, pero es lo menos que estoy en este momento—. Salí como una loca y mi mente empezó a trabajar a velocidades muy altas. Llegué a casa y verifiqué si era cierto aquello, también tengo amigos policías, ¿sabías?

—Amelia, todo tiene una explicación —me dice y me tenso cuando me toma por la cintura—. Deja que te explique.

Yo me suelto de su agarre y le hago frente porque no puedo perdonarle que me haya mentido. Tuvo miles de oportunidades en estos meses para contarme de su pasado, por lo menos consultarme que deseaba hacer eso, que no lo iba a aceptar, claro está, porque esa deuda era mía.

—Es mejor que lo hagas y después quiero que salgas de mi casa —le digo molesta y Wayne me mira sorprendido.

—¿Es lo que quieres? —me pregunta.

Asiento.

—No soporto que me mientan —le respondo.

Wayne suelta un bufido, frustrado, y pasa sus manos por su cabello

de modo nervioso. Yo me siento en el comedor de nuevo y espero que empiece hablar.

—No te he mentado. Quizás fue mi error ocultarte todo, pero lo que hice fue con intención de ayudarte y porque me importas mucho, Amelia. Yo te amo —me dice.

Asiento y le pido:

—Habla...

—Mi padre era Alexander Minter tercero, mi abuelo fundó la refinería que luego pasó a manos de mi padre. Yo odio todo lo que tenga que ver con mi familia, Amelia. Mira —me dice y se señala—, mira lo que soy. —Vuelve a señalarse—. En lo que me he convertido. Yo no soy el dueño de nada, solo lo soy en papeles. Quizás tengo dinero, pero odio tanto todo lo que tenga que ver con mi padre que he renunciado a ello.

Frunzo el ceño porque no entiendo. No me dice nada que me haga entender porque odia a su padre y todo lo que tenga que ver con él.

—No entiendo —le digo molesta.

Wayne asiente, se acerca donde estoy y se sienta a mi lado; toma mis manos y trato de quitárselas, pero no me deja y me da un beso en el dorso de las dos.

—Amelia, recuerda cuando le dijiste a Derek que el dinero no compra el cariño.

—Sí... —le respondo asintiendo, claro que lo recuerdo.

—Te voy a contar una historia. Si después de que lo haga sigues queriendo que salga de tu vida, lo haré.

Yo asiento y suspiro cansada.

¿Y ahora qué?

Capítulo 23

WAYNE

Dios, que no me pida alejarme o creo que moriré. No puedo perderla por mis miedos de ocultarle sobre un dinero que odio. La amo más que nada en el mundo, Amelia se ha convertido en lo más importante de mi vida, porque ella es el amor de mi vida.

Cuando finalmente ella asiente y suspira cansada, mi corazón late asustado por la idea de perderla. Respiro hondo tomando valor de contarle mi historia y comienzo hablar:

—Mi padre se casó con una joven hermosa. —Sonrío al pensar en mi madre—. Elizabeth West era la hija y la heredera de una central azucarera de Louisiana. Ella se enamoró de mi padre y se escapó de la casa persiguiéndolo. Mis dos abuelos ambiciosos vieron la posibilidad de formar un imperio y terminaron aceptando que los dos se casaran. Mi madre fue feliz hasta que yo nací y sufrió de depresión posparto. —Suspiro y Amelia me mira atenta ¿Qué pensará? ¡Cristo, ayúdame! Nunca he querido tanto algo como la quiero a ella. Beso su mano y ella se remueve ¡La he cagado!—. Amelia, por favor... —le suplico.

—Quiero saber la verdad y la razón por la cual me la has ocultado todo este tiempo —Amelia me pide, molesta.

Asiento aceptando que la he cagado.

—Mi madre comprendió muy tarde que lo que sentía mi padre por ella no era amor y vivió una vida bastante trágica. Mi padre pensaba que el dinero podía comprar el amor y tapar sus ausencias, nunca estuvo en los cumpleaños o momentos importantes de mi vida, ni siquiera cuando me gradué con honores de Harvard. Todo eso mató a mi madre y ella terminó suicidándose —le digo con voz triste.

Amelia se tapa su cara y niega.

—Wayne... —me dice con voz triste.

—Amelia, luego de que mi madre hiciera eso, entré a una estación de bomberos y no salí de ahí nunca más —le digo. En los bomberos encontré la familia que no tuve—. Mi padre murió y me dejó todo a pesar de que me amenazó que no la haría cuando me convertí en bombero —le digo con voz triste—. Odio ese dinero y todo lo que tenga que ver con mi padre. Mi abuelo Wayne, el padre de mi madre, fue quién cuidó de mí y me dejó parte de su fortuna y fue por eso que firmé un poder a mi primo Noah, dejándole el control de todo. Pero una vez al año doy vuelta a todo, tampoco quiero desperdiciar el patrimonio de mis hijos, esos que quiero tener contigo.

Amelia me mira triste.

—¿Por qué lo hiciste? —me pregunta—. ¿Por qué no me lo consultaste?

Suspiro, no estoy acostumbrado a tener que dar explicaciones por mis acciones, normalmente es a mí a quien tienen que darlas.

—Lo hice porque quiero protegerte y no quiero que tengas ninguna necesidad. —Llevo su mano a mi pecho y la aprieto para que sienta los latidos de mi corazón—. Tú y Aaron me importan, los amo, cielo, y sé que piensas que estoy loco, que vamos rápido. —Suspiro y ella lo hace bajito, arrancándome una sonrisa—. Yo quiero estar en tu vida siempre y no salir de ella, quiero ser tu Dos ene.

—Wayne... pero..., pero ¿por qué? —Suspira bajito—. Mi Dos ene...

Lo último lo dice en un susurro y yo sonrío enamorado. Ella sabe lo que significa ese código para los bomberos, nuestro compañero es de por vida.

—Porque estoy enamorado de ti, porque cuando te escuchaba por la radio todas las luces me indicaban que eras tú, mi mundo se paraliza cuando estoy a tu lado. Si buscas la lógica a esto no la tiene, ¿pero acaso el amor tiene lógica? Te juro que no te voy a herir y que te voy a amar siempre. Por favor, deja a tu boca decir lo que sientes. —Mis palabras están cargadas de emoción.

Suspira y acerca su rostro al mío para dejar un beso casto en mis labios, no quiero que sea un beso de despedida.

¡Cristo, me muero si lo es! ¡La amo! Amo a su hijo y a la loca de su amiga, necesito a Amelia a mi lado.

—Te amo... —me dice tímida—, pero odio las mentiras y que me

oculten cosas. El amor se alimenta de la confianza y acaba cuando esta se rompe. Me molestó enterarme de que pagaste mi deuda sin mi autorización, no me gusta que haga esas cosas porque yo puedo sola.

Sonrío y alzo una ceja.

—Lo sé...

—¿Viniste aquí por qué? —me pregunta.

Me río y creo que ella mejor que nadie conoce esa respuesta.

—Porque era la única manera de acercarme a ti, porque cuando entraste por aquella puerta, lo supe, Amelia, supe que serías la mujer de mi vida y no me equivoqué.

Ella sonrío y se tira en mis brazos y la abrazo, feliz porque con esto sé que no se irá de mi vida, porque su amor vino a cambiar mi vida, porque la pureza de sus sentimientos me demuestra que todavía vale la pena luchar por algo.

—Hazme el amor —me pide con voz ronca.

Solo asiento y la cargo en mis brazos, el peso me molesta un poco por mi pierna, pero decido ignorarlo. La llevo a la habitación y la siento en la cama mientras me quito el suéter y la camiseta bajo su atenta mirada.

—¿Y Aaron? —le pregunto.

—Está en la guardería —responde, lamiéndose los labios.

Sonrío porque me encanta que me coma con la mirada y que desee que la haga mía, me encanta cómo se deshace bajo mis besos y caricias, cómo arquea su espalda cuando llega al éxtasis del orgasmo. Me abro los dos primeros botones de mi pantalón y ella se queda expectante a mis movimientos, esperando que siga quitándome todo. Me acerco y le robo un beso apasionado. Amelia gime y ese sonido me hace desearla más. Me siento a su lado y me quito la bota, ella sigue mis movimientos y sé que se empieza a impacientar cuando, nerviosa, muerde sus labios. Me levanto y lo primero que hago es quitarle la camiseta de su trabajo y después los pantalones.

Tiene un sencillo conjunto de algodón y aunque soy un hombre de lencería, esto es lo más sexi que he visto en mi vida, porque es una mezcla de inocencia con sensualidad que me encanta. Amelia tiene los pechos redondeados y perfectos, unas hermosas piernas torneadas y kilométricas, un vientre algo redondeado donde una vida anidó, me

parece sacada de un cuadro de Botticelli.

—Wayne... —me llama con voz ronca a causa del deseo.

—¿Sí, cielo? —le pregunto esbozando una sonrisa.

Ella se sonroja y me encanta que lo haga. Muerde su labio y yo me acerco con mis labios para que lo suelte; esta vez soy yo quien muerde y chupa su labio. Ella gime, bajo mi mano lentamente en una caricia hasta su centro y gimo al sentir su humedad. Muevo de lado su braga y empiezo a acariciarla. Mi dedo resbala por la humedad, ella rompe el beso gimiendo y lanzando su cabeza hacia atrás; su cuello me llama y lo beso, lo lamo y lo chupo dejándole una marca, marcándola como mía.

Sigo acariciándola y ella empieza a moverse descaradamente sobre mi mano. Su respiración se pone más entrecortada y finalmente ella explota en un orgasmo. Me quito la bota, el jean y el bóxer tan rápido como puedo, y la penetro de una sola estocada, haciéndola arquear su cuerpo y gemir de placer.

—Amelia... —la llamo con voz ronca.

Ella abre sus hermosos ojos color avellana y me mira muerta del placer. Le robo un beso y muerdo sus labios ya hinchados por mis besos.

—Wayne... —gime mi nombre.

—Sigue dándome tu amor y yo seguiré sintiéndome en casa. Te amo y eres mía para siempre, ¿me escuchas? —gimo al penetrarla más profundo—, mía.

Amelia gime y me abraza las caderas con sus piernas, yo me sostengo de mis brazos y la penetro más profundo, más rápido, queriendo que su piel se queme con las llamas de mi amor. Su sexo empieza a contraerse en el mío y sé que está acerca. Acelero mis movimientos, los dos llegamos al orgasmo al mismo tiempo gritando nuestros nombres, caigo sobre ella y escondo mi rostro en el hueco de su cuello, inhalando su olor a lilas.

—Te amo, Wayne... —me dice con voz emocionada.

Beso su cuello y le respondo:

—Yo te amo a ti, Amelia Reeds.

Capítulo 24

02/18/2016

Anoche Wayne y yo dijimos “Te amo” por primera vez, ¿será una locura? Yo no lo pienso de esa forma, porque quiero vivir al máximo esta experiencia, ya sé diferenciar entre un amor adolescente y uno real. Poco a poco empiezo a conocerlo, algo que me llena de felicidad. Por ejemplo, duerme boca abajo descansando su mano en mi cintura o la parte baja de mi espalda y le gusta despertar antes de las seis de la mañana de cada día.

Vaquero me ha sorprendido con la triste historia sobre su familia, ratificando que lo que pienso es cierto: que a veces la vida es injusta y que el dinero no da la felicidad. Su madre lo tenía todo y no fue feliz, hasta decidió quitarse la vida; su padre dedicó su vida a construir un impero para morir solo, porque su único hijo prefirió alejarse para ser feliz. Sí, reconozco que me incomodó que usara su dinero para saldar mis deudas, creo que si me hubiera consultado, quizás, solo así, habría aceptado. Pero no fue así y debía ocurrir esto para descubrir la verdad de su pasado; también me ha parecido un gesto hermoso de su parte lo que hizo, en aquella fecha que pasó todo esto yo no pensaba en una relación con él. Bueno, ¿a quién le miento? Desde el mismo momento que entró a mi casa, yo sabía que esa era una posibilidad.

Creo que estoy empezando a volverme un poco más loca, pero el amor y la locura van de la mano. La palabra “amor” tiene tantas etimologías, aunque la única que es correcta es la que viene del latín, que es la misma palabra “amor”, de la cual se deriva hasta la palabra amigos.

El amor nos sube y nos baja de diferentes maneras, vivimos en un

estado como si camináramos sobre las nubes. El amor ha inspirado a escritores, pintores y artista a lo largo de los siglos. Forma parte de todo desde el origen del mundo y es objeto de estudios científicos, psicológicos y teológicos. Todos buscamos el significado del amor, pero muy pocos lo encontramos.

Una vez mi profesora de Teoría Cognitiva nos habló del amor y definió de esta forma:

El amor es un estado mental orgánico que crece o decrece dependiendo de cómo se retroalimente ese sentimiento en la relación de los que componen el núcleo amoroso. La retroalimentación depende de factores tales como el comportamiento de la persona amada, sus atributos involuntarios o las necesidades particulares de la persona que ama (deseo sexual, necesidad de compañía, voluntad inconsciente de ascensión social, aspiración constante de completitud, etc.).

Yo ahora lo defino como la confianza y la necesidad de estar con la persona que te hace sentir amado, que te cuida y deseas cuidar de ella; no todo va al punto sexual. Todo va a esa parte inconsciente de querer amar. Para mí amar es confiar y aceptar a la persona con sus defectos. El amor no es eterno y eso lo he aprendido, no todos comemos perdices y vivimos por siempre felices, pero si basas esas emociones y sentimientos del principio, el amor crece, se convierte en camaradería, amistad y en parte sexual.

Esta vez, amigo, no voy a equivocarme.

Ya te iré contando...

Con amor,

Amelia

Tengo una sensación de que me persiguen y de que alguien se oculta en el jardín trasero. Han pasado dos semanas desde esa pequeña discusión y todo va muy bien entre Wayne y yo; me gusta cómo vamos evolucionando el día a día. Por ejemplo, ayer fuimos a comprar los

primeros muebles para mi práctica privada, pero no en la casa como había pensado, sino en un pequeño local a pocos kilómetros de ella, aunque tuvimos una discusión luego de que le conté que tenía un nuevo crédito, pero esta vez para emprender mi propio negocio.

Andrew está feliz de que por fin estoy dejando el novecientos once para hacer algo más con mi vida. Hoy sería mi último día, pero decidimos posponerlo hasta que tenga todo listo en el consultorio.

Salgo al estacionamiento del trabajo y me quedo de piedra al ver a Derek recostado de mi escarabajo.

—Amelia... —me llama con voz ronca.

—Derek... —le respondo acercándome cautelosamente. Tenía casi un mes o quizás más sin saber de él—. ¿Qué haces aquí?

Derek sonrío y lo que provoca en mí esa sonrisa no es otra cosa más que miedo. Al llegar frente a frente observo que está bastante demacrado y que está hasta descuidado; nunca, nunca Derek Fleming saldría sin afeitarse la barba incipiente o dejaría crecer su cabello de su habitual corte. Algo le sucede y eso me asusta, porque sé que muchas veces no sabe cómo reaccionar a las presiones.

—Vine a verte y a hablar, ¿podemos hacerlo? —me pregunta alzando una ceja.

—Vale, ¿aquí o en otro sitio? —le pregunto.

—Aquí. Sube al auto porque lo que tengo que decirte me tomará más de diez minutos.

Asiento y hago lo que me dice mientras él bordea el auto, se sube al asiento de copiloto y los dos nos quedamos en silencios por unos minutos. Suspiro cansada y él me dice:

—Amelia, quiero que dejes a ese hombre y que vuelvas... —Me giro y lo observo pensado: «Aquí vamos»—. Es imposible explicarte cómo acabará todo cuando él se canse de follarte. Esto que estás experimentando es efímero, no quiero que sufras por tratar de huir de mí.

Yo suelto una carcajada, mejor reír que llorar. Hay que ser bien cara dura en la vida, pero es cierto aquello que dicen, que cada ladrón juzga según su condición.

—¡Bájate de mi auto, Derek —le digo rechinando los dientes.

—Amelia...

—No tienes derecho a venir a decirme y menos a pedirme algo, no te doy derecho a que opines de mi vida y quiero que te bajes del auto ¡YA!
—grito.

Derek me toma de la mano y forcejeamos en el auto por unos segundos, él tratándome de besar y yo evitando que lo haga. Me suelto de su agarre y le doy una bofetada que resuena en el auto, me bajo y empiezo a caminar de un lado esperando que él también baje. Cuando lo hace, se queda observándome con la manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Amelia, te amo y fui un idiota al dejarte ir. No le des más vueltas a esto, ese tipo no te hará feliz. —Suelta una carcajada y empiezo a preguntarme si estará loco—. No puedo creer que no lo veas.

Pongo los ojos en blanco y subo de nuevo a mi auto, bajo los seguros y arranco dejándolo ahí parado. Llego a casa molesta y un poco incómoda por la situación. No puedo creer que ahora, que estoy siendo feliz de nuevo venga, él a decirme que deje todo. ¡Ni loca! Ni loca dejaría lo que tengo por los caprichos de Derek que de nuevo me demuestra que es un ser egoísta y que solo piensa en él.

Mi móvil suena y lo contesto sin ver quién llama:

—Amelia, te dejaré que disfrutes como una zorra unas cuantas folladas más, pero yo estaré aquí y volverás conmigo.

—¡Jódete, Derek! —le grito y cuelgo.

Wayne entra en ese momento y se me queda observando con una ceja levantada. Hoy soy yo la que no quiere hablar, además quiero evitar que estos dos tengan una batalla de titanes.

—¿Qué sucede? —me pregunta Wayne con voz preocupada.

—Nada, ¿y Aaron? —le pregunto.

—Con Hulk y Cassie... —responde—. ¿Todo bien?

—Nada de que preocuparse. Te amo ¿lo sabes? —le digo.

—Yo a ti —responde sonriendo.

Me acerco a él y me subo en puntas para darle un beso, mis brazos vuelan directamente a su cuello y le abrazo llenándome de su amor y olvidando las malas vibras de Derek.

Nota mental: Tratar de alejarnos definitivamente de Derek

Capítulo 25

03/12/2016

***M**e escape esta noche de la cama que ahora comparto con Vaquero porque quería escribirte todo lo que ha sucedido en estos días.*

Bueno, ayer le quitaron el inmovilizador a Wayne y esté me sorprendió planeando un día especial junto a Aaron. Siento que he encontrado lo que tanto anhelaba: una familia.

No sabes qué feliz me hace estar al lado de ellos. Fuimos de nuevo a Charlestown, los tres pasamos una mañana tranquila subiendo los escalones de Bunker Hill, y para Wayne fue algo simbólico, o yo lo percibí de esa manera, ya que podrá de nuevo subir escalones tranquilamente.

Mi hijo y él jugaron horas imaginando que navegaban su propio barco y capturé cada momento en hermosas fotografías. Luego comimos en un pub y tomamos algunas cervezas artesanales, regresamos a nuestra casa y pasamos horas con Aaron jugando béisbol en el patio trasero. Todos estamos ansiosos por ir a un juego esta temporada ¡Arriba los Medias Rojas!

El tiempo junto a ellos pasan volando y los días deberían tener más de veinticuatro horas, para disfrutarlas a su lado. Muchos dirían que vivo las primeras etapas de una relación, donde todo nos parece maravilloso y la vida cambia de colores para hacernos felices. Ahora estamos sembrando vida y convirtiendo mi patio trasero en un hermoso jardín; la primavera está cerca y huele a flores, a árboles y a vida.

Wayne esta noche me ha hecho la propuesta de mudarse a aquí, ¿una locura?, ¿pero el amor no lo es? El amor va de la mano de la locura y sé que no me estoy equivocando, que todo será diferente esta

vez, porque mi corazón nunca miente y me dice que esto puede ser para siempre, que la vida junto a él es lo que necesito y que definitivamente la vida me dio dos maravillosos regalos: Aaron y Wayne.

Pero, como siempre, no todo puede ser perfecto y me preocupa Cassie con su renuencia a enamorarse. Ella y Hulk, el amigo de Wayne, hacen linda pareja, pero ella se niega a afrontar una verdad que todos vemos, ya que los dos están enamorados y el pobre Hulk no sabe qué hacer para que ella entienda que es real lo que siente. Lo peor del caso es que cuando trato de hablar con mi amiga sobre eso, se cierra en banda y cambia el tema.

Derek, luego del episodio del estacionamiento, no me ha molestado más y algo trama, lo sé. Me da miedo todo lo que puede conllevar su locura temporal de querer recuperarme, porque sé muy bien que a él no le gustan los NO como respuesta y que esto no ha acabado como todos pensamos.

Siempre te digo qué estoy escuchando, pues un poquito de Ed Seraan y su preciosa canción Thinking out loud. Espero algún día poder dedicársela a Wayne. Sí, sí, estoy pasada de cursi, pero me encanta lo que dice la canción.

Me enamoré y no puedo negarlo, lo quería sin pensarlo y lo amo cada día con cada gesto que me da con el convivir día a día juntos. Aprendí que si no convives con la persona que amas, si no aprendes a conocerle, nunca podrás amarlo verdaderamente.

Entonces podemos decir que el amor es la unión de emociones y de la convivencia diaria basada en la confianza.

Te dejo otra pequeña definición de amor, querido amigo. Deberías ser real y un día decirme lo que piensas.

*Con amor,
Amelia*

Estamos saliendo del que será mi consultorio y el golpeteo de los

martillos que se escucha durante el día ha cesado. Muchos bomberos están colaborando para que esto quede a punto para dentro de unas semanas. Andrew se ha emocionado con la idea y se integrará al pequeño equipo que formaré para que este sea un centro de ayuda a víctimas que han sufrido cualquier tipo de violencia o pérdida.

Hoy me emocioné cuando algunos veteranos que conocieron a mi padre pasaron por acá a verme, sé que es obra de Wayne y que es una forma para que yo pueda dejar ir un poco ese dolor que me persigue de niña. Escucharlos mientras me contaban anécdotas de mi padre en acción, o simplemente cuando estaba en la estación, me hace sonreír; crear recuerdos que no sean tristes es una buena forma de recordar a los que se han ido.

Hoy todos estamos celebrando el día de San Patricio, la gran mayoría de la población de Boston tiene raíces irlandesas, y Aaron, el consentido de todos en ese momento, lleva un pequeño traje de duende irlandés. Vamos de camino a ver el desfile, para luego quizás entrar a algún pub y tomarnos una pinta.

Wayne lleva sobre sus hombros a Aaron y me encanta como los dos han creado un lazo inquebrantable de amor, además nos acompañan Chris y Cassie, esta última con cara de pocos amigos porque le he engañado para que viniera. En un momento de distracción me toma por el brazo y me jala para quedarnos un poco rezagadas del grupo.

—Amelia, ¿qué hice para que me hicieras esto? —me pregunta gimoteando—. Yo no quiero estar cerca de él.

Pongo los ojos en blanco porque cuando mi amiga quiere, puede comportarse tan infantil como mi hijo de dos años.

—Cassie, siempre compartimos San Patricio juntas y no pensaba que este año sería la excepción —le respondo también haciéndome un poco la tonta.

—Claro... —Suspira—. ¿Pero era necesario que él viniera?

—Él se llama Chris o Hulk, como quieras llamarle, y es el mejor amigo de Wayne.

Cassie se engancha a mi brazo haciendo morritos tontos, la pobre creo que está tan enamorada de Chris que le da miedo afrontar la realidad.

—Te odio, ¿sabes? —me dice con voz triste—. Esto es una treta y sí,

acepto que me gusta el tipo, pero no quiero. —Niega—. Mejor dicho, me niego a que todo esto que siento se convierta en algo hermoso y de la noche a la mañana se acabe.

—¿Por qué se tiene que acabar? —le pregunto.

—Porque no todas tenemos la suerte que tú de encontrar el amor dos veces. Nunca le perdonaré a Derek lo que te hizo, pero mientras duró lo de ustedes, era amor, y ahora mírate con Vaquero, todo es amor y el hombre besa el piso que pisas. —Niega—. Mi estimada, eso es para ti y no para todas las mundanas como yo.

Me detengo de golpe y mi amiga se queda sorprendida, me molesta que ella piense que no es digna de amor y menos que si una relación fracasa es para morirse.

—Cassandra, te voy a decir que me parece una idiotez lo que acabas de decir, mira cómo se comporta Chris contigo. A pesar de todos tus desplantes, él sigue insistiendo. —Respiro hondo—. El amor es para todos y es como una lotería buena y mala, pero creo que a las dos nos ha tocado la buena esta vez.

—Me gusta mucho... —susurra.

—Entonces ve por él, deja de compórtate como una cobarde.

Mi amiga sonrío y retomamos de nuevo nuestra caminata hasta alcanzar el grupo. Cassie, silenciosamente, se coloca al lado de Chris y toma su mano; yo sonrío cuando él la observa sorprendido y finalmente la abraza.

—Eso fue obra tuya —me dice Wayne.

—No, solo le di el empujoncito que necesitaba para ser feliz.

—No sabes el poder que tienes para convencer a la personas —me dice—. Te amo, Número dos.

—Y yo a ti, Vaquero.

Disfrutamos de una tarde de San Patricio sin los excesos, claro está. Cada momento que vivo junto a mi familia es único, Aaron ha sido el centro de atención para todos y ha disfrutado de los mimos de Wayne, Cassie, Chris y de algunos de sus compañeros que nos acompañan.

Hoy comprendí dos cosas: que las personas que se van físicamente hay que recordarlas con los más bonitos recuerdos, que muchas veces no aceptamos que su momento ha terminado con nosotros, pero viven en tu corazón, y escuchar a los compañeros de mi padre contarme esas

anécdotas sobre él causaron en mí una pequeña curación. Mi padre murió dando su vida por otro, no será un héroe y no edificarán colegios con su nombre, pero para mí y sus allegados sí, y sé que desde donde esté, está orgulloso de que al fin haya encontrado mi camino.

Lo otro que he aprendido es que la mujeres muchas veces nos cerramos por miedo a que nos hieran, le tenemos pánico al desamor y a la decepción; también muchas veces dejamos pasar a la persona correcta y nos enamoramos de las incorrectas. Todo es un aprendizaje, como me dijo una chica llamada Mel:

—El amor correcto es una ruleta rusa, porque conozco muchas que se han casado con su primer amor y son felices, otras que van sufriendo buscando al amor de su vida, y están las que hacen lo que quieren con los hombres y viven felices.

Ahora con todo lo que he pasado con mi vida amorosa y viendo la vida amorosa de Cassie, veo que tiene razón y que todas pasamos por alguno de esos ejemplos. Yo tuve el fracaso, Cassie es la mujer que hace sufrir a los hombres y Mel... Bueno, ella es de las pocas afortunadas que aún está al lado de su primer amor. Entonces el problema no es la suerte que te toque en el amor, el problema es que luego sepas como vas a solucionar las piedras que se presenten en el camino.

El miedo, la inseguridad y hasta la desconfianza dejarlas de un lado, porque aunque dicen que todos los hombres son iguales, hay siempre alguno que es la excepción de la regla y no sabes si tú eres la afortunada de encontrarlo.

Capítulo 26

03/30/2016

Sabía que el silencio de Derek no traería nada bueno. Hoy de nuevo vino a buscarme al Call Center, se comportó como un energúmeno y me amenazó con quitarme a Aaron. Me da terror que cumpla su promesa porque él tiene los recursos monetarios para hacerlo. Esto me tiene tan alterada de los nervios que ocasionó mi primera discusión real con Wayne.

Estaba cocinando algo y él llegó frustrado de otra guardia en la que no pudo entrar en acción, me preguntó por mi día y yo le relaté todo, incluyendo lo que había pasado con Derek. Me dijo que me ayudaría con su dinero para impedir que lo hiciera, fue la ocasión perfecta para dejarle en claro que yo no quería su dinero y que estaba dispuesta a regresarle hasta el último centavo por el pago de mi crédito universitario. Wayne montó en cólera, gritándome que no estaba dispuesto a aceptarlo porque él tenía dinero suficiente para pagarme millones de créditos universitarios si le daba la gana, yo también le grité y..., bueno , fue decepcionante. Creo que en mi vida me había sentido tan frustrada, y más cuándo tomó su americana para irse a dormir a la estación.

Es la una de la mañana y no puedo dormir por tantas razones... La primera es que extraño el calor del cuerpo de Wayne a mi lado; la segunda, que estoy asustada por perderlo, y tercero, tengo terror de que Derek cumpla su amenaza. No puedo creer que él no acepte que simplemente lo dejé de amar y que lo único que nos une es nuestro hijo.

Los hombres son egoístas, y creo que a veces Cassie tiene razón al decir que ellos no saben lo que tenían hasta que lo ven en los brazos de otros.

Estoy escuchando los pasos de Wayne acercarse, te cuento después. Tengo que esconderte, aún no estoy preparada para que sepa que llevo un diario.

Saludos, amigo imaginario.

Amelia

Cierro el cuaderno con prisa y me acuesto en la cama, dándole la espalda a la puerta. Wayne abre con mucho cuidado de no despertarme y cuando la cama se hunde, sé que podré dormir.

—Sé que estás despierta —me dice con voz cansada.

Me giro cuando enciende la lámpara de la mesa de noche. Mi Vaquero tiene el rostro cansado y yo sé que debo tener los ojos hinchados de tanto llorar.

—Disculpa... —susurro.

—Amelia, te amo y quiero que entiendas que no te doy mi dinero porque crea que eres un caso de caridad —me dice con voz cansada.

—Abrázame... —le pido.

Wayne se descalza y se quita su camiseta, se acuesta a mi lado y me lleva contra su pecho. Yo hundo mi nariz en su cuello e inhalo el olor de su perfume, que ya he descubierto que es *Light blue* de Dolce & Gabbana. Él deja un beso casto en mi frente y me dice:

—Te amo, solo quiero ayudarte en lo que sea necesario para que no te quiten a Aaron. —Respira hondo—. Sé que ningún juez que esté cuerdo le dará la custodia a Derek.

—Tengo miedo.

—No tienes por qué. Ya no estás sola, Amelia, me tienes a mí y quiero que entiendas que ese dinero no es nada para mí, y ahora solo pienso en gastarlo en ti y en Aaron.

—Yo soy feliz con lo poco que tenemos —le respondo.

Wayne toma mi mentón y me obliga a mirarlo, sus ojos grises llenos de amor me observan con un brillo especial, y esa sonrisa que me enamoró desde el primer segundo está ahí, dejándome saber que le ha gustado mi respuesta.

—Amelia, somos dos contra el mundo, dos contra Derek y yo estaré para pelearme con quien sea por ustedes. —Me da un beso casto en los

labios—. Entiende que te amo como a nadie he amado en mi vida y que me duele cada rechazo que me haces. Yo no estoy pidiendo que me devuelvas nada. —Suspira—. Solo te pido que confíes en mí.

—Confío en ti —susurro—, entiende que he estado mucho tiempo sola y que esto que vivimos es nuevo, porque sí estuve con Derek, pero nunca me apoyó de esta forma.

Wayne asiente y esta vez se apodera de mis labios en un beso apasionado, mi instinto es subirme a horcajadas sobre él y corresponder a este beso que me sabe a gloria luego de nuestra discusión. Sus manos vuelan al dobladillo de mi camiseta y me despoja de ella, dejándome solo en pantis. Yo muerdo mi labio porque son unas que compré con cascos de bomberos y sé que cuando las vea le parecerán graciosas. Sonrío contra sus labios y él rompe el beso con una ceja arqueada.

—¿Qué te causa gracia? —me pregunta.

—Mira mis pantis —le digo.

Baja su mira hasta ella y siento cómo mi piel se va calentando con su recorrido. Una sonrisa se forma en sus labios y un gemido gutural se escapa de su garganta.

—¡Joder, Amelia! —Toma la pretina de mi panty y la hala haciendo que la liga pegue contra mi piel y me escuece un poco—. Me encantan. —En un giro rápido, nos da vuelta y agrega—: Pero estorban.

Con una agilidad asombrosa me la quita y su cabeza está entre mis piernas, haciéndome llegar al cielo con su lengua y sus dedos. Cuando hace esto, pierdo la noción del tiempo y solo sé de gemidos, de pedir más y decirle que lo deseo dentro. Por su parte, Wayne en estos momentos solo sabe darme placer hasta, hasta, hasta... ¡Joder, exploto en un orgasmo!, uno que me hace ver el sol, el cielo azul y las estrellas.

Sin preámbulos me penetra y los dos gemimos; su sexo me llena de tal forma que siempre siento como si, de alguna forma, me fuera a partir en dos. Sus penetraciones constantes y profundas, sus besos apasionados en mis labios, senos y cuellos nos catapultan a los dos al éxtasis.

—Te amo con todo mi ser, Amelia Reeds.

Nota mental: comprar más pantis con motivos alusivos a los bomberos.

Capítulo 27

04/03/2016

Hoy puedo sumar algo más a mi definición de amor: amar es hacerlo sin esperar nada a cambio. Muchas veces creemos que amamos y por esa sencilla razón tenemos que recibir algo, pero lamentablemente el amor es dar sin recibir, porque cuando recibes algún detalle espontáneo vale mil veces más que otro tipo.

Por fin comprendí que el amor puede definirse de muchas maneras. Amar a los dieciséis es muy diferente de amar a los veinticinco, son dos tipos de amor: en el primero vives la euforia y todo lo que conlleva querer a otra persona y esta te corresponda. En esa etapa, el amor es puro porque por primera vez amas a una persona fuera de tu entorno familiar, entregas todo y vives en una nube de la cual es muy difícil caer. Cuando eres adolescente aún crees que el amor es para siempre, que los finales de cuento sí existen, que vivirás para siempre al lado de esa persona que amas. Sí, he conocido personas que aún están juntos luego de vivir esa primera etapa, pero creo que han sabido llevar la definición que te di anteriormente.

Sin embargo, el amor a los veintitantos es muy diferente, porque has madurado y sabes que los finales felices no son para todos, que a veces caerse duele, pero levantarse es un acto de valentía para seguir con tu vida. Despedirse de lo que creías que iba a ser un final de cuento de hadas hace daño, pero te secas las lágrimas y continúas con tu vida. A los veintitantos amas con el corazón, con la mente y con el cuerpo porque los tres van de la mano, aunque el corazón es una referencia porque cuando amas tus pulsaciones se aceleran y sientes las mariposas en el estómago, pero eso no es más que una estimulación del nervio vago. Amas con la mente porque ya

comprendes mejor cómo canalizar mejor tus emociones y sentimientos, sabes qué conducta adecuada puedes poner en práctica, y también ya has aprendido de los errores para no cometerlos de nuevo.

Luego amas con el cuerpo porque hacer el amor es una forma de amar; amas con las caricias, con los besos y entregando placer para recibir lo mismo. Este amor es un poco más profundo porque cuando aprendes a amar con el cuerpo y estás en sintonía con esa persona, ya has completado las etapas del amor.

¿Por qué te escribo esto? Porque siento que he llegado a esa etapa con Wayne y lo más importante de todo es que él también. Nos complementamos simplemente, como dice la historia del Ying y el Yang, Él es esa parte que me completa y me hace ser una mejor persona y yo soy lo mismo para él. La vida me está sonriendo de nuevo y al fin estoy formando una familia, porque en estos meses Wayne me ha demostrado que no solo está dispuesto a amarme, sino que también está dispuesto a amar a mi hijo.

Cuida de mi hijo y lo protege como si fuera de él, demostrando que un padre no es el que crea, sino el que está a tu lado, te ayuda a crecer y te convertirte en un buen ser humano. Wayne se ha saltado algunas reglas y ha inscrito a nuestro pequeño en los castores de los scouts, me contó que él fue Águila Scout, que es la máxima insignia dentro del movimiento. También me ha comentado en modo de broma que muchos presidentes contemporáneos y astronautas lo han sido.

Muchas veces llego a casa y lo consigo cocinando la cena para todos o durmiendo con mi hijo en el sofá. Gestos como cuidarlo cuando está fuera de servicio y yo tengo que ir a trabajar, o simplemente dormirlo contándole una historia, esos son los detalles que recibo y atesoro cada día. Por eso, cada vez que puedo, trato de retribuirle con pequeñas acciones para demostrarle lo mucho que lo amo.

Wayne es la persona con la que quiero compartir el resto de mi vida, el hombre que quiero discutir de pequeñas o grandes decisiones, el hombre con el que quiero irme a dormir y despertar.

Hoy escucho I don't wanna love somebody else de Great big world. Mi vaquero está de guardia y yo estoy en el fuerte cuidando de

nosotros.

Saludos, amigo.

Amelia

—Me encanta... —susurro emocionada al salir a mi nuevo jardín.

—Solo deseo hacerte feliz —Wayne me susurra cerca del oído.

Sus brazos vuelan a mi cintura y me quedo observando la infinidad de flores y plantas que ha sembrado para construir un hermoso jardín junto a nuestro árbol de cerezo. Mi vida ha florecido de la mejor manera porque ahora me siento más segura, tranquila y hasta me siento feliz; ya en casa dejaron de escucharse los gritos de una discusión y los llantos de mi frustración, ahora se escucha la alegría de Aaron corriendo, los murmullos de palabras de amor susurradas en el clamor de la pasión y las risas de nosotros celebrando que estamos juntos.

He madurado finalmente y entiendo que todo puede cambiar, que no debemos conformarnos con pequeños detalles y que todos merecemos siempre algo más, que al aprender los sueños puedes que te caigas, pero la idea es levantarse y seguir. Ahora puedo comprender que cuando eres feliz contigo mismo y con lo que te rodeas, es cuando consigues la felicidad.

Vaquero se sienta en el columpio y me señala sus piernas para que me siente en ellas, lo hago y él comienza a balancearnos lentamente. Yo me abrazo de su cuello y escondo mi rostro en su pecho, dejándome impregnar por este sentimiento que con el pasar de los meses crece cada día más, que me hace sentir de nuevo una mujer completa.

—En uno días tengo que ir a Nueva Orleans... —susurra con voz triste.

Yo suspiro porque pensar que nos tenemos que separar tantos días me hace sentir..., no sé cómo explicarlo, y la tristeza en su voz me hace pensar que todavía odia ir a esa ciudad.

—¿Por cuánto tiempo irás? —le pregunto.

—Un mes o dos. Pero, Amelia... —me llama dudoso y yo alzo mi rostro para observarle.

—Dime.

—La cosa es que quiero que vayan tú y Aaron, no puedo dejarles aquí tanto tiempo —me dice y acaricia con su pulgar mi mejilla—. Tu consultorio casi está y... —titubea.

—¿Y, cariño? —le digo con cariño.

—Que hasta hoy trabajaste en el nueve once, podrían ser unas vacaciones y así puedes conocer más de mi pasado. —Suspira—. Sabes que odio todo lo que tenga que ver con él, pero mis abuelos, Noah y mi nana son parte de esa poca felicidad que tuve allá.

—Yo quiero conocer a Noah y a tu nana —le digo con una sonrisa.

Wayne detiene el columpio de golpe y me separa un poquito de él. Yo alzo una ceja divertida y esboza una sonrisa, sé que ha captado la indirecta y, sin miedo a sonar dependiente, puedo decir que adonde vaya él, voy yo.

—¿Eso quiere decir lo que pienso? —me pregunta con entusiasmo.

—Sí, cielo, adonde quieras yo iré —le digo emocionada.

Wayne me roba un beso apasionado y yo le correspondo con la misma pasión. El hecho de que piense que estar separados es difícil y que necesite como yo compartir cada momento, me hace sentir emocionada, y si puedo conocer más de él, de su infancia y todo mientras vivió lejos, lo haré, porque quiero compartir cada día de mi vida junto a él.

Vaquero rompe el beso y yo quedo embobada por unos segundos más por la sensación placentera. Después nos levanta del columpio, pero me hace seña para que me siente de nuevo en él. Yo lo hago y atrapo las cuerdas para sostenerme, disfruto de la vista y de Wayne con un jean desgastado, una camiseta gris haciendo resaltar el color de sus ojos y descalzo. ¿Se imaginan al hombre más hermoso del mundo entre un jardín repleto de flores? Bueno, esa es mi visión porque las rosas, tulipanes y demás flores están vestidas de múltiples colores, y él sonrío nervioso con las manos en sus bolsillos.

Cuando saca una cajita de terciopelo de uno de ellos, yo pongo los ojos como platos y trago fuerte. Wayne se arrodilla frente a mí y abre la cajita mostrándome un hermoso solitario de platino, sencillo y

hermoso.

—Amelia, sabía que eras la indicada con tan solo escuchar tu voz y luego de conocerte sé que eres la mujer con la cual deseo compartir mi vida. —Saca el anillo con manos temblorosas y yo sonrío con lágrimas a punto de precipitarse por la emoción—. Te amo, amo cuando muerdes tus uñas nerviosa, cuando limpias la casa para aclarar las ideas, amo verte con Aaron y amo a ese pequeño. —Respira hondo—. ¿Es mucho pedir que desees pasar el resto de nuestras vidas juntos? —pregunta finalmente.

Yo asiento y me lanzo sobre él besándolo; los dos reímos emocionados cuando finalmente articulo el SÍ, QUIERO. Wayne me acuesta sobre el césped y me besa delicadamente, temiendo que fuera romperme. Ahora entiendo por qué le pidió a Cassie y Chris que se llevaran a Aaron, este era nuestro momento y debíamos compartirlo solos.

Rompe el beso y dice:

—¡Mierda, el anillo!

Yo lo miro divertida y buscamos entre la hierba el pequeño aro que con un reluciente brillo nos indica donde está. Wayne lo toma y hace lo mismo con mi mano, desplaza lentamente el anillo en mi dedo bajo mi atenta mirada y, al terminar, deja un hermoso beso casto en él.

—Te amo ,Wayne Minter.

—Y yo a ti ,Amelia Reeds.

Yo me lanzo de nuevo a sus brazos y puedo asegurar que nunca me había sentido tan feliz como en este momento.

Nota mental: cada recuerdo junto a él lo guardaré para siempre en mi corazón.

Capítulo 28

05/20/2016

***H**oy no estoy tan filosófica, es por eso que quiero hacer un pequeño recuento de este año. Puede decirse que va bien y el único tema que me falta por solucionar es Derek, que no quiere entender que todo terminó entre nosotros. Esto terminará causándome problemas, pero no me quiero imaginar qué tanto puede hacerlo. He dejado el novecientos once y en unos meses abriré mi propio consultorio.*

Wayne vive con nosotros y ahora ocupa el lado que estaba vacío en mi cama. En abril logró incorporarse de nuevo a los bomberos de forma activa, pero cada vez que sale de guardia yo quedo con el corazón asustado y en un hilo, pero él siempre vuelve cumpliendo su promesa de no dejarme. Aaron adora a Wayne y viceversa, mi hijo se desenvuelve feliz junto a él, algo que me hace feliz porque la persona que escogiera debía amar a mi hijo tanto como a mí.

Mi mamá..., Bueno, ella se ha casado, pero me he enterado por una postal, y aunque me afectó, traté de pasar de ella. Mi vida ha dado un giro total y rotundo, el cambio de empleo ha sido el primer paso contundente para aceptar que he madurado.

En tres días viajaremos a Nueva Orleans porque Wayne debe ponerse al día con todo lo que respecta a su negocio, además quiere que conozca la ciudad que lo vio nacer.

Esta noche está de guardia y me toca dormir sola, por eso me he traído a Aaron. Me he acostumbrado a dormir con Wayne, sus brazos son mi hogar y me siento feliz.

Una noche después de hacer el amor, estábamos hablando de todo un poco y él me dijo:

—Tú amor es la llama que me enciende.

Si él supiera que su amor es la llama que enciende mi vida y me hace vivir... Wayne y mi hijo lo son todo. Ver mi anillo mientras escribo es el recordatorio de que pronto daremos el paso que nos falta, y es rápido, lo sé, pero, ¿sabes?, nunca estuve tan segura de querer hacer algo como lo estoy con esta decisión. Casarme con Vaquero será solo un requisito que cumpliremos con la sociedad, porque los dos sabemos que nuestro amor vale más veces que un papel.

Cada día escribo menos y creo que la razón es porque ya no necesito desahogarme en tus páginas, he encontrado a alguien que me escucha atentamente y comprende mis problemas, y me ayuda a encontrar las soluciones. Con esto no quiero decir que dejaré de escribir, solo que lo haré menos que antes.

Querido amigo, soy feliz..., pero aún pienso que deberías hablarme.

Con amor,

Amelia

Suspiro cansada, ya es casi es medianoche, y guardo todo en mi cajón. Me acuesto en la cama y escribo un mensaje corto a Wayne:

«Regresa a salvo, vaquero. Te amo.»

Le doy un beso a Aaron y él se remueve haciendo un mohín. Amo a mi hijo con locura y con cada gesto me siento más enamorada de él. Mi teléfono vibra y atiendo.

—Vaquero... —le digo con voz emocionada.

—Número dos —responde y suspira.

—Te extrañamos.

—Yo a ustedes, más de lo que piensas.

—Regresa a salvo, vaquero —le digo suspirando.

—Copiado, Número dos. —Sonrío por este juego que iniciamos desde que dejé el novecientos once.

—Te amo.

—Yo a ti. Si tienes los audífonos cerca, escucha Bon Jovi, *Thank you for loving me*.

—Wayne...

—Tengo que dejarte, nena, pero no olvides que yo también te amo.

Cuelga y yo cierro los ojos. Yo busco los audífonos y escucho este clásico de Bon Jovi. Lo pongo en repetición para dormirme escuchando cada palabra de la canción, comprendiendo lo que Wayne me trata de decir.

Me despiertan con un beso en mis labios, me remuevo un poco y respiro hondo, pero no es su perfume. Abro los ojos asustada y me encuentro con Derek, sentado en mi cama y con una sonrisa cínica.

—Buenos días, nena —me dice con voz burlona.

Me siento en la cama y veo que Aaron sigue durmiendo a mi lado. Me levanto de un salto y Derek suelta una risa burlona.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

Derek se levanta de la cama y me alcanza por la cintura. Yo trato de zafarme, pero él hace más fuerte su agarre.

—Amelia, quédate quieta —me dice agarrando mis dos manos y las aprisiona entre las suyas.

—Derek, suéltame... —le pido, asustada—. Piensa lo que vas a hacer, tú hijo está en la cama durmiendo.

Él suelta una risita y yo tiemblo cuando me pega contra la pared y restriega su erección contra mi vientre, y yo me asqueo por su olor a alcohol. Estudio su rostro y sus ojos están inyectados de sangre y sus pupilas dilatadas.

¡Dios, está drogado!

—Suéltame, por favor. Derek, piensa en tu carrera y en tu hijo, por favor —le digo atropellando las palabras.

Él se ríe fuera de sí y suelta una de sus manos, me da una cachetada que rompe mi labio y poco a poco siento el sabor metálico de la sangre en mi boca.

—Eres una perra, Amelia. He visto cómo te folla el bombero y conmigo no gemías de la misma forma que lo haces con él —me dice con rabia.

—Derek... —sollozo su nombre asustada.

—Yo te trataba como a una reina, te respetaba y por eso me follaba a la demás como a unas perras, porque para mí tú eras pura. Pero ahora he visto que eres otra perra más y quiero escucharte gemir como lo haces con él —me dice con rabia.

Apelo a su sentido común cuando veo que Aaron se sienta en la cama y dice:

—Mami y papi...

—Derek..., por favor, piensa en tu hijo y lo que estás a punto de hacer —le ruego.

Derek no reacciona y me da otra cachetada, Aaron se asusta y empieza a llorar.

—¡Cállate! —Derek le grita fuera de sí.

Me agarra por el cabello, me saca a rastras de la habitación y tranca la puerta tras sí. Me empotra contra la pared y yo trato de luchar en vano porque él me dobla en tamaño y peso; rompe mi camiseta vieja y mis bragas, y desabrocha su pantalón.

Derek me penetra y yo siento que me rompo por dentro. Sollozo y él gime.

—¡Gime, perra! —me grita.

Empieza a moverse y siento como va lastimándome, me golpea y muerde mis labios hasta hacerlos sangrar. Aaron grita desesperado y trata de abrir la puerta. Derek saca su pene de dentro de mí y me gira, me penetra desde atrás y yo lloró. Sé que las drogas deben estar nublando su razón y mi llanto debe subirle la adrenalina, pero no puedo evitarlo, me he roto. Derek acaba dentro de mí y sale. Yo caigo en el piso echa un ovillo, él me escupe y me dice:

—Quería volver contigo, pero no eres más que una perra, Amelia —me grita.

Derek empieza a caerme a patadas y yo me protejo, tratando de que no me haga tanto daño. De nuevo veo su erección y vuelve a violarme con la misma violencia que lo hizo la vez anterior. Yo solo lloró en silencio y dejo de gritar para tratar de que Aaron no escuche esto. Al terminar, no le basta con los golpes y vejaciones, toma mi cabeza y la golpea la contra la pared.

—Aaron... —susurro cuando todo se vuelve negro.

Capítulo 29

WAYNE

Mi vida por fin ha tomado otro color, ahora que sé que la palabra “familia” puede tener otro significado, que ser padre es velar por esa personita y cuidar de él, que amar a una mujer es comprenderla, apoyarla y quererla. Amelia y Aaron ahora lo son todo, e ir a Nueva Orleans no pesa tanto esta vez porque si ellos están a mi lado, nada me falta.

Anoche fue una guardia de mierda, estuvimos en un accidente de tránsito en el que solo sobrevivió el padre y no puedo ni quiero imaginar cómo debe estar ese hombre ahora. Por eso ahora me cuido más, temo romper la promesa que le hice a mi Número dos de volver siempre y sé que ella no soportaría perderme como yo tampoco la haría.

Estaciono el auto y entro a la casa con la ilusión de verles, abrazarles y pasar finalmente el día con ellos, pero me asusto al conseguir todo destruido en el salón. Subo de dos en dos los escalones llamando a Amelia.

—¡Amelia! ¡Amelia!

Al llegar al pasillo, me detengo en seco al encontrarla en un charco de sangre e inconsciente frente a la habitación. Mi corazón se detiene y mi mundo se paraliza, corro y tomo sus signos vitales.

¡Está viva! ¡Dios!

¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

Escucho el llanto de Aaron y salgo del trance en el que me encuentro. Dejo con cuidado a Amelia y abro la habitación donde encuentro al bebé llorando desesperado, me acerco y lo reviso, notando que está sano. Tomo mi móvil y marco a emergencias.

—Novecientos once, le habla Mary, ¿cuál es su emergencia?

Respiro brusco.

¿Cuántas veces Amelia habrá preguntado lo mismo?

—Mary, es Vaquero, soy bombero de la unidad de South Boston, necesito que envíes una ambulancia y a la policía a casa de Amelia Reeds, tu antigua Número dos —le digo, saltándome el protocolo.

—¿Vaquero? ¿Amelia está bien? —Ella también se salta los protocolos preguntándome asustada.

—No lo está, date prisa —le pido desesperando.

Abrazo a Aaron para que se calme y escucho como ella habla por radio, da la dirección de Amelia y pide con urgencia la presencia de los paramédicos. Escucho un grito ahogado.

—¡Cassie! ¡Cassie! —le grito.

Ella entra asustada y me observa con lágrimas en los ojos, yo necesito llorar, necesito averiguar que sucedió y matar al desgraciado o desgraciados que han hecho esto.

—Atiende a Aaron y responde a lo que te pregunten, veré cómo está Amelia.

—¿Qué sucedió? —me pregunta asustada.

—No lo sé —le respondo.

Salgo de la habitación y me arrodillo junto Amelia, tomo sus signos vitales y siento que están débiles. Verla desnuda y con sangre alrededor de sus muslos me indican solo una cosa: la han violado. Maldigo mentalmente y me levanto, entro de nuevo a la habitación para buscar algo con que tapparla. Tomo la sábana de la cama y salgo, le envuelvo en ella y le abrazo dándole calor. Le hablo asustado:

—Amelia, mi vida..., por favor, reacciona. Necesito que me digas qué sucedió y necesito que vivas porque tenemos aún mucho por vivir.

Ella gime y empieza a toser sangre, tiene hemorragia y la ambulancia parece que va tardar horas en llegar.

¿Cristo, quién le hizo esto?

Ella empieza a murmurar algo, pero su voz es tan baja que bajo mi rostro para poder escucharla.

—Vamos, nena, dime quién te hizo esto —le ruego.

Si la pierdo..., yo me perdería y perdería también a Aaron.

—Derek, Derek... —me dice con voz débil.

Escucho pasos subir, por el pasillo aparecen policías y paramédicos.

Me aparto y los dejo hacer su trabajo. Uno de los policías me pregunta:
—¿Qué sucedió, Vaquero?

Yo niego porque no lo sé y paso mis manos por el cabello; cuando las bajo, veo que están llenas de la sangre de Amelia. Retengo las lágrimas y la rabia que siento en este momento. “Derek”, solo susurra su nombre. Veo cómo todo a mi alrededor transcurre en cámara lenta y el oficial me pregunta de nuevo:

—Tienes que decirme qué sucedió...

Alzo mi mirada y el tipo me mira perspicazmente. ¿Pensará que fui yo? ¡Maldita sea! Yo me suicidaría antes de hacerle daño a ella.

—No sé, llegué de la guardia y conseguí todo destruido, subí corriendo y le encontré así. El niño estaba encerrado llorando... —Se me escapa un sollozo—. No la puedo perder... Ella es mi vida.

Él policía me mira con empatía y entro a la habitación evadiendo su mirada de lastima. Encuentro a Cassie llorando.

—Wayne, ¿qué es todo esto? —me pregunta asustada.

Yo niego.

—No lo sé, pero Amelia solo nombra a Derek —le digo con rabia y con ganas de destruir todo lo que me rodea.

Si el bastardo de su exmarido hizo todo esto, lo va a pagar con sangre, de eso me encargaré yo mismo. Cassie me mira alucinada.

—¿Derek? —Niega—. No creo que sea capaz de hacerle daño —pero su voz se quiebra.

—¿Aaron está bien? —le pregunto preocupado.

Ella asiente.

—Está quemado por el pañal y tiene hambre, pero de resto está bien.

Suelto el aire contenido en mis pulmones, aliviado de que al menos él esté bien. Escucho a mis compañeros y salgo. En la puerta me detengo y le digo a Cassie:

—Quédate con Aaron, llamaré a Chris para que venga a buscarte. Yo iré con Amelia.

Ella suelta un sollozo y me dice:

—Salva a mi amiga.

Yo asiento porque en mis manos no está el poder de salvarla. Ahora sí quiero tener superpoderes y salvarle, ahora sí quiero ser el héroe con el que ella sueña para que esté a salvo. Siento que su vida pende de un

hilo cuando los paramédicos la bajan en una camilla y la meten en la ambulancia. Yo subo tras de ella y sé que después tendré que dar explicaciones a las autoridades, pero mi única prioridad ahora es Amelia.

—¿Estará bien? —le pregunto a Mérida, una de los paramédicos.

Ella suspira.

—No te mentaré, el panorama no pinta bien y sabes que no somos médicos, pero tiene contusiones múltiples. —Yo aprieto mis puños y ella agrega con voz calmada—: Wayne, creemos que fue violada.

Respiro brusco porque sé que es así y que ella me lo diga solo confirma mis sospechas. ¡Maldita sea! Me siento impotente de no haber estado ahí, de no haberle defendido y, lo más triste de todo, de evitarle este nuevo dolor. Tomo su mano y la aprieto fuerte dejándole saber que estoy a su lado. Cierro los ojos y comienzo a rezar por que las sospechas que tienen no sean ciertas, que se salve, porque sin ella no podré vivir.

El recorrido al hospital es rápido y mis compañeros no dejan de atender a Amelia. No paro de preguntarme qué diablos estaba pensando Derek si fue el autor de todo esto. ¿Quién le hace esto a la mujer que ama? Son tantas las interrogantes... Cuando nos detenemos y abren las puertas me cuesta un poco bajarme de la ambulancia y escuchar:

—Paciente de veinticinco años, sufrió contusiones múltiples y posible hemorragia interna. Sospechamos que fue abusada sexualmente. — Mérida me da una mirada de soslayo y yo aprieto mis dientes lleno de rabia.

Entran a la sala y yo me quedo atrás cuando la puerta se cierra, esperando que la mujer de mi vida se salve.

¡Dios, tienes que salvarla!

Tres malditas horas en la sala de espera. Me siento derrotado en el medio de Cassie y Chris. Ella ha dejado a Aaron con Andrew y su

esposa.

¡No puedo perderla! Sin ella, todo lo que creía que había conseguido se esfumaría, se evaporaría como todo en vida, porque sin ella perdería de nuevo el sentido. Amelia se ha convertido en todo, simplemente mi mundo no sería el mismo sin ella y sin Aaron, ellos son míos, mi familia. No puedo perderlos cuando se han convertido en mi razón por la cual despierto en la mañana y por la que vale la pena luchar.

Nadie alrededor de la casa vio ni escuchó algo extraño, solo una vecina vio a un hombre que concuerda con la descripción de Derek, pero al maldito parece que se lo ha tragado la tierra. Todos los cuerpos de rescate se han conmocionado porque Amelia fue una de las mejores Número dos dentro del novecientos once.

Escucho a Cassie sollozar y veo que en su mano tiene un rosario, ¿de verdad existe Dios? Estas son las cosas que me hacen dudar, porque mientras ella está rezando por que su mejor amiga viva, yo me pregunto dónde estaba él cuando estaban violando a Amelia. Entiendo el dolor de Cassie porque las dos son muy unidas y perderla significaría un dolor grande para ella. Ahora comprendo que los dos estamos tan asustados por perderla.

Me levanto frustrado y empiezo a caminar de un lado a otro, no tengo noticias y me rebano los sesos tratando de saber qué sucede allá dentro. Chris me llama:

—Wayne, vas abrir una zanja en el piso.

Yo le doy una mirada severa y él alza sus hombros en señal que no lo intimidó.

—Me importa una mierda cómo me miras, hay que esperar. —Se levanta y me da un abrazo—. Nadie quiere perderla porque todos queremos a Amelia.

Me rompo en los brazos de mi amigo y se me escapa un sollozo que trato de ahogar; Chris me abraza, dándome dos palmadas en la espalda.

—Si la pierdo, no sé qué sería de mi vida sin ella —le digo y mi voz se quiebra de la emoción.

—Lo sé, pero ella es fuerte y va a sobrevivir —responde.

Rompemos el abrazo y yo seco mis lágrimas. Me siento al lado de

Cassie y la abrazo, pero ella rompe a llorar y yo no le digo nada, solo le dejo drenar la rabia y la impotencia que los dos sentimos.

La puerta se abre, el doctor Wood nos busca con la mirada y se acerca quitándose el gorro de cirugía. Su rostro está circunspecto y no logro entrever que puede decirnos. Mi corazón se acelera y si existe Dios, espero que ella sobreviva. Al llegar al frente nuestro, me levanto y él empieza hablar:

—Amelia estará bien, es una sobreviviente. Ya he dado parte a la policía que fue brutalmente violada. —Respiro brusco y aprieto mis puños—. Tiene una contusión craneal leve y le inducimos a un coma para que disminuya la inflamación parietal.

—¿Va estar bien? —Cassie pregunta asustada.

Wood mira su gorro y sé que hay mucho más.

—Sí, pero ella estaba embarazada y perdió a la criatura. —Su voz es neutra—. Lo siento, tenemos que tenerla en observación por unos días esperando que no pueda causarse ningún edema cerebral.

Mi mundo se resquebraja y esa tres palabras: “ella estaba embarazada”, se repiten en mi mente con una voz en off. Me siento en el piso derrotado y escucho a los lejos a Cassie que ahoga el llanto abrazada a Chris.

«Embarazada, embarazada, embarazada... »

Me levanto y pego un golpe seco a la pared, sintiendo como mis nudillos se rompen al igual que mi corazón y mi vida. Salgo del hospital, me siento en mi Camaro con el alma en vilo, asustado y lleno de rabia contra el maldito de Derek Fleming. Busco mi móvil y le marco a mi primo Noah. Al cuarto repique me contesta:

—¿Qué sucede, tío?

—Quiero que busques hasta debajo de las piedras a Derek Fleming y lo mates —le digo apretando el móvil.

Noah respira bruscamente.

—¿Estás loco?, ¿vas a matar al ex de tu mujer? —me pregunta sorprendido.

—Voy a matar al ex de mi mujer que la violó brutalmente frente a su hijo e hizo que perdiera el nuestro —le respondo y lo último lo digo con voz quebrada.

¡Nuestro hijo! ¡Vamos a ser padres...

—¡Joder! ¿Wayne, estás bien?

—No, no lo estoy y quiero su cabeza —le respondo.

—Primo, no puedes encargarte la justicia por tus propias manos, pero te prometo que lo voy a encontrar y lo meteré tras las rejas —me dice, tratando de mediar.

—Lo quiero muerto, Noah. No hay discusión. Y quiero que busques al mejor especialista en neurología, quiero a Amelia a salvo y con vida —le ordeno.

Noah suelta todo el aire de sus pulmones.

—Me pongo en ello y te llamo. Wayne...

—¿Qué? —respondo brusco.

—Piensa bien las cosas. Si ella sobrevive, querrá pasar la vida contigo y su hijo, ya tendrán más hijos. Deja que la justicia se encargue del bastardo de su ex.

Tranco la llamada y no me despido. Enciendo el auto y salgo disparado del hospital, por los altavoces se escucha *Iris* de Goo Goo Dolls.

La única mujer que he amado en mi vida y Dios me la piensa arrebatarse. Me detengo en la Catedral de la Santa Cruz, entro y escucho que está terminando la última misa del día. Me arrodillo frente a la imagen de María Inmaculada y le hablo como una vez mi madre me enseñó:

—Quizás soy indigno de pedirte esto, pero salva a Amelia, por favor. Ella es la mujer que amo y todo en mi vida —sollozo—. Ya te llevaste a nuestro hijo, si quieres tómallo como ofrenda..., pero no te la lleses a ella..., yo no podría vivir sin ella. No sabría, no sabré hacerlo.

Rezo como mi madre me enseñó y en algún momento alguien pone su mano en mi hombro. Al levantar mis ojos me encuentro con un sacerdote.

—Hijo mío, ¿qué pasa? —me pregunta con un acento que no logro descifrar.

Me levanto y seco mis lágrimas, no lloraba así desde el suicidio de mi madre. El sacerdote me observa y sonrío.

—No me pasa nada —respondo brusco.

Eso acentúa su sonrisa y me dice:

—Nadie llora por nada y menos frente a Dios. Cuéntame qué te pasa,

ayudará aliviar tu pena.

Yo asiento y me siento a su lado, le relato mi historia con Amelia y le cuento todo. Él escucha atento y simplemente me habla cuando empiezo a alterarme.

—Lo que me cuentas es hermoso y, aunque ahora Dios los ha puesto a prueba, tú lo dijiste: su amor es la llama que te enciende y ella lo es todo para ti. No tomes la justicia por tu manos, deja que sea la justicia del hombre que juzgue a su exesposo y la justicia divina quien lo condene.

—Lo quiero matar —le digo lleno de ira.

—Lo sé, pero si lo haces, pasarás tus días en la cárcel, y si ella sobrevive, morirá de tristeza al ver lo que has hecho. Piensa bien todo y, sobre todo, hazlo por ella.

Yo asiento y salgo de la iglesia un poco más calmado. Entro a mi auto y arranco al hospital, con la esperanza de que esto no sea el inicio del final.

Capítulo 30

WAYNE

Ha pasado una semana de esta pesadilla y no me permiten verle porque no soy familiar directo, pero hoy han hecho una excepción y tengo solo quince minutos para hacerlo y hablarle; ha sido la semana más horrible de toda mi vida.

Me siento a su lado y de nuevo no me salen palabras de amor, porque ni tengo palabras de consuelo para el pobre Aaron que la extraña tanto como yo. Tomo su mano, los hematomas en su rostro aún están presentes y ahora presenta un pequeño edema cerebral en la parte parietal que puede causar problemas.

—Amelia, vive. Y si eso significa que tengo que alejarme de ti, lo haré, pero vive por Aaron, nena... —mi voz se quiebra y el cumulo de emociones provoca algunas lágrimas—. Yo aprenderé a vivir de nuevo solo, pero vive, nena, te lo ruego.

La enfermera toca el vidrio y yo seco mis lágrimas, me levanto y dejo un beso casto en su coronilla.

—Te amo, nena.

Salgo y me encuentro con Cassie. Ella me ve y sale corriendo a abrazarme. Desde que Amelia está en el hospital, nos hemos vuelto más unidos, realmente es un gran amiga.

—Lo encontraron —me dice y yo me separo de ella y salgo corriendo del hospital.

Subo a mi auto y lo arranco como un loco por vías donde la velocidad máxima es de treinta kilómetros por hora, yo pasó con mi auto a más de cien kilómetros por hora. Llego a la comisaria de Beacon Hills y me encuentro en la entrada con una infinidad de reporteros que esquivo rápidamente. Maldigo que Derek sea tan famoso.

Entro y me encuentro con Andrew y Jane, la madre de Amelia que

llegó hace tres días después del incidente. Ella me ignora como ha hecho desde su regreso, me culpa de todo lo que ha pasado, cuando el único culpable es el niño de oro, pero ella no lo quiere ver. Andrew se aleja de ella y me da un abrazo.

—¿Todo bien? —me pregunta.

Yo niego.

—Quiero que despierte —le digo con voz rota.

Andrew me da una mirada triste y me responde:

—Todos queremos eso.

Asiento.

—¿Dónde lo encontraron? —le pregunto—. Quiero verlo —le digo crispado de la rabia.

Andrew pasa su peso de un pie a otro, mete sus manos en los bolsillos y yo alzo mi ceja interrogativamente.

¿Ahora qué?

—Andrew... —lo llamo con voz neutra, pero en mi rostro debe notarse mi impaciencia.

Andrew se aclara la garganta.

—Wayne, no sé cómo vas a tomar esto..., pero... pero —titubea y yo pierdo la paciencia.

—Pero ¿qué? —pregunto.

Si tengo que usar mis recursos y mis influencias para hundirlo, estoy dispuesto a eso y más.

Andrew respira hondo.

—A Derek lo encontraron muerto... Se suicidó.

Me paraliza. ¿Se suicidó? ¡Maldito cobarde!

Aprieto los puños y veo al agente González, uno de mis amigos en la comisaría. Él se acerca y me toma por el codo. Estoy ciego de la ira. Si por mí fuera, habría matado a Derek con mis propias manos.

—Minter, respira. No hagas un escándalo —me pide entre dientes González.

—Es un maldito cobarde —le respondo apretando los dientes.

Entramos a una oficina donde están la agente Grey en compañía del jefe de la comisaría, el agente Hart. Me siento frente a ellos y me quedo observándolos, todos son mis amigos. Más de una vez hemos compartido juntos una cerveza, más de una vez he ido a casa de Hart a

una parrillada. Todos ellos conocen a Amelia y la aprecian.

—Minter, lo sentimos, llegamos tarde —me dice Hart.

—¿Cuándo lo encontraron? —pregunto molesto.

—Está madrugada entró a un motel y lo reconoció la recepcionista. Nos llamó, pero a los minutos escuchó un tiro dentro en unas de las habitaciones. Se voló los sesos el muy cobarde —Hart responde.

Me levanto y tiro todo lo que encuentro a mi paso. Le doy golpes a las paredes mientras González y Hart tratan de sostenerme, pero no lo logran. Siento cómo mis nudillos se van rompiendo de nuevo.

—Wayne, vamos, vaquero..., calma... —González me pide—. Es mejor así y que esté muerto.

—¡No! —grito ciego de la ira y del dolor.

Derek merecía sufrir como la hizo sufrir a ella y, sobre todo, merecía pagar por la muerte de mi pequeño hijo, uno que no sabía que existía, un hijo que no pudimos vivir la emoción de esperarlo.

¿Todo eso dónde queda?

Queda en los recuerdos y malos momentos porque he prohibido que también le sumemos ese dolor a Amelia. Les he pedido a los médicos y a nuestros amigos que no le informen nada.

Toma la fuerza de tres hombres sentarme y yo me quiebro sin ninguna vergüenza, llorando. Hart me da dos palmadas y le oigo decir:

—Salgan todos, luego continuamos.

Todos me dan palmadas en la espalda y yo me quedo en silencio. Limpio mis lágrimas de impotencia y de rabia, tengo tantos sentimientos encontrados que no sé..., no sé si yo podré expresarlos algún día. González es el último en salir y me dice:

—Wayne, recuerda que ella está bien y te necesita. Piensa bien todo antes de hacer alguna locura.

Yo asiento y Hart se sienta frente a mí, y por unos minutos se queda observándome en silencio. Cuando se aclara la garganta, veo que de su bolsillo saca un sobre.

—Esto significa saltarme todas las reglas y procedimientos, pero lo hago porque te considero uno de mis mejores amigos, Wayne. Me ayudaste cuando la hipoteca estaba a punto de comerme vivo y mis hijos te quieren como a un tío. Además, el hijo de puta de Fleming fue un maldito cobarde y dejó esto —me dice, entregándome el sobre.

Yo lo tomo con manos temblorosas y lo abro. En una caligrafía casi inentendible Derek Fleming ha dejado sus últimas palabras:

Amelia,

Nunca me imaginé llegar a hacer lo que te hice, me arrepiento profundamente por tantas cosas, pero la primera es, aunque no lo creas, que te amo profundamente.

Yo bufo.

¡Maldito cobarde!

Estaba bajo los efectos del alcohol y las drogas, pero te vi, Amelia, te vi en los brazos del bombero y observé cómo te hacia el amor en el salón. Me llene de rabia y de celos porque solo deseaba volver a tenerte en mis brazos. Te hice daño cuando lo único que quería era hacerte feliz.

Te hice daño frente a nuestro hijo y eso es algo con lo que no puedo vivir. Si tu noble corazón algún día llega a perdonarme, reza para que Dios me perdone por lo que hice y por lo que estoy a punto de hacer.

Todo lo que tengo es de ustedes. Dejé mi testamento a tu nombre y espero que eso de alguna forma pueda reparar el daño que te hice.

Perdóname, Amelia, y espero que algún día puedas contarle la verdad a nuestro pequeño Aaron.

Derek

Arrugo el papel y Charles me lo quita antes que pueda romperlo. Me quedo viéndolo por un tiempo, molesto y con ganas de seguir rompiendo todos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Yo niego.

—No lo estoy...

Mi móvil suena y lo contesto con la esperanza de que sean buenas noticias. Es Cassie...

—Cassie —respondo.

—Despertó.

Tranco la llamada, me levanto como un resorte de la silla y respiro hondo. Charles Hart se me queda mirando y finalmente le digo:

—Ha despertado.
Él asiente y salgo al hospital con la esperanza de que todo saldrá bien.

Capítulo 31

Todo me parece tan extraño... La razón es que no recuerdo nada de unos meses para acá. Despertar de esta manera es algo que no logro o sabré explicar.

Estamos a mayo, pero solo recuerdo hasta octubre del año anterior. Cassie me mira con ojos preocupados y mi madre entró a la habitación llorando como una actriz de Hollywood, ganándose la admiración de todos y el Oscar a la mejor actriz. No entiendo nada y quiero que me expliquen por qué me están haciendo una resonancia magnética para saber las razones por las cuales tengo amnesia.

¡Joder, tengo amnesia!

¿Pueden creerlo?

—Amelia, relájate —me pide una voz por el intercomunicador—. Ya vas a entrar.

Me introducen en la máquina, trato de respirar y también trato de recordar las razones por las cuales una persona puede tener amnesia. Si mi memoria no me falla, medicamente hay dos tipos de amnesia: anterógrada y retrógrada, pero de ellas también derivan algunas más. Respiro hondo, he olvidado que me dan miedo los espacios cerrados. Al fin escucho:

—Listo, Amelia, hemos terminado.

Al salir me llevan en una silla de ruedas. No logro deducir que ha sucedido para que yo borre cinco meses de mi vida. Suspiro profundamente tratando de calmarme y se me viene a la cabeza Aaron, nadie me ha hablado sobre mi hijo.

¡Cristo! ¿Le habrá sucedido algo? La enfermera me ayuda a acostarme en mi cama y me conecta una intravenosa.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Solo es suero, ya vendrán los medicamentos —me responde.

Yo asiento y ella sale, pero inmediatamente entra Cassie, y sé que solo ella me dirá qué sucedió. Tengo dos horas despierta y solo me han

hecho análisis, pero nadie me sabe explicar qué sucedió. Ella se echa a mis brazos y llora desconsolada, se me hace un nudo en el estómago. Algo está sucediendo, algo me ocultan.

Aaron...

—Cassie, ¿y mi hijo? —le pregunto asustada.

Ella se separa, se seca las lágrimas y me da una sonrisa triste. Mi corazón late asustado por lo que ella está a punto de decirme. Se sienta en mi cama y toma mi mano. Dios, esto debe ser grave, muy grave. Ella se aclara la garganta y abre la boca, pero la cierra negando, como si lo que está a punto de decirme fuera a afectar para siempre mi vida y la manera de ver todo.

Cierro los ojos asustada.

—Dime lo que tengas que decir, Cassie, y sin ocultarme nada. ¿Dónde está mi hijo?, ¿qué me sucedió? —le pregunto muerta de la impaciencia.

Respiro hondo y ella suspira.

—Pensamos que te perderíamos porque todo lo que sucedió fue espantoso, Amelia. No quisiera ser yo la que te diga esto, pero tiene que ver con Derek. —Su tono de voz es preocupado—. Aaron está bien, el pobre está en casa de Andrew ahora.

Respiro aliviada.

—¿Qué sucedió? —le pregunto asustada.

¿Derek? ¿Qué tiene que ver Derek?

Ella va a contestarme, pero se calla cuando la puerta se abre y un hombre alto entra, uno que nunca en mi vida he visto, pero sus ojos grises me miran llenos de preocupación y corre hasta a mi cama a abrazarme.

Sus brazos me reconfortan.

Pero ¿quién es?

Cassie niega y me mira con los ojos llenos de lágrimas a punto de derramarse; el hombre respira profundamente en el hueco de mi cuello y me dice en voz ronca:

—Despertaste, nena, lo hiciste.

Yo me tenso y lo aparto delicadamente. Cassie niega, pero el hombre se me queda mirando como si no entendiera qué sucede; es guapo, muy guapo, su rostro es cuadrado y tiene una barba casi rubia que

cubre su quijada y pómulos, y unas cejas pobladas que enmarcan sus hermosos ojos grises. Él acaricia mi rostro y me pregunta:

—¿Nena, qué sucede?

Esa voz..., esa voz la conozco..., pero ¿quién es? Suspiro y siento cómo las lágrimas salen solas, y él me las borra con sus pulgares en un gesto hermoso.

—No sé quién eres... —le contesto con voz triste.

Él se levanta y mira a Cassie asustado, ella rompe en llanto y le dice apenada:

—No recuerda nada. Ella cree que aún estamos en octubre del año pasado.

Él se pasa las manos desesperado por el rostro y se queda observándome, su rostro está triste y preocupado, y se me hace un nudo en el estómago porque siento empatía y parece que estuviera verdaderamente afligido por esto.

—Amelia..., soy yo..., Vaquero... —me dice con voz derrotada.

¿Vaquero? ¿Vaquero?

¡Mierda! ¿El bombero?

Cassie me mira y asiente, yo me muerdo mi labio, nerviosa. ¿Qué significa todo esto?, ¿tengo una relación con él? Me pongo a llorar desconsolada porque no entiendo qué sucede. Vaquero corre adonde estoy y me abraza; yo me resisto un poco, pero finalmente me agoto de tratar de alejarlo y lloro sobre su pecho. Él me abraza fuerte y me susurra palabras llenas de amor y confort, me acaricia el cabello y besa mi coronilla. Yo apuño su camiseta en mis manos por la impotencia de no saber qué ha pasado a lo largo de estos meses, porque son siete meses de mi vida que no recuerdo y eso me mortifica.

Él deja un beso casto en mi coronilla y rompe el abrazo. Yo me siento abandonada, pero trato de ocultarlo secando mis lágrimas.

—Escucha todo lo que tenga que decirte Cassie y si quieres que vuelva, solo tienes que pedirle que me llame, lo haré porque te amo. Y si no quieres que vuelva, solo dilo —me dice con voz triste—. Te amo, Amelia Jane Reeds.

Vaquero sale de la habitación y yo miro a Cassie desconcertada. Al cerrarse la puerta siento que una parte de mí se ha ido para siempre. Mi amiga corre y me abraza, yo lloro de nuevo. La enfermera entra y le

llama la atención a Cassie, me ponen un tranquilizante y en la pesadez del sueño algunos flashes de recuerdos aparecen.

Vaquero y yo frente a la chimenea de mi casa.

Vaquero, Aaron y yo subiendo los escalones de Bunker Hill.

Vaquero y yo haciendo el amor.

Despierto atontada y todo está oscuro. Cassie está dormida en la silla, y sonrío porque mi amiga nunca me ha abandonado en los momentos más difíciles de mi vida.

Siento una punzada dolorosa en mi cabeza y me agarro fuerte las sienes. Trato de sentarme y de nuevo la punzada, se me escapa un alarido de dolor. Cassie se despierta y una enfermera entra. Siento que la cabeza me va explotar y trato de masajear mis sienes, pero nada me calma. Todo se vuelve borroso y escucho las voces distorsionadas.

Todo se vuelve negro.

Todo se vuelve denso.

Ya no sé qué pasa.

Escucho voces conocidas. Cassie habla con dos hombres casi en un susurro mientras uno de ellos maldice entre dientes y el otro le dice palabras de confort. Quiero abrir los ojos para ver quiénes son, pero una pesadez en mis párpados me lo impide.

Solo escucho a Cassie decir:

—Creen que la amnesia es causa del edema. Tenemos que esperar, Wayne. Te juró que nunca vi enamorada a Amelia de la forma que lo está de ti y ojalá Derek se queme en el Infierno.

—No puedo soportar que no me recuerde —le responde derrotado.

—Ella va a recordarte y si no lo hace, la ayudaremos a que lo haga — Cassie le dice con voz triste.

—La amo... —solloza él.
¿Me ama?
¿Derek, Wayne?
—Wayne... —susurro.

Los rayos de la luz solar se cuelan por mi ventana, despertándome, y abro los ojos, que se tardan en acostumbrar a la claridad. Estoy sola, pero un hermoso ramo de rosas rojas y blancas adornan mi habitación.

Una enfermera entra empujando el carrito de medicinas. Ella me sonrío y me dice:

—¡Vaya qué suerte tienes!

Yo la miro sorprendida.

—¿Suerte? —le pregunto con cierta ironía.

¿Suerte? No puedo recordar nada y ella habla de suerte, ¿está loca?

—Claro, muchas perseguimos por años a Vaquero y mira que ese hombre no se ha despegado ni un momento de aquí. Por ejemplo, ahorita está sentado al lado de tu puerta para saber noticias sobre ti — me responde.

¿Él está afuera? Ella me pasa varios medicamentos y yo empiezo a sentirme atontada. Me aclaro la garganta y le digo:

—Puedes decirle qué puede pasar.

La enfermera asiente y sale de mi habitación con el chirrido de las ruedas del carrito de medicinas. La puerta se abre de nuevo, Vaquero aparece con una sonrisa tímida y solo le escucho decir:

—Amelia...

Yo suspiro por el tono de su voz que está lleno de anhelo y algo más. La vida no puede ser tan injusta para borrar siete meses de mi vida y, por lo que veo, fueron meses que pasé junto a la persona que tan solo con su voz lograba emocionarme y hacerme pensar que todo iba salir bien. Vaquero era como el superhéroe sin rostro que yo tenía en el trabajo. Él se acerca, toma la silla y la arrastra cerca de la cama hasta

sentarse. Nos quedamos observándonos y yo llevo mi mano a la boca para morder mis uñas. Vaquero toma mi mano y sonrío triste.

—Ya casi lo lográbamos que no hicieras eso —me dice con voz triste—. Solo mordías tus labios y lo hacías para provocarme

Yo aprieto las sabanas en mis puños y me remuevo incómoda en la cama. Vaquero esboza una sonrisa genuina y se me escapa un suspiro.

—¿Éramos algo? —le pregunto.

Vaquero asiente.

—Éramos una familia.

Muerdo mi labio a causa de su respuesta. Para mí la palabra “familia” abarca tanto que me da miedo el significado que tenga para él.

—¿Una familia? —le pregunto tímida.

Asiente de nuevo y yo siento ganas de llorar porque me han hecho un mal terrible.

—Tú, Aaron y yo somos una familia, cielo. Me siento frustrado por todo lo que sucedió, pero te juro que si pudiera devolver el tiempo atrás, te hubiera cuidado de otra forma —me dice derrotado.

—¿Qué sucedió?

Wayne suelta un quejido como si decirme lo que sucedió lo lastimara, pero yo no puedo vivir a ciegas, eso es algo que no quiero hacer. Soy de las que creen que es mejor una amarga verdad que una mentira piadosa. Lo aprendí con Derek.

—Derek... —susurro.

—Está muerto —me responde con rabia.

¿Muerto? ¡Cristo!

Desesperada, llevo mis manos a mi boca y él se queda mirándome con rabia. Se me escapa un sollozo y es que no puedo entender qué hizo Derek que causa tanto estupor entre todos.

—Por favor..., por favor, dime qué sucedió —le ruego llorando.

Wayne asiente.

—Está bien...

Wayne me cuenta todo de inicio a fin, relata cómo llegó a mi vida y todo lo que hemos vivido en estos meses. Yo me sorprendo al saber que somos pareja y que además vivimos prácticamente juntos desde febrero. Esa Amelia que él describe me es difícil reconocerla, pero sé

que todo lo que dice es verdad; su tono de voz es seguro y habla lleno de emoción cuando se refiere a Aaron y a mí. Respira hondo varias veces para relatar las atrocidades que en esos meses Derek cometió conmigo, y yo escucho en silencio, llorando, porque mi corazón me decía cuando volvió que no traería nada bueno. Finalmente, me cuenta las razones por las cuales estoy en el hospital.

Empiezo a hiperventilar, llorar, gritar...

¡No puedo creerlo! ¡No quiero aceptarlo!

Él me abraza y yo lo golpeo fuerte porque no puedo creer que Derek llegara a tanto. Las enfermeras entran y me inyectan algo. Todo mi mundo se vuelve denso, vuelvo a escuchar todo a lo lejos. No sé cuánto tiempo ha transcurrido y escucho las voces de Cassie, mi madre y Vaquero.

—Tienes que irte, no tenías derecho a contarle nada —mi madre le espeta molesta.

Cassie suelta un resoplido.

—Jane, la única que sobra aquí eres tú. Viaja y vive tu vida como siempre lo has hecho y no vengas de madre abnegada, que no te queda

—Cassie le dice a mi madre molesta

—¡Cassie! —chilla mi madre.

—Amelia tenía que saber la verdad .Si ella no recuerda nada, siempre quedarán estos meses borrados de su mente. ¿Usted prefiere que se entere por otro? —Wayne le dice molesto.

—Pero es que todo esto es tu culpa —chilla mi madre.

—Es culpa de que nos amemos y que su exesposo estuviera tan ciego de ver lo que había perdido. Yo no estoy ciego y la única manera de que no pierda a Amelia es convencerla de nuevo de que la amo — Wayne le dice con voz dura.

—Jane... —Cassie llama a mi madre—. Wayne la ama, no puedes cegarte ¡Por Dios! ¡Si hasta adora a Aaron! Deja ser feliz verdaderamente a tu hija.

—Pero... —titubea mi madre.

—Pero nada, déjala —Cassie la calla.

Mi madre empieza a llorar desconsolada, yo quiero despertar y no puedo. La pesadez invade de nuevo mi cuerpo, pero antes de dormir hago una nota mental.

Nota mental: que mi madre se vaya lejos de nuevo.

Capítulo 32

Llevo tres días despierta, pero han sido los más extraños de mi vida, siento que falta algo y que estoy vacía. Los doctores al fin han dado con la causa de las punzadas y del dolor agudo que me agobia desde que desperté: tengo un edema que puede ser el causante de la amnesia. La verdad, eso ha resultado ser un alivio para mí porque al desaparecer podré recordar todo.

Cassie ha tratado de ponerme de nuevo al corriente de mi vida, digo al corriente porque incluso había dejado el Call Center y estaba por abrir un centro de consultas privadas; cambié mi vida en pocos meses y para mejorarla, tomé decisiones que cambiaron todo lo que creía que me gustaba. ¿Será que dudé algún momento?, ¿no era feliz?

Son tantas las interrogantes sin respuestas que muero por llegar a casa y poder leer mis diarios; estoy segura de que en ellos hallaré las respuestas que nadie puede darme.

Hoy me siento emocionada porque al fin veré a mi pequeño Aaron y podré constatar con mis propios ojos que está bien y sano. Cassie está enviando mensajes de texto con una sonrisa y yo pongo los ojos en blanco por mi amiga con sus eternas conquistas. Algo que me causa molestia es que estos días no he visto a Vaquero o escuchado de él; eso sí, a mi habitación llegan todos los días flores frescas para alegrarme el día. En sus tarjetas solo hay un simple “Te amo” y nada más y me duele no poder corresponderle en este momento porque todos esos bonitos recuerdos que vivimos no existen en mi mente.

Estoy en blanco..., como las páginas de mis cuadernos. Quisiera poder leer lo que he escrito en ellos en estos meses. Seguro que algo debí poner sobre mi relación y quizás leyendo mis palabras encontraré todo. Dos toquecitos en la puerta y sonrío porque sé muy bien quien es.

—Pase...

La puerta se abre y mi niño entra corriendo, mi niño, que para mí es

como el principito del libro, con su cabello del color del trigo, ojos azules como el cielo y una risa angelical. Viene vestido con camiseta con el escudo del Capitán América y un jean. Yo abro mis brazos y él corre hasta donde estoy, Cassie lo ayuda a subir para que pueda abrazarle. Claro que lo hago fuerte contra mi cuerpo mientras beso su cabello e inhalo el olor de su colonia de bebé, y cierro los ojos sintiéndome en casa.

—Mami... —me llama mi bebé.

Yo beso su cabecita y él ríe emocionado, esa risa es la música que necesitaban mis oídos para tranquilizar mis angustias. Me separo de él y lo reviso de pies a cabeza. Andrew y Alaina me observan con una sonrisa en sus rostros, la cual yo correspondo y les digo emocionada:

—Gracias.

Alaina, con los ojos llenos de lágrimas, asiente y corre hasta donde estamos para abrazarnos. Sé que para ellos es difícil verme de esta forma ya que en el tiempo que llevaba trabajando con Andrew era como una hija para ellos.

—Te queremos —le digo con voz ahogada de emoción.

Esta tarde la comparto con las personas que siento como mi verdadera familia. Dicen que la vida nos pone a los padres y hermanos, pero también nos da la oportunidad de encontrarlos por el camino.

Mi pequeño no para de hablar en ese dialecto entre palabras y bebé que es la parte más divertida, como si le costará aún despegarse de su parte de bebé. Me emocioné hasta las lágrimas cuando me cantó *Estrellita* y *Dixie Araña*; empiezo a sentir que con mi hijo también me he perdido meses de nuestras vidas y eso nunca se lo voy a perdonar a Derek.

Se van cuando termina la hora de visita con la promesa de traerlo de nuevo, pero yo me quedo con un vacío en el pecho y una sensación de abandono. Cassie me da unos libros y yo escojo el de mi escritor favorito y el amo del terror. Ella se sienta de nuevo a enviar mensajes, pero la curiosidad me pica, ojeo la portada y las primeras páginas, ella suelta una risita tonta, yo muerdo mi labio y suspiro fastidiada.

—¿Me dirás con quién te escribes o tengo que sacártelo a golpes? —le digo.

Ella levanta su rostro sorprendida y yo alzo una ceja, dándole a

entender que estoy en cama, pero puedo darle unos cuantos para que me cuente.

—A ver, que de él tampoco te acuerdas —me dice divertida.

Cassie 1, Amelia 0

—Tengo amnesia, estúpida, pero sé que muy poco escribes y menos riéndote de esa forma —le respondo y ella se ríe—. Habla, que el hecho que tenga amnesia no me impide que te pueda dar un golpe.

Cassie 1, Amelia 1

Ella se levanta sonriendo emocionada, se sienta en mi cama y empieza a hablarme sobre Hulk (Chris), el compañero de Vaquero. Me sorprendo al escuchar como ella, la persona antirromance y todo lo que tenga que ver sobre el amor, me habla con ojitos brillantes. Si ella pudiera babear, lo haría; mi mejor amiga está colgada del bombero y enamorada hasta la trancas. Me cuenta que al principio corría despavorida por el hospital cada vez que este se presentaba con un ramo de rosas, pero él nunca desistió y, con un pequeño empujón que le di hace meses, logró construir su primera relación sólida.

—Estoy enamorada —me dice riendo.

Yo sonrío y tomo su mano emocionada.

—Parece un buen hombre —le digo.

Ella asiente y se tensa toda, aclara su garganta.

—Wayne también lo es... —Suspira—. Amelia, sé que ahora no recuerdas nada y que te hemos dado mucha información para procesar. Esperemos que después de la operación de mañana puedas recordar.

Yo muerdo mi labio, estoy a punto de lágrimas entre la impotencia de no recordar y las ganas de poder retomar mi vida.

—¿Lo amaba? —le pregunto asustada.

—Creo que tú en el fondo lo sabes, pero sí lo amabas, Amelia, y creo que lo amabas tan solo de escuchar su voz.

Yo asiento.

¿Vaquero, dónde estás?

Capítulo 33

WAYNE

Una semana después...

Nueva Orleans, Estado de Louisiana.

No podía posponer más el viaje a Nueva Orleans, además la situación por la que estoy pasando me sobrepasa.

Sé que Amelia está de regreso en su casa, Cassie me informa a diario sobre sus avances, pero nada ha cambiado en su condición y ni siquiera con la extracción del líquido que causaba el edema puede recordarme. Parece que ella simplemente va a quedar sin los recuerdos de estos cinco meses que vivimos juntos, y con ello va a borrarle de su vida. Si es así, prefiero irme de su vida. Recuerdo la promesa que le hice a aquella figura en la iglesia: “Si ella tenía que vivir y yo alejarme, para ello lo haría.”

Pero cómo me duele hacerlo...

Estoy en la casa que heredé de mi abuelo a las afueras de Nueva Orleans, en el estudio donde tantas veces jugué con él y muchas veces discutimos antes de que él muriera; en la mesa tengo una botella de aguardiente, una receta casera y macerada, que hace mi capataz de la caña de azúcar y de fondo tengo una selección de Bon Jovi, Aerosmith y Guns N’Rose. Ahora me atormento con *Always* de Bon Jovi.

Me siento culpable de todo y a la vez me siento impotente, porque esa noche ella me escribió asustada, pidiéndome que volviera a salvo a casa; me emocionaba la idea de tener adonde volver cuando regresaba de acción, sentía que al fin pertenecía a algún lugar y a una persona, aunque las personas no le pertenecemos a nadie, eso lo tenemos que entender. Pero cuando amas profunda y verdaderamente a una

persona, de alguna manera ella te pertenece y tú también a ella.

Tomo un trago largo y siento cómo me quema la garganta, bebo para pasar la maldita pena a la que nos condenó el bastardo de Derek. Amelia derrumbó todo a su paso con su nobleza y su inocencia. Ella, una mujer inteligente y preparada que cree que todos son buenos y bondadosos, tuvo que experimentar uno de los delitos más atroces como es la violación por parte de una persona en la cual confió ciegamente por gran parte de su vida.

No logro entender cómo una persona puede llegar a hacerle daño a la persona que supuestamente ama. Derek no solo la violó, sino que también destruyó nuestras vidas para siempre, y con su muerte ha traído quizás la muerte de mi relación.

Ella, que ha pasado su vida recordando la muerte de su padre que fue un héroe, por eso ella cree que todos damos nuestras vidas por alguna razón y todos tenemos esa condición. Amelia es tan diferente y digna, le costó aceptar que entrara a su vida de la forma que lo hice. Sé que jugué sucio y manipulé todo para poder vivir los mejores cinco meses de mi vida, pero todo lo que he hecho valió la pena, y que Amelia no recuerde nada es como una cachetada o el peor golpe que me ha dado la vida. Sin embargo, siempre viviré esos recuerdo y los voy a guardar en mi mente y mi corazón, porque siempre estaré para ella, porque la amo y siempre será así.

Pocas horas más tardes...

Mi teléfono me despierta sonando con *My Valentine* de Paul McCarty, el tono que le asigné a Amelia. Veo en mi reloj que son más de las tres de la mañana y contesto enseguida.

—Amelia...

Ella suspira.

—¿Sabías que escribía sobre ti en mi diario antes de conocerte? —me pregunta.

Sonrío. ¡Dios santo, cuánto la amo!

—No sabía que llevabas un diario —le respondo y escucho otro suspiro que me alegra el corazón—, pero me alegro mucho de que pensarás en mí, como yo lo hago contigo.

—Aún no te recuerdo —me dice triste.

Yo aprieto el móvil con rabia y cierro los ojos tratando de calmarme.

—Lo recordarás, y si no lo haces, podemos construir nuevos recuerdos, solo debes dejar que me acerque —le respondo.

Respiro hondo y ella suspira. Me la imagino sobre la cama con sus pantalones de pijamas y su camiseta mordiéndose las uñas. Al fondo escucho muy bajo una canción que reconozco, pero no recuerdo el nombre.

—¿Qué escuchas? —le pregunto con voz ronca.

Ella suelta un risita y eso hace que mi corazón se acelere.

—*Need You Now* de Lady Antebellum. No sé por qué, pero en lo que escribí escuchaba esa canción y la puse —me responde.

¿Qué dirán esas páginas de mí? ¡Muerdo de la curiosidad!

—¿Me necesitas? —le pregunto con mucha esperanza.

Un silencio se instala entre los dos y solo escucho nuestras respiraciones, cuando la canción termina para empezar una nueva. Estoy a punto a decirle que lo olvide, cuando Amelia me habla:

—No te conocía y necesitaba escuchar tu voz como ahora. Tú me hacías creer que cuando acudías, todo iba a salir bien. —Respiro hondo y sé que está mordiéndose su labio—. Como ahora que necesitaba escucharte para saber que todo saldrá bien...

Suelto el aire bruscamente. Yo necesito que todo salga bien para poder estar juntos y vivir como todos merecemos. Qué injusta se está portando la vida conmigo.

¡La extraño!

—Todo saldrá bien, te lo prometo —le respondo y me obligo a creer que será así.

—Gracias por las flores.

—A ti...

Ella ríe y me pregunta:

—¿Dónde estás?

Esta vez soy yo el que se muerde el labio porque no quiero que piense que me estoy alejando de ella o que estoy huyendo a los problemas.

—Estoy en casa —le respondo.

—Vale —responde con voz triste y se me cae el alma al suelo—. Es tarde, voy a dormir, pero las ganas de recordar no me dejan —me dice afligida.

—Duerme, Amelia, y quizás sueñes con mis besos como yo sueño con los tuyos desde hace casi un mes —le respondo.

Suspira.

—Buenas noches, Vaquero. —Cierro los ojos, recordando el juego que iniciamos cuando pasaba la noche fuera de casa.

—Buenas noches, Número dos —le respondo.

Cuelgo la llamada con una sonrisa en los labios porque al menos en el fondo sé que ella siempre ha sentido algo por mí, solo es cuestión de tiempo y paciencia para lograr que ella regrese a mí.

—Vamos, primo. Es hora despertar —Mi primo Noah grita corriendo las cortinas de las ventanas.

La luz del sol entra haciendo que mis ojos se abran y cierren. Maldigo en voz baja, pero él muy bastardo se ríe. Escucho que tira las botellas y abre las ventanas.

—¡Joder, tío! ¿Cuántas botellas te has tomado?

Me doy vuelta ignorándolo mientras mi cabeza empieza a martillar por la resaca. Luego de colgarle la llamada Amelia, me tomé dos botellas de whisky sumada a la que me había tomado de aguardiente. No quiero levantarme, quiero dormir y despertar cuando la pesadilla que vivo desaparezca. Quiero a Amelia en mis brazos y feliz.

—¡Lárgate! —le grito cuando el hijo de puta pone *Cheerleader* de OMI a todo volumen.

—Pero mira si estás vivo... —responde burlón.

Me siento y gruño unos cuantos tacos ¡Maldito cabrón! Me está tocando las pelotas con toda la intención y creo que no es el mejor día para intentarlo.

—Me estás tocando los cojones —le advierto.

Alza los hombros y me ignora. Sumerge su vista en los papeles, tarareando la canción, me levanto del sofá y quiero partirle la cara. Camino hasta el escritorio y me planto frente a Noah, que sonrío escondido entre los papeles. Cierra el dossier que está leyendo y me mira con aires de suficiencia; ha captado mi atención, era lo que quería.

—Primo, estás jodido. Bebes desde hace una semana y me tienes hasta al gorro de verte llorar por los pasillos por Amelia. Sí, sé que la vida te está jodiendo, pero te toca empezar a joderla a ella. —Respira hondo—. ¡Me tienes hasta los cojones a mí! —grita.

Pongo los ojos como platos y lo agarro de las solapas de la camisa.

—Creo que te estás pasando de la raya y te voy a recordar cuál es tu lugar —le siseo.

Noah se suelta de mi agarre, se levanta y da vuelta al escritorio. Mi primo es un hombre corpulento, los dos dedicamos horas en el gimnasio, se para al frente de mí y me encara.

—¿Quieres caerme a golpes?, ¿quieres partirme la cara?, ¿quieres descargar tu ira? —me dice, provocándome—. ¡Hazlo, maldita sea!

Yo no aguanto más y le atino un golpe en la mandíbula, al cual él responde con otro que esquivo. Iniciamos una pelea, pero la puerta se abre con una de las chicas de la servidumbre, que ahoga un grito y sale corriendo. Escucho que llama al capataz, pero yo ignoro todo, descargando mi ira y frustración con Noah. Le atino un último golpe y los dos caemos al suelo muertos de risa; cualquiera que nos viera pensaría que somos un par de locos.

Me toco los labios y la mandíbula donde siento el sabor metálico de la sangre. Noah tiene una ceja rota y escupe en el piso sangre.

—Maldito, me rompiste los labios y tengo una cita hoy —me dice muerto de risa.

Pongo los ojos en blanco.

—Gracias —le digo.

Noah asiente.

—Cuando quieras, pero mueve tu trasero de vuelta a Boston y lucha por ella —me dice.

Sonrío y me levanto, le ofrezco mi mano y mi primo la toma para que lo ayude a levantarse. Le doy un abrazo y él palmea mi espalda.

—Me voy —le digo.

Nos separamos y entonces él me da un palmada en la mejilla. Ese gesto me hace recordar a nuestro abuelo cuando hacíamos algo bien, era su manera de demostrarnos que le gustaba.

—Ve por ella.

Salgo del estudio a mi habitación, hago mi valija y llamo al piloto del avión para que tenga todo listo para regresar. Voy a entrar a las llamas por el amor de Amelia y espero que esta vez sea para siempre, porque es momento de poder echar de nuevo las cartas y ganarme el mayor premio de mi vida: Amelia y su amor.

Capítulo 34

Leo y releo las páginas de mi diario, tratando de recodar cualquier cosa que viví en esos meses, pero sigo en blanco.

Tengo la costumbre de comenzar a escribir un diario nuevo cada año, pero estoy impresionada de lo que he escrito en este año, porque en sus páginas está escrita mi historia con Vaquero y mis desavenencias con Derek. Pero todo lo que está ahí... Sí, reconozco que siento una conexión con Wayne, pero ¿amarlo? No creo amarlo y, según lo que leo, todo fue rápido; no me reconozco en esas páginas. Anoche tuve la necesidad de escuchar su voz para calmar la ansiedad que tengo por querer recordar todo lo que me he perdido.

Me perdí entre recuerdos de una Amelia que no se parece a mí, me perdí en el amor de dos almas que estaban destinadas a estar juntas. Si fuera escritora, creo que tengo bastante material para una historia de amor muy a lo Nicholas Sparks, pero no lo soy y esta es mi historia, una que no recuerdo y que siento que viví al máximo, entregando todo de mí.

Me sorprende el poder que tienen mis palabras sobre lo que sucedía en esos momentos; justamente el día que sucedió todo, aseguraba que lo amaba y que Wayne era lo mejor que me había pasado.

Entonces hurgo en las imágenes de mi móvil y encuentro una colección de momentos felices junto a él. Odio que Derek no solo me haya traicionado, sino que también se haya llevado con él los momentos en los cuales fui feliz. Hay una foto que fue tomada por alguien donde estamos Wayne, Aaron y yo en la estación de bomberos, y parecemos una familia sacada de una postal. Analizando nuestras posiciones, la manera en que brillan nuestros ojos y las sonrisas genuinas, puedo ver que era feliz a su lado y él al mío, porque me tiene abrazada por la cintura y sobre sus hombros está Aaron con una sonrisa. Mi cuerpo está arqueado de una manera asimétrica al suyo y estábamos viendo a la cámara felices, como si quisiéramos que ese

momento fuera capturado para siempre.

Suspiro.

Escucho la música que escribí en el diario, a ver si con las letras puedo recordar, pero nada me ayuda y estoy pensando que tengo amnesia de fuga. No quiero recordar nada porque todo eso traería una realidad que no he querido afrontar.

Fui violada.

Fui violada por una persona en la que confíe por años. Siento que todos mis sueños, esperanzas y todas las cosas buenas fueron extirpadas para darle paso a un reino de demonios y oscuridad que me pueden consumir. Quiero sonreír cuando mi hijo dice o hace algo, pero no recuerdo cómo hacerlo; quiero reír cuando Cassie me dice alguna de sus locuras, y quiero ser la Amelia que se ve feliz en las fotos de hace unos meses, pero no puedo porque siento que con mis recuerdos se fue esa mujer que luchaba y sonreía ante las dificultades.

Me detengo en una de las páginas de febrero. ¡Dios, eso fue hace cuatro meses!, cuatro meses y no recuerdo lo feliz que era.

Wayne llegó con un hermoso ramo de rosas blancas y rojas, recordándome que ya viene de regreso la primavera. Su sonrisa como siempre ilumina cada lugar y esos hoyuelos que me vuelven loca se acentuaron en su rostro; todos los pasos que doy son en dirección de su amor y nunca imaginé que podía encontrar un amor que me llenará, que me hiciera sentir de esta forma COMPLETA. Porque al fin encontré lo que siempre había soñado y junto a él el amor tiene otro significado, el amor tiene otro contraste y mi mundo se convierte en colores.

La vida entre flores, palabras de amor, besos y caricias es mejor que la vida entre lágrimas e inseguridades. Wayne me hace buscar definiciones al amor y buscarle respuesta a las incógnitas que tantos científicos tienen, pero yo tengo pruebas de que el amor se siente, se vive y está lleno de sentimientos y emociones. Wayne duerme como un dios griego, completamente desnudo entre las sábanas de cinco mil hilos egipcios que compró para hacer el amor esta noche. Me dijo:

—Cuando haces el amor entre sábanas caras, sientes que estás en las nubes.

Yo solo sonreí porque cada vez que estoy entre sus brazos en sábanas comunes me siento en el cielo.

Cierro mi diario frustrada, tomo mi móvil y le escribo un mensaje de texto a Wayne:

Amelia a Wayne 06/10/2016 23:00p.m.

«Parece que entre sábanas de hilos egipcios, éramos felices.»

Le doy enviar y empiezo a mordirme las uñas nerviosa, esperando una respuesta. Pongo mi móvil frente a mí y la luz de la pantalla al fin se enciende. Leo su respuesta que me causa una sonrisa tonta.

Wayne a Amelia 06/10/2016 23:04 p.m.

«Éramos felices entre sábanas comunes y caras, porque el amor no necesita de lujos para demostrarse, ¿me recuerdas?»

Suspiro y quisiera recordar todo, porque Wayne es ese más que todas las mujeres buscamos.

Amelia a Wayne 06/10/2016 23:08 p.m.

«Aún no puedo recordarte y creo que estoy huyendo no de tus recuerdos, sino de aquellos que me van a causar dolor. Tengo miedo que todo lo que sentía no lo pueda volver a sentir.»

Tecleo ese mensaje y cierro mis ojos asustada. Empieza a sonar *When I was your man* de Bruno Mars. Me imagino que en algún momento Derek llegó a sentirse de esa manera y, en vez de aceptar que era feliz al lado de otra persona, prefirió hacerme daño.

Mi móvil vibra en mis manos y abro mis ojos para leer qué tiene que decirme Wayne.

Wayne a Amelia 06/10/2016 23:15 p.m.

«Si no quieres recordar, no me importa. Podemos construir nuevos recuerdos y demostrarte que todo lo que escribiste alguna vez existió. ¿Puedes abrirme?, estoy afuera.»

Pongo los ojos como platos y miro hacia lo que llevo puesto, son las once de la noche y estoy en un pantalón de chándal y una camiseta vieja de un concierto de N'sync. Me río y me hago un moño tomate en el cabello y salgo a abrirle la puerta, pero me detengo de golpe cuando salgo de mi habitación y una imagen vaga cruza mi mente, una donde estoy tirada en el piso en un charco de sangre llorando y pidiéndole a Aaron que no lloré más. Siento que mis piernas y manos empiezan a entumecerse, haciéndome caer de rodillas; mi caja torácica empieza a

apretar mis pulmones y no puedo respirar; mi visión se nubla, todo me hace entrar en un vahído y lo último que escucho es:

—¡Amelia!

Despierto ahogada, sudando y con las palpitaciones a mil. De momento no reconozco dónde estoy hasta que escucho.

—Amelia, nena... Respira con calma. —Veo a Wayne a mi lado—. Respira por la nariz y bota todo el aire por la boca.

Hago lo que me dice y los dos repetimos varias veces. Sin explicación alguna empiezo a llorar en silencio, él se da cuenta y me abraza. Yo poso mi mano en su pecho, aferrándome a él, y mis lágrimas salen solas.

—Shhh, nena. Vamos, por favor, no llores más —me pide con voz preocupada.

Yo niego llorando porque tengo un sentimiento que nunca había experimentado y que no logro expresar qué es o de qué va, un miedo terrible a recodar y a quedarme sola cuando todo lo que sucedió salga a la luz. Rompo el abrazo y me acuesto de nuevo en mi cama, abrazando mi almohada.

—Vete, por favor, vete —le pido desesperada.

Siento cómo Wayne se levanta y se vuelve a sentar. El calor de su cuerpo me invade cuando se acuesta a mi lado para abrazarme de la cintura. Deja un beso en mi cuello y me susurra al oído:

—No me iré porque siempre estaré contigo cuando me necesites. Yo estaré para darte mi mano cuando sientes que vas a caer, para estar orgulloso de tus logros y para compartir nuevos momentos. Sólo tienes que llamarme y estaré a tu lado. Yo nací para protegerte y no me iré, así que no me pidas que lo haga, porque no voy a darme por vencido y soy muy terco cuando quiero serlo.

Yo cierro mis ojos sopesando sus palabras y llorando en silencio por el miedo que me da perderlo, pero no recuerdo, así que lo he perdido y eso me da todavía más miedo. Lloró por todo lo que me han

arrebatado, no solo son recuerdos, me quitaron las ganas de vivir, las ganas de sonreír y la vida. Ahora comprendo cuando nos decían que las víctimas de abusos sufrían heridas más allá de las físicas. Puede que no recuerde nada, pero sé lo que pasó y siento asco hasta de mí.

Capítulo 35

Desperto en la seguridad de unos brazos que me tranquilizan y dan paz, como su voz cuando no lo conocía. Me quedo tratando de estar quieta para no despertarlo y acaricio sus antebrazos que me sujetan fuerte contra su cuerpo, evitando que me escape corriendo. Cierro mis ojos y suspiro, tratando de alejar los pensamientos que me atemorizan y los recuerdos que tuve ayer.

Wayne besa mi cabello y me susurra:

—Sé que estás despierta

Siento cómo sonrío contra mi cuello. Abro mis ojos y me giro, y sus ojos grises soñolientos me observan brillando con diversión. Acerca su rostro al mío y acaricia su nariz con la mía.

—Quédate conmigo —le pido en un susurro.

Wayne sonrío y besa mi coronilla. Yo escondo mi rostro en el hueco entre su cuello y su hombro, respiro hondo inhalando su olor, que es una mezcla de suavizante, el mismo que uso para mi ropa, y su perfume. Me siento como si este fuera el lugar donde pertenezco.

La puerta se abre y Cassie entra. Yo me separo de Wayne sonrojada. Ella sonrío y niega, busco la mirada de Wayne que sonrío divertido.

—Me voy con Aaron al parque —me dice Cassie, yo voy a contestarle para aclarar que hace Wayne conmigo, pero cuando abro la boca ella me dice—: No aclares que oscureces. Me voy, los quiero.

Wayne suelta una carcajada, yo tomo la almohada y me tapo el rostro con ella. Él me la quita y me da un beso en la mejilla, se levanta y me dice:

—Voy a hacer el desayuno.

Sale de la habitación y yo me quedo observando todo, tan conocido y desconocido a la vez. Me levanto y voy al baño. Reparo que no hay crema dental y abro el cajón donde guardo siempre las de repuesto, pero me detengo al ver que junto a mis otros artículos hay crema de afeitar de hombres, hojillas de repuesto y loción *after shave*.

Suspiro.

Saco la crema de dientes y tranco el cajón. Me doy una ducha rápida y me cambio en un vestido veraniego con unas sandalias. Bajo las escaleras corriendo y entro a la cocina decidida a tratar de buscar una solución a todo lo que estoy viviendo. Wayne está sin camiseta con un jean que se ajusta perfectamente a sus caderas, los músculos de su espalda se marcan cuando voltea un *hotcake*. Muerdo mi labio nerviosa, porque para él es algo normal estar así en mi casa, pero en este momento para mí es algo nuevo.

—Voy a salir —le digo bruscamente.

Wayne se gira y me observa con halo de preocupación en su rostro. Yo niego tratando de que entienda que es mejor que no me haga preguntas.

Respira hondo.

—Estoy haciendo el desayuno —me dice precavido.

—Yo comeré solo una manzana —le digo abriendo la nevera y sacando una.

Cierro la puerta y le doy la espalda para salir, pero Wayne me alcanza y me atrapa con uno de sus brazos por la cintura. Me abraza fuerte contra su cuerpo y me doy cuenta de que no le llego a los hombros, deja un beso en mi cabello y me dice:

—No me alejes, porque te dije que no me iré —me dice.

Yo cierro los ojos asustada y me suelto de su agarre, respiro hondo tratando de calmarme y busco las palabras correctas para que entienda lo que estoy a punto de decirle.

—Quiero que saques tus cosas de mi casa, no puedes seguir viviendo aquí —digo lo primero que pienso.

Salgo prácticamente corriendo y escucho cómo Wayne maldice en la cocina. Me alcanza en la puerta tomándome por el codo y girándome para que pueda observarlo, y me dice con voz llena de rabia:

—Puedo salir de tu casa si es eso lo que quieres, pero entiende de una vez que no voy a salir de tu vida.

Yo me suelto de su agarre bruscamente y salgo de la casa temblando. Subo a mi auto y arranco sin rumbo alguno, aunque en mente tengo varios para refugiarme.

Tomo la taza de té que Mary me ofrece con una sonrisa, sorbo el primer trago y siento cómo me voy relajando. Conduje sin rumbo por dos horas hasta que vine a su casa a buscar quizás las respuestas que no logro encontrar en casa. Ella se sienta en el sillón que está diagonal a mi derecha y me da unas cuantas miradas de soslayo mientras tomo té.

—¿Y bien? —me pregunta—. ¿Cómo te sientes?

Muerdo mi labio y cierro los ojos. Por mi mente pasan diferentes respuestas a su pregunta: loca, frustrada, nerviosa y asustada. Exhalo todo el aire contenido en mis pulmones y pongo la taza en la mesa de centro. Mary es menor que yo por dos años y a lo largo del tiempo se ha convertido en algo así como mi hermana menor. Alza su ceja esperando mi respuesta y yo cierro mis ojos.

—No puedo recordar nada, pero ayer fui a abrirle la puerta a Vaquero y... No sé cómo sucedió, pero de la nada vino un recuerdo donde yo estaba tirada en el piso en un charco de sangre —respondo más rápido de lo que quisiera.

Abro los ojos y mi amiga me ve con preocupación. No quiero que las personas me tengan lástima y menos que Vaquero se quede por esa razón. Pongo los ojos en blanco y le digo molesta:

—Fue un error venir.

Ella se levanta y se acerca donde estoy para abrazarme. Yo me tenso, pero de repente empiezo a sentir espasmos en mi cuerpo. Me doy cuenta de que estoy llorando y ella también, porque hace más fuerte su abrazo y me dice:

—No fue un error, tú sabes que vivo sin los recuerdos del accidente donde murieron mis padres. Tú misma me dijiste que era una amnesia de fuga, que no quería vivir de nuevo esos momentos. —Me da un beso en la coronilla y me mece como si fuera una niña—. Que seas psicóloga no quiere decir que no necesitas de otra persona que te ayude, amiga. No te cierres, todos queremos ayudarte a pasar este momento.

Yo rompo el abrazo y me limpio las lágrimas.

—Quiero estar sola y a la vez no lo quiero. Me estoy volviendo loca buscando el modo de recordar estos meses que me he perdido, pero nada me ayuda —sollozo asustada—. Lo peor de todo esto es que solo me vienen a la mente los malos momentos.

Cierro mis ojos sintiéndome frustrada y molesta con mi mente. Mary me toma del mentón y me ordena:

—Amelia, abre tus ojos. —Yo obedezco y me encuentro con una Mary molesta—. No hagas de esto un drama y busca ayuda de un profesional, pero también acepta la ayuda de quienes te amamos. A ti no se te dan bien los dramas, por favor, así que borra las ideas tontas de tu mente y piensa en Aaron.

Yo asiento.

—Pero ¿y Wayne? —le pregunto.

Ella sonrío.

—Wayne será paciente porque si esperó dos años para acercarse, puede esperar el tiempo que sea necesario para que te recuperes —me dice segura.

Trato de sonreír, pero no puedo.

—¿Crees que vuelva a sonreír? —le pregunto.

Ella sonrío y me responde:

—Sí, lo harás cuando algo muy divertido pase. Luego las sonrisas saldrán solas, Amelia. La verdadera Amelia aún sigue aquí —me dice señalando mi cabeza—, y aquí. —Termina señalando mi corazón.

Le abrazo y paso la tarde poniéndome al día de las cosas que no recuerdo, mientras nos tomamos un par de tazas de té más. Salgo de casa de Mary un poco más tranquila, pero también decidida a buscar ayuda, no puedo vivir huyendo de los recuerdos y con miedo a que las personas que están a mi alrededor me dejen sola. Conduzco por un rato hasta detenerme en Boston Common y camino hasta llegar al jardín público de la ciudad. Me siento en el mismo árbol que muchas veces me senté con Derek y donde grabamos nuestras iniciales cuando éramos unos adolescentes. Busco mi iPod y selecciono el nuevo disco de Adele, la primera canción que empieza a sonar es *Hello*.

Dicen que extrañar es pagar el precio por vivir momentos inolvidables, por eso creo que la vida muchas veces te quita las cosas que más quieres. Todo empezó cuando mi padre murió y aunque

muchas veces me digo que voy a enfrentar a la verdad, nunca me atrevo a entrar a la cafetería que tiene su excompañero a varias cuadras de este parque. Luego me quitó la primera ilusión de amor y ahora me quita la segunda. No entiendo por qué cuando logro al fin estabilizar mi vida, sucede algo y ¡zaz!, todo desaparece por arte de magia.

Sí, estoy muerta de miedo y también sé que me estoy comportando como una egoísta, porque mientras rechazo la ayuda de Wayne y mis amigos, les hago daño. Creo que a veces debemos tener un poco de egoísmo para encontrarnos, porque quizás yo nunca pueda recordar que sucedió o tal vez un día despierte de nuevo con los recuerdos en mi mente.

Pero ¿y si no?

Bueno, me toca vivir mi vida y construir nuevos recuerdos, ya quien podía hacerme daño está muerto. No creo que Wayne, con todas sus promesas, anhelos y cómo me demuestra que solo quiere verme feliz, me pueda causar daño. Tampoco quiero vivir mi vida dependiendo de otra persona, me costó mucho comprender que debemos ser independientes para sobrevivir cuando los embates del destino nos dejen solos en la vida. Mi abuelo paterno decía que nacer y morir iban de la mano, pero el secreto de la vida era vivirla feliz e independiente; podías encontrar una persona con la cual compartirla y dormir a su lado toda una vida, pero un día ella se iría para siempre, entonces tenías que de nuevo acostumbrarte a dormir solo.

Los seres humanos somos animales de costumbre y lo aprendemos desde que nacemos, porque dependemos de nuestras madres para alimentarnos, dependemos de ellas toda una vida. Luego nos enamoramos y nos acostumbramos a la convivencia con otra persona, y cuando las cosas terminan nos cuesta afrontar la soledad. Todos tenemos miedo en el fondo a dos cosas: a morir y a la soledad.

La soledad a veces puede ser mala consejera, pero también puede ser un momento de autodescubrimiento como ahora. Estoy descubriendo que, saliendo del encierro de esa casa en donde viví tantas cosas con Derek, puedo respirar mejor, que puedo seguir mi vida y puedo decidir si estoy dispuesta a recordar o construir nuevos recuerdos.

Hoy comprendo que lo mejor que puedo hacer es vender esa casa y

así cerrar esos capítulos de mi vida. A veces es mejor dejar lo malo atrás para poder continuar.

Capítulo 36

—Amelia Reeds —me llaman.

Aliso mi pantalón al levantarme de la silla, sigo a la señorita que me ha llamado por un pasillo largo y entro a un estudio amplio. El espacioso ventanal da una hermosa vista del centro de Boston, un bonito diván de cuero negro está colocado estratégicamente diagonal a él, al lado de este hay un sillón negro de cuero, una preciosa biblioteca y un escritorio lleno de papeles, carpetas y demás documentos, donde un hombre de unos cincuenta años, enfundado en un suéter cuello tortuga negro y unos pantalones marrones, se levanta para recibirme.

—Amelia, qué gusto verte —me dice ofreciéndome su mano y esbozando una sonrisa.

Yo la aprieto fuerte y sonrío.

—Un gusto, profesor Fisher. Gracias por recibirme —respondo bastante incómoda.

David Fisher, mi profesor de psicoanálisis, asiente y se dirige a su secretaria:

—Ann, por favor, puedes dejarnos solos.

Ella asiente y sale trancando la puerta tras sí. David me señala las sillas frente a su escritorio, caminamos hasta ahí y me ayuda a sentarme. Él rodea su mesa y se sienta en su sillón, y se queda mirándome por un tiempo hasta que finalmente me pregunta:

—A ver, Amelia, ¿qué necesitas?

Yo suspiro infundiéndome valor.

—David, creo que leíste en la noticias lo que sucedió con Derek —le digo cautelosa y David asiente, se queda mirándome expectante, yo asiento y agrego—: Creo que estoy sufriendo de algún tipo de amnesia de fuga. Estoy dispuesta a vivir sin esos recuerdos, pero no a vivir con miedo, por la paz de mí seres queridos y por mí.

David asiente y hace unas anotaciones en su laptop.

—Bueno, Amelia, si es una amnesia de fuga, podemos probar varios

métodos para traer esos recuerdos de nuevo, si estás dispuesta. En cuanto a la fobia, tú mejor que nadie sabes que toma tiempo y te pido que seas paciente.

Mientras él teclea algo, yo le digo:

—No quiero recordar cuando Derek me violó...

La última palabra es un susurro. David se gira completamente para observarme y se quita las gafas de pasta que lleva puesta. Se queda observándome por un tiempo hasta que finalmente me habla:

—Amelia, me acabas de responder la primera pregunta que te haría. Te diré que tienes que estar preparada, normalmente esos son los primeros recuerdos que aparecen y pueden darte ataques de pánico.

Yo asiento.

—Ya tuve el primero —le digo asustada—, por eso acudí a ti.

David sonrío y asiente.

—Estás dando el primer paso de muchos que tendrás que dar —me responde—. ¿Tus amigos pueden ayudarte a recordar o quizás algo que te ayude?

—Desde que me divorcié de Derek, llevo unos diarios donde plasmaba mis miedos y lo que iba sintiendo.

—Excelente. La próxima cita los traerás todos, por ahí iremos trabajando. No quiero hacer una terapia de choque porque tenemos el antecedente del ataque de pánico. Necesito que estés acompañada cuando te sientas ansiosa y también que sigas escribiendo a diario cómo te sientes, puede ser que de alguna forma eso te ayude.

—Vale... —respondo asintiendo.

David sonrío y se levanta, se acerca a una mesita donde una cafetera está casi por la mitad, sirve dos tazas y me entrega una.

—Fuiste una de mis mejores alumnas y sé que lo que pasas no es fácil. Te ayudaré en todo lo que pueda. —Pone su taza en el escritorio, me quita la mía y me toma una de mis manos, atrapándola entre las suyas—. Tienes que estar preparada si en algún momento los recuerdos vuelven.

Tiemblo tan solo de pensar que puedo recordar todo y que no pueda soportarlo. Sé de muchos casos en los cuales las personas han tomado la decisión de acabar con su vida.

—Tengo miedo —susurro.

—Aceptar que tienes miedo es un acto de valentía; buscar ayuda y tratar de solucionar son los primeros pasos, ¿lo sabes?

Muerdo mi labio nerviosa.

—Sí...

—Entonces es todo por hoy. Te quiero en dos o tres días aquí y recuerda los cuadernos —me dice parándose.

—Gracias, David.

Él me guiña un ojo mientras toma un sorbo de su café, baja su taza y esboza una sonrisa.

—Es lo menos que puedo hacer por ti.

Nos quedamos diez minutos hablando un poco de todo. Salgo con rumbo a Cambridge hasta un café donde me espera el primer paso para dejar el miedo y las dudas atrás.

Entro a una cafetería donde me encuentro con muchos jóvenes leyendo libros y unos cuantos académicos disfrutando de una charla amena. Dirijo mi mirada a la barra y detrás de ella hay un hombre pisando los sesenta años con una sonrisa, atendiendo a una joven. Respiro profundo y camino hasta ahí con la adrenalina recorriendo mi sistema sanguíneo; me siento en uno de los taburetes, él se percata de mi presencia y toma una taza para ponerla frente a mí.

—¿Descafeinado? —me pregunta, pero se paraliza cuando alzo mi rostro—. Amelia...

—Descafeinado, y sí..., yo soy Amelia Reeds —respondo.

Él asiente y sirve mi taza, yo la tomo con mis dos manos tratando de entrar en calor e infundiéndome algún tipo de valor.

—¿Sabes quién soy? —me pregunta asustado.

Asiento.

—Michael Clarkson —respondo.

Nos quedamos en silencio por unos minutos como si el tiempo estuviera suspendido. La vida da muchas vueltas y nunca pensé que haría esto. Él silba de repente y anuncia:

—Cerraremos por un par de horas, esta ronda es por la casa.

Todos se quejan, pero van saliendo poco a poco de la cafetería hasta que quedamos solo él y yo. Entra a la cocina y escucho cómo da unas cuantas órdenes, hasta que sale finalmente y rodea la barra para sentarse en el banco que está justo a mi lado izquierdo.

—Sabía que este día algún día llegaría, sabía que un día crecerías y vendrías pidiendo explicaciones —me dice triste.

Cierro mis ojos y atrapo mi labio inferior, que tiembla de miedo y dolor. Respiro profundo apartando los miedos y la rabia a un lado.

—Quiero saber por qué tú saliste y mi padre no —le digo de golpe.

Giro mi rostro y me encuentro con el de Michael, que se tiñe de vergüenza.

—Esto es muy difícil y más porque vivo con la culpa todos los días. — Suspira triste y yo me molesto porque no sabe lo que es vivir con culpa cuando nunca dio la cara—. Esa noche acudimos a un llamado en East Boston, era un incendio muy grande en una zona residencial y uno de nuestros compañeros escuchó gritos de niños. Entramos tres parejas y yo era un novato que apenas tenía seis meses en servicio. Todos ellos eran experimentados y tu padre era el jefe de la cuadrilla.

Bufo.

—Me estás diciendo lo que dicen los informes oficiales y yo vine por la maldita verdad —le digo molesta.

Michael cierra los ojos.

—No tenía visibilidad y yo no escuchaba tales gritos. Tu padre le ordenó a los otros buscar personas en los pisos inferiores y nosotros subimos. Se estaba cayendo todo a pedazos hasta que finalmente cayó una viga encendida del techo sobre él, me aterrorice y salí corriendo dejándolo atrás. Solo pensaba en salvarme.

¡Maldito!

Ahogo un sollozo.

—Amelia... —me llama con voz triste.

Yo aprieto mi taza y trato de que las lágrimas no salgan.

—Los bomberos tienen un regla tácita entre compañeros llamada “Dos ene”: dos entran, dos salen, y tú no la cumpliste. ¿Qué se siente dejar a una niña de diez años huérfana? —le pregunto—. Me imagino que el mismo egoísmo que demostraste te persigue cuando llegabas a

tu casa y besabas a tu esposa e hijos, mientras que yo crecía con una madre que se perdió con la muerte de su esposo.

—Te juro que siempre vi por ustedes... —me dice arrepentido.

Yo giro mi rostro sorprendida. ¿Vio por nosotras?, ¿en qué forma?

Madre, ¿qué desastre hiciste de nuevo?

—¿Qué dices? —le pregunto alucinada.

—Yo dejaba parte de mi sueldo en la pensión que dejó tu padre y luego de retirarme le giré dinero a tu madre cuando lo necesitó. Sé que el dinero no lava las culpas y yo voy a morir con la que tengo, pero fue una manera de tratar de sopesar lo que llevo dentro.

Respiro bruscamente. Mi madre y sus secretos egoístas...

Me levanto de la silla y lo miro con rabia, asco y lástima. Michael esconde su rostro entre sus manos y le digo:

—Mientras tú en las noches acostabas a tus hijos, yo me iba a dormir sola porque mi madre no supo desempeñar su papel luego de la muerte de mi padre. Mientras tú compartías cumpleaños, navidades, graduaciones y sus logros con ellos, yo lo hacía con los padres de mi mejor amiga. No solo dejaste morir a tu compañero, también le destruiste la vida a otra persona.

—Amelia...

—No te preocupes porque yo te perdoné hace mucho tiempo, pero quería escuchar la verdad y que olvidaras mi rostro. Espero que algún día puedas perdonarte a ti mismo.

—Gracias...

—No tienes por qué darlas, pero espero nunca tener que verte de nuevo. Olvida que esto ha sucedido, yo nunca he venido, pero vergüenza debería darte decir que fuiste bombero y guindar fotos en esta cafetería cuando rompiste esa regla tan simple de dejar a tu compañero atrás.

Salgo de la cafetería y respiro hondo tratando de calmarme. Un Camaro color negro se detiene frente a mí y Wayne se baja con su rostro preocupado, corro hasta donde está y lloro en sus brazos.

—Shhh, nena. Todo estará bien —me dice con voz ronca.

—Lo dejó atrás... —sollozo.

—Ahora quizás no lo recuerdes, pero yo prometí nunca dejarte atrás... “Dos ene” siempre, nena, siempre —me dice.

—Dos ene —susurro.

Un flash de un recuerdo llega a mi mente de repente:

—Porque te amo y quiero ser tu Dos ene.

Vaquero...

Cierro los ojos y me aferro a su abrazo. Él está ahí, solo debo buscarlo dentro de mí.

Wayne me subió a su auto y me trajo a casa, no me preocupé ni por mi auto o por algo que haya olvidado. Saber que la persona que tenía que ayudar a mi padre si algo le sucedía fue el causante de su muerte, me ha hecho pensar que quizás todos en el algún momento somos traicionados por alguien en quien confiamos.

El recuerdo de las palabras de Wayne aún retumba en mi mente, tengo el presentimiento de que si busco dentro de mí, lo voy a encontrar.

Estoy sentada en un columpio que no recordaba que estaba en el único árbol que tiene mi patio trasero y observo cómo todas las plantas han florecido. Wayne sale con dos tazas de café en sus manos, lleva un pantalón caqui y una camisa de color blanco con sus mangas arremangadas. Camina seguro hasta donde me encuentro y me entrega una de las tazas.

Doy un sorbo y arrugo el gesto.

¡Qué asco, está dulce!

Wayne se ríe y me dice:

—Creo que es la mía. Toma. —Me ofrece la otra taza.

Yo la tomo y le doy la que tenía. Esta vez el café me sabe a gloria por su amargor y acidez tan característicos.

—¿Cómo puedes tomarlo con tanta azúcar? —le pregunto.

Wayne se ríe.

—¿Cómo puedes tú tomarlo sin ella? —me pregunta contraatacando.

Suelto una carcajada y él sonríe mostrándome unos hoyuelos de los más tiernos. Muerdo mi labio.

—Amelia...

Suspiro.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —le pregunto.

Wayne respira resignado, alguien le dijo y me imagino quién fue.
¡Desgraciada y traicionera!

—Cassie me contó lo que pensabas hacer —me responde.

Pongo los ojos en blanco.

¡Voy a matarla!

Nota mental: cuidar lo que cuento a Cassie.

—Veo que tienes informantes —le digo con sorna.

Él niega y esboza una sonrisa. Sé que estoy siendo una perra con todos y que ellos solo desean cuidarme, pero hay cosas que tengo que hacer sola y no con su compañía.

—Solo estamos preocupados por ti, Amelia —responde con tono preocupado.

Tuerzo el gesto que puedo hacer para que no se sientan de esa forma.
«Recuperar la memoria», susurra una voz en mi interior.

—No recuerdo tener este columpio —le digo tratando de cambiar el tema.

Wayne se agacha frente a mí y deja su taza a un lado; toma mis manos y observa mis dedos y uñas mordidas por mis nervios. Trato de quitárselas, pero no me lo permite.

—Construimos este columpio en abril cuando llegó la primavera. Tu jardín empezó a florecer, trayendo color a nuestras vidas, y decidimos que sería un buen lugar para pasar el tiempo como familia. El primero en subir fue Aaron, se balanceó por horas hasta que se cansó. —Besa mis manos—. Esa noche vimos juntos las estrellas y yo te ayudé a balancearte por una hora. Aquí te pedí ser mi esposa.

¿Su esposa? ¿Me iba a casar con Vaquero?

Mis ojos se nublan a causa de las lágrimas. No puedo creer todo lo que no recuerdo y eso me está matando.

—Wayne... —susurro.

—Esa noche te hice el amor lentamente sobre pétalos de rosas y una sábana de cinco mil hilos egipcios... —me dice con voz ronca.

Trato de sonreír, pero las lágrimas empiezan a salir solas. Me pidió ser su esposa para construir un mundo, éramos felices entre flores y

sábanas caras; éramos felices estando juntos.

¿Por qué no puedo ser feliz?

—Éramos felices entre sábanas caras —le digo recordando el mensaje de hace unas noches.

—Podemos ser felices entre sábanas caras o baratas de nuevo, solo tienes que quererlo, nena —me responde con voz nostálgica.

Wayne se acerca y con sus pulgares borra mis lágrimas, deja un beso casto en mi coronilla y yo cierro los ojos, dejándome envolver por su amor. La puerta que da a la calle se abre y Cassie entra con Aaron, que se suelta y sale corriendo adonde estamos.

—Wayy —lo llama con su vocecita de bebé.

Wayne rompe el abrazo y se agacha para tomarlo en sus brazos. Empieza a dar vueltas con mi hijo, provocándole risas. Se detiene y comienza a darle besos. Los dos se compenetran de tal forma que me sorprende por el hecho.

¿Éramos una familia? ¡Dios, ayúdame a recordar!

Me levanto y camino solo unos pasos hasta donde están, Aaron se lanza a mis brazos y Wayne me lo entrega. Le doy un beso a mi pequeño y este ríe.

—Mami, mami, *quero* está aquí —me dice.

Me imagino que trata de decirme “Vaquero”. Yo asiento con una sonrisa, pero con el corazón roto en mil pedazos.

—Sí, Vaquero está aquí —le respondo.

Cassie suspira y yo me giro para observarla, tiene los ojos brillantes y una sonrisa en sus labios. Me saca la lengua y entra a la casa. Wayne empieza a caminar hacia la puerta y yo no quiero que se vaya, Aaron empieza a llorar cuando este se aleja. Yo sucumbo a los sentimientos que empiezan a aflorar dentro de mí.

—¿Te quedas a cenar? —le pregunto.

Wayne se gira esbozando una sonrisa y asiente. Empiezo a caminar con él siguiéndome los pasos hasta entrar a la casa, bajo a Aaron en la cocina y este se pega como una lapa a la pierna de Wayne. ¿Le estoy haciendo un daño a mi hijo al separarlos? Suspiro. Wayne se acerca y toma mi barbilla entre sus dedos, sube mi cabeza y me da un beso casto en los labios que me sabe a gloria.

Entonces susurra en ellos:

—Déjame entrar de nuevo a tu corazón y déjame quedarme.

Yo cierro los ojos.

—Yo quiero que te quedes... —le respondo con voz entrecortada de emoción

Wayne me da un beso apasionado sin importarle que estamos con Cassie y Aaron, su beso es como un refugio de paz y como un abrigo que me protege de todo mis miedos.

—¡Ay, no! Ustedes a veces me dan ganas de vomitar —Cassie nos dice entrando.

Él se separa de mí con una sonrisa y soltamos una carcajada. Sus ojos grises se iluminan mientras todos en la habitación nos reímos. Esa noche cocinamos y cenamos en familia, y después acostamos a Aaron, él y yo juntos. Wayne le contó un cuento hasta que mi hijo se quedó dormido. Bajamos y, con unas copas de vino, nos sentamos en el piso frente a la chimenea, empezamos a hablar y yo a preguntar cosas para conocernos. Él me habló de su vida en Nueva Orleans, de su familia y me dijo:

—No puedo cometer el mismo error de la última vez.

Me extrañaron sus palabras y le pregunté el porqué de ellas. Me contó que pagó mi crédito universitario y que monté en cólera porque me lo ocultó. No me extraña porque a esa Amelia que describe sí la conozco. Hablamos por horas tratando de conocernos de nuevo y cuando vimos el reloj eran más de las dos de la mañana. Le insistí que se quedará, pero esta vez declinó mi oferta y se fue a su casa.

Ahora estoy aquí con el alma en un hilo, pensando que quizás le estoy haciendo daño. Wayne prometió ser mi Dos ene, puede ser esa la razón por la que se está quedando. Espero en el fondo que no sea así.

Capítulo 37

06/18/2016

*L*as cosas a veces no salen como queremos y las historias de amor no siempre tienen finales felices. Estoy buscando una definición a esta nueva etapa de mi vida y se llama “perdida”, perdida en un mar de recuerdos y de no recuerdos, perdida en sentimientos que sé que existen dentro de mí, pero que no logro encontrar.

Quiero recordar y quiero vivir mi vida, pero me da miedo que lleguen los recuerdos que estoy evitando y quizás..., quizás recuerde todo lo malo que me hizo Derek.

El lunes hablaré con David sobre la posibilidad de vivir así, de construir nuevos recuerdos, no enfrascarme en el pasado y vivir el presente que me han dado. Casi muero por culpa de los celos de Derek y ahora que estoy de nuevo viva, quiero hacer lo que por medio a él dejé de lado.

Tengo que encausar mi vida y tratar de vivirla porque esta es mi segunda oportunidad de poder ser feliz.

Amelia.

Tranco mi cuaderno y tomo mi móvil, escribo un mensaje a Wayne con el corazón corriendo como una moto de carreras:

«Es el momento de entrar al fuego...»

Lo envió y apago mi móvil, me acuesto a dormir con un solo pensamiento en mi mente: vivir.

Dos días después...

—A ver, Amelia, aquí dice “diciembre veintidós del dos mil quince”, estamos hablando de casi seis meses atrás. —David está escondido detrás de uno de mis cuadernos, es nuestra primera sesión—. Bueno, por lo que veo tu sexto sentido te alertó de que Derek no venía con buenas intenciones y cito lo que dice: “Derek ha venido hoy lleno de regalos para Aaron y para mí, ¿para mí? No entendí esa parte de la visita, pero se instaló un peso en mi estómago. Creo que él no viene con buenas intenciones, me da miedo que le haga daño a nuestro hijo, lo conozco mejor que nadie y algo se trae entre manos. Quizás después de todo lo que hizo no me fio de él o quizás ese sexto sentido me dice que esté alerta”.

Suspiro porque todo está escrito, no estuve alerta y la presencia de Wayne me cegó.

—¿Qué piensas que te alertaba? —me pregunta serio, dejando mi cuaderno de lado.

—No lo sé. Quizás lo que no hizo en casi tres años, quería hacerlo en unos meses —respondo.

David hace anotaciones y pongo los ojos en blanco porque esto de hablar con un colega no es fácil, creo que estoy empezando a odiarlo.

—Amelia... —me llama—, sé que te es incómoda la sesión porque también eres psicóloga, pero necesito que pongas de tu parte —me regaña serio.

Asiento y empiezo a hablar de todo lo que siento sobre Derek desde el día en que todo terminó. Le cuento lo rota que me sentí al encontrarlo con otra mujer teniendo relaciones. Todo a mi alrededor empieza a volverse negro y mi respiración comienza a faltarme, siento como mi pecho se comprime sobre mis pulmones y escucho a Derek decirme: “Yo te trataba con una reina, te respetaba y por eso me follaba a las demás como a unas perras, porque para mí tú eras pura. Pero ahora he visto que eres otra perra más y quiero escucharte gemir como lo haces con él”.

Trato de gritar, pero no puedo por la falta de aire, veo una sombra que se cierne sobre mí y empiezo a mover mis manos para defenderme. Escucho a los lejos cómo David me susurra:

—Respira, Amelia, respira... Vuelve conmigo. Vamos, respira. —

Empiezo a hacer respiraciones profundas como él me indica, poco a poco recupero mi capacidad para respirar y mi nublada visión desaparece—. Buena chica, ya pasó.

Suelto un sollozo, tapo mi cara con mis manos y ahogo el llanto. Derek tenía una mala concepción de lo que era y lo que soy, creía que por follarme iba a dejar de ser pura. Nadie es puro en esta vida.

—Amelia, ¿qué recordaste? —David me pregunta con voz profesional.

Niego porque articular esas palabras me van a romper y yo con ellas, porque no puedo recordar lo bueno, pero sí tengo que recordar lo malo.

—No quiero repetir eso —le digo entre hipidos.

—Toma —me dice.

Abro los ojos y tengo un vaso con agua frente a mí, David me mira con un halo de preocupación en su rostro. Tomo el vaso con manos temblorosas y doy dos sorbos. Lo que acaba de suceder fue un ataque de pánico al cien por ciento.

¡Dios, no puedo vivir así! ¿Si me da un ataque de pánico estando a solas con Aaron?

—Tienes que ayudarme, no quiero que suceda más —le pido asustada.

David suspira y se sienta a mi lado.

—Amelia, creo que tendré que pasar tu caso a otro colega. Mi relación de amistad contigo interfiere en mi trabajo, verte así me ha puesto los nervios de punta y mira que he visto muchos ataques de pánico. Quiero saber qué recordaste para ver si puedo ayudar en algo.

Asiento.

—Creo que Derek me violó por una mala concepción de lo que yo era... —susurro, respiro hondo y sigo—: Me dijo que él se follaba a las demás porque yo era pura y me respetaba, pero que quería..., quería —titubeo—, quería que gimiera al igual que lo hacía con Wayne.

David toma mi mano y empieza hablar:

—A veces, hay hombres que malinterpretan la inocencia y la pureza de las personas. Creo que Derek llegó a tu vida cuando eras aún una niña y trató de mantenerte así, fue eso lo que lo mantuvo enamorado de ti. Ustedes vivieron muchos años juntos y aprendieron a conocerse como pareja. —Suspiro por sus palabras—. Con esto no digo que está

bien lo que te hizo, pero el sentimiento de pérdida ligado a la rabia y drogas no son buenos consejeros. Amelia, tienes que dejar ir a Derek y todo lo malo que trajo con él. Creo que es la única manera de que puedas empezar a vivir de nuevo.

Cierro los ojos.

—¿Cómo dejar ir algo que no recuerdo? —le digo.

—Amelia, te estás recriminando por no recordar, sientes que le fallas a tu hijo, amigos y a Wayne. —Abro los ojos y voy a contestarle, pero no me deja—. No me mires así, sabes que estoy en lo cierto. Piensa bien las cosas y dejar ir lo que no recuerdas nada, vive y trata por ti de dejar todo lo que tenga que ver de con Derek de un lado.

—Pero, pero... —titubeo.

—Pero nada, Amelia. Voy a recetarte unas pastillas para la ansiedad y pasar el caso a otro colega, es lo que puedo hacer. Hemos acabado por hoy.

Miro a David con los ojos como platos, abismada por sus palabras. Él escribe algo en la receta y me la entrega. Yo salgo de la oficina con la cabeza vuelta un ocho, pensando en miles de cosas. Manejo sin dirección hasta detenerme en el cementerio donde está enterrado el cuerpo de Derek, aprieto el volante y respiro bruscamente.

¡Maldita la hora en que Derek me hizo esto!

Apago mi auto al llegar a la colina del cementerio donde está la tumba de Derek, me bajo y cierro la puerta sintiéndome frustrada por todo lo que vivo. Me quito los zapatos de tacón que llevo puestos y camino descalza en la hierba sin importarme nada. Su madre, al visitarme, me dio la ubicación exacta del lugar donde estaba su hijo enterrado, no sé, la verdad, si porque creía que vendría o por la rabia que ella siente ahora por mí. Llego a la lápida y me río de lo que dice su inscripción:

Derek J. Fleming

04/27/1988

06/11/2016

Amado hijo, esposo y padre.

Siempre te recordaremos.

¿“Esposo”?

Esa vieja debe estar de broma, su hijo y yo nos divorciamos hace tres

años. En la lápida hay una foto de él de la última temporada con Aaron en brazos. Recuerdo esa foto, fue en octubre, después de ganar el partido. Respiro brusco. Nos estaba usando, usando para limpiar su imagen ya sucia y qué ciega fui al no darme cuenta.

Otro recuerdo...

—¿Por qué?, ¿por qué me hiciste esto? —grito a la nada.

Recuerdo todo lo que vivimos antes de que nuestra relación terminara y fuimos felices. ¿Por qué tuvo que empañar esos recuerdos con todo esto? Suspiro.

—Te perdono porque ya no vale la pena seguir con todo esto. Espero que algún día puedas descansar en paz. Nunca le diré nada a Aaron, pero lo hago por nuestro hijo y no por ti. No mereces ni mi perdón y aun así aquí me tienes, dándote este nuevo regalo. Lo que me hiciste no tiene nombre. —Respiro hondo—. Voy a vender la casa y voy a sacarte por siempre de nuestras vidas.

Me giro de nuevo directo a mi auto, me subo, lo enciendo y salgo disparada a mi casa. A la salida del cementerio digo en mi mente:

—Adiós, Derek Fleming.

Llego a casa y me sorprendo al encontrar todo apagado. Le envié un mensaje a Cassie, pero no recibo el acuse de recibo. La llamo y salta a la contestadora. Me preocupo al ver que ella no está disponible. Muerdo mi labio y salgo distraída de la cocina y me congelo cuando encuentro a Wayne durmiendo en mi sofá con mi hijo dormido sobre su pecho. Las lágrimas empiezan a salir solas y mi corazón empieza a latir emocionado. Se ven tan tiernos... Acaricio la cabecita de mi hijo y bajo hasta darle un beso, pero, cuando me separo, Wayne me observa con una sonrisa en los labios.

—¿Te desperté? —pregunto con casi un susurro.

Wayne niega.

—No... —murmura.

Me alejo y prendo la lámpara que da una iluminación tenue, voy a

tomar a Aaron en mis brazos, pero Wayne niega. Sonrío, pero solo me sale una mueca.

—¿Vas a llevarlo arriba? —me pregunta.

Yo asiento mientras él se levanta con una habilidad asombrosa sosteniendo a mi hijo, como si estuviera hecho para ser padre; me hace señas hacia a las escaleras y yo lo sigo. Subimos en silencio y deja a mi hijo sobre su cama, no se olvida de encender la luz de su mesa de noche. Wayne acaricia la cabecita de Aaron y lo observa como si él fuera la cosa más hermosa del mundo, porque lo es.

Suspiro y salgo de la habitación dejándolos solos, pensando cómo voy a darle la noticia de la decisión que he tomado. Por alguna razón siento que le debo una explicación.

¿Por qué puedo recordar lo malo y no lo que viví junto a él?

Suspiro cansada de la vida, de mi vida; a veces esta hace jugarretas que nunca podrás entender. Entro a mi habitación y voy directo al baño; tomo una ducha rápida, me cambié en un pantaloncillo corto y una camiseta de la Universidad de Boston que casi lo tapa. Ya estamos entrando en verano y las temperaturas empiezan a subir paulatinamente. Salgo de la habitación y bajo las escaleras, no lo encuentro en el salón, pero escucho como trastea en la cocina.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Este ya no es nuestro hogar porque nunca lo fue, esto fue el intento de dos jóvenes por formar una familia.

Abro los ojos sintiéndome un poco más calmada y algo más centrada, camino hasta la cocina y abro la puerta. Wayne está de espalda vestido con unos pantalones cortos de color negro y una camiseta gris, sus músculos se marcan perfectamente cuando hace movimientos sutiles mientras cocina.

—Estoy haciendo algo, espero que no te moleste —me dice tímido.

—No... —respondo.

Wayne se gira y respira brusco al verme, su mirada me recorre de los pies a la cabeza y empieza a negar como si mi visión en está ropa fuera difícil de aceptar. Camino hasta el mesón que está paralelo a la cocina y me siento en una silla alta. Subo mi pierna y me abrazo a ella.

—No puedes imaginar lo hermosa que eres —me dice en voz ronca.

Yo muerdo mi labio y respiro hondo tratando de llenarme de valor.

—Voy a vender la casa —le digo con cautela.

Wayne deja de servir los raviolos que ha hecho y pone la cucharilla en el mesón con cautela; se acerca y toma mi barbilla que estaba reposando en mi rodilla.

—¿Estás segura? —me pregunta viéndome a los ojos.

Asiento.

—Esto no fue nunca un hogar, está plagado de malos recuerdos y no quiero seguir aquí. Necesito encontrar la paz que me fue arrebatada — respondo.

Wayne asiente y me suelta y, en un gesto tierno, acaricia mi mejilla. Yo cierro los ojos y aguanto la respiración tratando de memorizar este gesto para siempre. Abro mis ojos y me encuentro a un Vaquero sonriente con dos hoyuelos que me enamoran.

—Te apoyo, cielo, pero quiero saber si estás completamente segura. —Asiento—. ¿Sabes que Derek te dejó su dinero? —me pregunta con cautela.

—Lo sé y no lo quiero. No tocaré ese dinero a menos que Aaron lo necesite y pienso que con lo de la venta de esta casa podré irme a Houston como lo tengo pensado.

Wayne me mira sorprendido.

—¿Me estás diciendo que te vas? —me pregunta brusco y yo asiento—. ¿Te vas y terminas todo de esta forma tan cobarde, así de fácil?

Wayne deja el plato y camina hasta la mesa para tomar sus llaves del bowl donde siempre las dejamos. No me mira hasta que llega a la puerta y me dice con voz rota:

—Yo le prometí a Dios que te iba a dejar sola si te salvabas, creo que este es mi castigo por no cumplir mi promesa. —Respira hondo—. Eres y serás la mujer de mi vida, Amelia Reeds.

Me levanto y corro hasta donde está, yo quiero ser la mujer de su vida, pero necesito tiempo para poner mi mente en orden. Lo alcanzo antes de que abra la puerta y lo tomo de su brazo.

—No me voy de la casa porque lo quiero. —Suspiro al ver sus ojos llenos de rabia—. Me voy porque necesito poner todo en orden.

Wayne se pasa las manos desesperado por el cabello y se suelta de mi agarre. Por un momento veo un destello de esperanza en sus ojos.

—Vamos a Nueva Orleans, allá podremos construir un nuevo futuro

juntos.

—No... —le respondo negando—. Odias esa ciudad y todo lo que tenga que ver con ellos, me lo dijiste y no puedo obligarte a ir.

—Amelia..., por favor..., no me alejes.

Le doy la espalda con el corazón hecho pedazos porque, aunque él ahora no lo vea, lo hago por nosotros. Me siento terrible por causarle está herida.

—Necesito hacerlo sola y te pido que respete eso. —Respiro hondo tomando valor—. Yo no soy esa Amelia. Esta es una nueva mujer que necesita saber que puede sola.

Siento su calor cuando me abraza desde atrás y me da un beso en el cabello. Yo contengo las lágrimas y me suelto delicadamente de su abrazo.

—Estás siendo muy injusta. Déjame entrar otra vez y verás que poco a poco ganaré de nuevo tu amor.

—Lo siento..., lo siento mucho, Wayne...

Se separa y sale tirando la puerta, el golpe hace que me estremezca llena de dolor y culpa; camino hasta el mesón y recojo toda la comida en un *tupper* para guardarla dentro de la nevera. Me siento en la mesa y paso frustrada mis manos por mi cabello. Sé que estoy siendo egoísta al irme lejos de todas las personas que amo, pero lo necesito y es lo mejor. A veces decir la verdad es lastimar a las personas que quieren o te quieren y eso es lo que he hecho con Wayne.

Marco el número de Wayne, que cae directamente a la contestadora; lo intento dos veces más y lo mismo. Apago todo y subo a mi habitación; me siento sobre la cama, pongo mi iPod en el reproductor y busco una canción que me gusta mucho: *Say something* del grupo A Great Big World.

Abrazo mi almohada y contengo las lágrimas porque me hice una promesa de no llorar más en mucho tiempo. Quiero llorar de felicidad y de la risa cuando algo muy gracioso suceda, estoy cansada de hacerme la víctima. Mary tiene razón, yo no soy una persona que se aferre a los dramas y por eso estoy cerrando este capítulo de mi vida.

¿Puede que me esté equivocando?

Solo el tiempo me dará la respuesta a esa pregunta. Por ahora necesito irme lejos de todo, comenzar de nuevo junto a mi hijo, hacer

una nueva vida.

«Estás huyendo», susurra una voz en mi cabeza.

Cierro los ojos y respiro hondo, reprimiendo las ganas de llorar. Tengo un sentimiento dentro que no logro descubrir qué es y que me da miedo, porque sé que es ese mismo sentimiento el que me dirá que ya estoy en casa, que estoy dejando atrás todo por el miedo a saber que me equivoqué cuando era una chiquilla.

¿Cuántos errores cometemos en la vida? Para esa pregunta tenemos una respuesta y es: muchos.

Todos cometemos errores a lo largo de nuestra vida, desde que aprendemos a diferenciar lo bueno y lo malo. Un ejemplo: de niños nos dicen que no debemos correr porque nos vamos a caer y a raspar las rodillas, pero hacemos caso omiso a eso y hacemos lo contrario, por eso nos caemos lloramos por rompemos las rodillas y nuestras madres nos las curan con un beso. Otro ejemplo: cuando somos adolescentes todo es un drama, y quien diga que no es así miente; siempre vivimos en un existencialismo y todo lo que nos sucede es lo más importante del mundo. Resulta que cuando crecemos nos damos cuenta de que esos problemas eran simples nimiedades con lo que vivimos en la etapa adulta.

Creo que parte de lo que pasó con Derek es mi culpa porque yo desafíe al mundo por amarlo, por estar a su lado y construir la vida que soñamos. Todos me decían “No metas la cabeza ahí” y yo me hacia la sorda para hacer lo que mi corazón me dictaba. ¿Recuerdan la película *Frozen* cuando Anna conoce al príncipe Hans? Bueno, me pasó algo así con Derek, así de inocente era yo o quizás tonta del culo, porque no le encuentro explicaciones a mi ceguera, fui una ciega al no ver las señales y, cuando las vi, preferí hacer la vista gorda de todo.

¿Por qué?

Porque siempre fui inocente pensando que todos merecen segundas oportunidades, porque quería que mi hijo tuviera un padre del cual sentirse orgulloso, quería ser de esas típicas familias disfuncionales en las cuales los padres después de un divorcio se llevarán bien. ¿Qué gané con ello? Nada, y es que no logro aceptar que mi Hans de la vida real era Derek y que él no me amaba. Ahora comprendo que Derek quería el status de tener una familia modelo; un atleta vende no solo

por su juego, también vende por lo que refleja, y en los últimos años la prensa deportiva no reseñaba los triunfos del mariscal del campo, sino cómo cambiaba de novias, mujeres, y ese status de playboy, de atleta que vive de juergas, no le gusta a los anunciantes.

¿En qué derivó todo?

Menos anunciantes igual a menos dinero.

La cancelación de su contrato este año por parte de Los Patriotas. La verdad, no quiero imaginarme qué pasaba por la mente de él luego de todo eso. Perder todo por lo que luchó no debió ser fácil, y cuando sumas a eso el alcohol y las drogas, la mente se nubla. No quiere decir con esto que lo justifico, pero le busco una explicación coherente a todo lo que hizo.

¿Me duele?

Claro que me duele, porque él fue una de las personas en las que confíe ciegamente en su momento. Fue la persona con la que pensé pasar el resto de mi vida, formar una familia y envejecer juntos. Sí, todos los idealismos juveniles que tenemos a los quince años, donde pensamos que los finales felices de las películas de Disney son reales.

¡Qué daño nos hacen!

Pero bueno, todo sucede por alguna razón, y leyendo las páginas de mis recuerdos en estos últimos meses he llegado a la conclusión en tres puntos: primero, Wayne llegó a mi vida para cambiar todo lo malo a bueno; segundo, soy capaz de enfrentar los retos que se me presente, y tercero, estoy dispuesta a salir de mi zona de confort en busca de algo mejor.

Con estas conclusiones pienso construir mi vida de nuevo. Quizás Vaquero no entre en la ecuación esta vez, pero estoy dispuesta a salir de esta casa que ha sido mi zona de confort por muchos años y a construir un nuevo hogar. También voy a trabajar en lo que estudié por muchos años, y, por último, voy a levantarme cada vez que me caiga para lograr mis metas.

Mi móvil suena con un mensaje, reviso y veo que es de Wayne.

Wayne a Amelia 06/18/2016 23:30 p.m.

«Sé que estoy siendo egoísta y no te doy la oportunidad de decirme las razones por las cuales decides irte, pero soy tan egoísta que no quiero dejarte ir. Hace unos días querías que me quedara en tu vida y

ahora, con esta decisión, me echas. Amelia, soy humano y entiendo que no recuerdas nada, pero tengo sentimientos que estoy dispuesto a preservar. Sé feliz y te deseo lo mejor, y si alguna vez piensa en volver, te estaré esperando.»

Respiro hondo y apago mi móvil. Me levanto de la cama y apago la música, no sin antes detenerme a escuchar *Apologize* de One Republic. Espero que no sea tarde en el momento que pida perdón.

Suspiro y me acuesto con un solo pensamiento en mi cabeza: Wayne.

Capítulo 38

WAYNE

Dos semana después...

S algo del edificio en llamas con dos niños entre cuatro y cinco años llorando a causa del terror que sienten, me sigue Hulk cargando a la madre y otros compañeros con más víctimas. Un pequeño apartamento de lujo sufrió un cortocircuito, el bombillo principal de una de las habitaciones explotó encendido y los restos cayeron en la cama provocando el incendio. Adentro habían una mujer y un niño que logramos rescatar, pero aún se escuchan más gritos, indicándonos que todavía hay personas dentro del edificio.

Dejo a los niños con los paramédicos y le digo a Hulk:

—Vamos a entrar de nuevo.

Hulk se quita la mascarilla de seguridad y revisa su provisión de oxígeno, nos debe quedar alrededor de veinte minutos más para poder respirar entre el humo y los escombros.

—Estás loco, hemos sacado con ellos quince personas y no podemos más —me responde—. Mira tu carga.

Yo niego y hago oídos sordos a lo que me dice, entro al edificio ignorándolo y sabiendo que va a seguirme para cubrirme las espaldas. Apago el oxígeno y trato de usar el purificador de aire. La visibilidad es nula dentro y enciendo la linterna, solo se escuchan gritos, llantos y el crepitar de las llamas. Así debían oírse las de mi amor por Amelia y morir ya no me importa porque ya no la tengo a mi lado. Cuando llegamos a las escaleras, vemos como parte del equipo ayuda a las personas capaces de valerse por sí solas y yo solo tengo un pensamiento: entrar por las personas que pueden morir dentro.

—¡Vaquero, estás loco! Venga, ¿quieres morirte ahí adentro? —Hulk me dice cuando enrumbo escaleras arriba.

—No lo estoy, solo hago lo que muchas veces has hecho tú —le respondo.

Hulk suelta un bufido de frustración y me sigue hasta la planta donde nuestros compañeros se dedican a apagar el fuego que se ha propagado en toda la planta, tomando el piso contiguo en donde se inició. Subo en busca de alguna persona que se ha quedado arriba y escucho los gritos ahogados de una mujer.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —grita con mucho llanto—. ¡No puedo respirar!

—¿Oíste? —le pregunto a mi compañero.

Chris se pone en mi campo de visión y asiente, sabemos que esto sucede porque el calor tiende a atascar las puertas.

—Aquí Vaquero. En el piso siete, posible víctima atrapada por el humo —informo por la radio.

—¡Ya vamos a ayudarla! —Hulk grita—. ¡Por favor, diga dónde está!

—¡Siete B! ¡Ayuda! —grita ahogada.

Corremos al lado donde está la puerta, Hulk alza su hacha y le grita:

—Quítese de la puerta, la vamos a derrumbar.

Silencio. Hulk me mira y yo lo apremio:

—Vamos, que seguro se desmayó.

—Salgan todos que el incendio se propaga —informa el jefe por la radio.

Mi amigo y yo compartimos una mirada, sabemos que ya bajar no podemos. Hulk empieza a destrozar la puerta, pero yo me giro intempestivamente cuando siento que la temperatura comienza a subir, por las escaleras las llamas trepan. Mi compañero entra y yo lo sigo, cuidando su espalda. Conseguimos a la chica desmayada en el salón, tomo una manta del sofá y la tapo.

—Subiendo las escaleras en el ala oeste del edificio, tenemos una chica inconsciente —pido por la radio.

Rompo el vidrio, observo como uno de los camiones se posiciona y suben la escalera hasta la ventana.

—Sube primero tú —le ordeno a Hulk.

Mi amigo me mira asustado y niega, porque últimamente vivo cometiendo imprudencias desde que Amelia me dejó.

—Estás de coña, ¿no? —me pregunta, yo niego—. Nos subimos los dos, ahí caben cuatro personas y no hay discusión.

—¡Vamos, sube! Yo seguiré buscando si queda alguien —le respondo.

El andamio llega y mi compañero respira brusco; me observa y sé que no hay discusión, que si no subo, él me subirá arrastras.

—¡Sube, Vaquero! No ha llegado tu momento y menos es la hora de que mueras. De aquí salimos los dos o no salimos —me dice molesto.

Exhalo el aire molesto y asiento. Subimos al andamio y empezamos a bajar. Hacemos los primeros auxilios a la chica para que reaccione porque está desmayada por inhalar tanto humo, sus signos vitales nos indican que su pulso es débil. Al llegar, Hulk la entrega a los paramédicos y todos alrededor nos aplauden. Mi compañero se queda observándome con un halo de preocupación en su rostro. Yo me giro y busco qué hacer porque no quiero escuchar su sermón.

Llego a casa después de una guardia llena de emergencias. Últimamente lo único que me mantiene vivo es la adrenalina que produce este tipo de situaciones.

Todo lo que pensaba que había conseguido se ha esfumado en un abrir y cerrar de ojos; mi vida ya no es vida porque vivo solo para trabajar y nada más. Enciendo la contestadora y escucho los mensajes mientras tomo leche del envase. Me detengo al oír la voz dulce de Amelia.

—Wayne, no sé si Cassie te informó que he vendido la casa y en dos días salgo hacia Houston. —Suspira—. Sé que no quieres verme, pero no puedo negarte la oportunidad de despedirte de Aaron. Si quieres vernos, estamos viviendo donde Andrew. Por favor, ven.

Pip...

—Fin de los mensajes —me dice la voz de la contestadora.

La puerta se abre y entran Cassie y Hulk tomados de la mano. Maldita la hora que quise compartir piso de nuevo con él. Guardo la leche en la nevera, atravieso el salón y paso de largo ignorándolos. Mi

humor estas dos últimas semanas han sido de perros, gatos y centellas. Cassie atrapa mi mano y me dice:

—Quiere verte.

Yo me tenso porque yo también deseo verla; la extraño y la deseo. Deseo besarla y verle estremecerse cuando la hago mía, deseo dormir a su lado y que se acurruque en mi pecho buscando calor. Quiero estar con ella y Aaron sentados en el patio jugando, necesito verlos, pero si lo hago, me arrastraré porque necesito a esa mujer más que respirar.

—Pues que le vaya bien porque yo, por ahora, no quiero verla — respondo entre dientes.

—¡Joder, tío! —Hulk me dice molesto—. Tienes que bajarle dos a tu mal humor, los demás no tenemos la culpa de lo que sucede y estoy preocupado. Ayer pensé que querías morirte siendo el héroe.

Me giro y lo fulmino con la mirada. Maldito chismoso, estoy más que seguro que le ha contado a Cassie y que esta irá a decirle todo a Amelia.

—Te estás pasando dos pueblos y yo solo cumplía con mi deber —le respondo.

—Todos lo hacemos, pero tú ayer estabas que entrabas a las llamas para nunca más salir. No te estoy diciendo que no hagas más tu trabajo, pero te pido que tengas cuidado. Sabes muy bien que nunca voy a abandonarte, ni en el fuego y menos aquí —me dice mi amigo con voz preocupada.

Tomo las llaves de mi Camaro y salgo sin rumbo. Llego hasta el jardín público y me siento debajo de la sombra de un árbol a observar cómo muchas parejas disfrutan del verano juntas o cómo algunas familias juegan con sus hijos. Empiezo a sentir rabia y envidia al observar a los padres jugar con sus hijos y esposas, eso era algo que yo tenía y me han arrebatado. Por primera vez en semanas las lágrimas salen solas porque me siento débil ante este abandono. Quiero entender a Amelia, quiero entender sus razones y necesito saberlas. Sé que para ella este momento es difícil y que necesita sentirse fuerte para poder salir, pero si ella no vuelve, prefiero morir.

¿Quiero morir? No, lo sé...

¿Quiero morir como un héroe? No...

¿Pero qué sentido tiene la vida sin ella?

Ninguno, porque Amelia se convirtió en todo lo que buscaba, era lo que tanto quería y que no sabía que existía; ella llegó y mi vida tomó el rumbo que alguna vez deseé. A mi vida solo le faltaba Amelia y Aaron para ser feliz.

Sí, reconozco que muchas veces en estas semanas he querido sacarla de mi mente y corazón, porque ahora todo lo que tengo son las pequeñas fotos y recuerdos de esos meses que vivimos juntos. Desde hace casi un mes los minutos se sienten horas, las horas se sienten días y los días años. Esta distancia que ella ha puesto entre nosotros es tan espinosa que me está matando. Yo sé dónde pertenezco, ¿pero ella lo sabe?, creo que aún no sabe que les pertenezco a ella y a Aaron. Solo sé que quiero estar de nuevo a su lado en algún lugar donde los dos construyamos un hogar y también sé que pronto estaremos juntos de nuevo, pero me está matando tenerle lejos y que no podamos estar juntos.

Me gustaría estar a su lado para apagar este dolor que los dos sentimos, secar las lágrimas que los dos derramos y curar nuestro corazón, pero por ahora es imposible. Y sí, lo entiendo, entiendo que ella necesita tiempo y espacio para encontrarse de nuevo, ¿pero quién me entiende? Nadie, porque cuando amamos somos egoístas y solo pensamos en nuestro corazón, en tener a la persona que amamos.

Ella... ella es...

Amelia es como la mangata que se crea en el mar, ese camino místico en el agua cuando la luz de la luna se refleja en el agua; ella es tan fuera de este mundo..., y es curioso que cuando escuché su voz fue una más, pero poco a poco fue convirtiéndose en más y cuando la vi por primera vez supe que en ella había algo especial. La terminé amando como a nadie y encontrándolo todo en ella. Mi hermosa Número dos que con tan solo decirme “Vaquero, cuídate”, yo podía entrar a las llamas sin temor, porque todo mi mundo giraba entorno de esa voz que se había convertido en mi amuleto.

Todo entre nosotros fue espontáneo y natural, y a ninguno de los dos nos pareció extraño que en menos de un mes ya pensábamos en estar juntos. Todo fue a su tiempo lento pero seguro, yo esperé dos años para verla por primera vez, buscando el momento adecuado, y ella llegó en el momento que era, sin pensarlo. Me siento tan solo porque

la esperé por tanto tiempo y ahora no la tengo.

Yo me enamoré de Amelia cuando escuchaba la apacibilidad de sus palabras al hablar por radio, me enamoré de ella al ver esos hermosos ojos grandes de color avellanado que expresan lo que siente. Me enamoré cuando sus nervios podían más que ella y empezaba a morderse las uñas o los labios. Me enamoré de la mujer fuerte y trabajadora, me enamoré de la madre que es.

Amelia es todo..., y yo sin ella no soy nada.

Capítulo 39

Alaina besa a Aaron reiteradas veces y yo sonrío mientras observo la escena recostada desde el marco de la puerta; porque a veces decir “Hasta luego” duele, y más cuando los demás creen que no vas a volver.

Andrew se detiene frente a mí y me toma por los hombros.

—¿Estás bien? —me pregunta.

«No», respondo en mi cabeza.

Me obligo a sonreír, pero me tiene que haber salido una mueca por el rostro preocupado de Andrew.

—Lo estaré... —respondo.

Andrew respira frustrado y yo pongo los ojos en blanco, cruzándome de brazos. La mudanza salió ayer directo a Houston y a nuestro nuevo hogar, espero con toda esperanza construir un hogar en esa casa. Suspiro y bajo las escaleras del porche hasta donde nos esperan Chris y Cassie. Mi amiga me mira con rostro triste, yo lo tomo entre mis manos y le digo:

—¿Sabes que puedes ir cuando quieras?

—Lo sé... —responde asintiendo—. ¡Joder! No es lo mismo, porque ya no saldré de la guardia a verlos para contarte lo que siento.

Me rio, pero en el fondo voy a extrañar verle entrar por la puerta con cara de no haber dormido y reírme de las infinidad de cosas que le suceden.

—Ahora tienes una excusa perfecta para ir a tu piso.

Ella hace un mohín y Chris se ríe. Yo sonrío triste, abrazo a mi amiga fuerte dejándole sentir todo mi amor. Ella suelta un sollozo y le digo:

—No llores, tonta. Pronto nos veremos —respondo besando su coronilla.

Le suelto y abrazo a Chris, susurrándole:

—Cuida de ella.

—Lo haré —me responde.

Andrew sale junto a su esposa y mi hijo; abrazo a Alaina fuerte mientras ella llora y yo cierro los ojos evitando hacerlo. Me despido de ellos con un gesto y tomo en brazos a Aaron para subirlo en el auto de Andrew que nos llevará al aeropuerto. Siento una mirada fija en mi espalda cuando mi hijo dice:

—¡Quero!

Me giro con el corazón latiéndome emocionado y me encuentro con Wayne que nos observa desde lejos. Empiezo a caminar hasta donde está, pero él se mete rápido en su auto y lo arranca. Yo sigo con la mirada el auto hasta que cruza al final de la calle y todos se quedan observándome en silencio porque piensan que estoy cometiendo un grave error. Yo niego, porque no sé qué es lo que siento y no puedo descifrar cómo me siento ahora. ¿Decepcionada? ¿Triste? ¿Dolida?

Pasé semanas enteras llamando a su casa, tratando de que viniera a despedirse de Aaron, quería verlo por última vez para poder emprender este camino. Wayne se negó y ahora viene a vernos, pero huye como un cobarde rompiéndome el corazón y el de mi hijo.

Subo al auto con Aaron y Andrew me sigue. Ahora sí me despido de mis amigos, de Beacon Hills y del pasado que me hizo daño.

Mi móvil vibra y lo saco; han entrado dos mensajes de texto.

Mensaje de Wayne a Amelia 07/02/2016 09:00 a.m.

«No puedo decirte adiós cuando te amo. Cuida de Aaron y cuida de ti. Cuando estés preparada, aquí estaré esperándote.»

Mensaje de Wayne a Amelia 07/02/2016 09:01 a.m.

«Escucha esta canción y espero que algún día sea la canción de nuestra boda: Everyday I love you de Boyzone. Te amo, Número dos.»

Una lágrima traicionera baja por mi rostro y la seco respirando hondo para poder calmarme. Espero que algún día pueda volver a su lado.

Nuestra nueva casa está ubicada Midtown, un barrio de aproximadamente nueve mil habitantes en Houston, Texas. Está

ubicado justo en el centro de la ciudad y el distrito de los museos. La mudanza llegará mañana, está noche la pasaremos en un hotel.

Aaron camina inquieto en su nuevo parque mientras yo lo observo sentada en uno de los escalones de las escaleras que da al patio.

Tengo muchos sentimientos encontrados y miles de pensamientos pasando por mi mente. Saco mi móvil mirando fijamente la foto que tengo de salvapantallas, Wayne sentado en el columpio con Aaron sentado en sus piernas muerto de risas. Cierro los ojos pensando que quizás... ¿estaré cometiendo un error? ¿Wayne sería el hombre que me iba a hacer feliz?

Solamente Dios sabe lo que siento en este momento, quiero recordar todo y ser feliz de nuevo. Ver las fotos de tantos momentos en los que sonreímos, y notar que estábamos construyendo una familia, me hace sentir confundida y con rabia. Yo no tengo idea del estado en el que nos encontrábamos, pero ¿podré recodar?, ¿podré recordar las razones que me hicieron amarlo y todos esos momentos felices?, porque imagino que Wayne pensará que nunca pienso en él, pero la verdad es que no lo saco de mi mente ni un momento.

Busco desesperada los momentos en los cuales fuimos felices y en los cuales nos amamos. Necesito encontrar la paz, que sea ella la que traiga los recuerdos que me hagan regresar de ese agujero negro donde estoy metida. Ojalá todos mis amigos y él puedan entender por qué me fui de Boston. Estando allá no tengo paz porque me persiguen los malos recuerdos, los que no quiero tener en mi mente.

A veces creo que quiero volver a ser niña porque definitivamente las rodillas raspadas duelen menos que los corazones rotos. Quiero encontrar de nuevo a esa Amelia que arriesgó todo por amar a otra persona, la Amelia que encontraba la paz escuchando la voz de un desconocido, la que fue valiente y decidió dejar su trabajo cómodo por algo mejor. Tengo que encontrar a esa Amelia que se perdió entre los recuerdos, la que en sus diarios escribía definiciones de amor.

Aaron se acerca y me abraza la pierna, yo lo alzo en mis brazos y él ríe cuando acaricio mi nariz con la de él. Salgo de la nueva casa donde sé que encontraré a esa Amelia.

Hoy empieza una nueva aventura y espero ser lo suficientemente valiente de continuarla por mí hijo y por mí.

Capítulo 40

WAYNE

Me quemo entre lágrimas y este infierno que es su despedida. La recuerdo al despertar, al estar entre las llamas y estas noches de desvelo que vivo a diario.

Cassie me cuenta de los avances de Amelia, pero mi corazón se niega a perseguirle porque necesito que ella misma se dé cuenta de que me necesita, que recuerde todo lo que vivimos, que recuerde mis besos, mis caricias y que este amor es solamente por ella. Estoy viviendo en agonía desde que se fue, me perdí y solo vivo en este maldito infierno.

Nada me llena desde que ella ya no está y busco el peligro para sentirme vivo. Boston se ha convertido en un refugio y a la vez en el más grande infierno. Me refugié aquí huyendo de todo lo malo que Nueva Orleans significaba, desafié al mundo y a mi familia para convertirme en algo completamente diferente a lo que ellos querían. Detrás de esa fachada de bombero hay un hombre con una Maestría en Finanzas graduado con honores en una de las universidades más envidiadas del mundo, pero yo no me conformé con la vida que deseaban para mí y me propuse construir la mía desde los cimientos.

Cuando me enlisté en las filas de los bomberos, oculte todo: mi pasado, mi familia y mi dinero. Solo pocas personas saben que tengo más de lo que quiero y que ese dinero que llena mi cuenta bancaria pesa con sangre para mí, la misma que derramó mi madre cuando se suicidó por el abandono de mi padre y la que parece perseguirme. Con los bomberos yo descubrí el verdadero significado de la amistad, me descubrí a mí mismo ayudando a otros, pero vivía por vivir, mi vida era un constante ir y venir de emociones, adrenalina y sexo, pero seguía sintiéndome vacío.

Mi vida fue cambiando después de su llegada y probé el más

exquisito cielo, pero ahora estoy probando el maldito infierno. Nadie soporta mi mal humor porque por los momentos no quiero estar solo, necesito de su compañía y no me conformo sin verle, no me conforma que ella no forme parte de mi vida, y es que Amelia es la que abrió las puertas de la luz para hacerme saber que en la vida existen personas buenas.

La alarma suena de nuevo y salgo como todos para una nueva emergencia, para una nueva aventura, y ahora es lo único que necesito para sentirme vivo entre esta muerte que llega lentamente.

—Ella está sintiéndose pérdida... —me dice Cassie con voz preocupada.

—Cassie, te dije que iré si ella lo pide —le respondo.

—Wayne es que no entiendes por qué lo hace —me reclama.

Me levanto frustrado porque desde hace meses me hago la misma pregunta y no tengo respuestas.

Todo pasa tan rápido... Han pasado seis meses desde que ella decidió irse y solo sé noticias por lo que me cuenta Cassie. Me siento de manos atadas porque ninguno de los dos avanzamos, estamos estancados en ese lapsus roto que ha dejado su amnesia y sus ganas de no dejarme entrar.

—No, no lo sé porque ella no me deja entrar.

—Wayne... —me llama Hulk—. Escucha a Cassie.

—¡Maldita sea, la escucho! —grito—. La escucho pero nada de lo que diga puede solucionar este maldito dolor que siento por perderla.

—¡Ella no se acerca porque tiene miedo de que tú creas que es impura! —grita Cassie—. Se siente que no te merece, que no nos merece porque el idiota de Derek destruyó su seguridad una vez más.

Me quedo observando a mis dos amigos asombrado por la confesión que acaba de hacerme Cassie. ¿Impura?; Amelia no tiene la culpa de lo que hizo el bastardo de su exmarido. Me siento derrotado de nuevo en el sofá y escondo mi rostro en mis manos.

—Amelia es la persona más pura que conozco... —Suspiro—. ¿Cómo

puede pensar eso? ¿No se da cuenta de que yo besaría el piso por donde pasa?

—Ella ahora no entiende de razones y estoy casi segura de que bloquea los recuerdos por miedo a recordar —me dice Cassie con voz triste—. Wayne, tenemos que hacer algo para rescatarla del hoyo en el que ella misma se ha metido.

—El avestruz... —susurro.

Recordando cuando ella me contó que, cuando se sentía sobrepasada y asustada, escondía su cabeza como esa ave. Esa es una manera de protegerse y cuidarse a sí misma.

—¿Qué dices? —me pregunta Cassie.

—Dame tiempo porque estoy bastante molesto ahora. —Alzo mi rostro y les digo—: Yo amo a Amelia más que a nada en este mundo, pero aún me duele su abandono.

Salgo de la casa directo a la estación y voy a la oficina de mi jefe. Carmen, una hermosa mujer latina, es la secretaria que me hace pasar sin ser anunciado. Colin Parker me recibe con una sonrisa y con su uniforme de gala, lo que me hace imaginar que ha venido de alguna reunión en el ayuntamiento.

—Wayne... —me llama con voz paternal.

—¿Recuerdas a John Reeds? —le pregunto sin fraternizar ni un poco.

Colin se sienta en su silla y se queda observándome por unos cuantos minutos, hasta que finalmente me dice:

—Sí, murió en acción —me responde—. Supe que estabas con su hija. Asiento.

—La amo, Colin. Necesito que me ayudes porque necesito recuperarla —le digo.

—Cuéntame y veré en qué puedo ayudar —me pide.

Le cuento mi historia con Amelia desde el principio y me detengo un poco al relatarle las razones por las cuales estamos separados en este momento. Mi jefe escucha atentamente cada palabra y se levanta cuando la voz se me quiebra por el dolor que siento al repetir las palabras de Cassie.

—Necesito de ayuda profesional para poder ayudarle —le pido finalmente.

Mi jefe asiente y rebusca en su escritorio, y me entrega una tarjeta

donde leo los datos de un psicólogo de la Universidad de Harvard.

—Es mi amigo y te va a ayudar. Dile que vas de mi parte —me dice.

—Gracias —susurro apreciando la ayuda.

Me levanto un poco más liberado, sé que el paso que estoy dando va a ayudarme a recuperarle. Amelia no puede creer que es impura, nunca le juzgaré por los errores de su exesposo. Seis meses separados es mucho y es momento de que todo vuelva a su cauce, que pueda recuperar a mi familia.

Capítulo 41

Seis meses para recuperar los recuerdos y nada he logrado, seis meses leyendo mis diarios y ni un mísero recuerdo.

Luego de irme de Boston cesaron los ataques de pánico, pero no la paranoia de creer que cualquiera puede herirme. Qué daño me ha causado Derek y qué daño le estoy causando a Aaron creciendo lejos de las personas que nos aman.

Mi teléfono suena y respondo.

—Amelia, soy mamá —me dice con voz triste.

—Hola, mamá... —respondo fastidiada. Nunca entenderé a mi madre.

—Amelia, tengo meses intentando ir y ayudarte, pero me alejas... Quiero volver a verlos y ver en qué puedo ser útil.

Suspiro. Mi madre ahora se siente culpable, luego que le eché en cara la confesión del compañero de mi padre. Además, no le perdono que me haya confesado que estuvo en contacto con Derek y ella le dio información importante sobre cómo iba mi vida.

Discutimos de nuevo por una hora y ella al final se echa a llorar, confesándome las verdaderas razones por las que desea volver.

—Amelia, es que no tengo adónde ir y me estoy divorciando —solloza en ruego.

—Lo siento, mamá, pero no te quiero cerca y tú eres la única culpable de todo —le digo.

—¿Algún día me vas a perdonar? —me pregunta con voz triste.

—Ya te perdoné.

Cuelgo la llamada y pienso sobre cómo me siento cada vez que estoy en consulta con el Doctor Márquez. Saco mi cuaderno y lápiz mientras todo fluye.

12/05/2016

Cuando el doctor Márquez me pregunta cómo me siento, me quedo observando al vacío muchas veces, no me quedan fuerza para nada más. Me he convertido en un robot que trata de vivir la vida de un humano. Creí que mudarme de Boston serviría para borrar todo el miedo que estoy sintiendo, pero parece que el mundo conspira para que no sea así.

Olvidar...

¿Pero cómo puedo olvidar algo que no recuerdo?

Ese es mi problema y estoy en uno grande, porque esos meses que se borraron en mi mente no vuelven, solo tengo pequeños flashes de algunas cosas. Mi mente se ha empeñado en recordar lo malo y no lo bueno, y me estoy frustrando por cómo ella me está pasando algún tipo de factura.

Miro, respiro y hablo; camino, pienso y descanso solo por Aaron. Mi hijo es mi norte y todos lo saben. Cassie llama todos los días, me ha tratado de hablar de Vaquero y cambio el tema, pero sé que en algún momento tendré que hablar de él y, sobre todo, sé que debo hablar con él.

El doctor Márquez me ha pedido que haga una lista de lo que me gusta de mí, y no puedo hacerla porque en este momento me aborrezco. Sé que yo sola puedo salir de este hoyo en el que estoy metida, pero a veces en casa de herrero hay cuchillos de palos. No hay teorías conductistas ni psicoanálisis que valgan para explicar lo que siento en este momento.

Odio, rabia y desconsuelo.

Odio porque nunca pensé que la persona con la cual quise compartir mi vida fuera capaz de hacerme daño. Rabia porque me siento traicionada, engañada y hasta tengo rabia conmigo misma por ser tan ciega. Desconsuelo porque hay algo en el fondo que me dice que estoy haciendo las cosas mal.

Querido amigo, después de escribirte sobre el amor y todo lo que sentía, ahora te escribo de esto. Me estoy volviendo loca en algún punto de mi vida.

Necesito ayuda...

Cierro mi cuaderno frustrada y me duermo.

Juego con Aaron en el patio, mientras mi hijo corre y yo hago que quiero atraparlo. Las risas de mi hijo cada vez que lo hago me alegran un poco esta vida monótona que estoy viviendo.

El timbre de la casa suena varias veces y frunzo el ceño extrañada porque no espero a nadie. Entro a la casa con Aaron y lo dejo sentado en el sofá. Abro la puerta y una maraña de cabello negro me abraza pegando gritos. Yo me río y me dejo abrazar por la loca de mi mejor amiga.

—¡Tita! —Aaron la llama emocionado.

Yo me separo de mi amiga y nuestras miradas se encuentran, la de ella delata unas pequeñas lágrimas.

—Estás aquí... —susurro.

—Sí, y no porque me invitaras —me dice mientras empuja sus maletas dentro.

La ayudo a entrar y cuento cinco maletas, algo exagerado si piensas solo pasar unos días. Terminó de meter la última maleta, me detengo a observar cómo ella besa a mi hijo y este literalmente muere de risas.

—Déjalo, Cassie —le digo.

Ella lo suelta y hace un mohín, ¡Dios, como la he extrañado estos meses! Ella se queda mirándome y sé que en poco me sacará en cara que he bajado de peso.

—Les extraño con locura —me responde y sus palabras me llegan al corazón.

—Nosotros a ustedes, no sabes cuánto —le respondo.

Me tiro a su lado en el pequeño sofá y ella pasa su brazo por mi hombro, me abraza y yo automáticamente lloro en silencio. Mi amiga me deja llorar, necesito sacar todo lo que siento.

—Amelia..., tienes que buscar ayuda —me dice preocupada.

Suspiro y tengo la ayuda del Doctor Márquez, Andrew que me llama a diario para saber cómo estoy y David también, pero nada sirve

porque parece que soy yo la que no quiero recordar.

—Ya la busqué, pero parece que no voy a salir de este pozo sin fondo de autodestrucción —le respondo.

Mi amiga suelta un bufido y rompe el abrazo. Me obliga a mirarla y en sus ojos puedo ver preocupación combinada con frustración.

—No puedo escucharte porque me dan ganas de caerte a bofetadas a ver si reaccionas. Amelia, por todo los que amas, ¡hazlo! Y si esos recuerdos no regresan, construye nuevos. —Suspira fastidiada—. No sabes el daño que te estás haciendo.

—No es fácil...—respondo.

Cassie me toma por lo hombros y me da una mirada dura, me imagino que su mente está sopesando las palabras correctas para todo lo que quiere decirme. Me da miedo qué tiene que decirme.

—Nunca me he metido en tu vida porque de las dos fuiste la más sensata, a pesar de la estupidez de casarte a los dieciocho años. —Respira hondo y niega—. Verte destruir tu vida por algo que pasó y que a miles de mujeres les sucede y siguen viviendo... Tú lo sabes, trabajabas atendiendo las llamadas más inverosímiles del mundo.

Niego porque no es lo mismo y ahora me pongo en las frustraciones de las pacientes que sufrieron abusos sexuales.

—No es lo mismo vivirlo en carne propia —le refuto.

Ella suelta un resoplido frustrada y se levanta del sofá. Alza a Aaron en brazos y le da un beso. Sé que esta visita no es solo por querer verme, esto traerá algo más.

—Me quedo el tiempo que sea necesario para hacerte entrar en razón, Amelia. Puede que me lleve una semana o quizás un año, pero no pienso quedarme viendo cómo destruyes una hermosa historia por sentirte sucia y que él no merece.

Me sorprendo por sus palabras, porque es exactamente lo que siento y no le expreso a nadie. Cassie sale de la sala y escucho que le pide a mi hijo que le muestre la casa. Yo me quedo sentada enfurruñándome de nuevo. Mi amiga siempre con ese sentido para adivinar lo que siento cuando nadie lo sabe. Tengo miedo a vivir, tengo miedo a que me juzguen por lo que sucedió. Sé que lo que pasó no fue mi culpa y que no debo culparme por algo que nunca me imaginé que pasaría, pero Wayne..., Wayne no se merece estar conmigo cuando puede ser feliz

con cualquier otra mujer.

Me levanto y sigo a la loca de mi mejor amiga por la casa para ayudarla a instalarse. Cenamos juntas y me pongo al día con todo lo que me he perdido en Boston. Al caer la noche, salgo de darme una ducha pensando cómo hacer una hermosa Navidad en esta casa. Me acuesto en la cama, pero la puerta no se tarda en abrir y Cassie entra a la habitación, se acuesta a mi lado y me abraza.

—Amelia... —me llama.

—Lo sé, Cassie..., lo sé —le digo.

—No, nena. Estamos preocupados, todos... Por favor, reacciona.

Hundo la cabeza en su pecho y lloró drenando parte del dolor que estoy guardando dentro de mi corazón. Ella acaricia mi espalda, dejando que saque todo lo que tengo guardado.

—Amiga, tienes que aprender a ser feliz. Primero te encerraste por tres años luego del divorcio. —Respira hondo—. No quiero imaginar qué es lo que sientes en este momento, pero tienes una vida por delante, eres joven y tienes un hijo. Aaron te necesita y todos te necesitamos.

—Tengo miedo —le digo, aceptando finalmente.

Cassie besa mi coronilla.

—Tienes derecho a sentirlo, pero Derek... —Me tenso al escuchar su nombre y mi amiga se calla por unos segundos y me dice—: Temerle al nombre es darle un poder que no tiene. Derek está muerto y no puede hacerte daño nunca más.

—Lo sé, pero mi miedo es mayor. —Suspiro—. Tengo miedo de salir a la calle y que otra persona me haga daño. Pensé que con mudarme todo cambiaría. No puedo evitarlo, todos ven como ventaja que no recuerdo nada, pero ¿y si no lo es? Cassie, me estoy volviendo loca tratando de pensar qué está bien y qué está mal, y no logro discernir entre lo correcto y lo incorrecto.

—¿Sientes que Wayne te haría daño? —me pregunta.

Suspiro y me quedo en silencio analizando su pregunta, porque en el fondo de mi corazón sé que él no lo haría. Confiaba en Vaquero antes de conocerlo en persona, lo que he leído en mi diario, que lo hice al verlo por primera vez. Confío en él, mi corazón siempre ha confiado en Wayne Minter.

—No... Wayne nunca me haría daño —respondo segura.

—Vamos a dormir, pero... Amelia, tienes que saber que él la está pasando muy mal. Los ama porque no solo te ama a ti, también tiene el mismo amor para Aaron. —Me abraza más fuerte—. Duerme y trata de recordar en tus sueños lo feliz que fuiste mientras estabas con él.

—Cassie...

—Te quiero, amiga. Buenas noches —me dice zanjando el tema.

Suspiro cansada y trato de olvidar lo malo por un rato, dejando la mente en blanco y dejándome vagar en el olvido.

Capítulo 42

Compramos todo lo que necesitamos para adornar la casa y llenarla de color, pensamos que podemos pasar una hermosa Navidad los tres juntos. Cassie se está adaptando a mis pequeñas rutinas y me ha acompañado a las sesiones con el doctor Márquez.

Hoy por primera vez asisto a un pequeño grupo de apoyo de mujeres que fueron abusadas sexualmente, esta fue la última sugerencia del doctor y que mi mejor amiga apoyó ciegamente. Entramos al sótano de una iglesia y todas están reunidas hablando entre sí. Se nos acerca una mujer que ronda entre los cincuenta y sesenta años con un rostro sonriente.

—Bienvenidas. Mi nombre es Isabel y soy la psicóloga de este grupo —me dice tendiéndome su mano.

Yo le tiendo la mía temblorosa y me presento.

—Amelia Reeds —le digo nerviosa. Ella sonríe y siento cómo Cassie me acaricia la espalda infundiéndome valor.

—Bienvenida, Amelia. José me habló. Pasa y siéntete como en casa.

Asiento y Cassie se despide de mí, prometiéndome que volverá antes por si me quiero ir. Sale con Aaron, yo me quedo en la sala sintiéndome algo incómoda, porque yo no he aprendido a gestionar mis sentimientos, prefiero hacer la del avestruz, escondiéndome para protegerme. Me siento en el círculo, pero me mantengo alejada de todos y escuchando atenta.

La primera se levanta y observo que es una señora como de cuarenta años, sonríe triste al grupo y se presenta.

—Mi nombre es Alejandra. Una noche mi exesposo llegó de nuevo borracho y me violó en la misma cama que compartimos por más de veinte años. —Respira hondo y yo con ella—. Todo comenzó abusando un poco del alcohol. Primero fueron golpes, luego fueron insultos y amenazas de todo tipo. Poco a poco fui desconociendo al hombre con

el cual me casé, pero esa noche llegó y me negué a estar con él. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Antonio esa noche no entendió de razones o suplicas y me violó, dejándome casi muerta en nuestra cama. Cuando desperté, lo denuncié, aunque aún tengo miedo todos los días y sé que no merecía lo que hizo.

Todas aplauden y cada uno relata su historia: violaciones en fraternidades, abusos sexuales por parte de padrastros, asaltos por desconocidos..., hasta que llegan a donde estoy. Isabel me sonrío al igual que todas y sé que puedo negarme, pero a veces hablar ayuda a solucionar los problemas.

Me levanto y quito pelusas inexistentes en mi suéter.

—Mi nombre es Amelia, sufro de una amnesia de fuga porque una mañana del mes de mayo mi exesposo me violó y golpeó hasta que perdí el conocimiento. —Respiro hondo—. Algunas veces me vienen flashes de ese momento, creo que lo he bloqueado por miedo a aceptar que presentía que él haría algo. Yo estaba viviendo una nueva etapa en mi vida y me culpo por no prestarle atención a la señales. Luego de despertar busqué ayuda, pero nada de lo que hago surte efecto. Sufrí ataques de pánico, vivo alejada de todos buscando los recuerdos, me siento frustrada, traicionada y herida. Vivo porque tengo un hijo, porque si no, hace mucho me habría suicidado.

Todas me observan comprensivamente como si supieran por lo que estoy pasando. Isabel comienza a hablar dándonos consejos que pueden ayudarnos sin nombrarnos. Terminamos la sesión y me siento orgullosa de mí misma por tener la valentía de hablar, por primera vez, lo que siento con personas que no son de mi entorno. Isabel me alcanza antes de salir y me aleja de todas.

—Amelia, te felicito, porque la verdad pensé que no hablarías.

—Yo también lo pensé —le respondo.

—Quería decirte que sé las razones por las cuales José te envió a este grupo de apoyo —me dice seria—. Me gustaría visitarte en tu casa, ¿me dejarías?

Lo pienso por unos segundos. El doctor Márquez siempre moviendo sus hilos y me imagino que esto tiene una razón de ser, espero que de verdad pueda lograr algo. Asiento y le anoto en su móvil mi número y dirección, y me despido de todas prometiendo que volveré a la

próxima sesión. Al subir al auto beso a Aaron y Cassie me pregunta:

—¿Y bien?

—Me siento mejor.

Arrancamos a casa sintiéndome un poco más liberada, creo que al fin estoy encontrando mi camino a la resiliencia.

Suena el timbre y Cassie abre mientras yo termino de meter la primera tanda de galletas de jengibre. Estamos preparando todo para mañana que será Nochebuena.

Salgo al salón donde me encuentro con Isabel que sonríe como siempre. La mujer me habla un poco sobre ella, nos cuenta que es colombiana y que tiene más de veinte años viviendo aquí.

—Amelia... —me llama con voz triste—, cuando escuché tu historia, me identifiqué porque yo salí huyendo de Barranquilla luego de que el padre de mis hijos me violara. También sufrí una amnesia de fuga y cuando acepté a vivir con lo que sucedió, volvieron los recuerdos, tanto los buenos como lo malos, pero volvieron.

Las lágrimas salen a borbotones y corren solas por mis ojos. Ya sabía que José Márquez me había enviado por alguna razón a ese grupo, insistió por cuatro meses que debía asistir, que no iba arrepentirme.

Isabel me contó su historia y luego de que me calmé, poco a poco fui reconcomiéndome con cada palabra que describía la situación que ella pasó.

—Conocí a un hombre que me hizo comprender que no era mi culpa —me dice sonriendo.

—Yo tenía una pareja cuando sucedió todo —le confieso con pesar.

—¿Lo alejaste? —me pregunta.

Cassie suelta un bufido, molesta, y se levanta de la silla con bastante rabia; nos avisa que sacará las galletas y hará un poco de chocolate caliente. Cuando mi amiga se pierde en la cocina, hablo abiertamente con Isabel.

—Mi amiga está así porque no solo lo alejé, sino que también le hice

daño. —Suspiro—. Alejé a todos porque me sentía sucia. Sé que no recuerdo nada y podría jugar eso a mi favor, pero de tan solo pensar que sucedió, me siento sucia... —le digo con tristeza.

—No estás sucia y quiero que lo sepas. Lo que sucedió no es tu culpa y más cuando él era una persona en la cual confiabas. —Isabel toma mis manos—. Miles de mujeres son abusadas sexualmente por sus esposos o personas en quienes confiaban. Amelia, dejar ir todo. Eres joven y quiero que comprendas que los recuerdos pueden volver o puede que no vuelvan jamás. Te haré una pregunta y no quiero que me la respondas a mí, sino a ti ¿Realmente quieres avanzar o deseas que vuelvan los recuerdos?

Cassie sale de nuevo con una bandeja de galletas y chocolate caliente, no contesto esa pregunta y me quedo pensando todo lo que resta de noche. Las tres juntas armamos la casa de galletas y decoramos unas cuantas. Cuando finalmente me quedo sola y todo está oscuro dentro de la casa, me siento frente a la chimenea a pensar en todo lo que he vivido en estos seis meses.

Lloró en silencio perdonando a Derek de corazón y dejo ir todas las frustraciones que siento al no recordar. Leo cada una de las páginas de mis diarios, memorizando cada momento, cada definición. Reviso las fotos en mi móvil y acaricio mentalmente todos esos momentos que fueron descritos por mí en mis hojas. Dejo ir el dolor, el odio y las frustraciones comprendiendo que es la única manera que pueda vivir sin miedo y que finalmente pueda aceptarme.

Subo a mi habitación y me acuesto un poco más tranquila y rogándole al cielo para que Wayne un día pueda perdonarme.

Capítulo 43

Estamos decorando el árbol mientras Aaron corre feliz a nuestro alrededor con las guirnaldas que hicimos de palomitas de maíz esta mañana. El timbre de la casa suena y mi mejor amiga y yo compartimos una mirada cómplice porque no esperamos ninguna visita. Cassie se acerca a abrir la puerta y me mira sorprendida, pero a la vez asustada.

—Te juro que no tengo nada que ver con esto... —me dice.

Se aparta dejando entrar a Wayne con Chris y mi corazón empieza a latir emocionada. Por unos segundos me quedo observando al hombre que me robaba el sueño tan solo con su voz, que me hizo feliz a pesar de que no le recuerde, pero él está dispuesto a luchar por mi hijo y por mí.

Él deja su bolsa de viaje en el piso y corre adonde estoy parada. Parece que el tiempo se ha suspendido entre los dos y que no existe nada a nuestro alrededor. Él se acerca sigiloso, yo ahogo un sollozo porque anoche aceptaba que debía pedirle perdón y, si lo hacía, construir nuevos recuerdos juntos. Corre a mi lado y me abraza fuerte contra su pecho, yo me siento segura y reconfortada en sus brazos después de mucho tiempo.

—Te amo —Wayne me dice con voz rota.

Yo lo abrazo y me quedo callada, clavo mi rostro en su pecho escuchando los latidos de su corazón.

—Dos ene —susurro.

Wayne suelta una risa nerviosa y me separa de su cuerpo, se queda observándome por unos segundos y en gesto dulce borra mis lágrimas con sus dedos.

—Te dejé atrás —me dice.

Yo niego porque fui yo la que lo dejó atrás, por no sentirme lo suficientemente segura de que era la mujer indicada para él, después de lo que sucedió.

—Fui yo...

Barro con la mirada el salón dándome cuenta de que no hay rastros de mi amiga, mi hijo y su novio, y le señalo el sofá a Wayne. Él asiente. Caminamos en silencio, yo pensando qué decir y cómo pedirle perdón. Quisiera poder tener una máquina del tiempo para ir por mi vida borrando todo lo malo.

—Amelia, yo... —me dice empezando él, pero lo callo poniendo los dedos en sus labios. Él los besa y una sensación de cosquilleo recorre mis terminaciones nerviosas.

Vaquero sonrío cuando llevo mis manos nerviosas a mi boca. Dios santo, este hombre es todo lo que necesito para estar completa.

—Wayne... —susurro su nombre, pero saboreo cada sílaba porque su nombre es sinónimo de paz—. Yo fui la que te dejé atrás rompiendo las promesas que te hice, pero te juro que nunca fue mi intención hacerlo, que todo lo que ha pasado fue por una razón.

Él exhala todo el aire de sus pulmones sintiéndose aliviado o es la sensación que me da, toma mis manos y deja un beso casto.

—Amelia, si tengo que cruzar mares por ti, lo haré; si tengo que bajar al Infierno, lo haré, porque yo haría todo por ti. Me mandaste al Infierno hace seis meses y casi muero en el intento de olvidarte, pero te prometí no dejarte atrás nunca aunque tengas miedo de este amor. Estoy aquí de nuevo para conquistarte, para amarte, para cuidarte y estar a tu lado. —Respira hondo—. No puedo estar otro minuto alejado de ti, te amo demasiado para estarlo y no puedo seguir alejado de ustedes. Te lo pido, vuelve a mí.

Cierro los ojos llevo de nuevo mi mano a la boca y él la atrapa. Abro mis ojos y me encuentro con los de él, que tienen un brillo especial. Un recuerdo aparece en mi mente cuando deja un beso casto en la palma de mi mano.

—Me dijiste una vez que con besos evitarías que me mordiera las uñas —susurro.

Wayne abre los ojos sorprendido por mis palabras y yo me emociono porque sé que eso fue un recuerdo. Dios, estoy recordando.

—Te prometí que besaría tus manos para calmar tus nervios. Amelia, ¿lo recuerdas? —me pregunta con esperanza.

Yo asiento y como en una película mis recuerdos se precipitan en mi

mente. Empiezo a llorar por las emociones y me lanzo a los brazos de Wayne, que me recibe con lágrimas en sus ojos. Me acuna en sus brazos, besa mi coronilla y me susurra palabras de amor. Todo lo bonito que vivimos juntos empieza a reproducirse en pequeño flashes: los dos en la chimenea hablando, los dos haciendo el amor, los dos jugando con Aaron, él columpiándonos a Aaron y a mí, él jugando con mi hijo, los dos dormidos en el sofá... Todos los momentos que hasta ayer no recordaba.

No puedo creer que solo debía volver a su lado para poder recuperar mis recuerdos. Wayne es todo lo que necesitaba para encontrar lo que había perdido.

—Perdóname... —le pido sollozando.

—No tengo nada que perdonarte cuando los dos fuimos víctimas de un tercero —me responde emocionado. Él se separa de mí y se queda mirándome. Yo me seco las lágrimas, pero me detiene besando cada una de ellas—. Deja que cure tus heridas, sanemos los dos juntos y seamos felices.

Yo recuerdo todo lo que hice estos meses, cómo me comporté y trato de levantarme, pero él me detiene.

—No te merezco —le respondo.

Wayne me besa, pero me resisto un poco y cuando muerde mi labio inferior sucumbo con sed a este beso que sobrepasa cada célula de mi ser. Con su beso borra mi dolor y me hace sentir todo su amor, que lo merezco. Rompe el beso y pega su frente a la mía jugando con su nariz.

—No me digas que no te merezco y no te atrevas a decirme que estás sucia cuando eras la persona más limpia de este mundo. Te amo, Amelia. Saldremos de esto y te prometo que los dos seremos unos sobrevivientes del dolor. —Respira hondo—. Busqué ayuda de un psicólogo para comprender lo que sientes, nunca debí abandonarte y soy yo el que no merece tu amor.

Su confesión me emociona porque los dos deseábamos curar las heridas para poder ser felices. No merezco su amor cuando soy yo la que traicionó su confianza.

—Pero es que no te merezco... —susurro porque mientras él luchaba por recuperarme, yo me alejaba.

—¿Por lo que te sucedió? —me pregunta y yo asiento—. Amelia, como

a ti, a miles de mujeres les sucede eso, no es tu culpa. Te diré solo una cosa: yo no puedo dejar de amarte porque alguien traicionó tu confianza y te hizo daño. Este amor va más allá de todo y quiero que sepas que estoy dispuesto a todo para recuperarte. Nuestro amor es como una llama inextinguible que no quiero apagar jamás.

—Un amor en llamas —susurro.

Wayne se ríe.

—Bonita comparación cuando soy un bombero —me responde en tono burlón, sonrío en respuesta y él de nuevo me besa.

Cuando rompemos el beso le digo segura todo lo que siento desde hace mucho:

—Sí, esto es un amor en llamas porque tu voz era capaz de encenderme sin conocerte y luego tú eres la llama que me animaba a salir de mi caparazón y ser feliz. Te amo, Wayne, me perdí en el camino por culpa de los errores de otros y no sabía que la cura a todas mis frustraciones era abrirme de nuevo a tu amor. Perdóname, mil veces perdóname por todo lo que te hice pasar.

Besa mi frente, besa mis ojos, mi nariz, mis mejillas, mi quijada y se detiene en mis labios y susurra:

—No tengo nada que perdonarte, pero déjame ayudarte a sanar y salir de este nuevo caparazón, porque es tiempo de ser felices y esta vez sin miedo a nada. Por más que quieras alejarme, siempre volveré a ti porque te amo.

Me besa lentamente, transmitiéndome su amor, extinguiendo con este beso las dudas y los miedos, haciéndome sentir segura de nuevo en sus brazos de donde nunca tuve que irme.

—Te amo, Vaquero.

—Y yo a ti, Número dos.

Capítulo 44

Un año ha pasado desde aquella tarde de enero que fui corriendo al hospital a conocerlo, un año viviendo momentos buenos y otros espantosos, y un mes desde que él llegó por mí en Nochebuena para no dejarme escarpar, porque Wayne me demostró que cuando se ama verdaderamente, el amor todo lo puede.

Decidimos volver a Boston para construir momentos nuevos y esta noche es uno de los tantos. La estación de bomberos de South Boston se ha vestido de gala con hermosos arreglos florales, donde abundan rosas blancas y rojas, para hacer especial nuestro día, el día que diremos “Sí, quiero”.

Cassie me ayuda con el vestido mientras Alaina nos observa emocionada con Aaron en brazos. Me gustaría compartir este momento con mi madre, pero prefiero que esté lejos y no quejándose sobre mi fracaso como mujer, como me dijo hace dos días por teléfono.

Al terminar me veo en el espejo y me siento como una princesa sacada de un cuento. El vestido que escogí es de corte imperial y de color perla. Mis amigas me acompañan hasta la puerta donde Andrew me espera con una sonrisa en los labios, porque llegar hasta aquí fue un camino largo.

—Estás hermosa —me susurra luego de darme un beso.

Me ofrece su brazo y Cassie abre las puertas para dejar entrar a Aaron en un pequeño camión de bombero que deja sonar una sirena. Escucho la risa de los presentes cuando ella sale corriendo detrás de él, y Andrew y yo nos acercamos cuando los primeros acordes de la marcha nupcial suenan. Esta es la primera vez que por mi sangre corre la adrenalina de verdadera felicidad.

Fijo mi mirada en el hombre que viste ese hermoso traje de gala casi negro con muchas condecoraciones y una sonrisa en su rostro. Wayne me observa con una mirada brillante mientras camino hasta el improvisado altar que no es más que la parte de atrás de un camión de

bomberos.

Andrew besa mi mano y me entrega al hombre que será mi esposo en pocos minutos. Este me da un beso casto en los labios y susurra:

—Hermosa como siempre...

Yo muerdo mi labio nerviosa e impaciente de recitar mis votos nupciales. La ceremonia comienza y el juez de paz nos habla sobre el matrimonio, sobre su función en la sociedad y cómo debemos perdurar en el tiempo. Cuando por fin dice que podemos recitar nuestros votos, comienzo yo con las piernas un poco temblorosas. Carraspeo varias veces y todos se ríen cuando escuchan a Wayne decirme:

—Sin palabras, Número dos... —Yo esbozo una sonrisa.

—Nuestra historia es tan divertida y compleja que es digna de una película de amor. Cuando conocí por primera vez a Vaquero, me impresionó su seguridad, y poco a poco esa seguridad me fue envolviendo hasta hacerme sentir sensaciones inexplicables. —Suspiro—. Entraste a mi vida esa misma noche para nunca salir, y mira que traté de alejarte por mi terquedad. Tú haces mi mundo brillar porque me enseñaste que el amor todo lo puede, contigo aprendí el verdadero significado de esa palabra y redescubrí que... que... —titubeo y Wayne sonrío cuando saco un papelito de mi bouquet—. Disculpen, traté de memorizarlo, pero los nervios no me dejan.

Wayne me arranca el papel de las manos en un acto de maldad y yo lo observo con cara de susto. Se acerca y me roba un beso casto.

—Dime lo que salga de tu corazón —me susurra con una sonrisa.

—Te amo con la mente y con el corazón. Contigo busqué definiciones de amor cuando solo tenía que observar lo que vivíamos. No te prometo un “para siempre”, pero si una larga vida juntos, hasta que alguno de los dos se vaya de este mundo. Ya prometerte que estaremos en las buenas y las malas es ridículo porque es algo que haré siempre. Te amo, Wayne, mi Vaquero y mi hombre con brillante sonrisa. Tú llegaste a mi vida para convertirte en mi vuelta de hoja y comenzar el capítulo de felicidad que no quiero acabar.

Todos suspiran y Cassie me da un pañuelito para secarme las lágrimas que mi hombre me arrebató sutilmente para secarlas él.

—Número dos, mi vida cambió desde que llegaste tú. Con ustedes

aprendí el verdadero significado de la palabra “familia”. Cuando caigan, ahí estaré para levantarnos, y cuando estemos de pie, seguiremos en el camino. Nunca los abandonaré porque un bombero y un verdadero hombre no dejarían atrás a las personas que ama. Te prometí ser tu Dos ene y así será hasta el final de mis días, porque te amo con todas las células de mí ser, con el alma y con todo lo que soy. Amelia Reeds, te amo porque tú eres la razón por la cual respiro y me mantengo a salvo.

Yo seco mis lágrimas cuando nos declaran marido y mujer, y todos irrumpen en aplausos, silbidos y vítores que nos hacen sonreír.

Me pongo un sencillo de lencería de seda y encaje que medio cubre mis partes. Esta será nuestra primera noche de casados, pero mi vida junto a Wayne comenzó aquella noche helada que compartimos un poco más que una palabra.

Salgo del baño de la habitación que alquilamos antes de viajar al Caribe, en una hermosa luna de miel familiar con Aaron. Mi flamante esposo expulsa todo el aire de sus pulmones y de tres zancadas cruza el espacio que nos separa para fundirnos en un beso.

—Me calientas como el primer día —me susurra.

En un abrir y cerrar de ojos, me carga llevándome en brazos hasta la hermosa alfombra frente a la chimenea. El crepitar de las llamas capta mi atención y le digo:

—Mi amor por ti es como ese fuego.

Wayne mira las hermosas flamas que suben y bajan con intensidad, ese color dorado con negro que se funden en esa hermosa combustión, como la de mis sentimientos por él.

—Entonces, viviremos eternamente en llamas, Amelia, porque este amor es para siempre.

Hacemos el amor lentamente, fundiéndonos en la pasión de lo que sentimos.

Hoy soy una mujer diferente a la de un año atrás y a la que se cerraba

hace menos de un mes; hoy comprendí que la única manera de sanar es con amor y aceptando vivir con lo bueno y lo malo. Hoy mi amor por Wayne es una llama encendida que solo se apagará el día que me muera.

Epílogo

WAYNE

Tres años después.

— **R**esiliencia es la capacidad que tienen algunos seres humanos de aceptar situaciones traumáticas o la muerte de un ser querido. Me llamo Amelia Reeds y hace tres años fui brutalmente violada por una persona a la que le brindé mi confianza y amor.

Observo orgulloso la primera charla de mi hermosa esposa en la Universidad de Harvard. Luego de mucho esfuerzo y trabajo, ella ha logrado formar una fundación que ayuda a las mujeres que fueron abusadas sexualmente, con una hermosa campaña publicitaria llamada “Resiliencia”, en donde llama a todas esas mujeres a conseguir la paz interior que ellas necesitan.

Mi vida cambió con su llegada porque yo era esclavo de mi libertad, hasta que ella apareció y me quedé a su lado. Con Amelia descubrí mi paz interior, ella me eleva y soy mejor de lo que fui porque aprendo cada día de su inteligencia y nobleza. Su amor fue un laberinto que me enseñó el significado del amor, porque mi alma reconoció su voz haciéndome saber que ella era la mujer de mi vida.

Amelia se pasea en el podio con un bonito vestido maternal, luciendo su hermoso vientre de seis meses donde lleva a nuestro tercer hijo. Esboza una sonrisa cuando ella termina de contar su historia, todos los estudiantes se levantan a ovacionarle y yo los sigo orgulloso de mi mujer. El mundo conoce a mi esposa como Amelia Reeds, pero para los ojos de Dios y las leyes ella es Amelia Minter. Sí, sé que sueno como un troglodita, pero ella es la mujer de mi vida.

Todos poco a poco la van felicitando por su excelente charla y yo me

acercó despacio con nuestro hijo Aaron y la pequeña Jane con un hermoso ramo de rosas. Jane corre hasta las piernas de su madre y esta la alza para darle un beso.

—Felicidades, doctora Minter —le digo con una sonrisa en los labios.

—Gracias, señor Vaquero —me responde con un guiño.

Escucho las palabras que los catedráticos le brindan a ella y se me hincha el pecho de satisfacción al ver que mi esposa brilla con luz propia, que luego de tanto luchar consiguió su propia resiliencia. Nos costó mucho y no fue un camino de rosas nuestro primer año de matrimonio, fue duro tratar de borrar ese dolor que le causaron, pero ella luchó y yo a su lado. Su consultorio se llenó de mujeres y una noche después de cenar me dijo:

—Fundaré algo para llevar los testimonios de quienes hemos encontrado la paz.

Y aquí estamos, logrando uno de sus sueños y yo apoyándola como lo hago día a día. Dejé a los bomberos y ahora dedico mi vida a los negocios que he formado aquí en la ciudad: una pequeña pizzería que se ha expandido un poco más de lo pensado y una tienda deportiva. El dinero que dejó Derek lo usamos para financiar la fundación y creo que fue la mejor decisión que pudimos tomar.

Al terminar, salimos todos a un pequeño almuerzo sorpresa. Subimos al auto y ella se quita los zapatos con un pequeño suspiro.

—Al fin puedo quitarme esta molestia, me duele la espalda y Noah se mueve mucho —se queja sobándose el vientre.

—Esta noche te daré un masaje de pies —le digo y ella sonrío con malicia.

Amo tener una esposa embarazada y con las hormonas alborotadas, porque una promesa de masaje inocente puede convertirse en una sesión de sexo caliente.

Aaron salta del asiento trasero para hacernos una pregunta que nos deja helado a los dos:

—¿Mami, qué es la felicidad?

Amelia me observa y luego a nuestros pequeños hijos. Mentalmente respondo esa pregunta mientras ella le da una explicación a nuestro hijo. Felicidad es amar y ser amado, felicidad es estar en las malas para luego disfrutar de los momentos buenos, y mi felicidad es la

familia que tengo.

Caminé en las llamas muchas veces creyendo que esa era la felicidad y la libertad que necesitaba para sentirme vivo. Pero el tiempo me enseñó que la única llama que debes mantener viva es la del amor de las personas que te regalan momentos para ser feliz. Mi felicidad me la dio una hermosa mujer que en las noches de pasión le llamo Número dos.

Tres duros y maravillosos años han pasado desde que Vaquero llegó a mi vida para darle una nueva definición a la palabra “amor”.

Querido amigo, está es la última página que escribiré para ti, porque ahora me encargaré de escribir mi historia de una manera diferente.

Aquella Amelia que se escondía como un avestruz resurgió como un fénix por las llamas del amor. Aprendí a luchar por mis sueños y por mis anhelos, aprendí que la vida siempre te regala más hermosos momentos que malos y, finalmente, aprendí lo maravilloso que puede ser el verdadero amor.

El amor propio que perdí en algún momento lo recuperé y ahora comprendo que amándome, puedo amar plenamente a las personas a mi alrededor.

Wayne construye conmigo esa familia que tanto deseamos los dos, en sus brazos me siento viva, segura y feliz. Verle jugar con nuestros hijos y atenderlos de una forma tan tierna me hace saber que no me equivoqué al escogerlo. Todas las luces me indicaban que era él la persona correcta, por eso hoy me despido deseando que algún día, cuando vuelva a leer tus páginas, me hagas sonreír. La loca que hay en mí pensará que eres el horrocrux que guarda los episodios más felices y más triste de mi vida.

Ahora solo me queda vivir, seguir consumiéndome en las llamas del amor que siento por un hombre que robó mi corazón, y, sobre todas las cosas, disfrutar de mi familia y mis amigos: Cassie con su amado

esposo e hija, Andrew, Alaina y Mary, los mismos que me ayudaron a alcanzar mis sueños.

Resiliencia, esa que tanto busqué y que un día encontré en los brazos de mi familia, la misma que buscan miles de mujeres y hombres, pero que solo conseguimos cuando estamos en paz con nosotros mismos y dejamos ir lo malo.

Querido amigo, espero que algún día pueda reencontrarme contigo, por ahora me toca vivir y ser feliz, y encender la llama de mi amor por mi familia. Definitivamente, el amor es la llama que enciende nuestros corazones.

Hoy de fondo musical suena Everything de Lifehouse, porque lo único que necesito para ser feliz es a Wayne Minter.

Tuya por siempre, querido amigo.

Amelia Reeds

Fin

Agradecimientos

Primero a Dios, porque sin ti no soy nada. A mi madre que siempre está a mi lado apoyándome en cada uno de mis sueños.

A Melina Rivera, nunca encontraré las palabras para agradecerte el apoyo que me has brindado en todo este tiempo.

A Kramer, eres el jodido genio que tiene la paciencia más infinita en este mundo. Gracias por crear siempre maravillosas cosas para mí y aunque dices que es tu trabajo, tú esmero es lo que aprecio. También gracias por convertirte en un nuevo amigo loco y especial.

A mis amadas betas, gracias por leer este nuevo pedacito de mi mente. Siempre estaré enormemente agradecida por el honor que me dan a leerme. Ahora cuento con un grupo selecto como lo son: Melina, Ker, Moni, Tintina, Claudia, Celines, Gaby, Alejandra, Marlen, Giuu, Liz y Clara.

A las administradoras los grupos *La Magia de Los Libros*, *Divinas Lectoras*, *Zorras Literarias* y *Adictas Latinas de la Literatura Erótica* por su apoyo desde el primer día. Sin ustedes no sé dónde estaría en este momento.

A Jonaira Campagnuolo, por sus consejos y por tu amistad.

A Clara Sierra, por tu apoyo incondicional.

A Tintina por convertirte en mi amiga.

A Ker & Moni, por su apoyo en su página de *Book_lovers_spanish*

A Giuu y Liz, por el apoyo en LQH.

A Vanessa y Liliana por su apoyo en *Llámame Foxy*.

A mis lectores que siempre están regalándome sus palabras de aliento para seguir adelante. Gracias totales por siempre.

Sobre la autora

Lorena del Valle Fuentes P. (Maracay, Venezuela, 1985) nació en la Ciudad Jardín de Venezuela, es Administradora mención Tributaria y desde pequeña le gusta leer. Su primer libro fue *Platero y yo*, pero se enamoró de la historia de niños que enseña a los adultos: *El Principito*, la obra más famosa del escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry.

Amante de las Artes en todas sus expresiones, pertenece al movimiento Coral del Edo. Aragua y también al Movimiento Guías Scouts de Venezuela. Siempre trazándose metas, entre ellas el proyecto de Leyendo con Lorena Fuentes, donde tuvo la oportunidad de compartir entrevistando a grandes autores de la rama de la literatura romántica.

Con *Soy Tuya* incursiona por primera vez en el mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los lugares de venta por más de seis meses seguidos.

Redes Sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/>

Instagram: @lorenafuentes2

Twitter: @lore2811

Email: leyendocon@gmail.com